

35672

ENTREVISTA A AMPARO BONILLA, REALIZADA EN SU
DOMICILIO PARTICULAR DE LA CIUDAD DE MEXICO
POR CONCEPCION RUIZ FUNES, LOS DIAS 10, 14,
20 Y 27 DE AGOSTO, 29 DE SEPTIEMBRE Y 1, 6, 8,
Y 29 DE OCTUBRE DE 1981.

PHO/10/81

Dirección de Estudios Históricos
Subdirección de Información y Bi-
blioteca "Manuel Orozco y Berra"
Instituto Nacional de Antropolo-
gía e Historia
México

Dirección de Archivos Esta-
tales
Centro de Información Docu-
mental de Archivos
Ministerio de Cultura
España

BIBLIOTECA "MANUEL OROZCO Y BERRA"

1) Se realizaron 9 sesiones, los días 10, 13, 20, 27 de Agosto; 29 de Septiembre; 1º, 6, 8 y 29 de Octubre de 1981. Las sesiones tuvieron un promedio de 2 horas, 30 minutos de duración.

2) Características generales del entrevistado.

La informante tiene 65 años, es modista; su estado físico y mental es extraordinario. Su habla es normal, bien estructurada; a veces emplea palabras en ruso, por el tiempo que vivió en la URSS, sobre todo en la parte de su vida perteneciente a esta época.

3) Características socioeconómicas.

La informante habita un departamento amplio, bien decorado, con adornos abundantes, detalles de cojines y paños bordados por ella, muchas plantas, característico clase media.

Sus ingresos, en los últimos meses son de \$15,000.00 mensuales. Vive sola.

4) Condiciones físicas de la entrevista.

Se realiza en la sala de su casa, en muy buenas condiciones para la grabación, sin interrupciones.

5) Entrevista.

La informante aceptó la entrevista sin ningún problema; aunque planteando, como todos, que su vida no tenía interés. Se le hizo ver que su información y su historia de vida servirían para el Proyecto de Refugiados, pero fundamentalmente para el proyecto sobre la mujer (que se piensa hacer dentro de aquél). Cuando se dio cuenta de que se le preguntaba la historia de su vida, sus opiniones y conceptos, se sintió halagada y contó que nunca nadie la había tomado en cuenta en este sentido y que ella pensaba que había cosas en su vida que eran interesantes. Su estado de ánimo fue siempre excelente, llegó incluso a plantear que esperaba el día de la entrevista con ilusión. En ocasiones se quedó deprimida después de la sesión, por haber recordado momentos de su vida que fueron verdaderamente trágicos. Pero durante la grabación, en todas las sesiones se mantuvo controlada y ecuánime.

6) Información fuera de grabación.

Hubo algo de información fuera de grabación, pero hablando previamente con ella pudo ser incluido, a base de preguntas en las sesiones siguientes.

7) Recomendaciones al investigador.

El contenido de la entrevista en general es interesante, sobre todo en lo que se refiere a la vida cotidiana de la mujer, y algunos aspectos del PCE en el exilio. Los aspectos

más sobresalientes de la entrevista están relacionados con estos dos puntos y con la vida de la informante en la Unión Soviética.

Para el Proyecto de Refugiados, la entrevista tiene gran interés, concretamente para el proyecto de mujeres; en este sentido esta entrevista ha sido de gran valor para elaborar el cuestionario específico del tema.

CONCEPCION RUIZ FUNES

ANTECEDENTES Y REPUBLICA

Lugar y fecha de nacimiento. Estatus y composición familiar (pp. 1-5). Crianza en la huerta con el ama hasta los cinco años. Regreso al núcleo familiar (pp. 5-10). Relaciones y educación familiar (pp. 10-16). Educación y ambiente escolar (pp. 16-23). Vida cotidiana y ocio (pp. 24-27). Estudios de corte y confección. Trabajo como maestra y modista (pp. 27-30). Recuerdos sobre el surgimiento de la República, adquisición de conciencia política (pp. 45-51).

GUERRA CIVIL

Ingreso al Partido Comunista Español. Trabajos en: el Socorro Rojo, en el Hospital Militar, en la célula del P.C. y en Ayuda Infantil (pp. 31-40). Telefonista en el Comité Central del P.C. (pp. 40-41). Noviazgos, relaciones dentro del Comité Central (pp. 41-45). Lugar de la mujer en las organizaciones del P.C. (pp. 51-55). Noviazgo y matrimonio (pp. 56-63). Traslado a Barcelona, trabajo en la organización de Mujeres Ayuda al Frente (pp. 64-67). Relación con la pareja (pp. 67-69). Descripción de Dolores Ibárruri (pp. 69-72). Primer embarazo y parto, vida civil en Barcelona (pp. 72-82).

EXILIO

Francia 1939.

Salida hacia Francia a los tres días de haber dado a luz, con problemas serios de salud. Bombardeo en Figueras. Viaje hacia Arras (pp. 82-91). Estancia en una granja, trabajo político (pp. 91-96, 101-110). Contacto con el marido, decisión de ir a la Unión Soviética, viaje a París, ayuda del Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles, SERE (pp. 97-101). Preparación del viaje a la URSS, traslado al Havre, travesía, expectativas, llegada a Leningrado, traslado provisional a una casa de reposo en Jarkov (pp. 111-123).

Unión Soviética 1939-1947

Instalación en Rostov, trabajo en la fábrica de tractores, descripción de la llegada (pp. 124-126). Vivienda colectiva para familias españolas (pp. 127-128). Descripción del trabajo en la fábrica, ingreso de la hija en una casa cuna (pp. 128-133). Vida cotidiana, reuniones del Partido Comunista Español, trabajo doméstico, diversiones (pp. 134-138). El marido es enviado a Moscú a una escuela de cuadros, cambio de trabajo a una fábrica de vestidos en el mismo Rostov, descripción del trabajo, relación con las compañeras, internado de su hija (pp. 138-143). Estalla la guerra, pierde la comunicación con el marido, nacimiento del segundo hijo, evacuación de Rostov con todo el colectivo de españoles (pp. 144-151). Viaje en tren durante casi un año, haciendo escalas hasta llegar al Cáucaso, descrip

ción ción de los lugares donde va parando (pp. 152-159). Enfermedades de los hijos (pp. 159-167). Evacúan de nuevo al colectivo de españoles hacia Turquía, problemas entre ellos (pp. 167-170). Escala en una población tártara, la vida en el tren en convivencia con un tuberculoso, problemas de espacio, de hambre, de higiene, de salud, bombardeos, noticias del marido, relaciones entre las personas del colectivo (pp. 170-184). Llegada al poblado de Akjubinsk en los Urales, ubicación del grupo, su hijo enfermo de tuberculosis, escasez de alimentos, robos para sobrevivir, encuentro con la policía, problemas del colectivo, consigue un trabajo (pp. 184-199). Visita del marido, enfermedad del hijo, muerte del hijo, la hija enferma de tifus (pp. 200-211). Trámites y preparativos para viajar a Moscú, problemas de traslado, llegada, recibimiento del marido (pp. 213-223). Estancia en Volshovo, traslado a Perloska (pp. 224-230). Instalación con el marido en una colonia de niños españoles en Solnichnogorsk, descripción de la colonia (pp. 231-236, 265-273). Trabajo en la colonia de niños, vida en familia, relación con su pareja y su hija, trabajo doméstico, el marido enviado de nuevo a una escuela de cuadros (pp. 237-245, 274-286). Otra vez sola, problemas económicos, planteamientos sobre la actuación del PCE (pp. 245-252). Mejora su trabajo en la misma colonia, el marido le plantea que será enviado a España, ella ve la posibilidad de venir a México, aceptación del PCE, arreglo de documentación (pp. 252-259). Se suspende el viaje del marido, ella decide

viajar a México para encontrarse después con el marido en Francia o en la URSS (pp. 287-289). Idea de México, idealización de la familia (pp. 289-291). Despedida del marido y estado de ánimo al dejar la URSS (pp. 291-294). Viaje a Odesa para embarcar, descripción de la travesía hasta Estados Unidos (pp. 260-263, 321-325). Conceptos sobre el PCE en la URSS, dirigentes, militantes, métodos, reuniones, las mujeres militantes, relaciones con el pueblo ruso (pp. 395-312). Recuerdos de la guerra, expectativas de los españoles (pp. 312 315).

MEXICO

1947-1952

Llegada a Boston, problemas de entrada a EEUU, viaje en autobús a Nuevo Laredo (pp. 325-334). Llegada a Laredo, problemas en migración, experiencias desagradables del trayecto hasta México (pp. 334-342). Primeras impresiones de la ciudad de México, encuentro con la familia, con el PCE, expectativas (pp. 315-320, 342-349). Relaciones con amigos, rechazo del PCE por haber dejado la URSS (pp. 350-354). Ingreso en la Unión de Mujeres Españolas Antifascistas, trabajo en la organización, relaciones con las familias de presos en España, problemas internos (pp. 354-394, 542-544). Vida cotidiana, situación legal, trabajo, educación de la hija, condiciones de vida (pp. 395-404, 421). Decisión de volver a la URSS, imposibilidad, al marido le prohíben salir de la URSS (pp. 404-414). Relación con amigos,

diferencia de vida entre la URSS y México (pp. 415-420). Posibles relaciones amorosas, intereses políticos, alejamiento de la URSS (pp. 422-428). Situación de padres y hermanos, relaciones (pp. 429-432). Trabajos (pp. 432-435). Enfermedad y muerte de la hija, estado de ánimo (pp. 435-447). Accidente de tráfico, estado de coma, nueve meses hospitalizada (pp. 447-460).

1953-1962

Nuevos trabajos (pp. 460-462). Relaciones por carta con su marido, matrimonio del marido en la URSS, ingerencias del PCE en su vida privada (pp. 462-472). Correspondencia del marido (pp. 473-478). Nuevas expectativas de vida (pp. 479-482). Vida cotidiana, trabajo político, nuevos trabajos, relaciones familiares (pp. 482-491).

1962-1970

Primer viaje a España, impresiones, encuentro con la familia y con el marido (pp. 492-513). Trabajo, viajes a España (pp. 514-519). Regreso a España a vivir, motivos, fracaso, depresión, vida cotidiana, amistades (pp. 519-540).

1971-1978

De nuevo en México, trabajo como modista (pp. 546-550). Otros viajes a España (pp. 540, 544-546).

1978-1981

Trabajo en la Imprenta Madero, responsable del Boletín de la URSS y de la biblioteca, características del trabajo, sueldo, relación con los trabajadores (pp. 551-570, 572, 573). Relación con amigos, tiempos de ocio (pp. 570-571). Jubilación, situación económica al jubilarse (pp. 573-577). Decisión de regresar a España en forma definitiva, ideas sobre su vida futura (pp. 577-585, 604-609). Conceptos y opiniones sobre el exilio en general, la nacionalidad, identificación con los países de exilio, semejanzas y diferencias en la educación (pp. 585-599). Significado del exilio en su vida (pp. 599-604). Conceptos sobre la mujer (pp. 609-614).

PRIMERA ENTREVISTA REALIZADA A LA SEÑORA AMPARO BONILLA EN SU DOMICILIO PARTICULAR DE LA CIUDAD DE MEXICO, POR CONCEPCION RUIZ-FUNES, EL DIA 10 DE AGOSTO DE 1981. PHO/10/81. DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS CONTEMPORANEOS.

CR.- Bueno, Amparo, empezamos. ¿Me quieres decir tu nombre completo, por favor?

AB.- Amparo Bonilla Bagueto.

CR.- ¿Cuándo naciste?

AB.- El 11 de mayo de 1916.

CR.- ¿En dónde naciste?

AB.- En Valencia, España.

CR.- ¿En la capital?

AB.- Sí.

CR.- ¿Cuál era el nombre de tus padres, Amparo?

AB.- Ana Bagueto, José Bonilla.

CR.- ¿Y ellos eran de Valencia también?

AB.- También, sí, los dos.

CR.- ¿Tu padre qué hacía, a qué se dedicaba?

AB.- Mi padre se dedicaba a agente comercial, cuando ya fue mayor. Primero fue pues... como ayudante de su padre, que era carpintero, y llevaba a vender cosas al mercado; su madre tenía una zapatería de niños y él ayudaba en esas cosas. Entonces cuando fue más mayor ya, pues ya no hizo otras cosas porque estudió poco, se hizo agente comer-

cial.

CR.- ¿Y qué, qué era agente...?

AB.- Agente comercial, que es el representante de las fábricas, de lo que venden las fábricas, como es esa... aquí no sé cómo le llaman al agente comercial, es el que va a presentar los muestrarios a las tiendas para que le hagan los pedidos.

CR.- Para, para venta.

AB.- Para venta, agente de ventas le llaman.

CR.- Y entonces él como agente comercial representaba a varias fábricas, ¿o nada más...?

AB.- Sí, de calzado sobre todo y artículos de piel.

CR.- ¿Valencia era una ciudad productora de calzado?

AB.- No, bueno, la provincia de Valencia; en la Monova, Castellón, en Castellón hay varias fábricas, en Vall de Uxó también, y en el norte de, de España también hay. En Barcelona es donde están las fábricas de... bueno, las curtidurías, ¿no?, las de la piel; que también era de curtidos, era representante de curtidos.

CR.- De curtidos. ¿Y tu madre hacía algo en especial?

AB.- Mi madre venía de una familia que había sido pues bastante ahogada, su padre su murió cuando ellos eran muy chicos. Su padre era inglés de origen italiano; entonces vino a Valencia y se casó con la abuela y esta tan -porque era doctor-, y estaban en muy buena posición,

pero se murió muy joven, tuberculoso, entonces dejó a la viuda con siete hijos y uno que venía. Entonces cayeron mucho, y mi pad... mi madre no pudo ir casi ni a la escuela, tuvieron que ponerse a coser. Entonces era gente muy difícil en su carácter y todo, por el haber tenido una posición y venir de momento al suelo, ¿no?; entonces tenía un carácter bastante fuerte y, y los hermanos también. El mayor pudo hacer el bachillerato y luego entró en el banco a trabajar, pero los otros ya entraron pues en oficinas, ya fueron gente de, de oficina. Y las hermanas cosían, y mi madre cosía, estaba en un taller de costura. Después ya se casó con mi padre y ya nunca hizo nada; en la casa, estaba en la casa, y tuvo muchos hijos.

CR.- ¿Cuántos hermanos fuisteis?

AB.- Fuimos siete, murió uno, quedamos seis que crecimos.

CR.- ¿Y varones cuántos?

AB.- Dos, dos varones y cuatro hembras.

CR.- ¿Y tú qué lugar ocupas entre tus hermanos?

AB.- Yo ocupo... bueno, el segundo después de morir el segundo; porque murió, el segundo murió de cinco años y yo quedé en segundo, yo era la tercera.

CR.- Tú eras la tercera. O sea por arriba de ti hay...

AB.- La tercera; cuando yo era chica... después venía el varón que murió y después venía yo.

CR.- Y por debajo de ti, tres...

AB.- Quedaban tres más.

CR.- No, cuatro.

AB.- Cuatro más, cuatro más.

CR.- ¿Tu padre al tener este tipo de trabajo, qué estatus económico había en tu casa?

AB.- Pues muy mediano, mediano. En el tiempo de la Guerra Mundial, que fue cuando yo nací y era muy chica y eso, sí ganó muchísimo dinero, porque España entonces tuvo un auge muy fuerte; y yo recuerdo a mi padre contar que de vender un, un saco de sosa de una tienda a otra se había ganado un capital, siendo yo muy chica, claro. Pero después vinieron tiempos muy malos, del veintitantos, 28 o 29 al 30, 32, fueron años muy, muy malos en la casa, lo recuerdo.

CR.- ¿Y, y siendo tantos hermanos pudisteis mantener el estatus económico que había logrado tu padre durante la guerra?

AB.- Pues no, bajó. Aparte Valencia es una ciudad muy chica y tenías que representar aunque no pudieras, ¿no? Aparte como él tenía un trabajo que tenía que mantenerse en buen lugar, porque si no pues las casas no le entregaban el muestrario, pues dentro de la casa pasábamos lo nuestro, como es natural; y sobre todo pues en aquella idea de mi madre que salir a trabajar a la calle ni pensarlo, qué dirían los vecinos y todo eso, entonces los sufrimientos

eran grandes. Nosotros estábamos acostumbradas a ir al colegio de monjas y todo esto, y después tuvimos que ir al colegio municipal, del estado, sobre todo mi hermana la más pequeña que yo y yo.

CR.- ¿Cómo recuerdas entonces tú tu núcleo familiar? A mí me gustaría que esto me lo contaras desde, prácticamente, desde tu nacimiento.

AB.- Bueno, es que es doloroso mi nacimiento.

CR.- Yo lo sé, y esto te va a ser doloroso muchas veces; o sea que cuando tú quieras, paramos.

AB.- Entonces yo fui la tercera, mi hermano no había muerto todavía cuando yo nací. Entonces mi madre era una persona enferma, yo creo que puede ser por tener cada nueve meses un hijo, ¿no? Entonces cuando yo nací, mi madre no pudo criar ni a mi hermana ni a mi otro hermano, entonces había la costumbre de llevar a los hijos a criar fuera de casa, entregarlos al ama, que decían; y los que tenían una posición o podían, traían el ama a casa y los que no, lo entregaban al ama. Entonces a mí, a las dos horas de nacer me entregaron al ama y allá me fui yo.

CR.- ¿Te fuiste a dónde?

AB.- A Nazareta, un pueblo al lado de Valencia, o sea a la playa, en la misma Valencia pero a unos kilómetros de Valencia. Entonces ella era campesina, tenía campo, tenía va-

cas, y tenía dos chicos más, había parido, había criado a un hijo y entonces tenía leche para criarme a mí. Pero Valencia es una ciudad de mucho paludismo, y esta mujer tenía el paludismo porque estaba en la tierra del arroz, en la Albufera, y no se dieron cuenta; entonces me contgió a mí el paludismo pero en toda, toda, con toda la fuerza, porque me estaba amamantando teniendo ella el paludismo, y yo toda la vida tuve paludismo. Claro, ella me quería a mí muchísimo. Mi madre se volvió a quedar embarazada, en fin, ya tuvo otra niña, se murió ese hermano, entonces pues, pues sería por comodidad o sería por... no sé por qué sería, a mí me dejaron años y años con la mujer esta. Entonces para mí la vida era aquella familia, hasta que... porque sí, mi padre dice que venía a verme pero mi ama nunca quería devolverme, decía que no, que ella había pasado los ratos malos y que la hija era de ella. Entonces hasta que un día dicen que mi madre fue y me robó, de en medio de la acequia, de en medio del campo, donde yo estaba, me robó.

CR.- ¿Qué edad tenías tú entonces?

AB.- Pues cerca de cinco años.

CR.- ¿Y tú recuerdas algo ahora de tu vida con el ama allí en la huerta?

AB.- Sí, yo recuerdo... bueno, porque después también volví algunas veces de visita, pero sí recuerdo que era una cama

grande, grande y allí dormíamos todos: hermanos -hermanos de estos de leche que decimos allí- y esta mujer y este hombre, que siempre se estaban peleando porque él era muy jugador y todo lo que había en la casa se lo jugaba y... Pero yo era el alma de la mujer aquella y a mí me metía en los canastos y me llevaba al mercado. Y ella siempre me contaba, cuando era mayor, que yo mordía los tomates con los dientecitos, y siempre le decían: "¡Inés, pero qué pasa que siempre trae usted todos los tomates picados!" "Les pardalés*, les pardalés", quería decir los pajaritos se los comen, y era que a mí me metía en el canasto de los tomates y mordía, decía ella, toda la verdura, ¿no? Entonces ella se levantaba al alba a ordeñar las vacas, a llevar la leche a vender y a llenar el carro con las verduras y me metía allí; ella dejaba a sus hijos abandonados, pero a mí me llevaba para todos lados. Yo pues era muy chica, hasta que un día mi madre... yo recuerdo que mi madre venía a verme, pero como se había muerto una hermana de mi padre iba con aquellos tules negros y todo aquello que se estilaba; y entonces esta mujer, el ama, que llamaban Inés, me decía a mí cuando me quería asustar: "¡Que viene la mamá!", y como yo a la mamá la veía toda de negro y así, pues no la quería ver, claro. Hasta que un día dice mi madre que vino a por mí, me agarró de la acequia y de la, del campo y se

* Los pájaros.

me llevó, hasta me tuvo que meter en una tienda a lavarme y cambiarme de ropa. Y dicen que le dijo a una vecina: "No avise a Inés hasta que no pase una hora que yo me he llevado a la niña". Pero ella, cuando por la tarde gritó... porque era una mujer de aquellas de, de, como las plañideras, ¿no?, de que lloran y gritan por las calles, bueno, por la barraca, ¿no?, que tenía ella la barraca en el campo; y la vecina le dijo: "Pues se la llevó la señorita". Entonces vino a casa, y yo eso lo recuerdo como sueños, o sea que lo recuerdo porque lo he oído contar, ¿no?: empezó a gritar y a pelearse con mi madre, mi madre le dijo que no me daba, y ella la insultó y lloró, pero ya no me dio. Pero mi madre siempre pasó que decía que yo era mal educada, que yo no era buena como mis hermanos, porque yo era pues sucia, era mal educada, porque estaba acostumbrada a estar en el campo. Y cuando venían las visitas yo no quería salir con las visitas, yo me metía con la criada, que llevaba toquilla y que olía a sudor, y en la cocina, y quería comer en la cocina y todas esas cosas. Entonces yo pasé un poco triste mi niñez porque mi madre siempre tenía aquella cosa, ¿no?, sobre mí. Porque después nació mi hermana y entonces ella ya no quiso que se la llevaran de casa y tenía el ama en casa.

CR.- ¿La que te sigue a ti?

AB.- La que sigue a mí, que se murió aquí, Josefina. Y a mi hermano sí se lo, lo mandó, pero lo tuvo muy poco tiempo, dijo: "Ya no me pasa lo que me pasó con la otra". Entonces pues sí, crecí, crecí, pero yo siempre notaba que sobre mí, cuando iba siendo más mayor, pues eso: si se escapaba un golpe era para Amparo, y Amparo era la que tenía que hacer las cosas, y Amparín era la que tenía que esto... Porque yo pienso, al haber sido madre y todas estas cosas, que ¿qué te digo yo?, el tiempo de la lactancia y todo esto es una cosa que no se puede olvidar en una madre, y si eso no lo realizas pues puede ser que haya algo, algún problema ahí.

CR.- Claro.

AB.- Después piensas: "No, no", que no sea así, pero dentro te queda en que, en que es así, aunque quieres perdonar esas cosas.

CR.- ¿Y cuando tú, recuerdas cuando tú volviste a tu casa, embonaste, congeniaste con tus hermanos, te llevabas con ellos?

AB.- Pues yo creo que yo no, lo que pasa es que yo era, me parece, de un carácter que callaba, ¿no?, que callaba y aguantaba, porque yo, yo me parece que soy cobarde, ¿no?, que he sido cobarde; cobarde en el sentido de, de no saberme defender, defender contra otra persona que me falte o que me insulte o que me quiera agredir, me parece, porque yo siempre recibía, yo no sabía defenderme.

Entonces mi hermana la mayor, pues era la mayor, ella era la bonita y yo era la fea, ella era la que mandaba y yo era la que hacía todo; entonces pues yo callaba, y yo pues me dejaba llevar, me parecía o que era más cómodo o que era cobarde, no sé.

CR.- ¿Y con tus hermanos pequeños, menores que tú?

AB.- Ah, no, esos me he llevado siempre muy bien. Porque mi mamá era una persona que ella nos enseñó desde muy chicas a llevar la casa, a hacer la comida y ella se sentaba a tejer o a coser; y nosotros antes de ir a la escuela, porque empezamos a ir al colegio del estado, y antes de las ocho de la mañana, a las nueve que entrábamos a la escuela, la casa limpia, la comida hecha y todo, y a las doce cuando volvíamos acabábamos de poner la sopa, la mesa y todo. Ella llevó, los tiempos de abundancia en mi casa, dos criadas todavía. Y entonces pues nos enseñó, cuando nosotros ya podíamos empezar a hacer las cosas, nos enseñó a hacer las cosas, y vivíamos la familia así, unida, muy familiar. Mi padre era una bellísima persona, sobre todo a mí me adoraba, era un hombre muy cariñoso conmigo siempre. Y mi madre pues no es que no fuera cariñosa, pero o yo tenía aquel resentimiento o no sé, me parecía a mí.

CR.- ¿Tú notaste en tu medio familiar que había una educación diferente hacia los chicos con respecto a las chicas, o sea era la misma educación o recibisteis diferente educaca

ción?

AB.- Bueno, era el plan de que los chicos tenían, podían estudiar, las chicas no. Bueno, mi hermana la mayor sí, porque mi hermana la mayor estaba con... un poco diferente a mi hermana la que venía detrás de mí y a mí; entonces ella primero fue a estudiar comercio, se enfermó porque no podía estudiar tanto, que era muy pesado, entonces se fue a la escuela de San Carlos a estudiar dibujo. Y mi otra hermana, la otra después que yo, sí estudiaba piano; yo no, yo no estudié nada.

CR.- ¿Y por qué tú no?

AB.- Porque yo era muy torpe según decían, entonces yo no servía para estudiar. Entonces pues a mí me dejaron con el sexto año y allá va, y nada más.

CR.- Y por ejemplo esto que tú contabas antes, de que vosotros dejabais todo listo antes de ir a la escuela, y las camas y la comida, etcétera, ¿también participaban los varones en este tipo de trabajo doméstico?

AB.- No, no, eran más chicos, también eran chicos aún, porque ellos eran más chicos que mi hermana la que venía detrás de mí; entonces mi hermano Manolo era chico aún, empezó, entró al instituto a los diez años, y el otro se llevaba tres años con él o cuatro, así es que era chico, eran chicos.

CR.- Y en este mismo sentido -me estoy refiriendo un poco al

papel de la mujer dentro de la familia-, en este mismo sentido ¿cómo veías tú la relación entre tu padre y tu madre, o sea tu madre era una persona que se avocara a cuidar a tu padre por ejemplo?

AB.- No, mi madre la cuidábamos todos a ella.

CR.- ¿Incluyendo a tu padre?

AB.- Incluyendo a mi padre. Mi padre adoraba a mi madre, y lo que decía mi madre y lo que hacía mi madre. Así es que ella regentaba todo, ¿no?

CR.- O sea el papel de tu madre dentro de tu núcleo familiar era un papel fuerte.

AB.- Fuerte, fuerte, mi madre ha sido una persona de un carácter muy fuerte, porque toda su familia ha sido de carácter muy fuerte y ella fue. Y mi padre la adoraba y... no sé, mi padre yo creo que también era así como, si no retraído, pues como que se sentía que se había casado con una mujer de otra posición, porque él era un trabajador, ¿no?, entonces admiraba a mi madre por muchas cosas. Entonces puede ser que mi madre abusaba de esta adoración que él le tenía, todas estas cosas, ¿no? A veces mi padre protestaba pero al rato ya había cambiado: era ella la que tenía la razón y la que salía por arriba.

Puede ser que fuera más inteligente y fueran las cosas mejor así.

CR.- Y también el carácter, ¿no?

AB.- Sí, es el carácter, yo siempre digo que es el carácter

el que domina.

CR.- Eh, antes de que pasemos a tu vida en la escuela, ¿ten-
drías algún recuerdo, aunque fuera muy leve, de cuál era
tu vida cotidiana en tu casa, la relación existente diga-
mos entre tus hermanos, entre tus padres?

AB.- Pues eran buenas.

CR.- Siendo chiquita.

AB.- Siendo chica, yo creo que eran buenas, yo creo que sería
normal. Lo que pasa es que yo pues a lo mejor me sentía
acomplejada porque siempre que faltaba algo que hacer:
"Amparo lo hace", Amparín para arriba, Amparín para abajo,
y que si había que hacer esto, y que si estaba mal hecho,
lo había hecho Amparín; claro, porque como todo lo hacía
Amparín, pues si estaba mal hecho lo había hecho Amparín,
¿no?

CR.- ¿Por qué dices "todo lo hacía Amparín", porque en defini-
tiva tú llevabas la carga de la casa?

AB.- Sí, yo era la fuerte. Sí, sí, a mí me ponían un tabureti-
to, o sea en el suelo para que llegara a la estufa del gas
porque no llegaba, a hacer la tortillita para el desayuno
de mi padre o así. Mi padre... hasta el extremo que noso-
tros nos levantábamos a lavar la ropa, porque nos tocaba a
las dos hermanas lavar, y a la una la cocina, a la otra la
casa y la otra descanso, y era, repasar la ropa y planchar
la ropa era el descanso; y la que hacía la cocina lavaba

con la que descansaba, ¿no? Y mi padre se levantaba... eso sí, a las seis de la mañana todos estábamos arriba; mi madre no, mi madre se quedaba. Entonces mi padre se asomaba y decía: "Amparín, llévale un vaso de leche a la mamá que ya, que está desmayada". Entonces yo le llevaba un vaso de leche a mi mamá, mi mamá se quedaba en la cama hasta las nueve... entonces yo les daba el desayuno a mis hermanos, se iban a la escuela, mi hermana se iba a la escuela de comercio, así, entonces yo empezaba ya a remover la casa, a arreglar la casa, ir al mercado corriendo, volver, entonces...

CR.- ¿Y esto qué edad tenías, que tú recuerdes?

AB.- Yo tenía once, doce años; once o doce años, porque yo fui a la escuela hasta los trece años.

CR.- Bueno, entonces tú vuelves a tu casa, de haber estado con el ama de cría, ¿a los cinco años has dicho? ¿y entonces ya empiezas a ir a la escuela?

AB.- Bueno, sí, empezamos a ir a la escuela de monjas, a las franciscanas, ahí sí como niñas bonitas, niñas de categoría; que entonces era el auge en la casa, las vacas gordas podría decir, mi padre ganaba muy bien, era tiempo de guerra todavía en el año veintitantos. Yo tomé la comunión con gran banquete, con gran pompa, todo.

CR.- ¿Tus padres eran muy religiosos?

AB.- No, no, no. Mi padre era autonomista, era de Blasco Ibá-

ñez, y mi madre [risa] pues yo creo que por llevarle la contra a mi padre era de otro partido un poco, también de izquierda, pero no me acuerdo cómo se llamaba ahora el otro líder.

CR.- ¿Tu madre entonces militaba en un partido?

AB.- No, no, mi padre, mi padre no militaba pero como si militara, porque él había sido muy amigo de Blasco Ibáñez y de la hija de Blasco Ibáñez, que vivían al lado de casa, y entonces él adoraba a Blasco Ibáñez, todo lo que decía Blasco Ibáñez, para él era el líder máximo. Entonces en mi casa, no; íbamos a misa, íbamos a la iglesia por el qué dirán, porque en aquellos tiempos había que ir, pero nosotros íbamos a ver quién venía o quién salía o quién entraba.

CR.- ¿Pero y tu madre, tu madre dices que era de otro partido?

AB.- Bueno, de otro partido también... Social, no sé cómo, no me acuerdo ahora... Soriano se llamaba el otro jefe, pero no sé qué clase... era de izquierdas también.

CR.- ¿Y tu madre sí hacía actividad de partido en aquella época?

AB.- No, no, no, en aquella época no creo que ninguna mujer se lanzara si no era la hija de Blasco Ibáñez, Libertad.

CR.- Oye, Amparo, entonces, esto, hiciste la primera comunión por, por aquello de que ibas a un colegio católico...

AB.- Sí.

CR.- ... pero no porque... en tu casa no te daban educación religiosa, ¿o sí?

AB.- Bueno, sí, sí, pero no eso de cenar... o sea rezar en la mesa antes, no, no; ni cuando nos acostábamos rezábamos y todo eso, ¿no.

CR.- Liberales, ¿no?, liberales.

AB.- Sí, sí, liberales.

CR.- Bueno, entonces dices que empiezas a ir a la escuela ¿a las franciscanas has dicho?...

AB.- A las franciscanas.

CR.- ... que era el colegio más...

AB.- No, no, "más" no; era uno de los colegios de monjas, pero no el más popof, no. Pero allí llegábamos...

CR.- Bueno, pero siendo de paga, siendo de paga había...

AB.- Sí, sí, siendo de paga y monjas, San Francisco de Asís. Entrábamos a las ocho de la mañana y salíamos a las seis y pico de la tarde.

CR.- Comíais allí...

AB.- Comíamos, nos traían la comida de casa.

CR.- ¡Ah, os llevaban la comida de casa!

AB.- Sí, porque mi mamá quería saber qué es lo que comíamos, porque a veces no comíamos; entonces a las doce y media mandaban a la muchacha con la canasta con la comida.

CR.- Bueno, entonces os llevaban la comida al colegio y allí os...

AB.- Sí, allí nos, mi hermana la mayor nos servía, porque teníamos un comedor para nosotros, para las que nos traían la comida

de casa, allí nos repartíamos... bueno, mi hermana repartía la comida que era la mayor, y venía hasta mi hermano Manolo, que tenía creo que tres años, venía a comer.

CR.- Al colegio de monjas iba también. ¿Y entonces decías antes que habías estudiado hasta los doce, hasta los once...?

AB.- Trece años.

CR.- Trece años, o sea...

AB.- Hasta el sexto.

CR.- ... hasta el sexto de la primera enseñanza.

AB.- De la primera enseñanza, sí.

CR.- ¿Y qué os enseñaban en la escuela, Amparo?

AB.- Teníamos la suerte que tuvimos una escuela muy buena, por que era la mejor escuela pública que había en Valencia.

CR.- O sea... eso fue posterior, ¿hasta qué edad fuiste a la escuela de monjas?

AB.- Ay, pues mira, es que iría...

CR.- Más o menos.

AB.- ... hasta los diez o once años, porque después pasamos un año o dos en casa con profesora particular.

CR.- ¿Y esto por qué? Esto se usaba bastante, ¿verdad?

AB.- Se usaba bastante, yo no sé por qué, porque era todo el día estar en casa y no, como que no, a mí... hoy en día yo no lo haría, porque entonces el niño no tiene, no tiene contacto; aunque nosotros salíamos mucho a jugar, porque vivíamos enfrente de un paseo que era la Gran Vía y

entonces salíamos mucho a jugar allí, ¿comprendes?, pero no tenías contacto. Pero claro, yo creo que mi mamá estaba un poco asustada de llevarnos a un, a un colegio donde iban los hijos de los porteros y todas esas cosas, bajados como quien dice...

CR.- ¿Entonces tú hasta qué año cursaste en el colegio de monjas?

AB.- Muy poco, no sé si sería hasta el segundo o tercer... no, bueno, segundo o tercero, porque después llevé un año o dos en casa con la profesora y ya entré en cuarto en la escuela del gobierno.

CR.- ¿Y notaste mucho cambio entre la escuela de monjas y la escuela estatal?

AB.- ¡Ay sí, sí! la escuela de monjas era horrible, horrible.

CR.- ¿Y en la escuela de monjas aprendías a coser por ejemplo?

AB.- A coser, era lo que más te enseñaban, a bordar, porque... y a rezar y a cantar, porque yo no me acuerdo ni de las matemáticas, ni de sumar, ni de nada, sería muy chica también; y leer era con el puntero y el cartelón allí, completamente horrible.

CR.- ¿Y la escuela estatal era mixta?

AB.- No, no, entonces todavía no, esa escuela no... bueno, la nuestra no, eran niñas nada más.

CR.- ¿Y en la escuela estatal tenían maestros y maestras?

AB.- No, maestras nada más.

CR.- Nada más maestras. ¿Y cómo era el ambiente de la escuela estatal?

AB.- Pues bueno, bueno era, porque pues aunque fueran chicas ¿qué te digo yo?, así, más obreras, pero yo tengo... mira, Amparo Látorre López Fando éramos compañeras de pupitre, así es que ella misma te lo puede decir. Yo la conocí allí.

CR.- ¿Oye, y recuerdas muchas amistades de la escuela...?

AB.- Pues sí porque mira, esta amiga mía que vino hace ocho o quince días, veinte días que estuvieron aquí, cuando vosotros estabais de viaje creo, era una amiga de la escuela, sí.

CR.- O sea que conservas amistades todavía de aquella época.

AB.- Sí, sí, de la escuela. Sí, sí, porque yo me llevaba muy bien con ellas, o sea como que estaba en mi ambiente.

CR.- ¿Entonces hasta qué edad fuiste a la escuela estatal?

AB.- Pues a los trece años. A los catorce ya nació mi hermana la chica y yo ya dejé de ir a la escuela.

CR.- ¿Por qué dejaste de ir a la escuela?

AB.- Porque ya llegué al sexto, ¿no?, entonces pues ya tenía que ir al conservatorio... ¡ir al conservatorio!, al instituto o a la Normal de maestros; allí ya se había acabado la enseñanza, ¿no?, porque había sacado hasta el sexto año, esas escuelas no tenían más que hasta el sexto.

CR.- ¿Y es que no quisiste seguir estudiando?

AB.- No, no, pues ya me metí a casa, a los trabajos de la casa.

CR.- O sea que a los doce años ya, o trece, ya prácticamente...

AB.- Trece o... a los catorce ya estaba metida en la casa, ¿no?, ya no... Después sí fuimos a una escuela, por la noche, de matemáticas, a veces íbamos a la escuela de taquigrafía y a la escuela de dibujo a San Carlos; por la noche, de siete a ocho o de seis a ocho, íbamos y así salíamos un rato, porque si no no salíamos a la calle.

CR.- Te pasabas todo el día en casa trabajando.

AB.- Todo el día en casa trabajando. Cuando ya, ya a esa edad pues ya no vas a salir a jugar, a correr a la calle tampoco. Entonces... y la niña que ya había nacido, porque entonces teníamos una niña chiquitita, había que cuidarla.

CR.- ¿Cuántos años le llevas tú a tu hermana la menor?

AB.- Trece o catorce le llevo, justo.

CR.- Ah, nació entonces.

AB.- Entonces nació, y entonces mi madre dijo: "Ya está bien de ir a la escuela".

CR.- ¿Qué recuerdas de esta escuela, así, algo que te venga a la memoria?

AB.- Pues mira, me acuerdo que la profesora era muy rígida, pero todos comprendíamos que, que era muy buena profesora, enseñaba muy bien, muy bien, muy bien. Yo era muy amiga

de las matemáticas, a mí lo que más me gustó eran las matemáticas. A mí la gramática estaba de sobra, a mí me importaba igual que fuera de alta como de baja, que h... eso nunca llegué a comprenderlo; porque no lo enseñaron bien, no entré yo en la gramática. En cambio sí, la aritmética para mí, que a tantísima gente no le entra, era la que más: las divisiones, todo eso a mí me encantaba, las reglas, todo eso. Y ya te digo, nos enseñaba a coser y a bordar por la tarde, y nos daba geografía por la tarde y por la mañana... se nos dejaba mucha tarea, yo iba acarreadísima para hacer la tarea; porque por la noche después de cenar, entonces me ponía a hacer la tarea con mi papá.

CR.- Porque simultáneamente a ir a la escuela seguías haciendo trabajos en casa.

AB.- ¡Ah sí! Llegabas a casa a la hora de comer, preparabas la comida, comías, fregabas los trastes, te ibas corriendo y siempre matabas a la abuelita por el camino porque llegabas tarde: "¿Y por qué, Bonilla, por qué llega usted tan tarde?" "Ay, es que mi abuelita se puso enferma..." Pero porque teníamos que quitar la mesa, limpiar los trastes y todo. La escuela se abría a las dos, llegábamos a las tres; casi no bordábamos y ya teníamos que hacer o matemáticas o geografía, pero en fin, así era.

CR.- ¿Y teníais la misma maestra para todo?

AB.- No. Había, estaban los párvulos, que creo que estaba eso,

hasta el tercer año, y el cuarto año, quinto y sexto lo daba esta profesora que ya te digo.

CR.- ¿Todo, todos los grados, todos juntos?

AB.- El tercero, el cuarto... no, el cuarto, el quinto y el sexto, que...

CR.- El sexto.

AB.- ... era por secciones. Y ya éramos como cuarenta, como cincuenta de cada grado, ¿eh?, cuarenta niñas o más de cada grado, trabajaba muchísimo.

CR.- Entonces de esta escuela dices que recuerdas a esta maestra.

AB.- Sí, mucho, porque era una gran persona y... claro, nos reñía como era natural, pero yo si hubiera podido volver a Valencia y ir a verla, la hubiera visto. Porque esta amiga que vino el otro día, ella es maestra, y tomó, cuando ella fue maestra, tomó la escuela esta, por la noche daba unos cursos allí, que había escuela nocturna. Y entonces bajó doña Juana, que vivía arriba, la profesora, viejita, viejita, y dice que entró y dijo: "Quiero saber quién está de profesora aquí". Y entonces esta amiga, Asunción, se levantó y dijo: "Doña Juana, que soy yo". Dice que fue un momento de emoción grandísimo, porque una de las alumnas estaba allí de maestra. Y después ya doña Juana dice que murió, tenía una hija, yo recuerdo; y ella murió, pues claro, era ya muy mayor, cuando yo empecé a

ir a la escuela ya era una señora ella, ya su hija tenía, ya estaba terminando magisterio la hija.

CR.- ¿Y cuando tú saliste de la escuela volviste a tener contacto con esta maestra o ya no?

AB.- Bueno, mi hermana Josefina siguió yendo un año o dos más que yo, porque ella era más chica, iba un año más retrasada; pues no, no la vimos mucho, yo no la vi mucho, a veces la veía pero no mucho, no mucho.

CR.- Bueno. Si nos situamos ahora en la historia de España, ya concretamente, yo calculo que tú terminas, por la edad que dices que saliste de la primera enseñanza, en 1929, a los trece; o sea a los trece años tú ter...

AB.- No, no, no. ¡Ah!, 29, sí, justo, sí, antes de la República.

CR.- Antes, justo antes de la República, o sea que estos años tuyos eran en plena dictadura de Primo de Rivera.

AB.- Dictadura, sí, es lo que te digo yo.

CR.- ¿Tú, tú cómo recuerdas esta época política de España, la dictadura?, porque supongo que de la época de Alfonso XIII no te acuerdas de nada.

AB.- No, no, pues de Primo de Rivera... pues yo no podía comprender muchas cosas, pero había mucho desosiego y muy mal, muy mal, muy mal los trabajadores, y las huelgas que vinieron después en el 31 y 32, la de Asturias y todo eso, muy malas, muy malas.

CR.- ¿Y en este, en este momento tu padre, económicamente, si-

guió mal?

AB.- Mal, mal, mal. España... Valencia estaba muy mal, muy mal, días de mucha necesidad.

CR.- O sea, después de la Primera Guerra Mundial que tu padre tuvo un auge económico...

AB.- Sí, después bajó.

CR.- ... después vino una decadencia ¿y en tu casa ya no se volvió a sentir auge económico?

AB.- Pues no, no se volvió a sentir, no, no se volvió a sentir, no. Hasta... vino la guerra y aún estábamos nosotros mal; se casó mi hermana la mayor en marzo del 36 y estábamos mal.

CR.- ¿Qué hacías durante esta época -vamos a situarnos hasta tus trece años más o menos, para ir por periodos-, qué hacías por ejemplo en tus ratos libres, si es que los tenías?

AB.- Pues coser, coser, porque a mí me encantó siempre coser; entonces como mi madre sabía coser, me enseñó a coser y a repasar calcetines y a poner pedazos a la sábana y a descoser abrigos y volverlos a remendar; a coser y hacer labores, que hacíamos muchas labores.

CR.- ¿Y por ejemplo reuniones con amigas tenías?

AB.- Muy pocas, muy pocas.

CR.- ¿El cine por ejemplo?

AB.- Pues íbamos muy poco porque no había dinero.

CR.- ¿Y juegos, así...?, bueno, ya has dicho lo del parque, pero ya no tenías edad.

AB.- Ya no teníamos edad. Lo que nos salvó fue que íbamos en el verano a unas casitas, pues económicas verdaderamente, que había en un pueblecito de la montaña y ahí pasamos pues unos años, en el verano, bastante buenos. Pero ya en el año 31 o 32 ya dejamos aquello, también por la situación, y ya no salíamos tampoco los veranos.

CR.- Por la situación económica, claro, porque sí se estilaba entonces salir de veraneo.

AB.- Salir de veraneo, claro. Pero es que nosotros éramos muchos; cuando no le faltaba al uno zapatos, le faltaban a todos.

CR.- Claro.

AB.- Eso es indiscutible.

CR.- Claro. Bueno, entonces, esto, a partir de los trece años pues tú prácticamente ya te quedas en casa llevando una vida rutinaria digamos; claro, supongo que verías a tus amigas, etcétera...

AB.- Sí, sí, claro, salíamos, y pues algún día tocaba que, no sé, que salíamos a jugar, pero como yo tenía la hermana chiquita entonces yo me dedicaba a la pequeña, y la pequeña la llevaba en brazos todo el día a donde iba yo.

CR.- O sea que a tu hermana la pequeña la criaste tú.

AB.- La crié yo hasta el día que me casé, la entregué de ocho

años. Todos los sarampiones, todas las enfermedades las pasó conmigo. A mí me pusieron el mote "Amparín la de Mari Carmen", y yo la llevaba siempre aquí, así sentada, y yo a jugar. Los domingos cuando terminábamos de comer limpiaba los trastes, y decía mi mamá: "Bueno, ¿qué vas a hacer?" "Ah, pues me voy a ir a la juguetería a enseñarle los juguetes". Cogía a la nena y me marchaba por cerca de casa que era una zona comercial a enseñar los juguetes a...

CR.- ¿Y por ejemplo tus otras hermanas qué hacían mientras tanto?

AB.- Pues mi hermana mayor llevó más vida de amigas que yo, ¿no?, porque no sé, tenía... había ido a la escuela de comercio, había ido a San Carlos y tenía otra...

CR.- Tenía relaciones.

AB.- Sí. A veces las amigas eran comunes, pero no sé, ella podía alternar de otra forma. Y la otra era más pequeña que yo, entonces se venía conmigo, Josefina, y Manolo. Me los llevaba yo, y a todos los amiguitos de la Gran Vía, por la calle, a ver los aparadores. Entonces recuerdo que cerca de casa había una casa de juguetes que era de Pepita San Perla, belleza que fue Miss Mundo, la primera que hubo, y ella estaba allí; entonces íbamos a verla por la ventanilla de la caja, que ella estaba de cajera, y allí ya tenía mos... pues esa era nuestra diversión. O plantaban la feria cerca de casa y entonces subías a los niños a los ca-

ballitos y todas esas cosas, unas cosas pues inocentes, pero claro, la edad que teníamos y tenías que entretener a los niños. Porque mi mamá tenía seis, pero ella decía: "Te vas a tal habitación -la casa era muy grande-, te vas al almacén -el almacén era, después del jardín que teníamos, un cuarto que había hecho mi padre para meter las suelas, las pieles, los zapatos- a jugar con todos los niños". Entonces venían mis primos que se habían quedado sin madre, unos primos, hijos de un hermano de mi mamá, y los mandaban a mi casa; entonces en vez de cinco o seis, éramos siete u ocho. Anda, todos al almacén y Amparín los entretenía. Y así, yo era pues lo que hacía. Hasta que ya pues ya vino un poco... ¿qué te digo yo?, dieciséis años, a los dieciséis años creo que fue cuando me fui a estudiar corte.

CR.- Ah bueno, entonces a ver, o sea que de los trece años has ta los dieciséis tú llevaste esta vida.

AB.- Esa vida.

CR.- ¿Y a los dieciséis qué sucede?

AB.- Bueno, a los dieciséis yo recuerdo que mi padre estuvo muy grave, y entonces él me acuerdo que me llamó un día y me dijo que, pues que se sentía muy mal y que quería que yo decidiera qué iba a hacer. Porque mi padre siempre quiso que yo fuera maestra; entonces como se había pasado el tiempo y yo no había ido a la Normal ni había he-

cho nada, pues yo le dije que quería ser maestra de costura. Entonces mi padre dijo: "Pues sí, hay que hacer lo que se pueda para que Amparo vaya a estudiar". Entonces mi mamá me metió en una academia, que no estuvo muy acertada porque no era muy conocida la academia, en vez de llevarme a la Martí, que era pues lo mejor, ¿no? Entonces me llevó a una de unas señoras que, bueno, pues me enseñaron a coser y a cortar y a dibujar, y yo hice la carrera en un año, que a nadie se la consentían. Porque claro, esto, el negocio es que te pases un año dibujando, dibujando, dibujando y después otro año para sacar el título, pero claro, en mi casa no podía ser, era... se pagaban treinta pesetas, creo, al mes.

CR.- Al mes.

AB.- Y después el título valía quinientas o setecientas, algo así. Entonces mi madre decía: "Tú corta ese vestido y lo traes a casa, y por las mañanas en casa lo coses".

CR.- ¿A qué hora ibas a la academia?

AB.- Por, iba por las mañanas... no, o iba por la mañana o iba por la tarde, pero iba, por la mañana creo que era de once a una, dos horas, o por la tarde, según los días, ¿verdad?, tres días a la semana, así. Y entonces pues yo, claro, adelanté mucho, avancé porque ya tenía idea y me gustaba. Entonces me hacían dibujar y pues la profesora se enfadaba porque yo llegaba con un corte de vestido para

que lo cortara, y la profesora se enfadaba: "¡Su mamá qué se cree, que usted en un año...!" En un año saqué la carrera y saqué el título, y al año siguiente puse yo academia en mi casa. Yo tenía diecisiete años cuando puse academia en mi casa, con más discípulas que tenían mis, mis profesoras. Y entonces yo tenía que ir a ellas a comprarles el, el libro de corte, las reglas y las plantillas, y me dijo: "Bueno, ¿para qué quieres tantas?" "Ah, porque ya tengo ocho alumnas". Entonces yo daba por la mañana y por la tarde y después cosía para afuera.

CR.- O sea que a los diecisiete años empezaste a trabajar ya en serio.

AB.- Pero no me duró mucho porque vino la guerra, porque esto creo que fue el 34 y en el 36 vino la guerra.

CR.- O sea tú en el 34 ya habías terminado tu carrera.

AB.- Acabé la carrera. Yo empecé creo que en 34 y acabé en el 35, de octubre a octubre, sí; y de 35 a 36...

CR.- Estuviste dando clases.

AB.- ... dando clases.

CR.- ¿Y esto te significó algo económicamente, ganaste económicamente?

AB.- Bueno, sí gané, claro, para la casa; porque para mí nada, ni pensarlo, pues todo iba para la casa, pero sí, sí, porque yo...

CR.- O sea fue una ayuda para tu casa.

AB.- Fue una ayuda para mi casa, y cosía.

CR.- Y aparte cosías para afuera.

AB.- Para afuera.

CR.- ¿Y aparte seguías haciendo el trabajo de la casa?

AB.- Sí, seguía haciendo el trabajo de la casa.

CR.- ¿Y cómo te daba tiempo de todo?

AB.- Pues mira, buscabas tiempo. Porque mi hermana entonces se iba a San Carlos -y no, no sacó carrera ni sacó nada, se casó con el profesor, es lo único que sacó. Y mi hermana Josefina y eso... pero pues bueno, sí, porque te organizabas. Te levantabas temprano, organizabas y... las chicas venían a las once de la mañana y yo me marchaba al cuarto aquel de allí detrás y les daba clase, y después por la tarde tenía o no tenía y cosía, y los domingos cosía. Mi mamá siempre me decía: "No aprendas a coser porque te pasarás los domingos cosiendo y tus hermanas se marcharán". Pero yo aprendí a coser y me pasaba los domingos cosiendo. Pero eso no tiene nada...

CR.- ¿Y para ese entonces tenías novio?

AB.- No.

CR.- ¿No?

AB.- No, yo no he sido... nunca he tenido novio yo, más que el novio que me casé, otro tuve pero...

CR.- ¿Pero y entonces en qué año te casaste?

AB.- Yo me casé en el año 38, a principios del 38.

CR.- Ah, en el 38, o sea ya muy avanzada la guerra.

AB.- La guerra, sí.

CR.- ¿Y cuándo conociste a este chico?

AB.- Bueno. Yo tuve otro novio antes que él, porque cuando vino la guerra cambiaron las cosas. Las chicas...

CR.- ¿En qué sentido cambiaron?

AB.- Cambiaron porque las chicas de la academia ya se marcharon, evacuaron para un lado, para otro; aunque Valencia no fue de los sitios que evacuamos, pero se marcharon y dejaron ya, aquello se deshizo, lo de la academia. Entonces mi hermana ya se había casado con Tónico Ballester, y claro, todos en casa de Tónico eran comunistas; entonces se metieron mucho con mi madre y con nosotras, con mi hermana Josefina y conmigo, y dijeron: "No, vosotros tenéis que ir a la calle a luchar", dijo Manolita y Pepe Renau y Rosita. Y a nosotros pues nos vino muy bien, porque estábamos encarceladas, pues nos vino bien.

CR.- ¿Y tu padre, en ese sentido, lo aceptó y tu madre?

AB.- Mi padre y mi madre, sobre todo a mi madre le costó mucho y a mi padre también. Pero bueno, como nos pusimos a trabajar y ganábamos dinero...

CR.- ¿Este trabajo era tu academia?

AB.- No.

CR.- Fuera.

AB.- Ya la academia había terminado en ese sentido. No, en la

guerra nos pusimos a trabajar.

CR.- ¿En qué trabajaban?

AB.- Yo trabajaba en el hospital, en el Hospital Militar de Valencia, de enfermera, aunque no tenía la carrera. No es que era enfermera; ahí fue el caso de que vinieron los rusos, no las Brigadas Internacionales sino...

CR.- El Socorro Rojo.

AB.- ... los rusos, vinieron chicas de los rusos, y venían heridos; bueno, entonces empezaron a venir las Brigadas Internacionales, entonces venían muchos heridos. Entonces el partido* planteó de que esta gente tuviera una persona que los supiera tratar, que, que los mimara, que los atendiera personalmente, ¿comprendes?, no con los enfermeros; porque entonces en el Hospital Militar no había más que una enfermera que era la anestesista, nada más, no había ninguna mujer más, y los enfermeros no los trataban bien. Entonces el partido acordó de que había que buscar una persona de confianza que tuviera buen carácter, que tal, que fuera joven; entonces Rosita dijo: "Amparo". Yo ya me había metido en el partido.

CR.- Eso te iba a preguntar, ¿tú ingresaste al partido?

AB.- En agosto, al partido, en agosto del 36 ingresé al partido.

CR.- Con carnet y todo...

AB.- Sí, sí.

* Partido Comunista Español.

CR.- ... como militante.

AB.- Sí, como militante, y al Socorro Rojo también. Entonces el partido, por mediación de Renau, me mandó allí, al Hospital Militar.

CR.- ¿Te pagaban un sueldo o no?

AB.- Trescientos pesos, sueldo de miliciano...

CR.- Pesetas.

AB.- ... que me lo pagaban los rusos; que renegaban, bueno, pero me pagaban, ¿no?; que después mi madre ya callaba porque traías dinero para casa, ¿no? Bueno, entonces allí estuve bastante tiempo trabajando y, y sí, pues yo creo que me porté bien. Y allí conocí a un muchacho y me puse en relaciones con él, un militar que era de Sanidad, pero no, se acabó aquello, tres meses o no sé. Y después, entonces yo salí de allí y entonces me metí en Ayuda Infantil, que ahí sí trabajé muchísimo, que fue cuando venían los refugiados de Madrid, los niños y las madres. Y como yo estaba en contacto con el Socorro Rojo, ahí sí hicimos muchísimo trabajo; que ahí yo conocí a muchísima gente que ahora pues no te puedo decir los nombres, pero trabajé con muchísima gente que había aquí también.

CR.- Oye Amparo, un momento, antes de que entraras a trabajar en la Ayuda Infantil, ¿en el hospital qué tipo de trabajo hacías?

AB.- Ah bueno, yo te digo. En el hospital les hacía compañía,

les compraba las cosas que ellos necesitaban -tuve que aprender las cosas más elementales del ruso. Pero pasó una cosa, que los españoles protestaron, entonces yo tenía que tener una mano izquierda porque se enfadaban. Claro, yo estaba en el piso de los oficiales, porque todos los rusos eran oficiales, y entonces vino Virgilio Llanos, que era comisario del centro; entonces yo atendí a Virgilio Llanos, a dos o tres grandes, y franceses muchos, porque yo decía: "¿Por qué los rusos van a tener...?" Y ellos sabían que a mí me habían metido los rusos, pero en fin, yo siempre me acercaba a todos y con Virgilio tuve una gran amistad. Después había también otro problema, de que había allí preso, no sé si era un comandante o algo, tenía una gran categoría, pero estaba, estaba... era fascista, era un viejito fascista, y ese hombre lo tenían allí, como enfermo pero... encarcelado o sea. Entonces un día lloraba él, yo me acerqué y como, humanamente le dije: "No, pues esto, yo lo voy a cuidar, lo voy a atender", porque le daban la comida fría y se la dejaban tirada; yo le dije: "no, yo se la voy a calentar, se la voy a traer". Bueno, yo llegaba para todos, era muy joven y llegaba para todo. Y había también un francés... bueno, dentro de todo lo pasaba bien porque era gente muy buena. Yo los rusos eran los que peor me caían porque no los entendía, pero después me iba con ellos a comprar colonia,

que era lo que más le encantaba, a acompañarlos y todo esto. Y conocí a bastantes rusos y aprendí algunas cosas, lo más elemental que necesitaba para estar con ellos. Y después ya tuve que... aquello se deshizo, o sea a los rusos se los llevaron porque pues Stalin los llamó a aquella Cheka y... muchos problemas que hubieron, ¿no?, y se los llevaron. Pero yo seguía atendiendo a los franceses, pero de cuando en cuando me bajaba a los, a los soldados rasos de abajo, ¿no?, y lo pasaba re'bien con ellos porque ya estaban contentos: al uno le decía una cosa, a otro le hacía otra, le lavaba la cara porque decía que los enfermeros no sabían...

CR.- ¿Oye Amparo, y todos estos soldados venían de cuál frente, del frente...

AB.- De Teruel.

CR.- ... más cercano, de Teruel.

AB.- De Teruel eran. Y me acuerdo una cosa...

CR.- Y había, perdón, y había de todos los partidos, supongo que había bastante...

AB.- No, no, no, de todos los partidos, pero entonces el Partido Comunista era muy fuerte, muy fuerte, muy fuerte, porque fue el partido más fuerte. Claro que entrábamos sin pedir los más; yo sí porque tenía quien me avalara, ¿no?, tenías que avalarlo, pero era más masa que cuadros, ¿no?

CR.- ¿Y en algún momento, paralela a este, paralelo a este trabajo digamos cotidiano, realizaste algún trabajo o llevabas algún curso de tipo político?

AB.- No, de tipo político no nos daba tiempo, pero sí teníamos reuniones de "C" en el, en el radio que nos correspondía. A mí me correspondía en el radio centro y ahí conocí a mi marido, en la misma "C" que yo. Y trabajábamos, yo era secretaria...

CR.- Reuniones de "C", perdón, son reuniones de célula.

AB.- De célula. Ahí tenía... yo era secretaria de propaganda, en la "C".

CR.- O sea que era simultáneo realmente tu trabajo.

AB.- Sí, sí, por las noches teníamos que ir a la reunión de "C" el día que nos tocaba, ir a las manifestaciones y pegar pasquines por las calles, que mi mamá me cogía y me daba cada paliza a mí, a los diecinueve años.

CR.- ¿Te pegaba?

AB.- Claro, porque mi hermano el chico era muy... me quería mucho, yo era, entonces yo era de propaganda y tenía que salir por las madrugadas a pegar pasquines; entonces cuando todos dormíamos, agarrábamos el caldero y los pasquines y nos íbamos por toda la barriada. Y había veces que mi madre se daba cuenta y cuando abría la puerta, abríamos la puerta, nos esperaba ella, cada bofetada: "¡No te da vergüenza, no te da vergüenza!", pero nos dejaba salir. O vender el periódico en el paseo, .. de la Pasionaria. Entonces mi madre le... callaba por muchas cosas, pero por otras nos quería, porque su mentalidad y su personalidad no admi

tía ese golpe, ¿comprendes? Y entonces mi hermana Josefina entró a trabajar... el central del partido vino a Valencia, que fue cuando se vino el gobierno.

CR.- El gobierno.

AB.- Entonces Josefina entró a trabajar, por Renau también, al comité central, de telefonista. Entonces hubo... yo salí del hospital; después salí, ya pasó lo del, esto, Infantil, donde... Ayuda Infantil, ya vinieron todos los madrileños y malagueños y todo, los colocamos en... Ah, y yo también, había olvidado, trabajé primero en... primero que nada trabajé en el Socorro Rojo.

CR.- ¿Antes del hospital?

AB.- Antes del hospital, en el Socorro Rojo, porque ahí fui a organizar un taller.

CR.- ¿De qué?

AB.- De costura. Ahí yo salí en los periódicos, ahí sí.

CR.- Para, para que se hiciera ropa para el frente...

AB.- Para el frente no, para los mismos niños. Porque aquello era un convento de monjas y lo tomó el partido, y entonces la "C", el radio Museo se apoderó de aquello, bueno, se hizo cargo de aquel convento, de aquel internado podíamos decir. Y habían maestras y entonces yo fui a organizar el taller, y formé un taller con compañeras que venían a trabajar, y hacíamos ropa, vestidos para las niñas y camisas para los niños. Entonces estuve allí primero.

Y entonces fue cuando me fui al hospital, me dijo Rosita: "No, aquí haces más falta". Entonces salí de allí y me fui allí y andábamos de un lado para otro. Después...

CR.- Y después te fuiste al, a la Ayuda Infantil.

AB.- A la Ayuda Infantil fue primero que al hospital, me parece, ¿no?

CR.- Me dijiste que primero al hospital, pero bueno, da igual.

AB.- Es igual.

CR.- ¿Y el trabajo que hacías en Ayuda Infantil qué era?

AB.- En la Ayuda Infantil era: venían los vagones con la gente, entonces era recogerlos, llevarlo a bañar, llevarlos a bañar, y después llevarlos a desayunar, y después ya ir entregándolos por grupos a donde, esto, para concentrarlos.

CR.- ¿Y tenían lugares especiales para concentrarlos?

AB.- Para concentrarlos, en las afueras o en los pueblos.

CR.- ¿En casas...?

AB.- En casas, y después mucha gente pedía niños. Yo me metí ahí a repartir niños, que después casi me matan las madres, pero en fin. Pero mi...

CR.- O sea a ubicar niños en familias.

AB.- Niños. Porque había muchas familias que querían niños. Entonces pues venía una mujer que tenía seis hijos, pues bueno: "Mire, me va a dejar a mí dos, llévese usted cuatro, o déjeme cuatro y llévese dos, y a los pequeñitos se

los lleva usted y yo le coloco éstos, yo les voy a decir dónde".

CR.- Oye, ¿y esto, al colocar estos niños qué los colocabas, de una manera definitiva o provisionalmente?

AB.- No, provisionalmente y con personas que fueran de confianza y que pudieran tenerlos, ¿no? Lo que a mí me pasó es que me falló una.

CR.- ¿Cómo te falló?

AB.- Me falló porque era... ella no tenía hijos y su marido estaba en el frente, entonces me dijo que quería una niña. Y yo le dije a una de las compañeras que llegaba, ¿no?: "Mira, yo te voy a colocar esta niña en una familia que no tiene nadie y es una señora que está sola" y tal. Bueno, entonces un día... esa compañera la llevaron a las afueras de Valencia, pero un día vino a casa -yo le di mi dirección, todo- y preguntó por mí. Mi mamá le dijo: "Pues mire, está trabajando". "¡Es que quiero mi hija, que me entregue mi hija, y quiero mi hija!" Bueno, entonces mi mamá me habló por teléfono y me dijo: "Oye, que aquí hay una señora que busca a su hija". Dije: "Ah bueno, pues dile que me espere, que voy yo y se la recojo donde está", que era amiga de una hija de mi portera. Entonces me fui y me dijeron los vecinos: "No, esta señora ya no está aquí, se marchó al frente a ver a su marido". "Bueno, ¿y la niña?" "Ah, no sé qué ha hecho de la niña". Yo me mo

ría, porque yo decía: "¿Bueno...?" Y mi mamá, claro, imagínate la que me dio, por arregladora ahí, a meterme. Y yo le dije: "Bueno, mire, la señora no está, pero..." no sabía cómo arreglarlo. Entonces empecé a indagar, a indagar, me fui al Socorro Rojo, entonces les dije: "Bueno, compañeros, aquí hay que arreglar este problema, porque yo la entregué y ahora..." "¿Ah, qué niña es?" "Fulana de tal". "Pues sí, nos la vino a entregar una señora porque se iba al frente". Pero yo le había dicho a esta señora: "Usted el día que pase algo, ya sabe donde estoy, me avisa". Y la recogí de allí y se la fui a entregar a la madre, pero lo que pasé de angustia, horrible, ¿no?, ¿comprendes? Y después ya de todo este trabajo, faltó una telefonista en el central y me fui yo de telefonista.

CR.- En el comité central.

AB.- En el comité central. Claro que allí tenías que entrar porque éramos quien éramos, porque allí no podía entrar cualquiera.

CR.- Claro. Oye, tú antes habías dicho, que te interrumpí, que habías tenido un novio que habías conocido...

AB.- Ah, sí. Ese... en el hospital.

CR.- ... en el hospital.

AB.- Pero resultó pues... era teniente, todo un vivalés, ¿no?, pues como iba todo a río revuelto, ¿no?... Entonces uno pues no estaba acostumbrado a eso y parabas los pies.

Entonces mis padres pues se pusieron muy enfadados conmigo y, y una noche él se marchaba al frente y no me dejaron despedir y me pasé toda la noche llorando; pero aquel hombre se marchó al frente, al frente o... de maniobras, yo no sé, se marchó. Y mientras yo conocí a mi marido en la "C", donde íbamos a la reunión del partido, y ahí nos hicimos novios.

CR.- ¿Qué edad tenías entonces?

AB.- Veinti... veintiún años creo, veintiuno, porque fue en el 37.

CR.- Veintiuno.

AB.- Veintiuno.

CR.- ¿Tu marido qué era en aquel momento?

AB.- Mi marido en aquel entonces era policía secreta, pero trabajaba en el comité central, era policía secreta para el comité central. Bueno, era de carrera policía secreta, pero estaba de escolta de uno de los dirigentes del partido...

CR.- De uno de los dirigentes.

AB.- ... pero más que nada era el comodín.

CR.- ¿Qué, qué... él era valenciano?

AB.- Sí, él era valenciano.

CR.- Y antes no lo habías conocido nunca.

AB.- No, nunca, nunca lo había conocido.

CR.- ¿Y cuánto tiempo fuisteis novios?

AB.- Tres meses.

CR.- ¡Tres meses! Y a los tres meses te casaste.

AB.- Me casé. Sí, me puse el día nueve de feb... de noviembre y me casé...

CR.- ¿De qué año?

AB.- Del 37, y me casé el nueve de febrero del 38. Porque él... entonces, eh, el gobierno lo mandaron a Barcelona y él se tuvo que ir.

CR.- Con el comité central.

AB.- Con el comité central. Entonces nosotros teníamos que ir pero mis padres no nos dejaban, y entonces fue un problema muy grande en la casa.

CR.- Porque supuestamente tu hermana, tu hermana y tú...

AB.- Josefina y yo trabajábamos en el comité central.

CR.- O sea que os debíais de haber trasladado a...

AB.- Todo el personal se trasladaba con el comité central, pero mis padres no nos dejaron ir. Entonces nosotros pensamos fugarnos y marchar; yo ya tenía relaciones con mi marido y dije: yo me voy. Pero entonces mis padres se enteraron y no te digo la que se armó. Entonces mi padre, me acuerdo que una noche vino... porque nosotras había veces que salíamos a las once, a las dos de la madrugada, venía mi hermano por nosotros, que era más pequeño que nosotros, pero mi ma... mis padres pues no se hacían a aquella vida, ¿no? Entonces mi padre vino un día por mí y

me dijo que él sabía que nosotras pensábamos fugarnos y marcharnos con el partido, que entonces significaba que el partido era más para nosotros que ellos. Dijo mi padre: "Bueno, si yo te dijera, ¿tú qué vas a elegir?" Le dije: "No, yo el partido".

CR.- ¿El partido le dijiste?

AB.- Claro. Fue la desilusión más grande de su vida, contó después que él nunca sintió una pena tan grande. Pero no nosotros entonces estábamos entregadas al partido, y lo que nos mandaba el partido teníamos que hacerlo.

CR.- ¿Oye Amparo, y realmente tú de vida en el partido pues llevabas poco tiempo?

AB.- Ah no, pero nos entregamos. Yo comprendo que uno se entrega así cuando es joven y está en la lucha, ¿no?, en la lu-cha, como estábamos nosotros, metidas en la lucha y en el comité central; porque otra podía haber militado muchos años en el partido, pero no llegó a ese sitio, hasta el comité central.

CR.- ¿Y, y dentro del comité central tú tenías relación con, con los dirigentes?

AB.- Con Dolores, con Jesús Hernández, con Pepe Díaz, con todos, con todos, con Checa, con todos. Aparte ellos mismos nos decían, Dolores misma siempre nos decía: "Nosotros estamos vendidas", a estas dos personas.

CR.- ¿A quién?

AB.- A mi hermana y a mí, o a la otra que había de otro turno, porque nosotros oíamos todo por teléfono.

CR.- ¿Y en ti esto qué impacto... porque yo pienso que esto en ti tuvo que causar un impacto muy grande en tu vida, cambiar de esa vida doméstica...

AB.- Doméstica...

CR.- ... y provinciana en definitiva, a esta vida tan... porque pasaste de un extremo a otro extremo, drásticamente, ¿verdad?

AB.- Pasamos... aparte no estábamos preparadas. Yo sufrí... y no, y mi hermana estoy segura que también, mi hermana más porque yo creo que era muy inteligente y tenía un carácter muy fuerte. Yo era más llevadera, ¿no?, más torpe, más llevadera. Porque a veces los compañeros se ponían un poco abusivos y tenías que empezar a dar bofetadas, con los compañeros de categoría; claro, yo no digo de Pepe ni de Checa, pero digo de otros compañeros que tenían un puesto de responsabilidad.

CR.- Sí, porque erais un par de jovencitas, guapas y jóvenes.

AB.- No, éramos, éramos... pues era Josefina Francés, la hermana, pero ésta ya venía viuda y la cosa, eh, cambia mucho, ¿comprendes?; pero nosotros veníamos de, de bajo el manto de, de mi madre a, a una cosa de éstas, y claro, no admitíamos nada, ¿comprendes? Pero nosotros allí estábamos. Yo lloré mucho en el partido porque, primeramente, cuando

me vi aquella placa con cincuenta o sesenta teléfonos que todos a la vez me llamaban, me volvía loca. Porque a mí no me dieron instrucciones para entrar allí, lo que me ayudó mi hermana, me ayudó Josefina, hasta que me puse al tanto de aquello, ¿no? Y, y en nosotros pesaba una responsabilidad grandísima y aparte teníamos que saber-nos los números de todo. Porque igual te llamaba Dolores: "Dame el número de fulano, dame el número de fulano, dame el número del comité, dame..." y se lo tenías que dar de memoria, tú tenías que responder. Y si había reunión de ellos, del comité central, hasta las dos de la mañana, hasta las dos de la mañana estabas allí. Entonces pues sí fue un golpe, pero como que te... a mí me gustó haber cambiado y haber vivido otra vida de la que llevá-bamos, porque al final nuestra vida fue eso. Yo ahora me acuerdo que sí, que también en día de Pascua y todo eso, pero dentro de la vida que llevábamos nosotros, tan monótona y tan sedentaria, que no...

CR.- Bueno. Y tú decías antes que vosotros entrasteis al partido porque tu hermana se casó con un militante del partido que era Tónico Ballester. Ahora, ¿vosotros realmente os dabais cuenta del cambio que había significado para España la venida de la República?

AB.- Sí, porque mi padre era muy republicano, él la alegría más grande que se llevó fue la República, nosotros con

la República chillamos más que nadie. Aparte vivíamos al lado de Blasco Ibáñez y en Valencia el más republicano era Blasco Ibáñez; entonces toda la gente pasaba por delante de la casa de Blasco Ibáñez, entonces pasaba por mi casa, entonces tomábamos parte de todo aquello.

CR.- O sea que realmente, aunque tú llevaste una vida muy medida dentro de tu casa, al triunfar la República empezaste a hacer un poquito de conciencia política?

AB.- Sí. Y después Tónico empezó a darnos libros, yo me acuerdo que nos dio La Revolución Mexicana. Y íbamos mi hermana Josefina y yo a un dentista, que resultó ser un fascista que se tiró por la ventana, porque los primeros días de la guerra fueron a por él y se suicidó; pero era un chico joven, nosotros íbamos allí y él tenía los compañeros de la facultad también allí con... Y un día yo llevaba, me acuerdo que tenía las tapas amarillas, La lucha de Zapata o no sé cómo se titulaba, La Revolución Mexicana y la lucha de Zapata, era algo así, me dice: "¿A ver, qué está leyendo? Oiga, ¿una chica como usted y lee eso?" Digo: "Ah, sí, ¿por qué?" "¿Pero usted sabe lo que está leyendo? ¡Esos están excomulgados!" "¿Sí? A mí no me importa". Nosotras ya estábamos muy altaneras, igual mi hermana que yo. Entonces Tónico ya nos dio libros a leer de otra cosa, de otra literatura que nosotros no habíamos leído, porque aparte mi madre era cerrada completamente y

teníamos que leer a escondidas los, los libros, ¿qué te digo yo?, a Benito Pérez Galdós...

CR.- Y a Blasco Ibáñez, supongo.

AB.- Bueno, a Blasco Ibáñez, ése entraban más porque mi padre, como era amigo de él, todo lo que hacía Blasco Ibáñez estaba bien; entonces habíamos leído de Blasco Ibáñez muchísimo y de Pérez Galdós, pero más allá no habíamos ido, no te creas, y Tónico fue cuando nos fue pasando. Y claro, después al entrar en la familia y en casa de Rosita, o sea con Manolita y Rosita, pues ya nos salimos un poco y, y comprendíamos más cosas. Ahora que yo creo que, de toda la familia, la única que se ha quedado así he sido yo, porque todos los demás...

CR.- ¿Así cómo, con esta ideología?

AB.- 'Sí. Todos los demás de mi casa, nadie, ¡nadie! Mi hermana Josefina, cuando yo vine aquí, discutí con ella... claro, puede ser que tuviera sus razones, porque aquí la gente no pudo asimilar muchas cosas, como el pacto con Alemania, porque... allí se perdió a muchísima gente; pero los que estábamos allí sí lo asimilamos, lo tuvimos que asimilar, ¿no?

CR.- Claro. Tu vida también fue diferente, ¿no?

AB.- Claro.

SEGUNDA ENTREVISTA REALIZADA A LA SEÑORA AMPARO BONILLA EN SU DOMICILIO PARTICULAR DE LA CIUDAD DE MEXICO, POR CONCEPCION RUIZ-FUNES, EL DIA 14 DE AGOSTO DE 1981. PHO/10/81. DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS CONTEMPORANEOS.

CR.- Bueno, Amparo, eh, la entrevista pasada prácticamente habíamos recorrido toda la primera etapa de tu vida que ha bía sido en Valencia. Ahora, escuchando tu entrevista, yo pienso que te debo hacer una serie de preguntas más de esta primera etapa de tu vida en Valencia, para ya luego pasar a la siguiente etapa, que aunque es muy cortita, sería tu vida en Barcelona, ¿no? Bueno, hubo una serie de cosas que yo no te pregunté en esa primera entrevista y que sí quisiera hacer un poquito de hincapié en ellas. Eh, ¿al triunfo de la República tú percibiste, en aquel entonces, cuando triunfa la República, que podría venir un cambio en la vida de España en general?

AB.- Creíamos que sí, que iba a venir un cambio. Yo era joven, pero de todas maneras creíamos que sí, que iba a ve nir un cambio, pues eso, económico y social.

CR.- ¿Por ejemplo, esto se comentó, tú recuerdas si esto se comentó en tu casa, entre tu padre y tu madre, tus hermanos?

AB.- Sí, y sobre todo los tíos, que, que venían mucho a casa y se comentaba mucho de noche todo eso, tenían esperanzas de que sí, de que hubiera pues una libertad que la gente deseaba y añoraba y quería, ¿no?; más trabajo, por

que había muy poco trabajo en aquella temporada...

CR.- O sea un cambio en el sentido económico también...

AB.- Económico.

CR.- ... aparte del político, ¿no?

AB.- Del político, el económico que hacía mucha falta.

CR.- Y... claro, esta pregunta ya se referiría un poco más a, ya en el momento en que tú empiezas a, a, pues de hecho a participar en, dentro del Partido Comunista, ¿no?, y empiezas a tener edad, ¿tú cuando empiezas...? ¿Sí, perdón?

AB.- A participar en el Partido Comunista entonces no, porque entonces es muy temprano, es el año 31.

CR.- Claro, es el año 31, tú de hecho empiezas a participar en el partido en el 36. ¿Pero tú te pudiste dar cuenta en algún momento de que con la venida de la República y con la lucha que llevaban a cabo, pues tanto el Partido Comunista, como el Socialista, como los anarquistas, et cétera, podría cambiar el papel de la mujer en España?

AB.- Bueno, yo era muy joven y entendía poco porque pues no habíamos tenido forma ni vida de, de entrar a participar en nada ni, ni llegar a penetrar, ¿no?, en esa vida de la libertad en la mujer, ¿comprendes? Todavía yo no me daba cuenta de eso porque era muy joven; ¿entonces qué tendría?, catorce años o dieciséis años... tenía dieciséis años, pero como la vida nuestra había sido muy cerrada, entonces no éramos una muchachas que pudiéramos pensar

muy, muy...

CR.- Claro, no os podíais dar cuenta.

AB.- No, no nos podíamos dar cuenta...

CR.- Bueno, entonces...

AB.- ... yo sobre todo, ¿no?

CR.- ... ¿tú realmente percibes este cambio cuando estalla la guerra?

AB.- Cuando estalla la guerra, y después en el 34 cuando hubieron tantas huelgas y hubo...

CR.- En la huelga de octubre.

AB.- De octubre, y hubieron muchas manifestaciones y -recuerdo que nosotros vivíamos en un sitio muy céntrico-, y vino la policía que era de seguridad que se llamaba, guardia de seguridad, y se echó la gente a la calle, hubieron huelgas, los tranvías pararon y todo eso. Entonces ya sí, yo ya empecé a darme cuenta que, que había otra clase de vida de la que habíamos llevado y por cuestiones políticas era todo aquello.

CR.- Claro.

AB.- Claro. Porque Valencia yo creo que siempre se destacó porque era republicana, entonces sí había movimiento republicano, sí había movimiento de masas, sí lo había. No te puedo decir el Partido Comunista; el Partido Comunista yo de entonces pues no sé, porque si había, era muy chico, ¿no?...

CR.- Claro.

AB.- ... y nosotros no habíamos llegado a penetrar en él ni, ni mi hermana había entrado todavía con Tónico ni, ni conocíamos. Nada más conocíamos lo de Blasco Ibáñez porque en aquellos alrededores nuestros había un colegio que no era católico, que se llamaba La Democracia y pertenecía a los autonomistas, los de Blasco Ibáñez, y claro, allí no había religión ni había nada, entonces ya era un avance.

CR.- Claro.

AB.- Nada más.

CR.- Bueno, entonces ahora vamos ya a situarnos en el momento en que tú entras a trabajar al partido, que fue en el 35 me dijiste, ¿verdad?

AB.- En el 36, sí.

CR.- Bueno, ya me, me...

AB.- Te conté.

CR.- ... me contaste mucho sobre tu trabajo dentro del partido. Ahora, cuando tú entras a trabajar, ya cuando llevas un tiempo trabajando en el hospital o en la infancia...

AB.- Sí, infantil, en el Hogar Infantil.

CR.- ... en el Hogar Infantil o en el Socorro Rojo, ¿qué, qué lugar o qué papel se le daba a la mujer? O quizá vamos a partir un poco de algo más particular: ¿qué lugar se le daba a la mujer, por ejemplo, en tu célula del partido?

AB.- No, entonces nosotras teníamos una abertura grande por-

que... o sea el partido sí concedía a la mujer la libertad, la libertad de acción y de todo, de posición.

CR.- Tu esto si lo percibías.

AB.- Sí, sí, eso sí lo percibía.

CR.- ¿Tú consideras que había una preparación diferente, dentro de los militantes del partido, entre hombres y mujeres?

AB.- ¿Una preparación diferente? Bueno, pasa que yo me encontraba en lo más alto del partido, ¿no?, no en la base sino en lo grande, ¿no? Entonces pues allí tenía que haber más, ¿qué te digo yo?, más conocimiento y mucha más igualdad que podía haberla en los radios o en la base del partido, porque si ellos eran los que llevaban el partido pues tenían que dar más ejemplo, ¿no?, porque eran los militantes de arriba, ¿no?

CR.- Claro, los dirigentes.

AB.- Los dirigentes.

CR.- Claro. Ahora, en cuanto al tipo de trabajo que desarrollabais dentro del partido, ¿había diferencia entre el trabajo que desarrollabais las mujeres y el trabajo que desarrollaban los hombres o era indistinto?

AB.- No, no, no, no había diferencia.

CR.- No, era parejo digamos.

AB.- Era parejo. Teníamos que pegar pasquines, los pegábamos igual nosotros que los hombres, o vender periódicos o

gritar por la calle, eso lo hacíamos igual.

CR.- Y la relación dentro del partido, ya... o sea no la rela
ción política, sino la relación cotidiana de amistad o
inclusive relación que se pudiera establecer entre, en
parejas digamos, etcétera, dentro de los militantes, ¿có-
mo era?

AB.- Pues había... bueno, nosotros... es que ya te digo, mi fa
milia, nosotros, si tú quieres oír a las compañeras decían
que yo era tonta, que era retrasada, claro, porque nuestra
educación había sido otra completamente, y pasamos de golp
pe de una cosa a la otra, sin ninguna preparación y sin
ningún paso. Y las otras compañeras o habían militado
ya desde el 32 o desde el 31 de la República o, o habían
tenido otra clase de lecturas, otra clase de vida que
nosotros no habíamos tenido, yo por ejemplo, o mi herma-
na que trabajaba conmigo, no habíamos tenido. Entonces
pues si quieres comprender, nosotros éramos pues las re-
trasadas un poco, íbamos a remolque de las demás. A mí
me llamaban "la monja boba".

CR.- La monja boba te llamaban [risa].

AB.- Porque pues yo no hacía lo que hacían otras, o no encon-
traba bien lo que hacían otras; claro, yo callaba, pero
no lo encontraba bien porque, porque no había podido lleg
ar a eso. Hoy en día comprendo que...

CR.- ¿Y eso que dices que no encontrabas bien lo que, lo que

hacían otras, a qué te refieres, a que había una cierta libertad entre las mujeres?

AB.- Libertad, libertad entre mujeres y hombres, y pues yo no alcanzaba aquello, no, no cabía en mí porque no, yo no lo había vivido, no lo había, no te digo practicado, sino no había vivido aquello que ellas encontraban...

CR.- Normal.

AB.- Normal. Porque habían militado, algunas ya habían militado en el partido hacía tiempo y habían tenido roce con compañeros y estaban preparadas ya para aquello. Pero nosotros no, nosotros... ya te digo, es porque nosotros no estábamos educadas así; aunque éramos liberales dentro de todo, pero no llegábamos al extremo ese.

CR.- Bueno, entonces ahora ya, partiendo de esto, vamos ya un poquito a tu vida, eh, particular. Eh, la entrevista pasada tú mencionaste que tuviste un primer novio y luego ya un segundo novio que fue con el que te casaste. ¿Ese primer noviazgo... eh, este chico también era del partido?

AB.- Yo creo que sí era del partido.

CR.- Pero tú no lo sabías entonces.

AB.- No, no lo sabía yo, no; entonces... no, yo no, porque yo nunca lo vi en el partido, lo conocí en el hospital y venía por mí y salíamos juntos y eso. Ahora, de izquierdas claro, entonces todo mundo era de izquierdas y más si estábamos en zona roja, ¿no? Pero pues sí, después fue a

parar a la cárcel, tenía que ser o rojo o del partido, ¿no?...

CR.- Sí.

AB.- ... porque fue a parar a la cárcel, porque era militar.

CR.- ¿Cómo era la relación entre este chico y tú, la relación del noviazgo me refiero? Mira, si te pregunto todo esto es porque nosotros queremos obtener una imagen de la mujer que viene refugiada a México, desde su juventud, ¿entiendes?, o sea queremos obtener una serie de datos de lo que era esta vida cotidiana en España en aquel en tonces.

AB.- Bueno, pero si entrevistas a una persona como yo, te di go que...

CR.- Bueno, es que tú existes, ¿no?, o sea que...

AB.- Sí.

CR.- ... lo tuyo se daba; no eras la única, lo tuyo se daba, y yo creo que se daba además en un medio muy amplio.

AB.- Muy amplio, sí.

CR.- ¿Verdad?

AB.- Sí.

CR.- Bueno, entonces...

AB.- Pues nada, era pues ir al cine a veces y salir a pasear. Claro, él como hombre y eso, pues buscaba algo, ¿no?, pero claro, tú pues no dabas más porque, porque tu educación o tu eso no... Hablabas pues de los momentos o del frente

o de cosa política, de los momentos. Pero retrasada, retrasada, no muy avanzada, yo digo que no era...

CR.- ¿Y por ejemplo en tu casa, tus padres cómo tomaban este noviazgo, o sea veían con naturalidad que salierais solos...?

AB.- No, no, no salíamos solos, y cuando salíamos nos escapábamos, si no nos ponían a mi hermano Manolo que era así, para que nos acompañara a todos sitios. No, si salíamos era cuando ellos no se enteraban, porque ellos mandaban a mi hermano a por nosotros al partido todas las noches, o a por mí o a por mi hermana que nos cambiábamos el turno. No, en mi casa no entraba todavía aquello.

CR.- ¿Y por ejemplo este chico entraba a tu casa a verte?

AB.- Sí, entró y habló con mi padre, mi padre habló y todas esas cosas; pero mi padre no, no lo quería, no lo quería a él, no le parecía, no le agradaba su persona, ¿no?

CR.- ¿O sea que la relación diríamos que era un poco...

AB.- A escondidas.

CR.- ... a escondidas todavía.

AB.- Se planteó el casarnos y todo, pero no, mis padres decían que no.

CR.- Bueno. ¿Y en cuanto a tu segundo noviazgo, que ya fue el definitivo digamos...

AB.- El definitivo.

CR.- ... esto, cómo se establece este noviazgo?, porque hablamos

muy poco de esto.

AB.- Pues nos conocimos en la "C" del partido y... hazte de cuenta que éramos los dos jóvenes que habíamos, él y otro chico, ¿no? Entonces yo era la más joven de todas; entonces todos los demás eran hombres ya ¿pues qué te digo yo?, de cuarenta años, no es que eran viejos pero en aquel tiempo me parecían grandes. Entonces él también trabajaba en el central del partido, mi marido; y como nos conocíamos en la "C" y después nos encontrábamos en el trabajo, pues a veces él me esperaba o yo lo esperaba para ir a reunirnos al radio, a la "C". Y de ahí pues vino, pero vino rápido, enseguida, no sé, como... en días, ¿no?; porque yo andaba con el otro militar, ¿no?, pero en días, pues no sé, salimos, salimos y nos gustamos. Y yo supe que él conocía a mi hermana Josefina y parecía como que la pretendía o como que ella me hablaba mucho de él, pero yo no había llegado a, a entenderlo aquello, ¿no? Y cuando ya tuve más interés por él, ya le pregunté a mi hermana: "¿Oye, a ti te interesa fulano?" "A mí no", muy presumida. "Bueno, entonces te voy a decir una cosa, piénsalo bien, porque a mí me interesa". "Ah no, te lo puedes comer", que tal, que cual, esas cosas. Dije: "Ah, bueno". Entonces sí, él me habló y yo pues le dije que sí; y sí, sí, nos enamoramos así, rápidamente, ¿no?, aquello de fuego de cañas que digo yo.

CR.- ¿Fuego de cañas?

AB.- Sí.

CR.- Porque arde rápido.

AB.- Arde rápido, ¿no?, y sí, sí.

CR.- ¿Esta relación que estableces con, con tu marido... dime el nombre por favor...

AB.- Eduardo.

CR.- ... Eduardo, ¿esta relación que estableces con Eduardo fue una relación, o sea fue lo que decimos... fue un flechazo...

AB.- Fue un flechazo, sí.

CR.- ... o intervino en cierta forma la ideología política, la militancia dentro del partido, eh...?

AB.- Pues no sé, puede ser que hubiera algo, porque estábamos juntos trabajando todo el día y él pues a lo mejor también pues dijo: "Es una compañera del partido", y yo también, porque como entonces estábamos tan metidos en eso. Pues yo creo que sí, que nos flechamos los dos y nos enamoramos, porque mis padres... él se tuvo que ir a Barcelona porque se fue el gobierno y, claro, yo no fui; entonces yo oí que mis padres hablaban entre ellos y decían: "El se va a Barcelona" -en Valencia a Barcelona se le conceptúa como pues muy avanzada, ¿no?-, y dijo: "éste encuentra a cualquiera allí y ya se ha olvidado de ésta; no, no te preocupes". Eso lo oí yo que mis padres lo hablaban, entonces yo tenía allí dentro mi gusanito tam-

bién. Pero no, no, él seguía escribiendo y seguía, seguía, seguía; y entonces ellos ya vieron que la cosa pues era más seria de lo que ellos se habían figurado, ¿no? Y él pues se marchó, enseguida se fue, pero él después volvió a venir a Valencia a, ya pues a formalizar las cosas del casamiento y esto.

CR.- ¿Y las formalizó ante tus padres?

CR.- Sí, ante mis padres. A principios de enero vino y dijo: "Yo vengo decidido a formalizar las cosas, porque yo quiero casarme con Amparo y me la voy a llevar". Entonces mis padres dijeron: "Bueno, eso es muy rápido y eso vamos a ver si nosotros lo aceptamos y si ella lo acepta también". Yo decía: "Pues cómo no lo voy a aceptar", ¿no? Y entonces me preguntaron a mí: "Bueno, ¿tú si nosotros no quisiéramos qué harías, te irías con Eduardo?" "Ah -digo-, yo sí, me iría con Eduardo". Entonces dijo mi madre: "Pues hay que casarla". Porque claro, él dijo: "Yo no, yo me la llevo, porque yo la quiero y quiero casarme con ella. Ahora si ustedes se oponen, ¿por qué se oponen, a ver? Yo he venido por las buenas, yo lo he hecho todo por lo derecho, y yo tengo que estar en estos momentos en Barcelona y he venido porque Amparo me lo ha pedido y porque la quiero". Porque él antes de marcharse a Barcelona ya habló con mis padres, enseguida él habló con mis padres. Y mis padres dijeron: "Ya se olvidarán". Entonces cuando él vol

vió a venir dijo: "Vengo a fechar ya, a fechar la boda, el día y todo, que queremos casarnos, y a encargar a mi madre que se encargue de todos los papeles, y le pido aquí al señor Bonilla -dijo él- que ayude a mi madre a resolver los papeles". Entonces mi padre dijo: "Bueno, pues tendremos que hacerlo". Y sí, todos los días carta iba y venía, que venía por el correo del partido las cartas porque no había comunicación entonces.

CR.- ¿Qué edad tenías tú entonces, Amparo?

AB.- Veintiuno, iba a cumplir veintidós.

CR.- ¿Y él?

AB.- El, veintitrés.

CR.- Veintitrés. Muy jovencitos realmente.

AB.- Bueno, a mí me parecía muy grande ya, pero en fin [risa].

CR.- Oye, Amparo, ¿te casaste por la iglesia y por lo civil?

AB.- No, no, no, por la iglesia no, no había iglesias entonces. Bueno, dicen que mucha gente se casaba por la iglesia en casas particulares y eso, pero nosotros no.

CR.- Las bodas por la iglesia no, no...

AB.- No existían y nosotros no nos hubiéramos casado tampoco.

CR.- ¿En el momento de casarte, o sea, aparte de tu enamoramiento, etcétera, etcétera, qué concepto tenías tú del matrimonio?, en un momento tan crítico y tan duro como el que estabais viviendo, ¿no?

AB.- Pues sí, y con quien me había casado yo, ¿no? Yo com-

prendí que sí, que era... me acuerdo porque, tuve tiempo para pensarlo porque nosotros pasamos la primer noche en Valencia y después salimos por la mañana temprano en un coche que nos prestó la policía de seguridad o no sé qué; se estropeó el coche y yo me quedé a mitad de camino y el chofer y mi marido se marcharon en otro coche a no sé qué pueblo cerca. Claro, yo pensé que, que pues que había dado un paso muy serio y todo, pero no me importaba; yo dentro de mi poca preparación y todo eso, he sido valiente y he dicho: "Bueno..." Yo lo quería a él y, y también me había liberado de mi casa, que eso me interesaba mucho, esa es la verdad. Y claro, estaba feliz, me sentía feliz y no me importaban ni los bombardeos ni nada, yo era feliz y estaba contenta. El tenía un carácter bastante especial, pero no sé, todo entraba en el matrimonio, ¿no? Especial, te quiero decir, en que era un hombre que había sido único hijo, su madre se había quedado viuda muy joven, lo había mimado con locura, entonces él era primero que nadie. Bueno, pues yo lo admitiría así, digo yo, porque nunca en la vida... fuimos un matrimonio muy bien avenido, muy normal. Ahora, todo el mundo dice: "Porque tú eras..."; bueno, pues yo creo que alguien de los dos tiene que dar...

CR.- ¿Porque tú eras qué?

AB.- Porque yo era muy condescendiente, y yo digo que, bueno,

pues en un matrimonio alguno de los dos a lo mejor tiene que dar, y si fui yo la que di y lo di bien, contenta y sin problemas, es que me sentía feliz.

CR.- Claro.

AB.- ¿Comprendes? Yo no, yo no, no... y él hoy en día lo dice: "A mí me ha separado de Amparo, de Amparo la geografía". Yo me fui a México y él no podía ir y todo esto, pero yo, pues sí, yo no creo que nunca mi marido y yo nos hubiéramos separado si no hubiera sido porque yo me vine acá.

CR.- ¿Y, y por ejemplo, en aquel momento en que tú te quedaste sola en el coche en la carretera, qué idea tenías de lo que iba a ser tu vida en Barcelona? Porque era, o sea era un cambio brutal, ¿no?, era salirte de tu casa...

AB.- Sí.

CR.- '... era cambiar de ciudad, para irte a una ciudad...

AB.- Que no conocía a nadie.

CR.- ... que no conocías, una ciudad además bombardeada, en guerra, porque Valencia de hecho...

AB.- También estuvo bombardeada, pero claro, Barcelona mucho más. Cuando yo llegué a Barcelona, en marzo, fue de locura, fue la cosa más fuerte que hubo.

CR.- Y era además irte a, a vivir con un hombre que tú sabías que igual lo podías ver que podías pasar un mes sin verlo, ¿no?

AB.- ¡Ah no, sí, sí! O sea yo lo admití todo, fíjate. Yo me

enamoré, y como yo creo que es que tuve falta de cariño, pues si encontré cariño para mí también fue todo, ¿no?, fue mi ilusión, fue todo. Y hacía... mi casa, iba a las colas y... a mí me daba todo igual; yo trabajaba como lo ca, pero no, no sentía ¿qué te digo yo?, nada en contra, y además con ilusión todo, lo hacía feliz.

CR.- Bueno. ¿Entonces cuando ya llegas a Barcelona, casada, tú piensas seguir trabajando para el partido igual que has trabajado en Valencia?

AB.- Sí. Bueno, y él también lo admitió, sí; sin cobrar, por que yo cuando era soltera cobraba, pero después de casada nunca cobré nada.

CR.- Porque ya dependías económicamente de tu marido.

AB.- Ya dependía de mi marido.

CR.- ¿Y esto así lo determinó el partido?

AB.- Pues a mí nunca me pagaron y yo nunca cobré, ¿comprendes? Lo determinaron, por eso Dolores me mandó con Emilia, yo me fui, allí nadie hablaba de sueldo y yo nunca pensé co brar nada tampoco, no sé.

CR.- ¿Entonces cuál fue tu vida en Barcelona, Amparo?

AB.- Pues mi vida fue, fue como todos, ¿no?...

CR.- Persona. ¿Tú llegas a Barcelona entonces en...?

AB.- El 9 de mar... el 10 de marzo; yo me casé el día 9... no, de febrero del 38.

CR.- Del 38.

AB.- El 10 de mar... el 10 de marzo del 38. Pues ya llegamos allí a mitad de la tarde, ya nos fuimos a ver a los compañeros del partido, todos felices, gastándole bromas a mi marido: "Ya estarás tranquilo, ya te la trajiste", porque le daba la lata a todos. Y al día siguiente pues ya fuimos a hablar con Dolores, entonces Dolores me dijo: "Mira, tu lugar está ocupado por la hija de un compañero fusilado en Asturias, pero yo tengo otro trabajo para ti, entonces vas a ir a trabajar con las mujeres, que hace mucha falta el trabajo de mujeres". Y me mandó con Emilia Elías, ya me presenté con Emilia Elías...

CR.- Perdón, ¿el trabajo este con las mujeres era en la organización de...?

AB.- Era, sí, la Organización de Ayuda al Frente se llamaba.

CR.- 'De mujeres.

AB.- De mujeres. Ayuda al Frente, todo para el frente, había la consigna "Todo para el Frente". Efectivamente, pues llegué allí, y Emilia empezaba, quería empezar a organizarlo, pero ya tenía mucho trabajo, había otra compañera también, entonces pues ya empezamos a organizarlo. Entonces yo me quedé allí pues como de comodín. Bueno, ella era la secretaria general, después había otra que era... no sé qué trabajo hacía, pues sería un trabajo más elevado. A mí me pusieron, bueno, yo... me pusieron y me puse, ¿no?, a conseguir cosas de las fábricas, por las ma

ñanas, en un coche que teníamos que era una carcachilla, que teníamos un chofer que nos ayudaba. Iba yo, y si tenía alguna compañera que me acompañara, íbamos a buscar cosas a las fábricas: si eran calzoncillos nos daban calzoncillos, si eran toallas nos daban toallas, si eran lápices, lápices, de lo que fuera la fábrica nos daban una cantidad. Y de paso yo pasaba a la fábrica y hablaba con las compañeras que trabajaban allí y les pedía que vinieran a ayudarnos a hacer los paquetes. Porque hacíamos paquetes... algunos recibíamos cartas personales de ellos y iban directamente a la persona, si no al comisario de la, de la brigada y ellos después lo repartían. Y siempre... y aquello se fue haciendo grande, grande, teníamos todo un piso en el Paseo de Gracia para nosotros, que abajo estaba la Dona de Catalunya también, era otra organización de mujeres, y nosotras estábamos arriba. Y esas mujeres venían, teníamos unas mesas y allí pues cada una cogía una carta y hacía el paquete y después poníamos los nombres y todo y así. Y venían ya y en bolsas se las llevaban... o las llevábamos al correo, o las llevaban, venían ya las brigadas esas a recogerlas, ¿no? Y otras hacían cigarros con maquinillas, nos mandaban tabaco... porque todo esto era ayuda de allí y ayuda del extranjero, de las mujeres de Francia, de otros lugares, de muchos lugares del mundo, recibíamos paquetes de

latas de leche, de latas de cosas y había veces que mandábamos muchas cosas. Y después quedamos de acuerdo, Emilia y yo y la otra compañera, no me acuerdo cómo se llamaba, de darles también un poco de obsequio a las mujeres los sábados.

CR.- ¿A las obreras que iban?

AB.- Que venían a ayudarnos.

CR.- ¿En general estas mujeres que os ayudaban eran obreras?

AB.- Obreras, obreras de las fábricas.

CR.- ¿Y, y en esta organización no había otro tipo de mujeres, digamos, qué sé yo...

AB.- No, pues...

CR.- ... empleadas de tiendas...

AB.- No, no, porque yo iba a las fábricas a pedir y entonces entraba donde ellas trabajaban, les hablaba y entonces: "Sí, sí, camarada, cómo no, vamos, vamos. A ver, la dirección". "Os esperamos". Bueno, a lo mejor decían "venimos diez" y venían cinco, pero ya teníamos cinco.

CR.- ¿Y ellas eran militantes del partido o no necesariamente?

AB.- No, no, no. No, si en España había mucho anarquismo, en Barcelona había mucho anarquista entonces. Muchos domingos también íbamos a los mítines de las anarquistas y hablábamos nosotras. Entonces pues venían estas compañeras y, y ya te digo, nos ayudaron mucho, mucho, porque hubo momentos en que ellas pues buscaban, también veían de

buscar a las vecinas, traerse a las amigas. Y después ya empezamos a darles un paquete a ellas todos los sábados con un bote de leche, un poco de arroz, las que fumaban les dábamos tabaco y eso era mucho, ¿no? Y estuvimos pues un año, porque eso empezamos en marzo y hasta diciembre...

CR.- Estuviste en ese trabajo.

AB.- ... estuvimos en ese trabajo.

CR.- Y, eh, supongo que trabajabas muchas horas al día.

AB.- Muchas horas. Por la mañana llegaba a mi casa, a veces, si no tenía nada qué comer, haría yo la cola a las cuatro de la mañana; a las nueve me marchaba con el chofer a las fábricas, volvíamos a la una o a las dos. A veces mi marido se enfadaba y todo, porque no teníamos comida. A veces me decía Emilia: "Mira, llévate dos latas de carne y dale a tu marido..." Porque yo le decía: "Ayer yo la tuve grande con mi marido porque no tenía nada qué comer ni qué tal ni qué cual", esos problemas de, de, interiores de la gente; y ella me ayudaba a veces: "llévate dos latas y le das carne", o le das sopa o le das algo, ¿no? Porque muy comunistas, pero cuando llega el momento de, que les toca a ellos de cerca... porque sí, un día la tuvimos muy seria.

CR.- ¿Porque no te ocupabas de la casa o por qué?

AB.- No, porque llegó él antes a casa que yo. Yo tenía una reunión con Emilia y la otra compañera, porque teníamos

que ultimar cosas de trabajo, y claro, no me podía marchar. Entonces él llegó a casa, creo que eran las once de la noche y yo no estaba. Cuando llegué yo le dije: "No, tú te casaste con una comunista y yo también, ¿no? Yo tengo que trabajar y estar en mi trabajo, no voy a decir: 'Oye, me voy a casa, que mi marido...', no". "Sí, pero si yo llego a casa, quiero encontrar a mi mujer en casa". Entonces al día siguiente le dije a Emilia: "Imagínate..." "Nada, él milita en el partido y tiene que aguantarse. Tú no puedes dejar el trabajo". Bueno, así son, es las cosas naturales de la vida cotidiana en aquellos momentos, ¿no? Y después él se fue al frente y vino enfermo porque le explotó un obús muy cerca y lo levantó no sé cuántos metros y todo, pero ya se mejoró y ya, normalmente. Después en Barcelona también una noche hubo un tiroteo y él tuvo que salir y todo. Bueno, problemas de aquellos tiempos. Y aparte él era un hombre que soñaba, soñaba hablando, hablaba y te contaba todo lo que había hecho de día. Y claro, un día le dije yo: "Oye..." Entonces él me dijo: "Bueno, ¿y quién te ha dicho eso?" "Pues tú anoche". "No me vuelvas a preguntar más". Porque yo le preguntaba y me contestaba todo lo que había hecho.

CR.- Qué peligroso, ¿no?

AB.- Peligrosísimo. Y aparte [risa] un confidente en la casa, ¿no?, porque aparte él hacía trabajo secreto del partido.

CR.- Claro.

AB.- Y claro, me reía, ¿no?, por todas estas cosas.

CR.- Eh, bueno, me has hablado entonces también prácticamente de tu vida matrimonial.

AB.- Sí.

CR.- De hecho me has contestado una serie de preguntas que yo tenía. ¿Tú tuviste una relación muy de cerca con Dolores?

AB.- Muy de cerca, no; bueno... muy de cerca, no: que nos veíamos, que hablábamos, que ellos pues a nosotros nos trataban... porque claro, era un núcleo chico, las secretarias que estábamos allí no éramos mucha gente, éramos creo que seis o siete nada más.

CR.- ¿En Barcelona tú ya no tuviste relación con Dolores?

AB.- No, ya no, porque yo me marché con esas compañeras, con Emilia.

CR.- Entonces en esta primera relación que tuviste con ella, ¿cómo la veías tú a ella?

AB.- Bueno, yo, yo la vi estupenda siempre a Dolores, o era el amor que le teníamos, el cariño que le teníamos, yo siempre la quise. Entonces pues no sé, la gente ha escrito libros, ha escrito cosas y yo en muchas cosas no estoy de acuerdo, ¿no?, pero puede ser que sea el amor que yo tengo, la pasión que yo tenía por ella...

CR.- ¿En qué no estarías de acuerdo en las descripciones que se han hecho de ella?

AB.- Pues en, en la que ha escrito esta amiga catalana, la mujer de... ¡ay! ¿cómo se llama?

CR.- La mujer de López Raimundo.

AB.- Sí, de López Raimundo. En algunas cosas... en este momento no sé si podría yo recordar, pero en algunas cosas no he estado de acuerdo con ella. Porque ella parece como que, que Dolores no era bastante madre, que... amante de sus hijos, que como que fuera egoísta, y yo, yo no, no creo, no creo que era así. Yo en ese libro, a mi conciencia, encuentro un poco de celos de la Teresa...

CR.- ¿Teresa Falcón, no es?

AB.- No, Teresa Falcón no. Irene Falcón...

CR.- Irene Falcón.

AB.- ... es la secretaria de ella, pero Irene no ha sido la que ha escrito el libro.

CR.- Pero no importa, yo tengo el...

AB.- Yo tengo ahí el libro.

CR.- ... lo tengo apuntado.

AB.- Teresa Panier... ¿Pamier o Panier?, sí, Pamier creo.

CR.- Bueno.

AB.- Pues yo le encuentro como que ella tiene un resentimiento contra Dolores, que tiene... o como unos celos, algo, algo que no, no me gustó. Pero ya te digo...

CR.- ¿Era una... Dolores era una mujer líder indudablemente, no?

AB.- Líder. Pero era...

CR.- ¿Pero este liderazgo lo hacía sentir, por ejemplo?

AB.- Yo, yo no creo, fíjate; yo más hacía sentir liderazgo, ¿qué te digo yo?, a Jesús, a Uribe, a otros más que, que a Dolores. Porque Dolores se ponía a hablar contigo y era de tú a tú, o sea no le encontrabas una autoridad que te cortara, ¿no?

CR.- ¿Y tú, por ejemplo, pudiste observar la relación de Dolores con todos estos líderes del partido, con un Jesús, con un Pepe Díaz, con un...?

AB.- Sí, con Pepe Díaz fue poco, porque vivió poco Pepe Díaz, porque Pepe Díaz también era excepcional.

CR.- ¿Y cómo, como describirías esta relación?

AB.- Pues de camaradería, de, de compañeros muy unidos; porque ellos tenían muchas reuniones, claro, políticas, nosotros no estábamos allí, pero en la vida, cuando salían de las reuniones y eso, se veía una unión muy agradable. En aquel tiempo de la guerra; luego es cuando he visto yo... bueno, ¡he visto!, por lo que he oído y por lo que yo he sentido mismo, siendo de la base y siendo una exilia da allí en, en Rusia, que habían muchas envidias y muchos pegues allí entre ellos. En la guerra yo no los veía, no lo veía así; después es cuando yo, me parece que habían más envidias por coger los mandos y todas estas cosas. Claro que entonces habían dos líderes, que era Checa y era Jesús, que no había nadie que se les pudiera po

ner, y Dolores; los demás, para mí, ¿cómo te dijera?, de segunda categoría: el Líster, el Delicado, el Modesto, el Cartón*, todos, como que...

CR.- Por debajo.

AB.- ... por debajo. Pero claro, esos no se murieron.

CR.- Claro. Bueno, entonces transcurre todo el año 38 en Barcelona, en este trabajo de la unión de mujeres**. ¿Hasta cuándo estás trabajando con la unión?

AB.- Pues allí hasta que ya, ya, ya se descompuso todo, hasta el último momento trabajamos, hasta Navidad.

CR.- Del 38.

AB.- Del 38. Ya, ya en enero ya parí yo, entonces ya no podías ni salir a la calle, no sabías... cada uno iba por un lado, ya vino la descomposición completamente.

CR.- En enero dices que pariste, o sea que durante todo tu embarazo...

AB.- Todo, todo mi embarazo.

CR.- ... estuviste trabajando como bárbara, verdaderamente. Bien, entonces en enero tienes un, una hija.

AB.- Una hija, sí, el 22 de enero.

CR.- ¿Y, y cómo fue...?

AB.- Y mi marido se... bueno, pues yo, pues estaba ya... y entonces fui a un sanatorio para ver si me podían admitir en mi parto. Me apunté, pagué...

CR.- ¿Tu marido no estaba contigo?

* Probablemente se refiere a Pedro Martínez Cartón.

** Organización de Ayuda al Frente.

AB.- No, en ese momento no. Mi marido, el día antes, se marchó; al medio día antes lo mandaron al frente, entonces pues se fue. Entonces, claro, yo me quedé muy desconsolada porque yo ya veía que aquello de un momento a otro yo tenía que salir. Pero por la noche vino un bombardeo muy fuerte, entonces yo fui al baño, rompí aguas ya, y empezaron a venirme los dolores. Entonces mi hermana que vivía conmito... porque toda la gente que vivía en la casa nuestra ya se había ido, que era Irene Falcón -que era la secretaria de...-, la hermana de Irene y Dolores, ya se habían ido todos, entonces no quedaba más que una chica asturiana y mi hermana y yo. Entonces ya mi hermana pues me llevó al médico, al sanatorio y no hubo forma de entrar porque los doctores habían desaparecido también y no quedaba más que una señora que decían que estaba loca o se había vuelto loca. Entonces nos volvimos para la casa con un coche que nos había mandado el partido -mi hermana habló por teléfono, nos mandaron un coche- y ya me tuve que quedar en casa. Entonces no había solución para... ¿qué hacíamos?, yo llorando, y ella tenía dieciocho años, ¿qué hacíamos? Entonces yo me acordé que por la mañana yo había caído en la escalera y que un señor me había cogido del brazo y me había dicho: "Tenga usted cuidado. Yo soy doctor y vivo aquí arriba". Entonces yo le dije a mi hermana: "Mira, yo sé que aquí en el piso de arriba hay un doctor", pero yo no

sabía si era ginecólogo o qué era, porque yo no sabía qué era.

CR.- ¿Entonces no sabías si era republicano o fascista?

AB.- Nada. Aparte, nosotros vivíamos en una casa de toda categoría, con el portero que todavía llevaba los entorchados y los botones de nuestra Natacha* que digo yo.

CR.- Oye, perdona que te... que haga un paréntesis aquí. Desde, desde un punto de vista económico... claro, durante la guerra pues todo el mundo vivía mal, con racionamiento, etcétera, pero ¿el sueldo que ganaba tu marido os permitía vivir?

AB.- Pues se gastaba todo -porque no se guardaba nada, entonces no guardábamos-, pero no vivíamos escasos; aparte no había comida, no había qué comprar, nada.

CR.- ¿Y por ejemplo, durante tu embarazo, te viste con el médico en...?

AB.- Bueno, lo mío fue muy desastroso porque... yo sabía que estaba en estado, claro, pero pues no, no iba al médico. Entonces no tenía a nadie que me llevara al médico, ni que me acompañara, ni que me aconsejara, ni nada. Al final ya, pues una vez me hice amiga de la portera, y me fui con la portera, que ella dice: "Allá enfrente, señora, hay un doctor que es ginecólogo y que la va a ver". Bueno, fui, y yo ya estaba más de cuatro meses. Entonces él me dijo: "¿Cómo ha tardado usted tanto en venir?" Entonces me tomó medidas, todas estas cosas y me dijo: "Cada mes va a venir".

* Así se escucha.

Pero no, porque no había bastante dinero y yo pues no, no fui.

CR.- ¿Y, y por ejemplo en el hospital civil, digamos, en el hos
pital estatal?

AB.- Pues no sé, porque no... todos los hospitales estaban dedica
cados a heridos o algo, y yo no conocía nada ni sabía nada,
¿no?

CR.- ¿Y la misma gente del partido o de la unión de mujeres...

AB.- No, nada.

CR.- ... tampoco se ocupaba de que hubieras ido al médico ni na
da?

AB.- Nada. Allí nadie se ocupaba de nada, todo el mundo luchaba
por, por salir adelante, ¿no? Pues ya volví a ir otra vez
y es cuando el médico: "Bueno, usted tiene que buscar un sa
natorio porque yo creo que se va a aliviar para tanto, va a
dar a luz -como dicen allí- para tal fecha, del 20 al 26
de enero". Entonces yo fui a ese sanatorio que estaba cerca
ca de casa y entonces él nada más me dijo un día: "Bueno,
¿usted qué come? Porque esto no crece, ¿eh?"

CR.- ¿Qué comías?

AB.- Yo comía acelgas; me marchaba a la cola de las acelgas y
eso comía.

CR.- ¿Carne no comías?

AB.- Pues carne... a las cuatro de la mañana iba a la cola y a
lo mejor no alcanzaba, o si alcanzaba... y muy poca carne,
muy poca, muy poco alimento, ¿no?

CR.- ¿Ni huevos, ni leche, ni...?

AB.- Después mi marido tenía úlcera, entonces en el, en el partido empezaron a darme botes de leche para mi marido; entonces la mitad era para él y la mitad era para mí, pero muy poco. Entonces me dijo: "Pues usted va a tener un conejito, porque esto no crece, señora". Bueno, mi hermana como también trabajaba, también tenía algunos productos, pero yo me iba con la portera, ya te digo, a las cuatro de la mañana y volvía a la una de la tarde a lo mejor. Así es que eran unas colas grandísimas y la descomposición de que, pues que estabas en la cola, se metían todos, se armaba una revuelta de que venían o no venían y, y aquello era, era, era horrible, nunca tenías nada seguro. Y el pan, la portera le daba lástima que yo me levantara todos los días temprano y ella me cogía el mío cuando iba a recoger el de ella, pero vamos... Entonces después la niña ya creo que... no sé cuánto pesó porque no la pesamos. Cuando yo me puse con dolores de parto, mi hermana subió -a obscuras, porque estaba el bombardeo encima y no había ni luz ni nada- y tocó, salió un señor y le dijo: "Pues sí, pase usted que ahora voy yo para abajo, ya la vi yo esta mañana que esta señora estaba ya a punto". Entonces bajó y dijo: "El parto va a ser malo porque va a ser seco -dice-, usted es primeriza, usted duérmase tranquila porque hasta mañana no, no va a tener nada" -pero claro, con dolores-, dice: "yo le voy

a mandar a una comadrona que la atienda, porque yo no puedo, yo tengo que estar a las ocho en el hospital y hasta la una de la tarde no vengo". Me mandó una comadrona [risa] y esa es la que... esa, te digo, me amarró a la cama y una pierna en cada silla, amarrada, y allí me tuvo toda la mañana hasta la una o las dos que vino el doctor. Ella se fue a comer.

CR.- ¿Y no te dieron nada para los dolores?

AB.- Nada, allí a palo seco. Vino el doctor y dijo: "Esto va a tardar" y tal y cual, ella se fue a comer; vino... agarró y se largó. El médico le dijo: "No me deje a la se-
ñora sola ni un momento y me habla por teléfono si ocu-
rre algo": se marchó el médico y se marchó ella.

CR.- ¿Y quién te acompañaba?

AB.- Una tía, una hermana de mi madre que vivía allí en Barce-
lona, aquella que... -no te dije, no, no ha salido antes-
que había venido a trabajar a Instrucción Pública. Bueno,
ahí estaba mi tía conmigo. Y después ya llegó el doctor a
la ocho de la noche o las nueve, entonces dijo: "Bueno, ¿pero
dónde está esta señora?" Dijo... mi hermana ya estaba
acá y le dijo: "Esta señora se marchó y nos ha dejado aquí
plantadas. Esto no puede ser, ya se le han pasado los do-
lores y ahí está...", bueno, muy asustada. Y yo muy asus-
tada también, porque yo había tenido unos dolores muy fuer-
tes pero luego ya no tenía nada. Entonces me inyectó y na
ció la niña, pero nació la niña con cordón.

CR.- Con una vuelta de cordón.

AB.- Con una vuelta de cordón. Yo lo vi todo, claro. Y en el momento que salió la niña, se va la luz, otra vez el bombardeo y se va la luz; eran las ocho y media o las diez, no sé, las ocho o las nueve. Dijo: "Mire, la tengo que coser porque se ha rasgado, entonces me voy a ir a cenar, a ver si mientras viene la luz, y yo bajo". Bueno. Ya la niña la arregló, la lavaron; que no había ni agua caliente ni nada, no tenías ni... calentar, nada, nada, quemaron no sé cuántos libros en la, en la cocina esa económica que hacíamos de plancha, unas cocinas... quemaron no sé cuántos libros que habían por allí, calentaron un poco de agua, lavaron a la niña, me lavaron a mí. Bueno. Yo me quedé allí quietecita, ya más tranquila, ¿no? Entonces a las once o las doce de la noche, viendo que no venía la luz, bajó él y dijo: "Pues mire, la tengo que coser, señora, y a lo vivo, porque no hay nada qué hacer". "Bueno, pues usted cosa lo que sea pero acabemos ya de una". Pues me cosió, y al día siguiente volvió a bajar y me dijo: "Bueno, pues está bien todo, está bien". Pero al medio día mi hermana dijo: "Aquí hay que salir". Ella se marchó a trabajar, yo me quedé con mi tía... ¡ah!, él me dijo, me acuerdo que me dijo todo serio: "Bueno, la niña no va a comer hasta mañana, usted tranquila, la niña no va a comer hasta mañana. Sí, sí va a tener leche, dele los pechos, que mame de los pechos". ¡A las cuatro de la mañana la niña tenía un hambre! Me la puse en el pecho: se hartó como bárbara [risa], que los ca

lostros, que eran los calostros, la niña mamó y de ahí para adelante mamó toda la vida, ¿no?, bueno, hasta que era ya mayor. Entonces él bajó y dijo: "Bueno, yo me voy al hospital, esto va bien, usted tranquila". Pero mi hermana ya me dijo que había que, que salir. Yo desde mi cuarto ya veía por todas las azoteas que, que quemaban y quemaban, y mi tía muy asustada y tal. Eso fue el 23, y el 24 por la mañana llega mi hermana... ah, mi hermana fue al partido y dijo: "Bueno, yo a Amparo la tento allí, que es donde la habéis metido". Ahí no se portó bien el partido, verdaderamente.

CR.- Eso te iba yo a preguntar. ¿Y el partido en ningún momento acudió a ver si solucionaba eso?

AB.- No, no, nada. Cada uno tenía su problema y tenía que solucionarlo, y cada uno tiró por donde sea y a mí me dejaron.

CR.- ¿Y por ejemplo, dentro del partido no había médicos? o estaban en el frente...

AB.- Estaban en el frente o en los hospitales atendiendo. No, no; estaba Escobio, estaba... no, no, pero no, no estaban. Entonces pues ya mi hermana pidió... dijo: "Bueno, ¿pues entonces mi hermana con quién va a salir? Porque yo salgo con mi organización, pero mi hermana qué, ¿la voy a dejar donde está?" "Pues sácala tú porque nosotros no la podemos sacar". Ya Dolores se fue, ya Irene se fue, ya todos se habían ido, y pues nada, nosotros... y nadie hizo... pues di

jeron que no. Entonces ella pidió, donde trabajaba, un coche para sacarnos. Se lo dieron -esto ya era el 23 por la tarde o así-, y entonces dijo el chofer... vino a mi casa, tal, mi hermana por la maleta, las ropas de la niña, sí, sí, sí...

CR.- ¿Y tú tenías ropita y todas estas cosas preparadas?

AB.- Sí, bueno, todo lo que... sí, porque algo había hecho yo, y había comprado tela y había... más que nada cosas que había hecho yo de tela. Y entonces el chofer dice: "Me voy a cargar gasolina", y aún lo estamos esperando; se marchó y no volvió más.

CR.- ¿Nunca volvió?

AB.- Nunca volvió. Claro, él se llevó a su familia, hizo bien, ¿no? A él lo habían mandado el servicio, pero ya no volvió más. Entonces mi hermana al día siguiente, que ya era el día 24, llorando se fue otra vez a su jefe a decirle: "Oiga..." "¡Pero cómo, todavía estás aquí, Josefina?" "Pues sí, fulano de tal se marchó a poner gasolina y nunca volvió". Entonces le dieron otro coche. Había que ir a ponerle gasolina y dijo mi hermana: "Pero yo voy contigo". "¡Pero mujer!" "Nada, voy contigo". Entonces fueron y pusieron gasolina. Entonces había que bajarme a mí, porque el elevador no había porque no había luz ni nada. Me bajaron en una sillita entre el chofer, mi tía y mi hermana, porque el portero nada, el portero ya

estaba, mira, feliz de la vida. Entonces me metieron pues no en un Volkswagen, esos Fiats, creo que eran Fiats, eran más chicos que los Volkswagen. Entonces mi hermana habló con el médico, le dijo: "Mire, yo me voy a llevar a mi hermana porque aquí no nos podemos quedar". Di ce: "Pues mire... claro, yo comprendo que ustedes no se pue den quedar aquí, pero a su hermana se la va a llevar usted en una ambulancia muy estirada, muy colocada, porque le va a venir una hemorragia que esta mujer se va a ir. Usted com prenderá, su hermana no está como para salir por ahí". Di jo: "Bueno, me la voy a llevar como pueda". Entonces me pu sieron en un Fiat de esos, con las maletas aquí, las male tas... aquí mi tía y ahí delante mi hermana con el chofer, y cuatro maletas dentro del coche, una aquí, otra aquí, otra así... y yo con las piernas así, me acuerdo.

CR.- Sentada, encogida.

AB.- Sentada, encogida, con las piernas así, y aquí la niña me tida; cuando tenía que mamar la niña, mamaba para arriba, porque no podía ni ponerla así o así.

CR.- Y una... perdón, ¿el médico, por ejemplo, te cobró el...?

AB.- Sí. Creo que cobró ochocientas, algo así, mil doscientas, no sé qué, pesetas, que no le servirían para nada porque creo que después no valieron, pero sí me cobró. Pero el, el médico estuvo bien, bien, nunca... nunca demostró nada

ni nada. Pero nosotros salimos, con la organización de mi hermana y con todos los presos que tenía el SIM, en camión.

CR.- ¡Los presos! ¡Los fascistas que se los llevaban!

AB.- Fascistas. Se los llevaban. ¿A qué se los llevaban?

CR.- ¿Y a dónde?

AB.- Ah, pues no sé, con nosotros iban, en camiones. Hicimos... paramos en un sitio que se llamaba... no me acuerdo, bueno, cerca de la frontera, que era un convento, y allí nos metieron juntos a todos, a presos y a los de la organización, los que trabajan, trabajaban.

CR.- ¿Y de la organización ibais bastantes o no?

AB.- Sí, bastantes, bastantes, y mujeres y niños y enfermos, todo. Entonces ahí me pusieron en una cama, en un sitio, era un convento, con un frío que te morías. Comer, no había qué comer, no había nada, ni... nada en ningún, por ninguna parte. Pero cuando... Y me acuerdo que a mí los puntos aquellos me tiraban que no te puedes imaginar cómo me dolían, porque se iban secando y me iban tirando. Entonces entre los presos había un médico y ese médico era el que nos veía a los enfermos. Entonces vino a verme y me dijo: "Mire señora, yo le podría quitar los puntos ahora mismo, pero como no sabe todavía usted lo que va a correr y lo que va a pasar, mejor se los dejo, aunque le molesten. Le vamos a poner un poco de vaselina, suavizárselos, y mi opinión es que siga usted con los

puntos, porque si se los quito pueden estar tiernos y se puede abrir, cualquier cosa, puede venir una infección; no los tiene infectados, y así lavarle y ya". Entonces mi hermana, en medio de, de los Pirineos -que no nos dejaron allí aparcas, todos tirados, porque no, no nos dejaban, los franceses no querían abrir la frontera, nosotros en la parte de aquí- escarbaba en la nive, y entonces cuando venía la tierra ponía unas velitas y en un plato de, de esos de soldado que es así, como una palanganita, calentaban agua, con eso me lavaba, todo lleno de tierra y todo lleno de paja y todo lleno de, de todo, pero así. Entonces ya al cabo de dos o tres días llegamos a Figueras, otra vez para atrás después a La Junquera, después a Figueras, bueno, hasta que ya nos dejaron. Bueno, vino un bombardeo de Figueras y aquello fue horrible.

CR.- Te tocó el bombardeo de Figueras.

AB.- Me tocó...

CR.- ¿Dónde estabas en Figueras, en alguna casa?

AB.- No, estábamos en medio de una plaza en el coche. Entonces mi tía y mi hermana y el chofer se habían ido a una cola de lentejas, para comer, y yo sola allí con la niña. Y como estaba aquel bombardeo, la gente que estaba guarecida en los edificios me gritaba y me decía que yo estaba loca; porque claro, ellos no sabían que yo estaba allí... que no me podía mover, con todos los puntos y todo yo no podía

caminar. Entonces me decían: "¡Pero esa mujer está loca, coja a la niña y venga!... no, no, "coja a la niña" no, me decían: "¡véngase para acá!", porque no veían ni a la niña, dentro del coche yo metida. Yo decía: "¿Cómo?" Claro, mi hermana pensaba: "Bueno, ¿y aquella pobre...?" Es tábamos tan lejos que... como te digo, ella estaba... has ta que las vi volver, las pobres, corriendo. Bueno, ya pa ró el bombardeo, porque estuvieron todo el día bombardeando, y al final abrieron la, la frontera... no, después estu vimos en, bueno, en un paso, ya para llegar que iban a abrir la frontera, una noche, no nos dejaban pasar, nos metieron en una casa y allí estuvimos durmiendo los unos encima de los otros.

CR.- ¿Y los presos seguían con vosotros?

AB.- 'No, los presos llegamos a un sitio que ya desaparecieron, no sabemos qué hicieron de ellos, porque los llevaban en camiones. Y ya, yo ya no supe más de aquellas gentes, ya nos quedamos muy poca gente. Entonces ya pasamos aquella noche y a la mañana siguiente nos vinieron a avisar que subiéramos a los camiones, que íbamos a pasar. Entonces a mí me metieron en una ambulancia para pasar con los heridos; los heridos iban sentados aquí y yo iba en la cam illa, aquí en el centro, y mi hija aquí.

CR.- Encima de ti.

AB.- Encima de mí. Y pasamos la frontera, de Figueras a no sé... o digo, de La Junquera a Perpignan o no sé qué, creo que es

Perpignan, sí. Entonces cruzamos, yo me acuerdo de todos los montes aquellos y el "¡allez, allez!" de los, aquellos soldados, a empujones. Bueno, pues yo iba en la ambulancia y mi hermana y mi tía iban en un camión con el equipaje o no sé qué. Entonces cuando ya hemos pasado a Perpignan abren la, la ambulancia y bajan los heridos, ya estábamos en el otro lado. Entonces a mí me cogen la niña, a mí me cogen la niña [suena el teléfono]... entonces ocurre que a mí me cogen la nena de encima de mí y yo creía que allí, mi hermana y mi tía estaban allí en la puerta de la ambulancia y habían cogido a la niña, y ahí me llevan en la camilla a la estación, donde iban todos. Bueno, yo allí estaba en una camilla en la estación en el suelo, todos los enfermos, todos los heridos, toda la gente, maletas, todo. Y al rato aparecen mi tía y mi hermana, y digo yo: "¿Y la nena?" Dicen: "Pues la nena la llevabas tú". Digo: "Pero la nena os la dieron a vosotros, porque a mí me la quitaron de, de la ambulancia". "No, la nena no la tenemos nosotras". ¡Imagínate!, la nena se había perdido de manos a manos, nadie sabía dónde estaba la nena. Entonces mi hermana y mi tía se marcharon por todo Perpignan como locas, no sé a dónde se fueron, no sé ni lo que tardaron, a mí me parecieron siglos como es natural; y dicen que encontraron un grupo de mujeres que estaban hablando, francesas, y "la petite, y la poupée" y la tal y la

cual; y cuando se acerca mi hermana vio que era mi hija, que una de las mujeres que se asomó a la ambulancia, el de la ambulancia, el chofer de la ambulancia se la dio y así ella la cogió; y claro, todas las vecinas o amigas se conoce que se pusieron a ver a la nena, tan pequeña y así, y así estaban en los comentarios cuando llegó mi hermana y cogió a la niña y me la trajo. Pero nosotros perdimos la niña al cruzar la frontera; mucha gente perdió los hijos y no los encontró. Yo la encontré, no sé...

CR.- ¿Oye Amparo, y tu marido estaba enterado de que habíais salido de Barcelona?

AB.- No, no, ni que habíamos salido, ni que había parido, mi marido no sabía nada. El pensaba que el partido a mí me había sacado. Porque mi marido cuando se marchó me dejó encargada a un compañero; claro que el compañero se salió con su mujer, de lo que menos se acordó o pensó -Monto lí- era que Amparo había parido, ¿no? Entonces mi marido no sabía nada, estaba en el frente, estaba con Modesto.

CR.- ¿Estaba... se había ido hacia el sur, hacia Madrid?

AB.- No, no, hacia Madrid no, no, se había ido hacia arriba, hacia, hacia Barcelo... hacia Francia.

CR.- Hacia Francia.

AB.- Hacia Francia. Entonces nosotros pasamos allí una noche, creo, estuvieron armando el tren y viendo el tren... Entonces los ferroviarios se portaron muy bien conmigo, muy

bien, todos eran del Partido Comunista. Yo me acuerdo que me estaba orinando todo el día, tenía unas ganas de orinar que, vamos, aquello era horrible, ¿no? Y entonces me colocaron a mí en un cuartito que había sólo una banca así y otra banca así, y a mí me pusieron en una banca con mi niña y en esta banca iban mi tía y mi hermana.

CR.- En el vagón del tren.

AB.- En el vagón del tren, un vagón como un departamentito chiquito y después ya venían los vagones grandes.

CR.- ¿Y ese tren hacia dónde se dirigía?

AB.- Por el mundo caminando, nadie sabíamos dónde íbamos.

CR.- Ya en Francia, claro.

AB.- En Francia, claro. En cada estación iban bajando...

CR.- Y, en el tren ibais mujeres, hombres, niños, de todo.

AB.- Hombres no, no creo que iban hombres; bueno, habrían también hombres, ¿verdad?, familiares, pero yo no me acuerdo más de niños y de mujeres. Entonces allí nos colocaron y en cada estación pues salían a darnos caldo maggi y sandwich de jamón y todo eso. Pero bueno, tú no sabes pero en España había la costumbre de que una mujer cuando paría tenía que purgarse, porque había que vaciarla toda y limpiarla y todo eso. Y mi tía, como, claro, era una señora mayor, decía: "No, no, tú no puedes comer, tú tienes que purgarte; hasta que no te encontremos

aceite de ricino y te purguemos, tú no vas a comer". Yo iba muerta de hambre. Pero el maquinista me trajo dos botellas de a litro de leche, de leche, ¿no?, me decía: "Bueno, usted va a tomar leche. La leche no le va a faltar, camarada, no te va a faltar leche". Efectivamente, no nos faltó. Después cuando llegábamos a las estaciones, se asomaban a la ventanilla mi tía y mi hermana y les entregaban esas tortas, o sea sandwich de jamón y de queso y caldo maggi en unos vasitos o no sé qué.

CR.- Esto era la gente de los pueblos por donde ibais pasando.

AB.- Por donde íbamos pasando. Y ya en el vagón de al lado tocaron a la puerta, porque nosotras... y eran compañeras de mi hermana del servicio, que habían ido a parar también a ese coche, a ese vagón, y claro, pues ellas estaban impresionadísimas de que allí iba una señora que llevaba una niña de horas, ¿no?, de dos días, tenía la nena, o tres o cuatro, no sé. Bueno... no, no, llevaba más, ya pasamos muchos días nosotros hasta que llegamos a la frontera, porque yo entré en el hospital... no, salí del hospital el nueve de febrero, el día que hacía un año que me había casado. Porque a mí me metieron en el hospital cuando llegué a Francia.

CR.- ¿En, en qué parte de Francia?

AB.- En Arras...

CR.- En Arras.

AB.- ... a la frontera con Bélgica, hasta el final; fuimos des de los Pirineos hasta Bélgica.

CR.- Entonces posiblemente os llevarían a alguno de estos albergues especiales para mujeres y niños, ¿no?, porque...

AB.- Bueno, después.

CR.- ... porque eran más, estaban situados más al norte.

AB.- Más al norte, al norte completamente. Ahí pasaba que en cada estación salían personas del partido o gente que quería pues recoger a algún refugiado para su casa, ¿no?, para atenderlos en su casa; entonces a mí me atendían, me recogían con mi niña y mi hermana, pero a mi tía, porque era vieja, no la quería nadie. Pero lo malo es que como no sabíamos hablar el francés: "Malade, malade", ¿pero de qué estabas enferma? Faldas arriba, culo al aire, a ver, ahí, tenías que... porque no entendían de qué estaba enferma yo, y veían a la niña, pero no había forma de hacerles comprender, ¿comprendes? Era una, una cosa... hasta que llegamos allí y ya entonces había un hospital, entonces el director de la estación, el jefe de estación dijo: "Hay que llevarla al hospital". Al hospital, toda la familia al hospital. Y había otra niña, con una chica aragonesa, que tenía la tosferina, la coqueluche; y mi hija antes del mes ya tenía la tosferina, y después dicen que cuando les das de mamar que no cogen la tosferina. Y allí llegué,

llegó un médico, me vio, me quitó los puntos y dijo:
"La señora tiene que dormir hasta que se canse". Creo
que dormí día y medio sin despertar. "A la niña...

CR.- De agotamiento.

AB.- ... a la niña le vamos a dar lo que sea, pero la señora se
va a dormir". Y claro, allí nos repusimos, nos dieron bien
de comer; llevaron un pan divino, unos cacharros de leche
grandes y nos daban de comer eso. Y después vino el prefec
to a engañarnos, a decirnos que íbamos a ir a una casa di-
vina, que yo iba a tener un cuarto todo de color de rosa
con una cuna para mi hija, que esto, que lo otro. Nos lle-
varon a un campo de concentración.

CR.- ¿Y a todas estas tú no sabías nada de tu marido?

AB.- No, nada de mí... bueno, yo una vez que estaba tumbada,
estábamos tumbadas en medio de los Pirineos, aparecieron
unos soldados, y resulta que eran unos compañeros del par
tido. Entonces vinieron rondando por aquí y era un amigo
nuestro del partido que también estaba con Modesto y dice:
"¡Pero Amparo, pero...huy, tu marido ha estado conmigo y
tiene una desesperación!" Digo: "Bueno, pues dile que
ha tenido una hija y que nos vamos para Francia". Eso es
lo que supo mi marido de mí. Entonces él llegó y miró
a la nena y dice: "¡Uh, qué pequeñita es!" "Pues tú qué
te creías, si tiene horas", decía mi hermana. Y enton-

ces pues ya, es lo que supo mi marido, que yo había tenido una niña y que salía para Francia, nada más.

CR.- ¿Entonces del hospital ese en Arras...?

AB.- Nos llevaron a ese campo de con... un campo de concentración, pues sí era un campo de concentración, porque todos los que habían allí eran refugiados, y nos maltrataban aunque... nos maltrataba el monsieur, la señora no, porque la señora era muy buena gente.

CR.- ¿Ah, porque era un matrimonio?

AB.- Era un matrimonio que tenían como una granja y tenían un castillo de una reina -imagínate si tendría siglos aquello-, y por bajo andaba un río, y ahí en la paja, echaron paja, y ahí estábamos en habitaciones. Claro, nosotros nos metimos cuatro o cinco en una habitación y, y otras en otra habitación, pero había líos, como siempre, y bofetadas de mujeres. Había muchas andaluzas que habían salido de Málaga, se habían subido a Barcelona y de Barcelona se fueron a Francia. Y allí pues todo mundo tenía que pelar patatas, las pomme de terre...

CR.- ¿Os daban, os daban bien de comer?

AB.- Bueno, nos daban... no, no nos daban bien. Nos daban eso, un puré de papa y una sopa de guisantes, y un puré de papa y una sopa de guisantes, y los domingos guisaban por la mañana un arroz que parecía pasta para pegar los pasquines y comíamos eso. No, no nos daban bien.

CR.- ¿Y cuánto tiempo estuviste en este campo?

AB.- Pues ahí estuve yo hasta el 16 de julio, el día de la virgen del Carmen, salí de allí. Mi hermana salió el 11 de mayo para aquí, para México.

CR.- Ah, o sea tú te quedaste en este campo...

AB.- Sí, en ese...

CR.- ... en este albergue.

AB.- Sí, sí.

CR.- ¿Y tu hermana?

AB.- Se vino con su marido aquí a... bueno, después como los encontramos, ¿no?, porque primero encontramos a mi cuñado y después yo no encontraba a mi marido por ningún lado.

CR.- Tú siempre desde el campo.

AB.- Sí, desde el campo.

CR.- Pero tú ya desde el campo, por ejemplo, ¿tenías, mantuviste relación de alguna manera o estableciste contacto, por ejemplo, con el SERE, con el Servicio de los...?

AB.- Bueno, no. Mira, a mí el partido preguntó... no, el, los partidos franceses* de las regiones preguntaban al partido español por dónde estaban... esto. "Bueno, pues tenemos tal y tal compañera en tal sitio". Entonces a mí vinieron a verme unos diputados franceses, a mí particularmente, que qué me hacía falta, que qué necesitaba, que tal. Pero tampoco podía decir "me hace falta a mí esto y lo

* Se refiere a las sedes locales del Partido Comunista Francés.

otro" cuando los demás no tenían nada, ¿no? Era una cosa como que no podías tú decir: "Pues yo quiero esto, quiero lo otro". Ellos me traían todo, ¿no?, y más que tenía la niña y se portaron muy bien, y una madame vino y se portó muy bien conmigo y todo. Pero claro, yo no me lo podía comer aquello, lo tenía que repartir. Entonces ya...

CR.- Y tu tía seguía contigo.

AB.- Mi tía sí, pero después mi tía... escribió mi cuñado, encontramos a mi cuñado por medio de otra compañera allí, y dijo: "Pues yo creo que la tía se tendría que ir a España. Porque yo estuve con Eduardo, Eduardo se fue para Argelès -para otro campo-, estaba enfermo -dice-, yo te voy a llevar a ti, Josefina, pero... Amparo se va a ir con Eduardo, donde se vaya Eduardo, entonces la tía no se puede ir con nadie, que se vuelva a España". Entonces mi tía se volvió a España. Entonces como él se venía a México, y salió antes las expediciones de México. No, mi marido al final yo lo encontré mandando, mandabas: "soy fulana de tal y busco a fulano de tal", y lo pegaban en unas papele... en unas maderas que habían en los campos, y así me encontró mi marido a mí y me escribió. Entonces me dijo: "Amparo, yo me pienso salir para el país más grande del mundo y, y vendrás conmigo", porque la dueña, el dueño de allí quería él contratarme para trabajar, a mí.

CR.- Tú ya te habías recuperado.

AB.- Yo ya me había recuperado. Me costó muchísimo, meses, unos dolores horribles, y venía el médico del pueblo aquel, era Umbrines, pero... venía a verme, pero no me sacaba la solución, decía que es que no se me había coloca-do la matriz en el lugar, que todo lo tenía fuera de lugar, que por el viaje pues yo no había tenido un descanso y... Bueno, me costó recuperarme, pero me recuperé, ¿no? Y la nena bien, nada más tenía tosferina la pobrecita desde chiquitita.

CR.- ¿Y cómo se le curó?

AB.- Bueno, pues...

CR.- Con el tiempo.

AB.- Con el tiempo, porque fuimos a Rusia y en Rusia aún la tenía, fíjate, y tenía cinco meses cuando llegamos a Rusia.

CR.- Oye Amparo, antes de que vayamos ya a tu traslado, esto, ¿tú saliste con, con objetos personales, me decías antes que con...?

AB.- No, dos o tres maletas que, encima de lo que había en la maleta mi hermana metió dos suéters o... no sé, así, dos o tres maletas.

CR.- ¿Y papeles de algún tipo llevaban?

AB.- Bueno, sí, yo llevaba, fíjate, sí llevaba papeles porque llevaba el acta de matrimonio mía, la llevaba conmigo, no la quise dejar eso, no sé por qué sea esa idea, y sí, el carnet

del partido, llevábamos todo eso.

CR.- ¿Y dinero?

AB.- No, dinero pues muy poco dinero, porque después de pagar a, al médico ya nos quedó bien poco. Y a mi pobre hermana le robaron las maletas o las perdió, se quedó sin ropa que ponerse. Así es que todo eso pasó, cuando llegamos al campo allí cada una iba como podía.

CR.- Bien, entonces, esto, cuando a tu hermana le plantea su marido de salir hacia México, ¿a ti se te ocurre la posibilidad de venirte para acá o...?

AB.- No, no, yo no, yo con mi marido.

CR.- Tú esperabas a tener contacto con tu marido.

AB.- Sí, yo con mi marido.

CR.- ¿Entonces contactas con tu marido?

AB.- Sí, antes de marcharse ella yo ya había tenido cartas con mi marido. Y él siempre me había dicho que tenía la mira de ir a aquel país, y que yo esperara, que no hiciera ningún contrato de trabajo, me advertía, porque si no no podría salir de Francia. Porque yo creo que esta gente te cogía, te hacían el contrato y te explotaba después.

CR.- Todo esto era julio del 39.

AB.- Sí, julio del 39.

CR.- O sea que ya estaba encima, eh...

AB.- Encima, claro, encima...

CR.- ... la invasión alemana.

AB.- Claro. Y mi hermana salió el 11 de mayo; el día de mi cumpleaños salió del campo mi hermana y se fue a París.

CR.- ¿Tu hermana vino en el Sinaia?

AB.- Sí, sí, en el Sinaia, en el primero vino. Y entonces yo me quedé muy triste; claro, ya se había marchado mi tía, se marchó mi hermana y yo me quedé sola con mi hija, y con mi marido pues veremos, pero ¿cuándo? Al final recibí una carta de él, el día que la nena cumplía tres meses, en abril, diciéndome... una carta que le escribió a su hija -la tengo guardada yo-, y diciéndole que se iba, pero que yo tuviera confianza, que él me reclamaría y que yo me iría con él, que no firmara nada, que tuviera paciencia, que yo me iría con él. Bueno, mi hermana se marchó y yo esperé, esperé y al final un día llegó la carta del prefecto ese, que tenía que presentarme en el SERE o no sé qué organización...

CR.- Del prefecto de la...

AB.- De Arras.

CR.- De Arras.

AB.- Entonces yo me fui a Arras cargada con una de paquetes, que lo recogías todo creyéndote que, pues eso, como no tenías nada; allí nos traían ropa vieja y yo hacía vestidos para la nena o para mí, bueno, esas cosas de la miseria, ¿no? Y llegué a casa de estos, muy buena gente, unos compañeros

del partido, que tenían recogidos dos niños de Asturias ya ellos.

CR.- Franceses ellos.

AB.- Franceses. Y yo, el marido... no, en la... ellos estaban cerca de donde yo estaba, entonces yo salí en un autobús hasta el pueblo donde ellos estaban, y salieron al autobús a recogerme, pasé una noche en su casa.

CR.- O sea este contacto lo estableció tu marido, ¿no?

AB.- No, mi marido no, el partido.

CR.- El partido.

AB.- El partido, sí, sí, el partido, el partido se portó muy bien. Entonces ese contacto... ella ya había venido a verme y, claro, a todo el mundo le llamaba la atención la niña chica y la mamá y todo, entonces ellos no dejaron de tener contacto conmigo. Entonces ellos salieron a recogerme, entonces al día siguiente... yo dormí en casa de ellos, y al día siguiente me regalaron muchísimas cosas, unas medias de lana, una toquilla preciosa para la niña, cosas, cosas. Y entonces él era ferroviario, entonces él me metió en el tren y me llevó a París y me entregó en el SERE allí, y él ya se marchó, con la nena y yo. Claro, pues toda la vida agradecidos, tuvimos contacto, ya hace muchos años que lo perdimos, pero tuvimos contacto en Rusia con ellos mucho tiempo; bueno, cuando vino la guerra lo perdimos. Y ya, yo ya me quedé...

CR.- En París.

AB.- ... en París.

CR.- ¿En dónde?

AB.- Fíjate: fui al SERE, y allí estaba yo con mi niña y a mi niña le coge la tos. Entonces pues había, había algunas compañeras trabajando, yo no sabía quién eran. Y entonces aquellas compañeras bajan corriendo al oír toser la nena: "¿Pero quién será, y quién será? Ah, pues una que ha venido de un campo". Y me encuentro que era Aurora Andrés, una mujer que era íntima amiga mía en España, y Carmen Rocés. "¡Pero Amparo!"

CR.- ¿A Carmen Rocés la conocías?

AB.- Sí, claro. Todas, todas las compañeras del partido estaban creyendo que yo me había quedado allí, en Barcelona, que yo no había salido, todo el mundo se creía y todo el mundo decía: "¡Cuántas veces hemos llorado por ti, pensando 'Amparo qué se habrá hecho y la criatura y todo' ". Y entonces me encontré con estas amigas. Bueno, pues ahí me dieron chocolate, me dieron de todo, me consolaron. Pero ya me, me pusieron en el grupo de los que íbamos a salir para la URSS. Pero entonces París estaba muy mal porque nos perseguían por todos lados; igual dormíamos en el hotel más elegante que al día siguiente dormíamos en Montmartre, en una cama llena de chinches.

CR.- ¿Todo esto pagado por el SERE o por el partido o...?

AB.- Por el SERE, yo no sé, ¿a nosotros quién...? Al final ya nos llevaron al Havre y nos metieron en el barco para irnos a, a Rusia.

CR.- "Nos llevaron" quiere decir a un grupo de gente...

AB.- A un grupo, treinta personas éramos.

CR.- ... que íbais a la Unión Soviética.

AB.- A la Unión Soviética.

CR.- ¿Y cuándo embarcas para la Unión Soviética, no recuerdas?

AB.- Pues yo salí del refugio el 16 de julio, pues sería como el 20 o así, estuve como dos, tres días en París.

CR.- ¿Y tu marido, tú sabías si ya estaba en la Unión Soviética?

AB.- Sí, mi marido ya estaba en la Unión Soviética porque me escribió diciendo: "Yo salgo para allá, yo te espero y tú no te muevas de ahí, yo mandaré por ti y todo". Pues yo, claro, cuando me hablaron que me tenía que ir a París, ya me imaginaba; después me dijeron: "Sí, allá Eduardo se marchó enfermo". Eduardo tenía una pulmonía y fue todo el camino... y no lo querían meter, pero los rusos dijeron: "Si lo dejamos aquí se va a morir, por lo menos nosotros vamos a hacer por salvarlo". Lo llevaron en la enfermería todo, todo el viaje del barco, porque él fue de los primeros que llegó allá también. Y, y lo cuidaron muy bien, llegó a Leningrado, lo metieron en un hospital hasta que se recuperó. Y allí pues pedirte por...

sus apellidos es preguntarte: "¿Kak vasha familia?"*, o sea en ruso. Y él siempre decía: "Mujer e hija en Francia" porque él se creía que le preguntaban qué familia tenía. Y quien lo cuidó a él... bueno, ¡quien lo cuidó!, cuando él estaba en el hospital iba una intérprete -no sé si te lo he contado esto-, Gloria, y él siempre le decía que tenía una mujer y una hija, y después le dijo: "Bueno, si tú estás aquí recibiendo, a ver si algún día... a mi mujer le llaman Amparo, tiene una niña pequeña, a ver si algún día tú la recibes". Efectivamente, cuando llegamos a Leningrado sube una chica a, a saludarnos, dice: "Habéis llegado con nosotros, estáis en vuestra casa", en español. Dice: "Bueno, pues ya, estoy contenta que ya estáis aquí, pero yo pregunto a ver si viene con vosotros una señora que le llaman Amparo". "Huy, esa soy yo". Dice: "¿Tu marido le llaman Eduardo?" "Sí". "Pues yo lo cuidé, yo tal, y tengo mucha alegría, él está muy bien, te está esperando". Bueno, una alegría muy grande.

CR.- ¿Cuánto tiempo duró la travesía del Havre a Leningrado?

AB.- Pues mira, yo... llegamos el día 30, el día 30 de julio llegamos a la casa de reposo, así que seis o siete días, ocho días.

CR.- A la casa de reposo de Leningrado.

AB.- No, en Leningrado no, en Jarkov. Porque nosotros en Leningrado estuvimos tres días, después nos fuimos a Jarkov.

* ¿Cómo se apellida?

CR.- Jarkov.

AB.- Jarkov.

CR.- ¿Así se escribe?

AB.- Jarkov, sí.

CR.- ¿Tú cuando saliste de Francia hacia la Unión Soviética, ya per... ya se percibía en Francia que pudiera venir la guerra?

AB.- Sí, porque nosotros... bueno, yo era la responsable del partido en el campo de concentración. Yo, claro, enseguida... ¿sí?

CR.- Sí, sigue, sigue, Amparo.

AB.- Bueno, yo enseguida me comuniqué con el partido. Entonces el partido empezó a mandarme el periódico, que se llamaba, se llamaba... no me acuerdo.

CR.- ¿El periódico del partido?

AB.- El periódico del partido pero que hacía el partido español.

CR.- En Francia ya.

AB.- En Francia, sí, en español. ¡Ay!, no me acuerdo cómo se llamaba ahora el periódico.

CR.- Sí, porque ese órgano, ése sí ya no sé cómo se llamaba.

AB.- Algo de Madrid o, o algo de España, España Popular.

CR.- España Popular era aquí, ¿no?

AB.- ¿Era aquí, no? España Popular era aquí.

CR.- Pero a lo mejor allí también se llamó España Popular.

AB.- No sé. Era un periódico muy grande, muy bueno, ahí es donde vino la carta de Carrillo a su padre, todo aquello. Entonces, claro, yo, el partido vino a avisarme, por parte del partido francés, que yo tenía que hacer mi trabajo allí dentro. Entonces, claro, yo, eh...

CR.- ¿Y qué orientaciones te dio en ese sentido, qué tipo de trabajo tenías que hacer?

AB.- Pues que la gente no se desmoralizara, que pensara que, que habíamos perdido la guerra, pero que siempre teníamos la ilusión de volver. Porque mi hermana y yo salimos a Francia creyendo que... [interrupción de la grabación].

CR.- Bueno, entonces decías que, que recibías el periódico del partido...

AB.- Sí. Y, y me informaban para que yo informara. Entonces, claro, como aquello estaba dividido por habitaciones, tenías que salir fuera a la ca... no a la calle, porque era cerrado...

CR.- ¿Los tenían cercados?

AB.- Sí, sí, y siempre de cuarentena, nunca nos dejaban salir a la calle. Entonces yo tenía que ir... a mí me traía el correo el periódico, era mío, así que mientras era mío nadie podía decir nada...

CR.- ¿Y había otra, había alguna otra mujer que fuera del par-

tido o nada más estabas tú?

AB.- Estaba mi hermana...

CR.- Tu hermana, sí, claro.

AB.- ... mi tía, que también era del partido; había una chica ca
talana también, había otra... sí, nosotras las que estába-
mos en el cuarto este nuestro eran del partido, pero había
que hacer el trabajo con todas las demás, que era difícil
porque había mucha anarquista. Entonces yo tenía que en-
volver a mi hija con los periódicos y después con el man
tón y marcharme de visita a las demás habitaciones. Enton
ces hacerles la charla, decirles: "No estamos solos,
mirar que todos pasamos dificultades y todos problemas".
Porque claro, había quien decía pues que nos habían abandonado,
problema de toda desmoralización de la gente y los
problemas que teníamos allí dentro que, claro, cuando hay
hambre y, y hay miseria, pues la gente pierde los con-
troles. Y venían corriendo: "Amparo, que allí se están
pegando unas". Había unas andaluzas que, que, que igual
te bailaban unas seguidillas que se agarraban de los mo
ños, y claro, tenías... Y después era, también había
que trabajar mucho, sobre todo que no se volvieran a Es
paña gente que podía peligrar, ¿no? Porque ellos hacían
la propaganda de que todo el mundo para España.

CR.- ¿Y sí hubo mujeres que se volvieron a España?

AB.- Sí, sí, hubo mujeres que se volvieron.

CR.- ¿Sin saber dónde estaban sus maridos o ya sabiendo que sus maridos habían vuelto?

AB.- No, pues ellas no sabían y decían: "Pues yo me vuelvo a casa, y me vuelvo a casa". Pero claro, tenías que analizarles: "Bueno, ¿a quién tienes en España, queda tu marido?" Otras al final no sabían ni leer ni escribir y tenías que escribir tú; porque escribían los maridos y ellas no sabían escribir, y entonces les escribías tú a los maridos, porque era gente... la mayoría del campo, oye.

CR.- ¿Y los periódicos que te llevaba este responsable del partido, tú los repartías allí?

AB.- Yo los repartía, claro, entraba, y yo en cada habitación ponía una responsable y yo le decía: "A la noche, con una vela ahí, leéis todo esto y esto y después ya hablaremos".

CR.- Y todo esto a escondidas de los responsables de ese cuarto.

AB.- Claro, sí, sí. A mí un día el responsable me cogió y me dijo: "Yo sé... -porque yo el, el francés al final ya te lo hablabas, ¿no?...

CR.- Claro.

AB.- ... porque ya viajar era otra escuela también- y esto yo no lo voy a consentir". Y yo: "Ah, eso de que no lo va a consentir, vamos a ver. Yo no le hago ningún mal,

yo hago mi trabajo, lo tengo que hacer", y bueno, yo osada siempre.

CR.- Y lo aceptaban.

AB.- No les quedaba más remedio porque nos sublevábamos, o no comíamos, o hacíamos huelga; y después cuando ya nos tenían que levantar la cuarentena, salía otra pugna por otro lado, y nos la volvían a echar. Después mi hermana, que era muy valiente, se saltaba las bardas y se marchaba a comprar lo que fuera.

CR.- ¿Se escapaba?

AB.- Se escapaba.

CR.- ¿Y volvía a entrar?

AB.- Sí, volvía a entrar por la misma alambrada, ¿comprendes? Sí que habíamos rebeldes, sí habían rebeldes. Y después si alguna, eh, soltaba una miga de pan y él la veía, decía que tirábamos la comida.

CR.- ¿Y cuánta gente había cuidándoos, como carceleros digamos?

AB.- Ah, no había... allí el matrimonio, un crío que tenían y un sobrino, nada más eran cuatro ellos. Porque no éramos mucha gente.

CR.- ¿Y por ejemplo, policía de la localidad pasaba por allí o algo?

AB.- No, pues ya, ya nos cerraban la verja y no había forma de que saliéramos. Venían algunos gendarmes algunas veces a traer requisitos de que otra vez seguía la cuarentena.

CR.- ¿Y la cuarentena a qué se debía?

AB.- Ah, pues porque... primero que estaba la coqueluche, la coqueluche, la tosferina (la única que tosía allí era mi hija, y estaba aparte porque la otra niña ya se había curado): "Ah, pues a los niños..." que no sé qué, "cuarenta días". Otro día que tenía gripe una, pues todo el mundo...

CR.- ¿Pero cuarentena... qué les hacían?

AB.- Cuarenta días sin poder abrir el portón, sin salir al... era un pueblecito chiquito, de no sé cuántos habitantes.

CR.- Ah, porque si no estabais en cuarentena, entonces sí os dejaban salir al pueblo.

AB.- Sí, pero nunca nos dejaron; desde que entramos, nunca nos dejaron.

CR.- Sí, como unos apestados...

AB.- Y después los domingos iban a misa por la mañana y ya pasaban... porque la iglesia estaba muy cerca de nosotros, del castillo de nosotros, y era una verja, ¿no?, y pusieron una tela metálica en la verja; y después todos los franceses venían a vernos como si fuéramos...

CR.- Animalitos.

AB.- ... changos y a echarnos plátanos, a echarnos cacahuates o a burlarse ¿no? Y yo, claro, un día, el día que salí de allí, que ya fui a tomar el camión, me lié con una francesa. Le dije: "Pues fíjese, no va a tardar ni tres meses de que vengan los alemanes y se la lleven a usted". Y

bueno, pues se puso a insultarme y a decirme que ahí los alemanes nunca se atreverían. Cuando me enteré, dije: "An^{da}, cómo se tiene que acordar de mí aquella tipa". No, el hombre este, el monsieur, era muy, muy, muy mala gente; ella no, ella había sido enfermera de la Segunda Guerra Mun^{dial}.

CR.- De la Primera.

AB.- De, de la Primera Guerra Mundial. Entonces a mí me, me quería mucho. Yo le cosía blusas, le hacía cosas. Entonces a mí me... después me decía que no, que la nena no tenía bastante alimento con lo que yo le daba porque yo no comía suficiente, y entonces ella me dijo: "Yo te voy a hacer unos cuantos biberones de día y entonces el pecho lo guardas para la noche". Entonces ella sí, me los hervía, me los tenía todos, era media doctora ella, ¿no? Y yo iba por el biberón de mi hija, ella me lo ponía al baño maría, me lo calentaba, me lo daba, y quería mucho a la nena. Y él no quería que yo me fuera, que no, que a dónde me iba a ir, que a esa tierra, que ese lugar... claro, ¿no?, que yo me iba a quedar con ellos a vivir.

CR.- A él le interesaba por tu trabajo. Claro.

AB.- Sí, a él le interesaba por mi fuerza de trabajo. Y que la madame me iba a cuidar a la niña. Porque la madame: "¡la poupée, oh, la poupée!", la adoraba a la nena. Pues tenía tres... pues días cuando entramos allí, no había cumplido

el mes la nena, porque estuvimos en el hospital, y salimos cuando tenía cinco meses; pues claro, ella pues se encariñó. Y yo con ella... era muy buena gente con nosotros, y a mí siempre... todas hacían el trabajo de limpiar cocina y todo, cada día le tocaba a un grupo; yo no lo hacía nunca, yo no lo hice nunca, ella decía que yo no. A veces lo hacía mi hermana o mi tía, pero a mí me tenía consideración. Claro, me pasaba más tiempo en la cama, con aquellos dolores bajo de ovarios que no podía moverme.

CR.- Oye, y este trabajo que os, que os orientaba el partido que hicierais entre todas las mujeres, ¿cómo era acogido por, por las mujeres en general?

AB.- Pues tenías que tener mucho cuidado, porque claro, si yo no estaba preparada, imagínate, aquella gente estaba muchos menos preparada; entonces la pérdida de la guerra pues había desquiciado a mucha gente.

CR.- Vosotras ya sabíais y estabais informadas de que había caído Madrid, claro.

AB.- No, Madrid, Madrid... no, entonces no. Porque nosotras cuando fuimos a Francia creíamos que en un barco nos íbamos a volver otra vez a Valencia, a luchar a Valencia. Nosotros salimos a Francia con esa idea.

CR.- Con la idea de volver por...

AB.- De volver.

CR.- ... por Alicante o por Valencia.

AB.- Sí, claro. A volver otra vez a luchar, inocentes de nosotros. Y claro, todo fue precipitado y después ya nos enteramos que cayó Madrid y todo. Cuando cayó Madrid pues ya, ya supimos que no había nada qué hacer, ¿no? El periódico aún decía que se luchaba, y que se luchaba en las calles y que se luchaba aquí, pero... Era difícil el trabajo porque muchas mujeres ni querían saber nada, pero ¿sabes qué pasa?, que como, quitado de tres o cuatro, la otra gente era muy poco preparada, mucho menos que uno, entonces tú empezabas a hablarles y hablarles, y en buenas las convencías. Sobre todo la convivencia era, era lo más difícil. Entonces tenías, porque si encima de que tenías... tenías los problemas de que se estaban pegando, de que se estaban insultando, y, y que el monsieur te las insultaba, entonces una tenía que salir en defensa de las nuestras, ¿no? Porque él nos maltrataba mucho: "A esta castigada, sin comer". Entonces pues claro, todas nos levantábamos, armábamos la escandalera en aquellas mesas de madera y tirábamos los, unos tazones de aluminio que nos daba ahí el café con leche, que nos daba y todas esas cosas, y claro, armábamos. Entonces pues no podía con nosotros, como él decía, que los españoles éramos unos tales y unos cuales. Yo le decía: "Sí, pero usted se está metiendo...", creo que eran diez francos diarios por cada refugiado que tenía que paga

ban lo nuestro. Claro, para toda esta gente fue el negocio; claro que para poco les valió después, pero... Después mandaban ropa, entonces había que repartirla y había que darle a la que más necesitara y todas estas cosas, ¿no? Ese es el trabajo que teníamos.

CR.- ¿Y cuando tú sales de allí ya para irte a, a la Unión Soviética, todavía se quedan algunas allí?

AB.- Sí, sí. Mi hermana salió la primera y yo salí la tercera, todas las otras se quedaron allí. Salió mi tía con otra chica de Málaga que se iba para España, pero nosotras salimos de las primeras. Allí, a toda aquella gente la cogía la guerra allí, porque yo salí en julio.

CR.- ¿Tú ya no volviste a saber de ellas?

AB.- No, ya no volví a saber de ellas, no.

CR.- ¿Y cuál fue tu impresión al salir de aquel campo?

AB.- Pues no sabía lo que iba a enfrentar, y más en un país sin conocer el idioma -Francia mismo-, tenía mucho susto, pero no sé, tienes fuerzas para todo, yo digo. Porque yo me subí a aquel camión, todas llorando, diciéndome adiós; porque las dejaron salir a unas cuantas a, para llevarme los bultos -yo llevaba una cantidad de bultos, como loca, no sé por qué, todo lo cogía porque me iba a hacer falta, ¿no?, aquella avaricia de que no tienes nada. Y después me recibieron los otros, con gente desconocida completamente, quedarte... me pusieron una cama, parecía de esas de toldo, planchada con almidón, y, y no tenías, la ne-

na no tenía ni un hule.

CR.- ¿Y usabas pañales o qué, trapos?

AB.- No, nada, trapos. Entonces se meaba en la cama aquella que parecía una espuma, de blanca, de puntillas.

CR.- ¿En París ya?

AB.- No, en la casa de los franceses estos.

CR.- Ah, en la casa...

AB.- Porque no, entonces no habían pantaloncitos de hule. Porque mi hermana me acuerdo yo que tenía un pedazo de hule y la envolvías con eso; pero mi hija no tenía nada: se orinaba y te orinaba a ti como es natural. Le ponías un pantalón de esos rusos, de toalla rusa, era lo que llevaba, unos pañalitos de esos, y claro, tú sufrías de todas esas cosas. ¿Después en París qué?, en París ibas todo el día corriendo porque te mandaban a esconder aquí y a esconder allá. Y por la noche nos llevaron unos días a dormir a Montmartre, y después a comer a los comedores de los parados, con un tiquetito que nos daban. Nos servían la ensalada con la mano; aquellos eran, comían mari...

CR.- Porque estabas ilegal, claro, mientras pasabas...

AB.- Te escondían por todos lados. Y la primera noche dormimos en un hotel todo, todo alfombrado. Bueno, así tenías que ir de un sitio a otro huyendo. ¡No sabes!

CR.- Entonces te embarcas y llegas a Leningrado...

AB.- A Leningrado.

CR.- ... a finales de julio, dices, del 39.

AB.- Sí.

CR.- Allí te recibe ya esta intérprete.

AB.- Ahí me recibe esta chica, esta intérprete, pero allí sí nos quitaron toda la documentación que llevábamos. Esta carta de mi hija y las cartas de mi marido, todo nos lo quitaron.

CR.- Al llegar a la Unión Soviética.

AB.- Todo...

CR.- ¿La policía?

AB.- ... allí en el puerto, todo; en las aduanas fue.

CR.- ¿Y os quitaron la documentación y la ropa?

AB.- La documentación; la ropa no, eso no, pero la documentación toda: el acta de matrimonio, la... todo, todo, todo, todo nos lo quitaron, las cartas de mi marido. Y yo esa la... porque la llevaba dentro, porque yo adoro esa carta, ¿no?, de mi marido a mi hija el día que cumplía tres meses. Pero todo lo demás nos lo quitaron, que ya nos lo iban a dar: nunca en la vida nos lo dieron; el pasaporte, todo, todo lo que teníamos, todo nos lo quitaron.

CR.- Y todos estos papeles os los había dado el SERE.

AB.- Sí, el SERE. Pero eso dicen que ellos lo podían después gastar para otras cosas, yo no sé. Pero nunca nos, nunca nos dieron...

CR.- Nunca os dieron ninguna explicación de por qué os los

quitaron.

AB.- ... ninguna explicación, no, nada. Eso nos sentó muy mal a todos, claro.

CR.- Entonces tú te quedaste como si no existieras realmente, sin un solo papel.

AB.- Nada, nada. Después nos los dieron ellos, una cosa rusa nos dieron. Pero nosotros ni, ya te digo, ni las cartas de los maridos al campo de concentración, nada, no nos dejaron ni un papel.

CR.- Qué cosas más raras.

AB.- Cosas raras, sí.

CR.- ¿Entonces tú desembarcas en Jarkov, dices?

AB.- No, en Leningrado.

CR.- En Leningrado. Y de Leningrado...

AB.- De Leningrado a Jarkov en tren.

CR.- ¿Os trasladan a todos, a todo el grupo?

AB.- No. Hubo que eran compañeros... por ejemplo estaba la madre de Castro* -no sé si conoces a Castro, era un comisario del centro- y la hermana; estaba Aurelia**, que su marido... unas se quedaron en Moscú y otras en Jarkov. Los parientes de los jefazos, en Moscú, que era una casa de reposo que había en Moscú para la gente de arriba.

CR.- Del partido. O sea, ¿cuando desembarcáis en la Unión Soviética...

AB.- En Leningrado.

* Se refiere a Enrique Castro Delgado.

** Probablemente se trata de Aurelia Pérez Pijoan.

CR.- ... en Leningrado, ya se hace cargo de vosotros el partido español?

AB.- No, el partido español no, el partido ruso*. Nosotros no vimos a ningún español entonces. Vimos cuando llegamos a la estación, que pasamos por Moscú, que estaba Castro allí; nos saludó, entonces bajó Aurelia, bajó la mujer de Castro...

CR.- ¿Aurelia quién?

AB.- Aurelia es una amiga que el marido estaba en España, se había quedado en España, pero también era, había sido gobernador de Castellón. Y esos ya los, las perdimos de vista y nosotros seguimos hasta Jarkov.

CR.- ¿Y tu marido dónde estaba?

AB.- En Jarkov.

CR.- En Jarkov.

AB.- Anunciaban que llegaba una expedición pequeña, pero él no sabía que yo venía.

CR.- ¿Y entonces cómo fue tu llegada?

AB.- Pues la llegada fue allí, y nos meten al baño; allí cuando llegas, enseguida te meten a bañar, enseguida.

CR.- ¿En dónde, ya en la casa donde llegas a vivir?

AB.- No, llegamos nosotros... la casa esa es un sanatorio grandísimo, tiene los baños en un lado; entonces derecho de la estación nos metieron en una carrechuela de esas y nos llevaron al baño, todas a bañarse. Y la nena como

* Partido Comunista de la Unión Soviética.

era muy pequeñita yo no la quería meter en el baño -sa-
lía el agua fría, ¿no?-, entonces una rusa la cogió y se
la sacó afuera del baño, allí en la calle, al jardín, era
todo un jardín grandísimo. Y entonces a mi marido le
avisan que había llegado una expedición. Dice: "Pues
ahí llega Amparo, y viene mi hija" Y otro amigo también
va con él: "Quiero conocerla". "Yo me late que viene mi
mujer". Entonces se acercan y estaba mi nena con la ru-
sa. Entonces dice mi marido: "Fíjate que esa es mi hija".
Dice: "Ay sí, va a ser tu hija ésa". "Me late el corazón
que es mi hija". Y bueno, pues ya, ya salimos del baño,
nos fuimos a vestir, cada una sacó los trapitos más nuevos,
más bonitos [ininteligible]. Y yo, pues la rusa entró y me
entregó a mi nena, y entonces yo ya salí, con un paquetito
de ropa y la nena. Ya estaba mi marido allí, una gran ale-
gría, y le dice a Montesinos, a este otro amigo que ha muer-
to ya: "Te dije que era mi hija, para que veas". Claro, mi
hija pues llora que llora, y él se creía que lo iba a reci-
bir con los brazos abiertos. Y yo estuve allí muy poco tiem-
po, porque ya el 15 de agosto ya estaba yo... fue el día
que entré a trabajar en la fábrica en Rostov. Así es que
allí yo estuve muy poco tiempo, yo estuve como...

CR.- ¿Y mientras estuviste allí qué, qué hiciste?

AB.- Ah no, pues era todo descanso y, y revisarte los médicos,
y puro descanso y puro...

CR.- ¿Bien alimentada?

AB.- Sí, sí, sí, muchísimo. Nos alimentaron, nos cuidaron, y a mí como estaba criando a la niña pues muchísimo. Sí, allí todo era fiesta... bueno, ¡fiesta!, descansar, porque veníamos de la guerra.

CR.- ¿Cuántos días estuviste en Jarkov?

AB.- Pues mira, yo llegué... pues debí estar como diez o doce lo más, porque el 15...[tuve mala suerte, hubo que estar tres meses allí metida]* pero el día 15 entré yo a trabajar, el 15 de agosto, en la fábrica de...; después ya, un día pues nos llevaron, en tren otra vez, y nos llevaron a Rostov, a la fábrica de tractores.

CR.- ¿Te parece que le dejemos aquí?

AB.- Pues sí.

CR.- Porque así vamos un poco por etapas, ¿verdad?

AB.- Sí, porque justo... eso es muy interesante, la fábrica de Rostov.

CR.- Claro, y ya es otra etapa, ya es otra visión y todo.

AB.- Ya es otra etapa, sí.

* Probablemente se refiere a los tres meses que después pasará en el tren de Bakú a Aktiubinsk.

TERCERA ENTREVISTA REALIZADA A LA SEÑORA AMPARO BONILLA, EN SU DOMICILIO PARTICULAR DE LA CIUDAD DE MEXICO, EL DIA 20 DE AGOSTO DE 1981 POR CONCEPCION RUIZ FUNES. PHO/10/81. DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS CONTEMPORANEOS.

CR.- Bueno, Amparo, eh, en la última sesión nos habíamos quedado en, en tu llegada a la Unión Soviética ya para, pues para incorporarte allí a la vida, el encuentro con tu marido, etcétera, etcétera. Ahora, yo antes de que iniciaras esta etapa de tu vida en la Unión Soviética quería hacerte algunas preguntas muy concretas para completar la etapa anterior. ¿Con qué papeles sales de Francia para la Unión Soviética?

AB.- Con un pasaporte que nos hizo el SERE, en París.

CR.- ¿Español?

AB.- Pues sí, yo creo que era español.

CR.- Sí. ¿Y recuerdas, por ejemplo, si necesitaste visa de la, de la embajada de la Unión Soviética en Francia?

AB.- Bueno, mira, nosotros no nos ocupamos de nada, de nada, de nada. Cuando nosotros llegamos al SERE este, nos hospedaron en un hotel, al día siguiente fuimos, nos pidieron... bueno, pedirían nuestros generales, detalles de nombres y eso, y nos dieron un pasaporte y una documentación, pero no supimos nada más, si fue visa o si no fue. No sabemos.

CR.- ¿Tu hija llevaba documentación igual que tú?

AB.- La llevaba conmigo, porque nos hicieron unos retratos juntas; me acuerdo que la nena era muy chiquitita, tenía cin

co meses, y entonces la, la foto aún anda por acá, que es tábamos las dos juntas, así es que fue... sí.

CR.- Juntas.

AB.- Juntas.

CR.- ¿Quién paga tu viaje?

AB.- Ah, no sé.

CR.- ¿Nunca supiste?

AB.- No. Si fue el SERE o fue la Unión Soviética, nosotros lo... yo no supe nada de eso.

CR.- ¿El partido, tampoco...?

AB.- O el partido, no sé. No sé porque nos llamaron, llegamos allí, estuvimos creo que cuatro días en París o tres días nada más, nos llevaron en tren al Havre, nos metieron en el barco y nosotros no supimos nada hasta que llegamos a 1^a URSS.

CR.- Creo que esto ya lo mencionaste: ¿en el barco ibais más pasajeros españoles?

AB.- Sí. Solamente éramos treinta, una expedición muy chiquita y muy a última hora porque tenían ya prisa de, de sacarnos.

CR.- ¿Y el barco era pequeño o...?

AB.- Pequeño, sí.

CR.- ¿Y qué era el barco?

AB.- Era, era ruso. Yo creo que sería de pasajeros, o no sé si llevaría carga o algo, no sé. Era pequeño.

CR.- ¿Y aparte de vosotros los españoles...

AB.- No.

CR.- ... iban otros pasajeros?

AB.- Nada más iban dos rusos, creo, dos rusos y una rusa que fue a París a aprender modistería, confección, corte y confección.

CR.- ¿Cuando tú ya te embarcas para este viaje tú conocías algo sobre la Unión Soviética?

AB.- Bueno, sí, yo conocía pues la Unión en Construcción, que era una revista que enviaban a, a España, preciosa, preciosísima; todo lo que hacía Rusia, las fábricas, todo, todo el adelanto de Rusia. Claro, ponían todo al máximo, ¿no?, entonces pues nosotros creíamos que aquello era el paraíso, ¿no? Entonces así fuimos, con esa idea. Conocíamos... y yo porque había cuidado a los rusos en el hospital también, tenía más contacto con ellos. Pero vamos, mucho, mucho no conocíamos, eso es cierto.

CR.- ¿Te asustaba la idea de ir a la Unión Soviética?

AB.- Pues no me asustaba porque pues teníamos esa idealización de las cosas; y, y mi marido pues siempre había idealizado y yo también, porque estábamos muy, muy idealizados con, con aquello, con aquel pueblo, con, con la historia, con la revolución, de todo lo que había alcanzado, todo lo que había hecho. Que aparte, en los campos de concentración el que salía para Rusia era privilegiado, ¿no?

CR.- ¿Más que si salía para México?

AB.- Oh, sí, mucho más. A Rusia no iban más que los jefazos y, y los cuadros distinguidos, así es que...

CR.- Los escogidos.

AB.- Los escogidos. Eso nos creíamos nosotros; aquí muchos dijeron que es que ellos no quisieron ir, no quisieron ir, quién sabe si tuvieran razón o no tuvieran razón, eso yo no lo sé. Pero en aquellos momentos nosotros creíamos eso.

CR.- ¿Y por ejemplo, el problema del idioma tú en aquel momento cómo lo enfocabas?

AB.- Bueno, en el momento...

CR.- ¿Se te planteó?

AB.- ... en el momento que llegué, terrible, fue terrible. Para mí sobre todo, que soy una persona que se me hace una gran dificultad los idiomas, para mí fue horrible.

CR.- Porque es que era el idioma y era el alfabeto, ¿no?, era todo.

AB.- Era todo, todo. Era... era todo, y yo me pasaba el día llorando, así era de cobarde. Porque lo que me gusta hablar, y no poder hablar con nadie... [llanto].

CR.- Claro. Ya por último: ¿cómo, cómo recuerdas la travesía después de todo lo que habías pasado en España, en Francia y...

AB.- Pues bueno...

CR.- ... tienes un recuerdo agradable o desagradable de la travesía?

AB.- No, mira, la travesía pudo ser agradable, porque llegamos, y de pasar hambre como habíamos pasado y todo eso, en primera a nosotras nos metieron medio pollo a cada una, asado, y nos lo tomamos. Claro, al rato fue todo fuera, porque acostumbrado el estómago a no comer, a no comer, nos metimos medio pollo cada una y al rato lo echamos. Pero bueno, nos daban muy bien de comer, cosas que nosotros no estábamos acostumbrados, porque dentro de eso pues nos daban comida rusa, pero no estaba mal. Pero a mí, tenía una muela picada o no sé qué, me cogió un dolor de muelas para morirme. Tuve que ir al ambulatorio, la doctora -llevábamos doctora y todo- pues dijo: "Hay que matarle el nervio, pero a esta mujer la tengo que tener en camada tanto tiempo porque va a estar rabiando. La niña hay que entregarla a una compañera". Entonces se la dieron, no sé si te... bueno, tú no te acuerdas, María Luisa Vicens. Bueno, la tomó a la niña por su cargo -entonces la niña tenía chupete, porque tenía cinco meses- y yo me pasé creo que cuatro horas gritando allí en el ambulatorio porque me había puesto no sé qué, un calmante ahí para matar el nervio. Pero ya a las cuatro o cinco horas yo no podía resistir, le dije: "Quítame esto y déjeme salir, ya me aguantaré". Y cuando salí me devolvió la niña sin chupete, y yo le dije: "Oye, ¿y el chupete?" "Lo tiré a los tiburones, ¡se acabó el chupete!, ¡cómo vas a ir

tú a la Unión Soviética con un chupete!, ¡eso es no tener categoría!", porque era muy sectaria. Bueno, yo pasé...

CR.- ¿Y qué tenía que ver el chupete?

AB.- ¡Ah no!, el chupete era un nido de microbios, y allí las cosas estaban muy avanzadas y eso no se había visto en la Unión Soviética. Y a mí me hizo pasar terrible, porque entonces yo le tenía que dar el chupete de la botella que llevaba de la mamila, puesto con un trapo, para que la niña se durmiera, para que la niña estuviera descansada y todo eso. Llegamos a la Unión Soviética y todos los niños tenían chupete [risas] y feísimos.

CR.- Y el tuyo era precioso.

AB.- Y el mío era francés, precioso, así es que... El viaje fue bueno porque nos hicieron muchas fiestas, nos hicieron hacer... tonterías también a nosotras, y hicimos, lo pasamos bien. Lo que pasa es que yo tenía la mala suerte que llevaba la niña con tosferina y entonces me sentaron en la proa, o sea en el barco, allí con una manta enrollada a la niña para que el viento le quitara la tosferina. Pero no se la quitó y yo me pasé todo el camino allí sentada, con un viento que hacía y una niebla, que pasamos por allá por el norte de Inglaterra, horrible, ¿no? Pero el viaje fue bueno, la gente se comportó muy bien con nosotros, muy bien.

CR.- ¿Se hablaba en algún momento de la proximidad de la Segun

da Guerra?

AB.- Pues ya en Francia oímos nosotros, y yo discutí con una francesa sobre este problema. Ella me insultó a mí porque los españoles éramos unos cobardes, que habíamos dejado nuestra patria y todo eso. Entonces yo le dije: "No van a tardar los alemanes en venir aquí, ya lo verá usted", y efectivamente. Claro, nosotros llegamos allí todavía sin haberse declarado la guerra, pero a los pocos meses ya se le había declarado la guerra a Francia.

CR.- ¿Y en algún momento a ti, mientras estás en el campo ese de concentración en Francia, se te plantea la idea de volver a España?

AB.- Bueno, cuando nosotros llegamos, los primeros días pensábamos que íbamos a ir a Francia y volver después al centro, a Valencia que era roja, y seguir luchando; no sé yo lo que iba a luchar como estaba, pero en fin, yo la ilusión era que volvíamos a luchar. Pero después ya nos dimos cuenta por los periódicos que, que no había nada qué hacer, ¿no?

CR.- Bueno, entonces llegas a Leningrado, de Leningrado se trasladan a Jarkov...

AB.- A Jarkov, la casa de reposo, que era la casa de reposo.

CR.- ... a una casa de reposo, y de Jarkov ya te envían a Rostov.

AB.- A Rostov, a la fábrica.

CR.- Ya a Rostov llegas con tu marido y tu hija, ya...

AB.- Sí, con mi hija ya, juntos, sí.

CR.- ... tu núcleo familiar nuevamente, etcétera.

AB.- Sí, sí.

CR.- ¿Y por qué os trasladan a Rostov?

AB.- Porque llevaban grupos a fábricas de automóviles... a no nosotros nos llevaron a fábricas de, de tractores, la fábrica más importante que hay de tractores en la Unión Soviética.

CR.- ¿Esto quiere decir que entonces a los diferentes grupos españoles que iban llegando los iban...

AB.- Clasificando.

CR.- ... clasificando según...?

AB.- Pues cada uno ponía su especialidad en una lista que hacían. Entonces pues los iban clasificando y llevando por grupos.

CR.- A incorporarlos a la producción.

AB.- A incorporarlos, sí. En Rostov nosotros nos fuimos a Zielmans* que se llama, la fábrica esa que está a diez kilómetros de, de Rostov, que ese pueblecito es todo de la fábrica de tractores.

CR.- ¿Cómo se llama, Amparo, perdón?

AB.- Pues se pronuncia "Zelmás" o "Zelvás". Y después en el mismo Rostov hay una, había fábrica de automóviles, que ahí llevaron a otro grupo de españoles.

* Probablemente se trata de Tsimliansk.

CR.- ¿A, a esta fábrica de Zielmans cuántos españoles fuisteis?

AB.- Fuimos creo que noventa.

CR.- Que ya estaban en, que ya estaban en Jarkov cuando tú lle
gaste.

AB.- Sí, ya estaban en Jarkov cuando yo llegué.

CR.- ¿Y conocías a alguno de ellos?

AB.- No, no, no, de España no conocía a nadie yo, de, de ese
grupo no conocía a nadie. Eran torneros, eran... pues al-
gunos trabajadores, otros que habían venido de aviación,
otros pues de... militares, ¿comprendes?

CR.- ¿Y todos eran del Partido Comunista?

AB.- Bueno, todos los que fuimos sí. Porque después nos manda-
ron a un grupo de marinos que eran de los barcos que es-
taban en alta mar y que se fueron a Rusia para incorpo-
rarse a, a la parte nuestra, ¿no?; entonces no quisie-
ron volver a ningún puerto fascista, o estaban en Rusia
cuando acabó la guerra, y entonces esos marinos se queda-
ron en Rusia. Y después de llegar nosotros a Rostov in-
corporaron a un grupo de marinos, que esos no eran del
partido. Hubo bastantes problemas con ellos: o eran anar-
quistas, o...

CR.- ¿O socialistas?

AB.- ... o socialistas, o republicanos, muchos. O muchos que
no estaban de acuerdo, pero como se habían quedado en Ru-
sia no les quedaba más remedio que...

CR.- Bueno, entonces llegáis a Rostov ya para incorporaros al trabajo en una fábrica.

AB.- Al trabajo en una fábrica.

CR.- ¿Cómo es tu llegada a Rostov?

AB.- Pues mi llegada a Rostov un poco impresionante porque encontrábamos muchas cosas, claro, que no, no comprendíamos y que no alcanzábamos a saber por qué. Como vimos un día un entierro y que iba la música detrás; entonces pues claro, nos extrañó muchísimo de que... le dije yo a mi marido: "Oye, ¿qué pasa?, pues aquí se muere la gente y toca la música". Entonces el traductor nos dijo que era la música del sindicato de la fábrica, que despedía al compañero y tocaba marchas fúnebres. Entonces pues nos hizo gracia, ¿no? Después, pues las casas eran una habitación nada más, teníamos.

CR.- Eran casas individuales.

AB.- No, no, no, no. Era una casa que era un pasillo largo, como si fuera un hotel, llena de habitaciones; ahí habían no sé si catorce o dieciséis habitaciones. Al matrimonio te daban una habitación y a los muchachos ponían tres o dos, según de grande, o cuatro en una habitación.

CR.- ¿Y por ejemplo, si había más de dos hijos?

AB.- No, no, ninguno llevaba dos hijos, todos llevábamos un hijo. Eramos tres matrimonios... cuatro matrimonios y uno no tenía hijos, y tres teníamos hijos. Cada

uno teníamos nuestra habitación con nuestro hijo.

CR.- ¿Y la habitación tenía todo lo necesario?

AB.- Bueno, no, tenía cama y una mesa y un closet, una cama para cada uno; bueno, para el matrimonio y otra cama para el niño, y una mesa como de estudio, un buró y un closet. Y después teníamos cocina general y los baños a, al final del pasillo, con sus duchas, sus lavaderos comunes.

CR.- ¿Y por ejemplo la cosa de la cocina, de la comida, cómo se organizaban?

AB.- Bueno, nosotros comíamos un turno en la fábrica, ahí comíamos muy bien. Y después otro pues hacíamos nosotros, la cena o el desayuno ya...

CR.- ¿Cada uno lo suyo?

AB.- Sí, cada uno lo suyo. Era una cocina grande, con un fogón grande grande, y allí todo mundo metía mano y hacía sus comidas y después corriendo al cuarto a comértela.

CR.- ¿Comíais en el cuarto?

AB.- Sí, comíamos en el cuarto.

CR.- ¿Y cuando tú te ibas a trabajar...? porque tú entraste a trabajar junto con tu marido a la misma fábrica.

AB.- Sí, sí, yo no quise ir... yo era modista, entonces mi esposo, mi marido pues me aconsejó que me fuera a coser. Pero yo no, yo creía que eso no era revolucionario, el coser, y yo no quise; yo quería ser revolucionaria, y

quería ser trabajadora, como decían allí, y ir a montar una máquina, yo esas cosas me encantaban, las máquinas. Entonces me dijo el compañero del partido que nos acompañaba a ver la fábrica: "Bueno, pues sería mejor que usted se dedicara a la costura". Y yo: "No, no, no, no, yo quiero venir aquí a trabajar en un torno, en una fresadora, en algo que yo vea lo que fabrico". Entonces dijo: "Bueno, pues la metemos en una fresadora", y yo encantada. Eso sí, estropeé más tornillos que nada, y allí el que lo estropea lo paga. Claro, yo no los pagué, porque si no, no hubiera cobrado en la vida.

CR.- ¿Y recibiste algún entrenamiento antes de empezar a trabajar?

AB.- Bueno, sí, claro, tuve que recibir entrenamiento, ¿no? Pero claro, yo entré a trabajar el 15 de agosto, entramos a la fábrica...

CR.- ¿Del 39?

AB.- Del 39, eso es. Y, y ya vino el invierno y hacía un frío que no se podía resistir. Andábamos con unos monos, unas pañoletas para que la banda de, de la fresadora no te cogiera los pelos -allí no puedes trabajar con el pelo al aire ni nada de eso, está todo muy organizado. Y la fresadora es como un torno, ¿no?, entonces sale una agüita jabonada, jabonosa así, que va enfriando la pieza de hierro que vas tú limando. Y esa virutita que va saliendo te

se va metiendo en las uñas y, y te va dando por el escote, todo esto quemado, todo el escote quemado y las uñas quemadas; todo aquello va saltando, saltando, como fuego, y por eso ponen la agüita esa para que... Bueno, sacaba el tornillo y cuando no sobraba, faltaba y cuando no faltaba, sobraba, allí nunca estaba justo. Pero era muy buena gente el master, que era el maestro, venía: "¡Ay!, esta española". Y siempre estaba rompiendo el, la, la perforadora, que era como un... allí le llamaban un nombre que ahora no me acuerdo, bueno, lo que perfora el tornillo; y siempre lo estaba rompiendo yo: o lo apretaba mucho, o bajaba antes de tiempo, la cuestión es que era una desdicha yo para hacer tornillos. Pero allí estuve hasta que resistí el frío, porque yo me sentía muy importante haciendo ese trabajo, y a aguantar. Y después venía el, el secretario del Partido Comunista, venía todos los días a vernos...

CR.- ¿El secretario del Partido Comunista...?

AB.- De la fábrica, de la fábrica.

CR.- De la fábrica.

AB.- De la fábrica, de la sección tuya y todo esto. "Bueno, ¿cómo se siente la española, como está?" "¡Oh, oh!..."

CR.- ¿Y eras la única española que trabajaba?

AB.- No, otra compañera amiga, que era una chica que no sabía

ni leer ni escribir, que había ido también con su compañero y siempre venía juntito a mí; donde yo iba tenía que venir ella, porque la pobre no sabía nada. Pero era una muchacha de mucha fuerza, qué se... bueno, muy fuerte, yo era muy débil, y aquella también a hacer tornillos, pero las dos estropeábamos todo. Bueno. Entonces nos entró un frío horrible, porque eran unas naves grandísimas y enjabonado aquello, y con aquel mono, y nosotros no estábamos acostumbradas...

CR.- ¿No había calefacción?

AB.- Pues yo no... en aquel tiempo no había calefacción, no sé si después más tarde, en más frío habría. Entonces yo ya un día le dije al secretario del partido: "Mire, yo no puedo resistir este frío". "Ya se lo dije, usted no me hizo cáso". "Pues sí, tiene usted razón". "Bueno, ¿dónde quiere ir?" "Pues lléveme a la madera donde está mi marido, que allí están calientitos". "Bueno, pues las vamos a trasladar a la madera, a la sección de madera". Entonces nos llevaron y fue otra juerga también. Porque entonces ya, ya era... a todo esto ya se había declarado la guerra, ya se había declarado la guerra. Entonces nos pusieron a hacer chapas para las cajas de las bombas. Entonces eran tres, tres maderas ensambladas así y con unas travesales, entonces teníamos que clavar dos clavos, dos clavos y dos clavos. Pero bajo de las maderas estas había una, un

hierro grueso, como de a dedo, para... y tenías que clavar el clavo y remacharlo a la vez. Claro, imagínate: la travesera... la madera que era gruesa, como de a dedo, la travesera que era de a dedo y el clavo como de a dedo; al segundo martillazo lo tenías que clavar y remachar, porque... ¡Y yo qué va! La norma eran noventa y yo no hacía ni tres, con veinticinco martillazos. Cada vez que pasaba mi marido: ¡pa pa pa!, me hacía uno; pasaba... Y yo: ¡Ay, Dios mío!" Venía el maestro: "¡Española!" "Ahora sí ya no puedo con el martillo", daba veinticinco martillazos y nada. "Bueno, la vamos a cambiar". Entonces me llevaron, a mí... la compañera sí, la compañera sí lo hacía, yo nunca llegaba a la norma; porque allí te obligan a llegar a la norma, yo nunca llegué. Entonces nos llevaron a otro sitio. Nos llevaron a hacer unas cosas como si fueran de juguetes, unas maderitas chiquititas, que eran para las cajas de los telescopios y eran todas forradas de verde, muy... que esas las hacían mi marido y otro muchacho, muy aseados, o sea muy limpios en el trabajo y eso. Y eso era para separar el telescopio de otras cosas, ¿no?, unas cosas muy delicadas que se hacían para el frente, ¿no?, se iban en unas cajas. Y los otros eran como unos columpios así, una maderita aquí, otra maderita aquí, pero chiquititas, como de diez centímetros por tres de ancho y con unos clavitos chiquititos y unos martillitos chiquitos. Eso sí hicimos para to

da la guerra, para las cajas esas, porque las hacíamos aprisa, muy bien, llenamos la fábrica [risa] de palos de esos. Ya dijo los, el master: "Bueno, pues ustedes ya, esto sí ya, ya sacaron todas las normas que podían sacar", porque eso lo hacíamos muy aprisa y muy bien las dos, nos dejaron a las dos españolas ese trabajo fácil. Bueno, ahí ya pasaron varios meses, ahí pasamos el frío y todas estas cosas.

CR.- Antes de que sigas adelante: ¿la niña con... quién te la cuidaba mientras tú trabajabas?

AB.- Ah, no, la niña desde el primer día fue al kinder, eso sí.

CR.- Pero al kinder, bueno, una...

AB.- No, una casa cuna.

CR.- Casa cuna.

AB.- Muy bien. La niña estaba muy bien, a los cinco meses entró en la casa cuna. Yo como criaba, tenía una hora menos de trabajo que las demás, yo salía una hora antes; en vez de ocho trabajaba siete. Y en el descaso de la comida yo iba a darle de mamar a la niña. Entonces yo descansaba más y salía antes también. Los niños eran muy bien atendidos, muy bien recibidos. Tú los llevabas a la hora, los desnudabas, los entregabas desnudos, y allí los vestían con sus camisitas; les tomaban la temperatura, ¿no tenía temperatura?, muy bien, entraban hacia adentro. Y

tú llegabas, te ponían tu máscara, tapabocas, tu bata blanca y les dabas de mamar. Los entregabas otra vez, te marchabas a trabajar y una hora antes tú salías. Recogías la niña, ya te la daban desnudita, la vestías -ahí tenías unos armaritos para tu ropa y para tu manta, todo-, ya te ibas a casa con tu niña. La niña sí estuvo bien atendida.

CR.- ¿Cuánto ganabas?

AB.- Bueno, nosotros ganábamos un sueldo especial, de trescientos rublos.

CR.- ¿Especial quiere decir mayor o menor que los soviéticos?

AB.- Pues los soviéticos ganan según las normas que hacen, trabajan a destajo. Bueno. Nosotros, si pasabas de la norma y ganabas más de trescientos, te daban más de trescientos, pero si no llegabas a la norma como yo, entonces te daban los trescientos.

CR.- ¿Y con esos trescientos cómo vivíais? Ganaban trescientos tú y trescientos...

AB.- No, mi marido ganaba más porque él era, él ya era ebanista en España; entonces pues él ya tenía el oficio, él ganaba más.

CR.- ¿Y con el sueldo de tu marido y el sueldo tuyo?

AB.- Sí, vivíamos bien, muy bien.

CR.- ¿Y por ejemplo la cosa de alimentos cómo estaba entonces?

AB.- Bueno, la cosa de alimentos, eh, por ejemplo azúcar no

había. Al mercado podías ir y comprar una gallina, que te costaba seis rublos entonces, y comprabas carne que estaba barata. Claro, la carne no te la daban cortada en filetes ni en bistés: con el hacha partida, un cacho de arriba, un cacho de abajo, el que te tocaba. Pero comías bien y hacías unos caldos muy buenos, habían alubias secas, o sea comías bien. El pan era bueno, había blanco y había negro.

CR.- ¿Y, y tú tenías que ir todos los días a la compra?

AB.- No, no, no. Nosotros comprábamos, íbamos el domingo, el día de descanso, el día de vijodnoi -que era cada cinco días, allí hay descanso cada cinco días.

CR.- ¿Cada cinco días dos días de descanso o uno?

AB.- No, un día de descanso, sí.

CR.- ¿Y toda esta comida, por ejemplo, al vivir todos juntos, cómo la, la teníais separada o...?

AB.- No, la teníamos en nuestro cuarto, allí o entre los dos cristales de las ventanas. Porque allí hay cristal doble, entonces tú coges la carne, la atas con un hilito y la sacas entre las dos ventanas y no se te estropea, es como si tuvieras refrigerador -entonces no habían refrigeradores allá-, y así. Y como no era más que la cena y el desayuno, porque la comida la hacías en la fábrica. Entonces los domingos era el día que tú guisabas más, como se les ocurría, a mi marido: "Una tortilla de patatas",

una tortilla de patatas o... No había sartenes, como nosotros, de rabo, ahí la sartén no tiene rabo. Entonces te nías unas tenazas que la coges; claro, no podías dar la vuelta. Y entonces tenías problemas con los hombres porque querían el arroz a la española, entonces los problemas: allí todo es hervido, frito nada. Pero en fin, los primeros días; después ya uno se acostumbra pues a lo que puedes, como es natural, ¿no?

CR.- ¿Oye, y por ejemplo en esos días de descanso, aparte de ir al mercado, qué hacíais?

AB.- Bueno, pues lavábamos, planchábamos; después tenías sobranía, o sea reuniones del partido, y después teníamos lección de ruso, dos días o tres a la semana.

CR.- Allí mismo en esta casa.

AB.- Sí. En esa casa había un rincón rojo que se llama, una habitación para todas las reuniones, para charlar todos, para tocar la guitarra, para ir a discutir, para ir a jugar. Como entonces no habían más que tres niños entre to dos, pues los niños eran los amos; la mía sobre todo era el ama del colectivo, porque tenía cinco meses, entonces todo el mundo estaba con la niña. Y allí pues se armaban las discusiones.

CR.- ¿Y las, las reuniones del partido que teníais, teníais por ejemplo organizado el partido como una célula, con un responsable, con...?

AB.- Sí, con un responsable de organización, secretario de propaganda, o sea el que hacía el periódico mural, y secretario político.

CR.- ¿Y en vuestras reuniones del partido qué discutíais, temas de la Unión Soviética?

AB.- No, primero se discutió temas de España siempre, ¿no?: qué podíamos hacer, qué pasaba en España, cómo estaba España. Después cuando vino la guerra y todo esto, ya la cosa era más internacional, los problemas era la guerra cómo estaba, ¿no? -cuando vino la guerra europea, ¿no?...

CR.- Sí, claro.

AB.- ... todavía no la nuestra. Después vino lo del pacto y todas estas cosas ¿no?, eran esos problemas. Después más adelante no, después más adelante ya era el problema ruso, ya nosotros estábamos ya... Porque también nos dividimos mucho, y nos fuimos dividiendo, que el colectivo, cuando empezó la guerra, ya el colectivo fuimos cada uno por un lado, no pudimos irnos juntos siempre todos.

CR.- ¿Y todos los que vivíais en esta, en esta casa erais del partido todos?

AB.- No, no, no, ya te digo que los marinos... había muchos problemas a veces en las reuniones...

CR.- ¿Ellos participaban en las reuniones?

AB.- Bueno, sí, porque a veces no se hacían solamente de, de partido sino se hacían de colectivo, y entonces en el co-

lectivo ellos planteaban sus problemas: no estaban de acuerdo con esto, con lo otro, siempre protestaban. Ellos eran de protesta, en contra de muchos problemas que pues, que salían, o sea que se... en el lugar de trabajo, no estaban de acuerdo con esto o lo otro; los marinos siempre buscaban problemas. Y claro, había que convencerlos de que esto sucedía por esto, por lo otro, y habían veces que eran problemas serios que no los podías convencer.

CR.- Claro. Bueno, entonces, esto, en aquel entonces tú dices que os daban clases de ruso...

AB.- De ruso.

CR.- ... empezasteis a aprender el ruso.

AB.- Sí.

CR.- ¿Y tú te entendías con tus compañeros de trabajo?

AB.- No, yo... bueno, pues sí, los del trabajo sí, porque como que eran las palabras diarias, ¿no? Entonces era más fácil saber que esto se llamaba esto, lo otro, lo aprendías, y con eso te podías mover, aunque repetías veinte veces la misma palabra y todas estas cosas. Pero yo tenía una norma conmigo: yo cuando me acostaba todas las noches pensaba: "¿cuántas palabras he aprendido hoy? ¡ah, tres!; ¡cinco, oh, qué bien!", pensaba yo; las decía muy mal, porque yo hablaba el ruso malísimamente mal, pero pues me defendía, ¿no?, como podía. Pero claro, también había una cosa mala, que nosotros teníamos un señor que había vivido en Chile

o en Brasil, muchos años y era ruso. Entonces hablaba español muy mal, pero nos lo pusieron de traductor, y a todo donde queríamos ir íbamos con él, y lo que queríamos comprar íbamos con él. Entonces pues no nos dejaban... él nos daba clases de ruso, pero como todo el día, si estábamos en casa estábamos entre españoles, solamente en el trabajo...

CR.- ¿Y en la compra del mercado, por ejemplo, y eso?

AB.- Ah, pues a puras señales, y el kofe, el malakó* pues que eran muy fácil, la leche y el café, y las patatas y todo eso, teníamos más facilidad. Lo tuvimos que aprender así, hasta que vino la guerra. Cuando vino la guerra nos quitaron el traductor y ahí, ahí a la fuerza, nos tuvimos que... yo sobre todo, porque yo era malísima, era malísima.

CR.- ¿Cuánto tiempo estuviste en Zielmans en esta fábrica?

AB.- Pues estuvimos desde el 39 hasta octubre del 41, dos años.

CR.- ¡Dos años!

AB.- Dos años y pico, sí, trabajando. Bueno, yo después me salí de la fábrica esta y me marché a coser, al final.

CR.- ¿Allí mismo?

AB.- No, hasta Rostov, a diez kilómetros, iba y venía todos los días.

CR.- ¿Y la guardería de la niña, o la...?

AB.- Bueno, entonces cambié de guardería. Entonces la nena ya era más mayorcita, entonces yo la llevaba a guardería de

* Moloko, leche.

internada los ocho días, no la llevaba y la traía todos los días.

CR.- Ah, ¿la dejabas interna?

AB.- La dejaba interna, sí, y estaba muy bien. Porque ya era mayorcita la nena, y llevarla y traerla todos los días era muy pesado. Entonces en mayo del 41 mi marido se fue a Moscú a la escuela de cuadros; lo llamó el partido y se fue, el 5 de mayo se fue. Y después vino la guerra, y yo estuve como desde marzo o así, me fui yo a, a la costura.

CR.- A Rostov.

AB.- A Rostov. Cuando él se marchó yo ya estaba trabajando en Rostov en la costura.

CR.- ¿Y ahí qué era, una fábrica?

AB.- Sí, una fábrica de vestidos de mujer. Entonces pues sí, yo ahí desempeñé un buen papel porque pues era muy avanzada, muy avanzada. Y entonces yo ahí servía como de comodín, porque ahí se trabaja en cadena y entonces el comodín es el que sirve para todo, ¿no? Entonces si una no viene o se retrasa en su trabajo... la una pega mangas, la otra pega faldas, la otra hace dobladillos, la otra hace esto, y cuando se acumula el trabajo, entonces el comodín va a ayudar aquella.

CR.- Pero tú sabías hacer todo.

AB.- Claro. Entonces pues, yo pues hice mucho allí y enseñé a

hacer ojales, enseñé muchísimas cosas que, que no se hacían, ¿no?

CR.- ¿Y tenías alguna compañera española en esta fábrica?

AB.- No, no, estaba yo sola.

CR.- Eras la única.

AB.- Sí, era la única, la única, la única.

CR.- ¿Y cómo era tu relación con las compañeras?

AB.- Ah, muy buena, muy buena. Yo siempre he sido feliz porque la gente era muy buena; mi hija estaba en el kinder divina mente, eh... muy buena. A mi hija la adoraban; había una profesora que no tenía niños, entonces en vez de Ana María le llamaban Mariana y le decían Marinita. Y a veces iba a recoger mi niña la víspera, el día de... la víspera del des canso y no me la quería dar: "No, esta semana me la voy a quedar yo -dice-, que se quede, si ella está muy feliz", porque la adoraba. Y pasó una vez un accidente, que la niña cayó y... subió, habían dos escalones para entrar a, a la casa, porque tenía un jardín muy grande, y cayó y se dio con el canto de la puerta y se partió el pechito, la mami- ta se la partió. Yo no me enteré, y... no sé qué día fue, a principio de semana, y como el jueves me llamaron a mí y me dijeron que me presentara en el kinder. Llegué y la niña tenía cuarenta de fiebre. Se la habían llevado a la Cruz Roja, pero se le habían infectado los puntos y entonces ya la directora se asustó mucho y entonces me

llamó. Me dijo: "Mire, no se asuste, ha pasado esto".

"¿No... pero cómo no me han avisado?" "No le hemos avisado. Creíamos que esto se iba a solucionar, pero al ver que no se soluciona, le damos... le decimos que la lleve a su consultorio" -cada lugar tenía... vivienda te tenía su consultorio. Me dieron de baja a mí enseguida, llegamos allí y la, le abrieron la herida, se la limpiaron, a mí me dieron todo el tiempo. Pero tú no sabe los mil perdones que me pidieron, cómo lloraban todas. Bueno, en la fábrica se enteraron las compañeras y entonces me dijeron que yo tenía que denunciar aquello y que le tenía que levantar un juicio, porque a mi niña la habían abandonado. Y yo dije que no, que era un accidente, igual que me podía haber pasado a mí que le pasara a ella, porque yo sabía cómo querían a mi niña; entonces yo decía: "no, yo no voy a denunciar a nadie". "Pues sí, usted debe denunciar porque nosotros lo hubiéramos hecho". Dije: "No", y no fui. Después había un chico español que vivía arriba del kinder, entonces él me dijo: "Mira, ¿no te imaginas el día que pasó esto con Marinita! Todas las profesoras llorando, todo el mundo corría, todo el mundo asustado: '¡la españolita!' " -porque no había más española que ella. Y yo pues no lo denuncié. Porque yo había veces que tenía ilusión de ver a la nena y antes de entrar en el turno segundo, que entrábamos al medio día y salíamos por la noche, me iba al kinder a verla.

Me decían: "Bueno, mire, está acostadita, usted... -la puera tenía una ventanita y ella después de comer tomaba la siesta- bueno, la vamos a dejar asomar, pero no la tiene ni que decirle nada". Entonces la veía: oye, con un edredón de puntillas, unas colchitas divinas, llena de moños y todo, ahí mi hija toda abiertita durmiendo, con sus moñitos en las trencitas y eso. Yo ya la veía y ya me estaba contenta y tranquila. Pero esto no se lo dejaban hacer a las rusas, las rusas estaban acostumbradas a dejar a sus niños y ya. ¡Y yo cómo iba a denunciar a aquella gente, si aquella gente se portaba tan bien conmigo! Son accidentes que me pasaron y que yo supe comprender. Las compañeras que no, que no, que la denunciase. Yo dije "no, no".

CR.- Entonces tú ibas a trabajar a Rostov, allí dejabas ocho días a la niña, pero tú todos los días...

AB.- Cinco, cinco días.

CR.- Cinco, perdón.

AB.- Sí.

CR.- ... pero tú todos los días volvías a Zielmans con tu marido.

AB.- Sí, con mi marido, sí.

CR.- Bueno. ¿Y esto hasta cuándo duró?

AB.- Bueno, mi marido se marchó en mayo a Moscú.

CR.- Del 41.

AB.- El 41. Yo estaba en estado...

CR.- ¿Ah, ya estabas embarazada?

AB.- ... me había quedado en estado de mi hijo, ya tenía cinco me... bueno, cinco meses cuando estalló la guerra. Entonces mi marido se marchó. Entonces estalla la guerra el 18 de julio... 18 de junio, el 22 de junio estalló la guerra, el 22 de junio creo que fue; o el 22 de julio o el 22 de junio.

CR.- No, fue en junio.

AB.- Junio, el 22 de junio estalló la guerra. Y yo me acuerdo que estaba, estaba trabajando en la fábrica de vestidos y de repente a mí se me rompió la aguja. Me fui al, al sklad como decimos allí, o sea al almacén, a la bodega, a pedir una aguja y no me hacían caso. Empecé a gritar y entonces me dice el ingeniero de allá, el mecánico, me dijo: "Usted sabe que estalló la vayná" -voyna es guerra. Entonces pues yo me asusté muchísimo. Me dio la aguja, llegué allí y di la voz. Bueno, entonces pues sí se armó, porque la gente, aunque todos estábamos impresionados, aquello, aquello fue el derrumbe. Ya llegué a casa, el colectivo estaba todo levantado, hicimos reuniones y reuniones: qué hacíamos, qué hacíamos. Y ya empezó la guerra y empezó pues las sirenas a sonar, porque lo primero que cogió fue Rostov. Bueno, en octubre que yo ya me alivié...

CR.- Del 41.

AB.- Del 41, ya entraban a Rostov el día que yo me estaba ali

* Voyna, guerra.

viando. [Se interrumpe la grabación].

CR.- Bueno, en el momento en que te enteras de que ya ha estallado la guerra y que la Unión Soviética va a ser atacada, etcétera, etcétera, ¿dónde está tu marido?

AB.- Mi marido está en Moscú, pero perdemos la comunicación.

CR.- ¿Y no tienes forma de localizarlo?

AB.- No tengo forma de localizarlo.

CR.- Entonces tú te quedas en Rostov en la fábrica de vestidos...

AB.- De vestidos.

CR.- ... con un embarazo de cinco meses...

AB.- Cinco meses.

CR.- ... tu hija en su kinder...

AB.- En su kinder, de dos añitos.

CR.- ... de dos añitos...

AB.- No llegaba; bueno, dos añitos, sí, los había cumplido en mayo... ¡en enero!

CR.- ... y, y con tus compañeros de vivienda, digamos, del colectivo aquel.

AB.- Con mis compañeros de vivienda, sí, con el colectivo, sí.

CR.- ¿Y entonces qué decisión tomas o qué haces?

AB.- No, no, no podíamos tomar ninguna decisión nosotros por no sotros, el partido tenía que, que ver qué hacíamos con...

CR.- ¿El partido español?

AB.- No español, más el ruso... y el español junto, creemos no sotros, porque nosotros estábamos lejos. Claro, nosotros

teníamos nuestro secretario del partido allí, nuestro, pero él tenía que recibir órdenes de Moscú o del partido ruso del lugar donde estábamos, porque éramos españoles y nos tenían que evacuar a la fuerza, primero que a nadie, primero que a los rusos.

CR.- ¿Primero que a los rusos?

AB.- Primero que a los rusos.

CR.- ¿Y por ejemplo de tu colectivo fue movilizado alguno de los hombres?

AB.- Bueno, pero fue movilizado más tarde, más tarde. Primero salimos todos. O sea pasa eso desde, desde junio hasta octubre; sufrimos bombardeos, sufrimos todo. Yo seguí yendo a trabajar hasta un mes antes de aliviarme y por las noches hacíamos guardia, porque allí es obligación hacer guardia toda la noche, por si viene el bombardeo despertar a todo el mundo y sacarlos de la cama aunque no quieran.

CR.- ¿Teníais algún refugio allí mismo?

AB.- Sí, un refugio, un campo que... en los campos se hicieron unos sótanos y allí nos metían. Y allí muchas veces no habían tren... tranvías por la noche...

CR.- Para volver a la casa del trabajo.

AB.- ... y me echaba los diez kilómetros a pie.

CR.- Sola.

AB.- Sola; con amigas que iban quedando por el camino, pero

rusas, españolas ninguna, nadie, hasta que llegaba a casa. Y entonces...

CR.- ¿Y no te producía angustia el irte tú hasta, hasta...

AB.- ¿Hasta mi casa?

CR.- ... hasta tu casa y dejar a tu hija en Rostov?

AB.- Pues no sé, no...

CR.- ¿Nunca lo pensaste?

AB.- Nunca lo pensé, no sé yo, no sé... sabía que estaba más, más segura en Rostov o conmigo. Claro que me causaba angustia pensar que estaba separada de ella, pero fue poco tiempo. Porque yo empecé a tener unos dolores muy fuertes, muy fuertes, no sé si... hoy en día comprendo que debía ser que se, la criatura se estaba colocando o algo, pero un día me acuerdo que iba en el tranvía y yo me volví loca, ¿no? Y me fui a la doctora y me dio de baja ya antes del mes, yo estuve más tiempo del mes de descanso; entonces ya me la traje a casa. No me la quería dejar la profesora, entonces decía -la traía, la llevaba-: "No, por que usted se vaya a aliviar, y porque usted está cansada y cómo va a llevarla y cómo va a traerla", ¿comprendes?

CR.- ¿Y dónde ibas a dar a luz?

AB.- A la... a la bolinitza iba a decirte, al sanatorio de, de donde me correspondía, de Zielmans.

CR.- Por tu fábrica.

AB.- No, por mi fábrica no...

CR.- Por tu vivienda.

AB.- ... por mi vivienda, por mi vivienda. Allí tienes tu... todo, tu sanatorio de maternidad, tu hospital, tus farmacias, todo pertenecía a ese, a esa localidad.

CR.- A esa localidad. ¿Y entonces te llevas a la niña contigo?

AB.- Bueno, ya cuando yo ya me sentí muy mal, la cosa muy avanzada, entonces fui a recoger a la niña, yo recuerdo, aquel día. Y entonces me dicen: "Bueno, sí, pero hay que vacunarla, porque hay una epidemia de sarampión y van a venir a vacunar a los niños, no quiero que se vaya usted sin vacunar", dice la profesora. Dice: "Si usted me promete que la va a vacunar en un camión que va por acá de sanidad que va vacunando a todos los niños, yo sí se..." "Yo lo prometo". "... la dejo salir, pero si no, no". "Yo... vamos, sí". Entonces fui, me acerqué al camión, me la vacunaron de sarampión y yo me la llevé. Entonces sucedió una cosa: yo fui a comprarle un sandwich a un café, a un sitio donde vendían sandwich, a la nena, y en eso tocó las sirenas del bombardeo. Y era un café que pertenecía, una tienda de estas de sandwich que pertenecía al teatro de Rostov, que es un teatro muy nombrado en la Unión Soviética porque es todo de cristales, de arriba a abajo, que está con un parque adelante precioso. Yo le compré el sandwich a la nena y nos metimos toda la gente corriendo al refugio. Duró mucho las sirenas, mucho el bombardeo:

cuando salimos no había teatro, lo habían bombardeado todo. Fue una impresión grandísima aquello.

CR.- ¿Y por qué tú sacas a la niña del kinder cuando ya estás próxima a dar a luz, cuál era tu idea?

AB.- Mi dea era que yo no sabía... nosotros teníamos que salir, entonces yo no sabía si íbamos a salir antes de que yo me aliviara o después que yo me aliviara; porque estaba esos momentos: de un momento a otro yo me tenía que aliviar, pero de un momento a otro teníamos que salir. Entonces yo no quería meterme en el sanatorio y dejar a mi hija en el kinder pensando que estaba separada de nosotros; de la otra manera yo la dejaba en el colectivo con las amigas y compañeras. Entonces fui a recoger a la niña y la traje a casa. Pues al día siguiente empezaron los dolores, a la madrugada, entonces a las seis de la mañana yo llamé a una amiga, una compañera, y le dije: "Me voy al sanatorio". Entonces una me acompañó y la otra me dijo: "Yo me quedo con la niña". Entonces yo me meto en el sanatorio un domingo por las seis de la mañana, y hasta las dos de la madrugada del lunes nos seguían bombardeando el sanatorio a toda bomba.

CR.- Y tus compañeros del colectivo seguían allí.

AB.- Seguían en el colectivo. Entonces allí no te puedes ir a, no entran a verte, te escriben nada más una notita y ya. Entonces viene una compañera y me dice: "Amparo, no-

sotros salimos de aquí, haz el favor de salir porque nos vamos y nos llevamos a la nena".

CR.- ¿Pero y cómo podías salir?

AB.- No, porque los evacuaba el partido.

CR.- ¿Pero tú ya habías dado a luz?

AB.- Yo ya había dado a luz, pero tenía cuarenta de fiebre. En tonces yo desesperada, llora que llora y llora que llora. Bueno, al final di a luz, en el momento en que bombardeaban, la comadrona cogió el niño, se marchó al refugio y me dejó a mí en el quirófano. Yo desangrándome, desangrándome, y muriéndome con un frío ya... desde las dos de la mañana, a las seis de la mañana apareció ella, yo mirando el reloj que estaba allí. Vino...

CR.- Y mes de octubre además.

AB.- El mes de octubre, ¡con un frío!, yo diciendo "¡me muero, me muero!", yo ya sentía que me iba, que me iba. Entonces vino, dijo: "Ah, la placenta, no he sacado la placenta". Entonces se me puso encima de mí y con los puños, con los puños y una tabla me sacó la placenta. Entonces ya salí, ya me pasaron a... claro, a lo general, allí no hay más que habitación general, y allí estuve. Empecé a tener fiebre y fiebre y fiebre altísima: que si es la leche, que si son los pechos, que si tal, que si cual, y allí me llega esta nota. Entonces yo llora que llora ya dos días, desesperada. Enton ces el médico de cabecera veía que aquella fiebre no se iba,

y entonces vino el director y me dice: "Bueno, ¿qué le pasa a la española, por qué llora?" Entonces yo como pude, porque entonces hablaba yo muy mal el ruso... porque las compañeras le empezaron a explicar. Entonces el director dice: "Mire, más vale que salga que que la dejemos aquí; porque se va a morir por el camino por la fiebre, pero la van a matar aquí". Porque los alemanes al español lo mataban enseguida, no había más remedio; tú eras comunista, un español en Rusia tenía que ser comunista. Entonces ellos se pusieron a hablar, y hablaron, hablaron...

CR.- ¿Pero ya se veía la entrada de los alemanes?

AB.- La entrada, ya, ya estaban entrando a las puertas de Rostov. Y yo, claro, desesperada porque había venido la amiga: "Amparo, ya estamos embalándolo todo y nos vamos mañana a tal hora", yo desesperada. Entonces se pusieron ellos a hablar, y nada más sé que me sentaron en una silla como la de Felipe II, con un... bajo una bacinica con agua hirviendo, con un vapor. Entonces se dilató la matriz, se dilató todo y cuando me levantaron había un cacho de, de placenta grande, dos cachos o no sé cuántos. Dicen: "Bueno, ya, ya salió", se conoce que no habían sacado la placenta entera. Y entonces me dijo: "Bueno, ya se puede usted marchar, esa fiebre le va a bajar y ya". Entonces vino la amiga, me trajo la ropa y yo me levanté, a las seis de la tarde, las siete, no sé qué hora, salí de allá.

CR.- Con el hijo.

AB.- Con mi hijo. Llegamos a casa, ya empezaba a hacer frío. Al rato de estar en casa, los bombardeos, los bombardeos: al refugio. Bueno, agarré yo al niño en una manta y mi niña en la otra mano y tra tra tra. Al día siguiente tuvimos que hacer los pasaportes, esto, lo otro, a Rostov. Bueno, al rato tuvimos que salir en el último tren que salía de Rostov.

CR.- ¿Por qué los pasaportes?

AB.- Porque... no sé, los pasaportes nos los seguían entregando, no sé por qué; yo no me enteré de nada. Nosotros teníamos la documentación de allí...

CR.- Ya soviética.

AB.- Nuestra, soviética, pero entonces tendrían que tener alguna visa para salir o algo, ellos sabrían por qué, ¿no?

CR.- Sí, algún pase para entrar...

AB.- Algún pase para pasar por algún lado.

CR.- Claro.

AB.- Entonces sé que fuimos a por una documentación, todos, que teníamos que firmar, yo fui con mi hijo y con mi hija auestas. Yo tenía que ir al Socorro Rojo a que me dieran... bueno, una gratificación que te daban y una ropa para el niño: yo lo perdí todo; cargué con todo lo que pude, nos fuimos en unos camiones que nos llevaron al hotel y nos metieron en el hotel. De ahí salimos...

CR.- ¿Hacia dónde?

AB.- No sé. Hacia tantos pueblos y tanto y tanto, hasta donde pudimos, hasta donde el tren paró, donde se acababa la vía del tren que creo que era Voshilgrado* o algo así, creo que era Voshilgrado.

CR.- Oye, Amparo, ¿y en este tren qué ibais, todo el grupo de españoles que vivíais en aquel colectivo?

AB.- En aquel colectivo, sí. Creo que era Voshilgrado. Claro, yo pues puede que sea que confunda los, los lugares porque fuimos a muchísimos sitios. Entonces allí estuvimos en el andén, toda una noche, de allí nos llevaron a koljoses empezaron ya a meternos por el Asia, por el Asia, por el Asia, por el Asia, a koljoses. Y fuimos a muchísimos sitios hasta que llegamos al Cáucaso, que está bastante retirado, bastante. Entonces en el Cáucaso nos llevaron a Ordzhonikidze, pero ahí mi hijo ya tenía ocho o nueve meses, en Ordzhonikidze, pasamos...

CR.- ¿Y mientras tanto no parabais?

AB.- Bueno, sí, ahí sí que estuvimos parando, porque estuvimos en un sitio que ahí pasamos una aventura muy fea, ahora no me acuerdo... era el mismo lugar en donde nació Stalin, ¿cómo se llamaba?, no me acuerdo, no sé, no me acuerdo ahora; sé que estuvimos en un sitio que ahí me pasó a mí una cosa muy desagradable. Ahí fueron ponien

* Así se escucha.

** Viviendas comunales.

do a todas las familias en... a todos por familias en casas de gente, ¿no?, y yo no tuve suerte, fui a dar con una familia que eran anti... antirrevolucionaria, era fascista. Entonces tenían una casa muy bien puesta...

CR.- ¿Pero esto era el campo o era una ciudad?

AB.- No, era una ciudad, una ciudad, ahora no me acuerdo cómo se llama pero...

CR.- No te preocupes, lo buscamos.

AB.- Entonces esa señora tenía piano, tenía todo, tenía un cuarto de despensa, tenía todo. Entonces fueron los del so-viet, se llamaba, a decirle: "Usted saca todo lo de esta despensa y mete a esta madre con estos dos hijos y la atiende". Ella dijo que sí, pero no lo hizo. Agarró y me metió en la sala, tenía un sofá estrechito, y me dijo: "Ahí va a dormir con sus dos hijos". Bueno, mi hijo no tenía ni pantalón de hule ni tenía nada.

CR.- ¿Qué edad tenía tu hijo entonces?

AB.- Entonces tenía siete meses o así. Bueno, entonces pues, como te digo, allí en aquel sofacito dormíamos los tres. Claro, el niño a mitad de la noche se despertaba, como era muy natural, estaba orinado, tenía que mamar; la niña pues no podía dormir, yo sentada en una silla de la sala con el niño al brazo. Entonces no me dejaba lavar ni me dejaba nada, me tenía secuestrada allí. Hacía un frío que la nieve nos llegaba más arriba de la pantorrilla.

Entonces yo desesperada, ni nos daba de comer ni nos daba nada. Entonces yo fui a protestar, vinieron los del soviet otra vez, le llamaron la atención: "Usted va a sacar lo de la despensa..." "Sí señor, sí, lo voy a sacar". No lo sacaba, nada. Allí un día yo, ya desesperadísimma... habían todavía muchos españoles en la estación, porque todavía no habían encontrado lugar para colocarlos. Entonces allí era una tierra donde había mucho girasol y pepitas de girasol, o sea allí se hacía el aceite. Entonces yo un día, desesperada, agarré a mi hijo y a mi hija, los abrigué todo lo que pude y me, y me salí a la puerta, porque estaba desesperada, a marcharme a la estación a buscar a alguien. Y en eso pasó un compañero español y me dijo: "Amparo, ¿qué haces aquí con tus criaturas?" Dije: "¿Pues qué hago aquí?, con esta mujer ya no puedo vivir, pasa todo esto... mientras ella se va al mercado por las mañanas, la hija me deja poner los pañales pegados a la chimenea para que se sequen, pero no me deja ni lavarlos".

CR.- ¿Y de comida qué hacías?

AB.- De comida, de cuando en cuando ella hacía albóndigas y todo -que nadie tenía carne y ella tenía, yo no sé quién era esta mujer-, y le daba a la niña. A veces yo podía salir al mercado a cambiar una sábana por leche o algo así, ¿no? Pero era muy mala gente aquella. Entonces me

dijo éste, dice: "Pues vente", agarró a mi hija al brazo y yo a mi hijo y me llevó a la estación. Entonces despertó a un compañero, le dijo: "Vicente, échate para allá, Amparo va a dormir aquí contigo porque..." Ya te cuento. Bueno. "¿Pues qué te ha pasado, Amparo, pero cómo es posible?" "Tuve mala suerte". Bueno, y al día siguiente me llevaron, otro compañero, a donde estaba él con su mujer, que no era más que un matrimonio. Una mujer que no tenía nada; tenía tres hijos, su marido era panadero. Entonces me llevaron con aquella pobre mujer, me agarró mi hijo y me dijo: "Se acabó, este niño lo que tienes que hacer... ¿cuántos días que no lo ha bañado?" Digo: "Pues no sé, un mes, o dos, o yo qué sé".

CR.- ¿Tanto tiempo estuviste en aquella casa?

AB.- No, en aquella casa no, pero habíamos venido de camino, ¿comprendes? Entonces le dijo a este compañero: "Vete con ellas, tráete todas las maletas y todo". Entonces dormíamos, el matrimonio este y yo con mis dos hijos, en un desván que había, como garage, en un desván que tenía ella, pero ahí con una caldera de calor, ¿no?, con una hoguera allí. Y a mi hijo lo había bañado, y cuando yo llegué, de una sábana le había hecho pañales, lo había envuelto y el chiquillo feliz, tranquilo, sonriente, le había dado una mamila, había hecho todo. Y esta mujer no tenía nada. Tenía dos niñas, y con mi hija feliz. Y

nos sentábamos todos a la mesa y ella todo lo que había lo repartía, y lo que más tenía era pan porque su marido era panadero y traía un cacho de pan. Entonces la pequeña de ella me acuerdo que siempre decía: "Mamá, ya jachu bolshoi kusok", quiere decir "a mí ese pedazo grande de pan" [llanto]. Porque al llegar nosotros, ningún pan... de todos, ¿no?, y entonces la niña pedía el grande pedazo para ella. Y claro, a mí me daba pena, ¿no? Y ella decía: "No, todos iguales, aquí Ana Mari va a tomar igual que tú y todos vamos a ser iguales". Y claro, comprendías: esa mujer no tenía nada, abrió el baúl para sacar una sábana para romperla para envolver a mi hijo; en cambio la otra tenía todo y nos tiró a la calle.

CR.- Sí, pero hubo pan todo...

AB.- ¿Comprendes? Entonces después ya nos salimos de ese pueblo... ¡ay! nunca me acuerdo. Porque yo allí le escribí a mi marido a la ENKVD* y ella recibió cartas mías, esta mujer de, de...

CR.- ¿Desde entonces no habías localizado a tu marido?

AB.- No. Porque ahí sí estaba la organización de mi marido y yo fui a buscarlo para cobrar, porque yo cada mes cobraba un tanto de mi marido. Y ahí, como yo encontré estas oficinas, en este pueblo -porque era una cabeza de partido, o sea era un pueblo grande, una ciudad grande-, fui a hablar y me dijeron: "Pues sí, eh, el último recibo

* Comisariado del Pueblo para Asuntos Interiores (1917-1946).

de usted es éste" Entonces me entregaron bastante dinero por los meses que no había cobrado.

CR.- O sea que al estar separados los matrimonios, el que recibía el sueldo era el hombre porque era el que estaba trabajando, supongo yo.

AB.- Sí.

CR.- Entonces parte del cheque, del sueldo del marido...

AB.- Bueno, pero como ya era la guerra, él había ido a una organización a trabajar, ¿no?, entonces esa organización se encargaba de atender a la mujer, ¿comprendes? Entonces yo al ir por el mundo no podía buscar, porque a veces llegabas a un sitio y estabas un día, entonces no podías ir a buscar esa organización, se llamaba la ENKVD. Entonces yo ahí pude localizar esto y entonces sí me pagaron los meses que me debían. Entonces ellos me dijeron: "Están en Moscú en tal sitio", porque ellos estaban haciendo la defensa de Moscú.

CR.- O sea tu marido ya estaba incorporado al frente.

AB.- Sí, ya estaba, se incorporó enseguida, los incorporaron al frente. Y yo escribí, y él... claro, yo le mandaba la dirección de esta, de esta persona y ella recibió mis cartas; yo escribí y ella me mandó las cartas de mi marido. Entonces mi marido una vez supo, en todo ese tiempo, que fueron dos años casi, supo de mí. Entonces ya nos volvimos a perder porque yo salí de este lugar y nos volvimos

a ir otra vez por el mundo. De ahí nos fuimos a Ordzhonikidze, donde yo te digo, ahí al mar Negro, al Cáucaso, al Cáucaso. Y ahí en el...

CR.- ¿Tú seguías con tu grupo de españoles?

AB.- Con mi grupo, sí. Y ahí en el Cáucaso también localicé yo la, la organización y me seguían pagando, aquí en el Cáucaso sí. Pero hubo quien se quedó en la ciudad trabajando, en Ordzhonikidze, que es cabeza también, capital, es un sitio muy importante allí; pero a nosotros, a las que teníamos niños, nos llevaron a la casa de reposo de una fábrica de costura que estaba bastante... bueno, fuera unos, unos kilómetros, aislado del centro de la capital, y ahí estuvimos yo y otras compañeras juntas con los niños.

CR.- ¿Y trabajabais, o no?

AB.- Nò, ahí no trabajábamos. Yo tenía la pensión esta de mi marido, entonces teníamos un almacén especial para los productos, ahí teníamos productos.

CR.- ¿Almacén especial para los españoles?

AB.- No, no, para los de esa organización, ¿comprendes?; esa organización tenía su magasin, como dicen allí.

CR.- ¿Cuál organización?

AB.- La ENKVD.

CR.- Ah.

AB.- Entonces yo pertenecía, entonces iba allí con mi tarjeta y me daban productos todas las semanas o cada quince días,

no me acuerdo bien, pero nos daban todo. Bueno, entonces allí a mí se me puso mi hijo muy grave, muy grave, muy grave.

CR.- ¿Tu hijo entonces ya qué edad tenía?

AB.- Pues tenía ya casi un añito, un añito casi tenía ya. Sí, porque era noviembre...

CR.- Del 42.

AB.- Del 42, y el nene había nacido en octubre. Bueno, ahí el nene estaba muy majo, pero un día yo no tenía azúcar, no tenía nada, y entonces se me ocurrió darle la leche entera.

CR.- Sin diluir.

AB.- Y era muy pequeñito, porque habrá te... no sé si tenía ocho meses o no sé; ya empezaba a hacer frío, así es que... Entonces le di la leche entera y a mitad de la noche se me iba, ¿sabes?, cogió... bueno, una colitis, ¿cómo puedo decir?, una desintería...

CR.- Una diarrea.

AB.- Una diarrea. Muy grave, muy grave, muy grave. Y no teníamos luz ni nada, entonces con una velita, con una aceite-ra, una almita de esas, que era un hilito metido en el aceite, yo veía que mi hijo se me iba. En cuanto amaneció me fui corriendo al, al consultorio, me dijo la doctora: "Su hijo no tiene vida, se ha deshidratado. Váyase inmediatamente al hospital, a tal hospital". Cogí el tranvía, yo llorando, gritando que mi hijo se me moría, llegué al hospital. Me dijeron: "Pase". Y yo gritando: "¡Mi hijo se

me muere, se me muere!" Le inyectaron y ya me hicieron pasar. Entonces me dijo la doctora: "Mire, su hijo no tiene vida porque está deshidratado". Entonces no había suero, ni había nada, imagínate. Entonces me dijo: "Mire, su trabajo es, sin parar, a cucharada de agua, a cucharada de agua, a cucharada de agua, pero sin..." Con una botella de limonada -o sea de refresco de aquí, como decimos- la llenaba en el grifo, y agua, agua, agua sin parar, tres días y tres noches estuve, sin nada de leche, y lo salvé. Pero allí, fíjate, cómo estábamos, se morían...

CR.- Y tu hija la habías dejado con tus compañeras.

AB.- Con las compañeras, la nena se había quedado con las compañeras. Entonces yo lo, los pechos a reventar, daba de mamar a todos los niños del hospital, sacaba la leche, porque era una lechera, ¿no?, pero yo al niño no le podía dar nunca...

CR.- A tu hijo no le podías dar el pecho porque lo estabas hidratando con agua.

AB.- Hidratando con agua, y así pasamos tres días. Pero se murió otro niño, de una judía, me acuerdo. Y claro... acababan de entrar, o sea acababa de entrar y se murió. Ella no se dio cuenta, se acostó ella, y yo me quedé velando a los niños. Entonces me di cuenta que el niño estaba agonizando y fui corriendo a llamarla, y ya estaba muerto. Entonces dijeron que le iban a hacer la...

CR.- La autopsia.

AB.- ... la autopsia y ella dijo que no. Entonces agarramos el niño, lo envolvimos en una sábana, lo dejamos caer por la ventana, ella se tiró por la ventana, se llevó al niño y desapareció. Así, porque era muy duro que te agarraran a tu hijo, te lo abrieran y eso, y ella dijo que no. Entonces dijimos: "Andale pues, tú para allá..." -estaba bajo, no estaba alto, ¿no?- y agarramos el niño lo metimos en una sábana y pa' bajo, hala, se marchó con el niño. Vinieron y dije: "No, se marchó". "¡Cómo que se marchó!", se armó... Pero en aquellos momentos...

CR.- Ya era igual.

AB.- ... ya era igual todo, que hicieran la autopsia o que no. Bueno, entonces yo estuve mucho, mucho tiempo allí, bastante, más de un mes estuve para poder recuperar, que el niño se recuperara porque estuvo muy grave.

CR.- ¿Y tú estuviste allí todo el tiempo, sin ir para nada...?

AB.- Todo el tiempo. Nada. Venía una amiga, la amiga, y me decía pues que estaba bien la nena, estaba bien, aparte la niña siempre fue un amor de que con todo, con todos...

CR.- Pobre hija, pero estaba habituada, ¿no?

AB.- Sí. Entonces pues sí, ya volví a casa con el niño yo. Pero oye, no había forma de levantarlo, de sacarlo, otra vez se me volvió a recaer. Entonces volví al, al sanatorio...

no al sanatorio, a la clínica, entonces me dijo la doctora: "Mire, esto no estuvo bien hecho, entrégueme al niño". Me lo colgaron del techo y le hicieron un lavado de estómago.

CR.- ¿Y por qué colgado?

AB.- Sí, lo colgaron con unas correas, yo no sé por qué, oye, yo no sé qué...

CR.- ¿Con la cabeza para abajo o qué?

AB.- Ay, yo no sé, yo me acuerdo que lo oí gritar y gritar, que salió la enfermera por una sonda y yo vi a mi hijo colgado, ¡qué horrible! Pero ya me lo entregaron y ya se mejoró, se mejoró, se mejoró y, y bueno, echó para adelante. Aparte había una vecina, un día... ah, empezaron a darme un alimento especial para él; tú tenías que ir con tu tarjeta a recoger el alimento de lo que tenías... porque allí están muy cuidados los niños, hay unas casas especiales para que le tengas que dar el kefir*, la crema, todo, te lo dan contado y todo.

CR.- ¿El kefir es como un cereal, o qué?

AB.- No, el kefir es como una leche, como un yogur pero no tan agrio, no tan ácido, más dulce, que tiene como unas bolitas, leche cortada pero especial. Después está el yogur y después está la, ¿cómo le dicen allí?, la, la

* Leche cortada.

leche agria. Bueno, entonces un día yo fui a por esto, y por querer adelantar... -llevaba a los dos niños, yo a don de iba, iba con los dos niños, imagínate- iba a la ciudad a por los alimentos, iba en tranvía y después del tranvía a mi casa había mucho tramo, pasé por un baldío lleno de basura. Fíjate, no sé, allí fue, me parece, donde me ocurrió la tragedia. Iba con la niña, y había muchas moscas y muchas cosas. Bueno. Entonces subí al tranvía, llegué a mi casa con las botellitas, le di al niño, y la niña se pone mala, mala, con fiebre, con fiebre, cuarenta y uno, cuarenta y pico, cuarenta y pico. Y tenía un vecinino judío, doctor, entonces yo lo llamé y me dijo: "Oiga, ¿esta niña qué tiene, qué tiene?" Le abre la boca: era una llaga hasta abajo, toda la lengua, toda la boca deshecha. "¿Pero qué le ha dado? Esto está muy grave". Me da una, una tarjeta y dice: "Nosotros le tenemos al niño, usted váyase con la niña cargada al consultorio tal". Llegué allí y me dijo la doctora: "Esto está muy grave, porque esto va para abajo no tiene solución. Hay que quemarla con mercurio de plata". Así es que tú no sabes lo que yo pude sufrir. Yo sentada... es decir, la niña aquí y aquella que mándola toda. Le quemaron los dientes, le quemaron... más, más de diez o doce días fui yo a que quemaran a mi hija, ¿tú te imaginas? Porque de ida aún iba bien, pero a la salida de la cura la tenía que llevar al brazo, era imposible la

criatura cómo quedaba deshecha.

CR.- ¿Y no había otros medicamentos?

AB.- No había, no había nada, ese era el problema, que no había nada. Entonces tú decías: "¿Bueno, por qué...?", es que, es que por qué ibas tú contra... no podías ir en contra de la medicina que había, había... nada más. A mí me decía ese doctor: "Es que no hay otra cosa más que atacar así, porque se le va a bajar al estómago y no hay nada que hacer. Esta ha sido una infección, la ha picado una, un mosco o ha sorbido algo. ¿Dónde ha ido usted?" Yo le conté: "Justamente crucé por un baldío por llegar más pronto a la calle que iba y parece que fue eso". Entonces había una vecina que, un matrimonio que no tenía niños y se enamoraron de mi hijo, así. Entonces era una koljosiana de esas simpátiquísimas, ¿no? Y yo le llevaba a pocholo, al nene, entonces aquella agarraba a su pocholo y se lo llevaba todos los días. Yo le daba de mamar, le daba todo, chica, pero no, el niño no levantaba. Entonces ella agarraba, se lo llevaba todos los días al mercado. Y allí en el mercado habían unas mesas donde la gente vendía la leche y el kefir y la cuajada: lo sentaba en el mercado y lo atiborraba de todo. Y yo me daba un susto que me moría, porque yo, como había tenido aquello, todo me daba miedo dárselo. Mira, lo levantó... pero gracias a esta mujer. Lo puso como una flor. Yo decía: "Pero bueno, mira, yo que no lo he podido hacer",

y decía: "pues bueno, este chico que tenía hambre o tenía algo, ¿no? Esta mujer lo ha levantado". Y era el amor de la vida de aquellos viejos, porque ya eran grandes ellos. Bueno. Pero en eso viene un día que los alemanes llegaron hasta ahí. La guerra iba aprisa comiéndose el terreno. En tonces sacaron a los hombres de nuestro colectivo, de los que habían en la capital; nosotros estábamos en la casa es ta de reposo, las tres mujeres...

CR.- ¿Las tres solas?

AB.- Las tres solas. Y después se marchó una y después se marchó la otra y me quedé yo solita con mis dos hijos y todos rusos. Entonces fue cuando me ocurrió lo de la nena, que cuando yo me llevaba a curar a la nena, que después fue cuando este matrimonio se quedaban al niño, yo tenía que dejar, porque habían unas ratas como conejos, pedazos como de tortilla que decimos aquí, que eran blini* allí, éstos escampar por la mesa y por el suelo para que las ratas se comieran aquello y no acudieran al niño.

CR.- Porque al niño lo dejabas solo.

AB.- Porque al niño lo dejaba solo, envuelto en la manta.

CR.- ¿Y en dónde, en dónde, en la cama?

AB.- En la cama. Entonces había un agujero allí que ponía una

* Crepas.

maleta grande que tenía: se habían comido media maleta ya, de grandes que eran las ratas. Entonces yo hacía los bli-ni...

CR.- ¿Y esto por qué era, porque estaba en el campo o porque...?

AB.- No, porque pues, porque las ratas tenían hambre y porque todo el mundo... tenían hambre, y entonces las ratas salían por las alcantarillas, por todos lados, pero ratas como conejos. De noche oías las ratas, entonces con la lamparilla aquella que tenías de aciete, te levantabas y a ver, dónde estaba la rata, ¿no? Entonces si yo me marchaba yo siempre pensaba: "vengo y me han mordido a mi hijo", pero no me lo podía llevar porque a la vuelta tenía que venir cargada con mi hija, y los dos... habían veces que yo llevaba a los dos niños al brazo.

CR.- ¿Y en aquel entonces la alimentación cómo estaba?

AB.- Bueno, yo no estaba mal alimentada porque tenía el almacén ese de mi marido, ¿comprendes? Teníamos galletas, teníamos leche, o sea que a mí... Entonces yo muchas veces les daba, al matrimonio este, dine... no dinero, productos, ¿no? Pero ellos estaban bien, no es que abusaran de mí, al contrario, era gente muy buena y eso. Pero de productos no estábamos mal, ¿no?, porque yo recogía eso. Bueno, pero ya la niña se puso mejor, esa gente no soltó al niño porque lo adoraban, y éste se puso precioso, precioso, porque era un niño gordo, precioso. Bue-

no, cuando de repente ya que, que vienen pa' acá, que vienen pa' acá, que hay que salir. Pero aquello fue...

CR.- ¿Y esto cuándo era ya, te acuerdas?

AB.- Pues era en agosto...

CR.- Pues si tú llegas a este sitio ya en el 42, decíamos...

AB.- No, no, en el 42 no, tenía yo que llegar... no, en...

CR.- ¿Cuando tú llegaste a Ordzhonikidze era el 42?

AB.- El niño nació en el 41, pues tenía que ser el 42; tenía un año el niño. Sí, el niño murió en el 43, eso es. Bueno, entonces...

CR.- Entonces esto ya era en el 42...

AB.- Sí, en agosto del 42. Entonces en agosto del 42, ahí nos meten... pues no, era antes, septiembre o así; no, en agosto no, era por septiem... ¡no, septiembre!, julio... junio, júnio debía ser porque hacía mucho calor. Entonces nos vamos, nos meten en un tren y nos vamos.

CR.- ¿A quiénes, a los habitantes de aquella zona?

AB.- Sí, de aquella... las mujeres y unos pocos hombres que quedaban ya. Y nos llevan a un koljós. En ese koljós que estábamos -yo no sé, por el Asia o no sé por adónde-... ¡ah!, al salir de ahí, uno de los compañeros había venido de otro sitio aquí a este lugar a buscar algo, no sé, y vino con la mujer y dos hijas.

CR.- ¿Españoles?

AB.- Españoles. Entonces él vio... ya sabía que se iba a marchar

al frente, entonces viene a mi casa y me dice que me dejaba a su mujer y a sus dos hijas, porque sabía que su mujer no tenía valentía para afrontar lo que iba a venir, pero que yo le iba a ayudar. Y yo le dije: "Mira, Gijón -le llamaban de apellido-, yo tengo bastante con mis dos hijos y ahora tú me dejas esta carga aquí". "No, Amparo, te lo pido por favor, por la amistad..." Bueno, él se largó, se los llevaron al frente, y yo me quedé con esta compañera y con sus dos hijos.

CR.- ¿Y qué edad tenían los hijos?

AB.- Las dos hijas, pues la mayor, mayor que la mía, tendría... pues si la mía tenía dos, la de ella tendría... no, la mía tenía ya tres, tres, la de ella tendría cinco, la mayor, y la pequeña tendría como mi hijo, por el estilo que mi hijo; bueno, no, no, tenía un poquito más, era un poquito más grande. Bueno. En eso salimos juntas, todo junto y todo junto, quedamos que todo lo íbamos a compartir juntas, porque para salir nos dieron un paiok, o sea una ración de alimentos a todos, por cabeza: de aceite, de esto, de lo otro, arroz...

CR.- ¿Para ir en qué, en tren, verdad?

AB.- En tren, para que tuviéramos para alimentarnos. Bueno, entonces pues salimos de ahí, muy bien. Pero esa señora pues sí, muy cobarde, muy... siempre pensando que su marido le iba a resolver todas las cosas, porque cuando ya habíamos salido él bajaba en todas las estaciones, buscaba todo, y ella se quedaba siempre en el tren. Bueno. Pero la que...

llevábamos ya unos días de caminar en el tren, y yo bajaba... paraba el tren, entonces nos echábamos con una jarrita a buscar leche a donde fuera, agua a donde fuera, lo que fuera para darle de alimento a nuestros hijos.

CR.- Porque eran horas y horas y horas...

AB.- Y horas, y a lo mejor paraba media hora.

CR.- ¿Y las condiciones del tren cómo eran, Amparo?

AB.- Bueno, eh, en ese momento las condiciones no eran tan malas, fueron después muy malas; pero en ese momento nos dieron... era el tren de, de bancas, y ahí íbamos: cada una tenía una banca para sus dos hijos y tú, y tu canasta y todo eso, todo. Bueno, entonces fuimos y fuimos y fuimos. Pero entonces yo un día ya le planteé las cosas a esta amiga, le dije: "Mira, yo bajo corriendo, traigo un cuartillo de leche y lo tenemos que repartir entre cuatro, y cuando yo llego mi hijo está mocoso, mi hijo está meado, mi hijo está sucio y tú te estás pintando. Entonces no; de ahora en adelante tú vas a bajar a buscar tus alimentos y yo los míos. Los niños si lloran se van a aguantar, pero la vida hay que hacerla así". "¡No, yo no puedo...!" "Ah, pues hija, yo soy la que no puedo, porque si yo llego corriendo y llegara y mis hijos estuvieran conformes, bueno". Bueno, allí se armó: "Ah, pues una reunión de partido". "Una reunión de partido".

CR.- ¿Ibais muchos españoles?

AB.- Sí, íbamos ya... íbamos noventa o cien, así. Entonces pues la reunión de partido, pues todo mundo me dio a mí la razón y "tú tienes que... esto". Bueno. Así seguimos hasta que llegamos a otro koljós, a un koljós. En este koljós llegamos y había de todo, de todo. Ahí había... el agua era malísima, todos los niños tenían el sarampión, una epidemia... se murieron no sé cuantísimos niños. Mi hija se puso gravísima, yo no sabía que tenía, vino la doctora, dijo: "Esta niña tiene sarampión". Yo la vi y me la encontré toda colorada, dije: "Pero si yo la vacuné". Pues gracias a eso se salvó, porque los que no estaban vacunados se murieron.

CR.- No había nada de medicinas.

AB.- No había nada de medicamentos ni de nada. Entonces allí no co... no bebíamos agua, tomábamos leche, porque había leche, todo, y gallinas... bueno, todo como tú no te puedes imaginar.

CR.- ¿Eh, este viaje fue hacia el norte?

AB.- Hacia el norte, fue hacia Turquía, hacia Turquía, íbamos por el Asia hacia Turquía. Bueno, entonces ahí una noche... yo vivía con otra compañera en casa de unos... eso era en una... no sé cómo se llama la ciudad, pero los habitantes eran tártaros, tártaros. Ahí no se comía... en todo el camino ese que es el centro del Asia, ahí bajabas del tren y entonces encontrabas unas explandas de tierra que allí no se cosechaba más que algodón y arroz, arroz, mucho

arroz. Eran tártaros, completamente asiáticos. Entonces bajabas y encontrabas una leche, que no sé de qué era, que no la podías tomar de ácida. ¿Y sabes qué nos daban?... yo un día le dije: "¿Bueno, esto qué es?" Dice: "Ah, pues eso se come con arroz" -yo no sé cómo nos entendíamos. Entonces vi que ellos tenían unos pocillos así con arroz cocido, blanco y les echaban de aquellas tiras. ¿Sabes tú qué eran?, melón, que lo ponían a secar a rajadas y... se secaban porque el agua se evaporaba y entonces aquello quedaba, la pulpa del melón, dulce, dulce como miel, y la hacían una trenza a la pulpa esa, y eso lo metían en el arroz y eso comían. Entonces pues yo cambié sábana, un hilo, esto por aquello, y aquello llevábamos, felices, y ya. Pero llegamos a un koljós de esos y una noche me tocan a mí a la ventana y me dicen que teníamos que salir volando porque los alemanes ya se estaban dejando caer en paracaídas. Nosotros los veíamos así. Bueno. Entonces había una carreta con unos bueyes, entonces yo estaba solamente con... porque nos tenían separados: los matrimonios con niños y los solteros; los solteros decían que ya estaban hartos de oír llorar a niños, pero a mí me llevaban con ellos siempre. Bueno. Entonces cargan la carreta de bueyes con todas las maletas, ellos a pie y yo como la Virgen María, San José y el Niño, todos arriba en la paja, porque llevábamos la paja para los bueyes, ahí. Y

veíamos cómo los alemanes caían y caían y caían, fíjate.

CR.- ¿Y era, era verano todavía, no hacía frío?

AB.- No, no, era ya a últimos y ya empezaba a hacer frío. Cuando nosotros entramos en el andén de la estación, empezó a nevar; y venían los otros matrimonios de otro pueblo cerca, ¿no?, y llegaron ya todos nevados. Ya cogimos el último tren que ahí salió, de ahí, y ya pudimos escaparnos nosotros en tren, ¿comprendes? Pero ahí ya vinieron las cosas más... ahí perdí yo todo mi equipaje.

CR.- ¿Por qué?

AB.- Porque todos me querían ayudar a mí, todos ayudar a Amparo: "Oye, tú te encargas del equipaje de Amparo, tú te encargas, tú te..." "Ah, sí, sí, yo, cómo no". "Bueno, Amparo, tú aquí, en esta barra es para ti, la otra... en esta barra para ti". Y cuando nos turnaron el equipaje, no lo habían montado, lo habían dejado en la estación: un colchón, bueno, con todas mis cosas.

CR.- Pero tú cargabas con una casa auestas, de verdad.

AB.- Todos cargábamos con algo, porque es que cuando teníamos apuro vendíamos aquello; pero yo ya no tenía nada que vender ni nada. Bueno, ¿entonces qué crees que hacen? El comité, nuestro comité de... los que respondían por nosotros, que no habían ido al frente porque no servían, por no decir otras palabras, se hacen, con unas maderas, unos estantes, se hacen una caja y se ponen un colchón...

CR.- En el tren.

AB.- ... cinco de ellos, en el tren. Y a nosotros nos ponen: la señora esta Gijón con las dos niñas, a mí con mis dos niños y a una amiga que tengo en Barcelona, con un niño; en tonces meten a un tuberculoso, español, marino, con su mujer. Ese tuberculoso va todo el camino esputando en una cacharra de cristal. Entonces yo, claro, entonces fui y le planteé a estos amigos y les dije: "Fijaros que no, esto no se puede tolerar. Estáis vosotros los cinco aquí metidos, y nosotros, las tres mujeres que nuestros maridos están en el frente dando la cara, con el tuberculoso". Todos se enfadaron conmigo, dijeron que iban a escribir a Dolores, que me iban a expulsar del partido. Digo: "Ojalá nos encontráramos a Dolores", porque sí... Efectivamente, fuimos tres meses metidos en un vagón, sólo bajamos en un sitio que era la frontera con Turquía, que se llamaba...

CR.- No importa, eso lo buscamos en un mapa.

AB.- Sí, porque el, eh, en el mapa se ve enseguida. Era una, era una capital hermosísima, había de todo. Fuimos al mercado: aquello era... uva, melones, tomates. Bueno, todas locas de contentas porque íbamos a ir a un sitio... ¡un calor!, bueno, todo divino. Entonces empezaron a preguntarnos nuestros oficios, dónde nos colocarían, todos felices porque... y nos íbamos... ¡Eriván!, Eriván.

CR.- ¿Eriván?

AB.- Era la frontera con Turquía, el último pueblo, ya en la frontera. Bueno, pues todos felices. Yo me puse a lavar la ropita de mis hijos, al día siguiente iba a hacerles unas fotografías con los dos trapitos que teníamos...

CR.- ¿Tú tenías localizado a tu marido por algún sitio?

AB.- No, yo ya no sabía de él hacía mucho tiempo, yo ya... fue cuando las mujeres decían: "¡Pobre de fulano!" Yo decía: "¡Pobres!, pobres de nosotros. Ellos tienen al enemigo en frente y van a luchar contra el enemigo, pero nosotras ¿a quién tenemos enfrente? [llanto], el hambre, la necesidad, todo, ¿no? Entonces más pobres nosotras, yo a ellos no les tengo pena". Yo te digo la verdad, era mucho más duro lo mío, lo que estaba pasando yo que lo que estaba pasando mi marido. Bueno, entonces ahí yo lavé los cuatro trapitos, los puse con una cuerdecita de vagón a vagón para que mañana estuviera seco, para llevar a mis hijos a retratar al mercado, porque a mi hijo no lo había retratado nunca. Pero de repente: traca, traca, tra... "¡Oye tú, que esto se menea, pues qué pasa!" Nos meten una máquina y nos arrastra; toda la ropa se quedó tirada, todo se quedó allí, después que yo había perdido lo poco que tenía, y nos llevan. Desde el veintiocho de agosto al veintiocho de noviembre metidos en el vagón. Sólo llegábamos a...

CR.- ¿Del 43?

AB.- Del... no, no, no, era del 42, en el 42; sí, porque era...

salimos en junio, llegamos ahí. Bueno, pues ahí pasaron muchas, muchas cosas. Porque ahí... llevábamos muchos niños en el vagón, y ahí cada día hacía una guardia, dos guardias en una, en una plataforma y dos guardias en otra, mujeres u hombres, a quien le tocara.

CR.- ¿Por bombardeos o...?

AB.- No, para que no se subieran gente en las estaciones, porque es que se subía gente que no era española, entonces no podía ser. Ese vagón era nuestro y ahí estábamos todos a, a, unos encima de otros...

CR.- ¿Cuántos ibais en el vagón?

AB.- Ah, yo no sé, no sé si doscientos o ciento cincuenta, yo qué sé. Pero eso era nuestro, ¿no? Entonces sin bajar; ahí no bajábamos más que para por agua... un día yo dije en una reunión: "Aquí hay que aclarar las cosas: los niños se despiertan por la noche y le empiezan a pedir agua, uno, y se despiertan los treinta o cuarenta. Aquí, aquí hay que turnarnos, en cada estación va a bajar una o dos a por agua". Y nos compramos unas lecheras así, entonces bajaban dos a por agua en la estación, o una, y traía la lechera. Porque los niños: "¡Agua!", porque si quiere uno agua, quieren todos.

CR.- ¿Y de comida qué hacíais?

AB.- Pues en cada estación bajaban estos responsables y nos daban un plato de col hervida, el borsch que decían, y la ración de pan.

CR.- ¿Que eso lo comprabais o lo...?

AB.- No, no, nos lo entregaban, eso lo entregaban, no, no lo comprábamos, ¿no? Entonces pues pasó una cosa... y claro, ya

nos habían avisado: que si bajábamos a por algo y el tren se ponía en marcha, nunca nos fuéramos detrás del tren. Por que habían pasado dos casos con españolas, que se iban detrás del tren y perdían... claro, el tren no lo cogían, entonces ellas se mataban; porque con la emoción de correr detrás del tren y el tren se les marchaba, tropezaban con todo y de que las habían encontrado muertas con el cacito de la leche así, ¿no? "Si alguien se queda, que se quede en la estación, que ya la localizaremos", porque localizaban los... Entonces a mí me pasó un día una cosa. Yo bajé a por agua; yo siempre era muy valiente, ahí bajé yo... Pero como nunca se paraban en la vía que daba a la estación, sino dos o tres vías detrás, tú tenías que pasar por bajo de esos ande... de esos coches, carros de trenes, y a lo mejor cuando estabas pasando se movían; aquello era de espanto, porque los trenes estaban pegados el uno al otro y no sabías si cuando tú ibas a pasar el tren se iba a mover de adelante. Bueno, la cuestión es que yo lleno la cacharra, la lechera de agua, y pita mi tren: ¡puu...! ¿Sabes dónde me monté?, en el último vagón del tren, ahí me senté con mi cacharro. Entonces ya se habían repartido a mis hijos ya, se habían repartido todo, porque Amparo se había perdido. Entonces yo estaba bien tranquila porque iba en el tren, pero ellos no lo sabían. Porque a lo mejor iba nuestro tren de pasajeros nada más, nuestro vagón, con veinte de cargamento y de cosas de batalla y todo eso, y nosotros solamente de

pasajeros. Bueno, a la hora que llegamos a una estación, después de dos o tres horas de caminar, aparezco yo con mi cacharro del agua. Bueno, pues ya fue una aventura. Pero... yo siempre con esos problemas, pero esta amiga, de Gijón, no paraba siempre de plantear problemas y un día dice que se quiere matar. Digo: "Hombre tú, compañera, ¡qué bien! ¡ah, matarse es lo más fácil!" Llegamos a Bakú, a Majachkalá; tenemos que cruzar el, el puerto ese de Majachkalá a Bakú, en un tre... en un barco todo lleno de heridos, nosotros en el puente, bueno, mira, de horrible aquello, ¿no? Pero cruzamos el estrecho ese del mar Caspio, el mar Caspio lo cruzamos así. Bueno, entonces esta chica dice que se quiere suicidar. Entonces otra vez: "reunión". ¡Hala!, por la noche ya están los niños... ya se quedan durmiendo, reunión: que se va a tirar ésta... dice que se va a tirar por este terraplén. "Bueno, ¿qué opináis?" Digo: "Pues no, que eso es lo más fácil, si se tira ha terminado". Digo: "Mira hija, tú hiciste dos hijos, y dos hijas que tienes que llevar auestas, porque yo no me voy a quedar con ellas ni nadie se va a quedar con ellas. Y lo más fácil es matarse; en estos momentos lo mejor es la muerte. Así es que tú verás". "Pues yo no puedo resistir". "Te aguantas, que aquí de muertes... ni es nada. El que le toque se va, tras turno". Tenías que ir con ella todo el camino así, porque claro: o se estaba pintando o se estaba... o quería matarse. Claro, se desquiciaba uno ante, ante aque

llo. Porque yo me acuerdo cuando estábamos en Majachkalá, que cruzamos el Caspio, estaba así de, de judíos, de todos. Entonces esta gente dormían tapados todos con unas lonas, y a la mañana siguiente destapaban la lona y había tres o cuatro muertos.

CR.- De hambre, de...

CR.- De todo, de miseria, de piojos, de todo. Llegabas a un, a algún puerto de estos, a algún sitio de estos: todos al baño. Y tus ropas te las desinfectaban, y cuando te las entregaban no sabías de qué color eran, porque te las habían metido en... Pero como si estuviéramos en los campos de concentración, así; entrábamos a los baños y salíamos todos mojados y nos daban aquella ropa de todos colores que... y otra vez. Pero es que esta gente era muy sucia, iban llenos de piojos y llenos de cosas, ¿no?

CR.- Pero es que en el tren tampoco teníais posibilidades de bañaros.

AB.- No, no, pero en cuanto paraba el tren y había un río, tú no sabes a dónde íbamos, a parar todos al río.

CR.- ¿Y por ejemplo la, el, las necesidades...?

AB.- Ah, pues imagínate, los niños, eh, en un tazón, en una cazuela que la dedicábamos para orinar. Porque me acuerdo que en Bakú estuvimos en el puerto, para podernos cruzar el mar Caspio, como día y medio. Y yo me acuerdo que mi hijo, de tanto tenerlo en la bacinica al pobre para que no se orinara ni se cagara los pañales, se le salió el intestino. Así. Andábamos... después unas diarreas. Después nos vino como

una epidemia que nos salió en los ojos, de lagañas, que... yo por ejemplo fui de las que la cogí, que yo tenía que darle de mamar en la noche a mi hijo y lo tenía que ir a palpas así, cogiendo y dándole pecho porque no veía nada; no sé de qué, o sería de algunas moscas, ¡de horror! Todos... mis hijos no, y yo sí, la cogí.

CR.- Y por ejemplo las... el partido o el mismo gobierno, ¿os daba, además de alimentos, medicinas...?

AB.- No, medicinas no, no, no había.

CR.- ¿Y no iba ningún médico allí?

AB.- No, no había ningún médico ni nada. Entonces fíjate, cuando yo estuve, eh, en el puerto del mar Caspio que te digo, mi marido llegó al día siguiente.

CR.- ¿Y por qué?

AB.- Porque ellos también iban de un lado a otro. Como nosotros: estuvimos tres meses metidos... en ese recorrido. Entonces nosotros fuimos... bueno, estábamos en el puerto, pero nos íbamos al pueblo a ver si encontrábamos algo que comprar, yo iba con mis dos hijos. Y vimos que pasaban los militares; y viendo a todos, en eso ve a su papá. No sé, la ilusión, no sé qué lo haría llegar; porque dijo: "¡Papá, papá, es él!" Bueno, y ya nos fuimos, me metí en el barco aquel, horrible, porque tú no sabes a mí lo que me pasó. Yo pasé todas las maletas y a mi hija, lo poquito que me quedaba, y dejé al niño en un canasto con leña. Porque cuando paraba el tren, tenías que bajarte a encender fuego y poner el perol de agua

caliente y poner a cocer el arroz, y a veces cuando yo estaba cociendo el arroz: ¡piiii!, nos íbamos. Teníamos que coger aquello. Entonces la leña la tenías que llevar con tigo, era lo máspreciado. Entonces yo puse el canasto, un canasto que era de cuando mi hijo nació, que yo lo había vestido y todo aquello, le quité todos los volantes y todo y ese canasto me lo llevé con cosas dentro; entonces yo dejé en el puerto el canasto con la leña y mi hijo dentro. Entonces cuando ya están todos arriba y yo bajaba por el canasto, que levantan anclas y levantan la escalerilla, y yo gritando como una fiera que mi hijo estaba ahí. ¡Ah, no me querían hacer caso! Yo me quería tirar al mar. Al final bajaron la escalerilla, cogí yo a mi hijo, dejé el canasto y la leña como te puedes imaginar, y subí desesperada, ¿no? Entonces un camarada me había quitado el asiento mío y el de mi hija; la había levantado y se había sentado ahí: Mira, esas cosas dices: "Bueno, uno da a vivir nada más, piensa egoístamente en él. ¿Qué es que no hay humanidad?"

Concha, en estos momentos de la vida, no hay humanidad.

CR.- No, es la lucha por la supervivencia.

AB.- La lucha por la supervivencia. Un hombre que había estado en la cárcel en Rusia, cuando salió de la cárcel lo llevamos a nuestra casa, le dimos de comer, mi marido lo quiso regenerar, le quiso ayudar en todo -era un catalán, Nomen se llamaba-; cuando yo subí con mi hijo llorando, veo que mi hija la había tirado al suelo, había quitado mi

maletín o mi... cosa que llevaba. Y le dije: "Oye Nomen, pero si..." "Pues lo siento, ahora estoy sentado yo y aquí me sigo". Y yo me tuve que sentar en el suelo con mis dos hijos.

CR.- Porque tú eras calmada, porque otra persona reacciona...

AB.- ¿Pero qué querías? Si aquello, mira, era un barco que en una película no lo puedes ni ver: todos eran ayes de heridos; todos los que iban allí eran heridos, todas las cubiertas llenas de camillas con heridos gritando.

CR.- ¿Heridos de guerra o qué?

AB.- De guerra. Y nosotros el puente nos lo habían dado para los españoles, y ahí. Y este señor llegó, él solito, y se sentó; entonces quitó a mi hija, y yo llorando porque me dejaban al hijo fuera. Bueno, fue una de las reacciones, ¿no? Pero nos metieron en este tren, que cuando llegamos a este sitio, Erivan, que todos estábamos felices, alguien nos puso en el pasaporte "Akjubinsk", en la Siberia, el pueblo de Akjubinsk que era en los Urales. Nosotros no sabíamos dónde íbamos. Eso sí, fuimos tres meses metidas en el...del 28 de agosto que subimos, bajamos el 28 de noviembre en este sitio, que llegamos a los sesenta grados bajo cero. Llegamos en noviembre, un frío, no te puedes imaginar. Entonces mi hijo muy bien...

CR.- Tú decías antes que te habías encontrado a tu marido.

AB.- No, no lo había encontrado, este, quería decir que noso-

tros tomamos el barco ese que te cuento yo con toda esta historia, y en unas estaciones más adelante encontramos a unos amigos, unos compañeros de mi marido. Entonces yo estaba lavando en un río la ropa, entonces vino una amiga y me dijo: "Fulano y fulano están en la estación, tienes que correr, porque iban con tu marido y tu marido se quedó en Bakú". Entonces yo subí creyendo que mi marido iba, pero mi tragedia era que era una barranca: ¿a quién llevaba, al niño... -él no conocía al niño, porque que él se marchó y yo estaba en estado- a quién llevaba, al niño o a la niña? Entonces agarré a los dos y me subí, porque yo pensaba que mi marido estaba allí. Me decían: "Son compañeros de tu marido que vienen en tal y en tal". Subí: no estaba mi marido, todos eran amigos de mi marido. Entonces hicieron una colecta y me dieron dinero todos. "Bueno, ¿qué le decimos a Eduardo, que le...?" "Pues díganle que tiene un hijo bien hermoso, que tiene un hijo tal, y le decís que todo lo he vendido, lo único que me queda es su sortija", pero todo lo he vendido, ya véis cómo estamos. Bueno. "Pues que tengáis suerte". Entonces hicieron una colecta, me dieron a mí dinero, se marcharon, y no, no lo llegué a ver. El pasó... cuando llegó y le dijeron a él en Bakú que los españoles estaban en el puerto, él fue corriendo a ver quién era. Entonces sí, por la lista de los que habíamos embarcado, vio que

era yo.

CR.- Pero ya os habíais ido.

AB.- Pero nosotros ya nos habíamos ido el día antes. Así es que íbamos el uno detrás del otro, así. Y entonces después llegamos a Akjubinsk.

CR.- ¿Akjubinsk?

AB.- A Akjubinsk.

CR.- ¿Esto ya en Siberia?

AB.- En los Urales, bajo de la Siberia, en los Urales era. Entonces ahí...

CR.- ¿Este fue el final del, del viaje?

AB.- Del viaje, de los tres meses, del tren de los tres meses, del 28 de agosto al 28 de noviembre. Ahí tuvimos, claro, pues muchos... ya te he contado algunas cosas de las que hubieron, hubieron muchísimos problemas, muchísimos. Era natural, tres meses metidos en un vagón, pues hubo de todo, problemas... Yo creo que hubieron pocos problemas para los momentos tan graves, porque llegábamos a una estación y unos bombardeos que, que nos volaban.

CR.- ¿Y en los bombardeos qué, en dónde os refugiabais?

AB.- No, no nos refugiábamos; en el tren, si no... nos tocaba a veces que llegábamos y acababan de bombardear y volar la estación y todas estas cosas.

CR.- ¿Y en este grupo -tú dices que convocaban a reuniones-, siempre había algún responsable del grupo?

AB.- Sí, claro, había responsables, o el Nomen ese, que era un inmoral, o los... que era de los cinco, ¿eh?, que eran inmorales todos porque no habían podi... no, no habían ido al frente porque eran inmorales.

CR.- Tú ya tenías náuseas, ¿no?

AB.- Claro que sí.

CR.- ¿Y mujeres solas ibais muchas?

AB.- Sí, muchas solas, muchas, muchas, y con hijos todas.

CR.- ¿Y la relación entre vosotras?

AB.- Bueno, muchas... otras que no tenían hijos. Las relaciones pues dentro de todo, buenas, ¡óyeme, qué, qué puedo yo decir! Pues hoy que ya estoy más calmada y más madura y más hecha, pienso que, que éramos bellísimas todas, bellísimas; que nos ayudábamos, y si había alguna que se quería matar, decíamos: "no, chiquita, para adelante, porque lo más fá-cil hoy en día es morirse", ¿comprendes?, porque lo más fá-cil era morirse.

CR.- ¿Y la relación entre hombres y mujeres?

AB.- No, bien. Hubo algunos líos que salieron de allí, pero en fin, eso fue...

CR.- Normal.

AB.- Normales, normales. Hubieron dos o tres líos, pero ahí cada uno, ésos son... como era lógico, ¿no?: si iban solas y iban solos, pues se arreglaban y punto.

CR.- Entonces, eh, el punto final de esta, de este viaje fue...

AB.- De esta odisea fue Akjubinsk.

CR.- Akjubinsk.

AB.- Sí.

CR.- ¿Y allí a dónde llegaste?

AB.- Ahí llegué, a Akjubinsk, a la capital.

CR.- Sí, ¿pero a alguna casa o...?

AB.- Bueno, ahí, ahí... no, ahí nos ubicaron muy mal, como en un cine dejado, con un techo altísimo, con un frío, que no había calefacción ni había nada, imagínate.

CR.- ¿A todos los españoles?

AB.- A todo el grupo ese, a, a... Y me acuerdo que yo ya no tenía pañales ni tenía nada, mi hijo lo tenía que envolver, eh, en un vestido mío o cualquier cosa mía, ¿no? Y que el niño se dormía y yo me dormía, y cuando me despertaba porque el niño lloraba, estaba helado, el vestido estaba tieso; o sea es que estábamos bajo cero metidos en aquel sitio. Ahí yo localicé, esto, la organización de mi esposo también, de mi marido, y empecé a hacer, ahí tenía yo... o sea me ayudaban, ¿comprendes?, y ya...

CR.- Te daban alimento.

AB.- Me daban alimento y me daban también una paga de trescientos pes... rublos que me ganaba; nada más cien gramos de mantequilla te costaba cien rublos.

CR.- Bueno, ¿y cuando llegasteis aquí cuál era la perspectiva, nuevamente esperar?

AB.- Nuevamente esperar, que nos dieran casa y que nos diesen... nos tuvieron unos días allí en ese sitio que ya te digo, que

ahí fue donde mi hijo... ya empecé a ver yo que ese niño to
sía mucho, que ese niño estaba triste, que yo lo veía adel-
gazar, triste, triste. Porque él era muy alegre, traviesón,
ya tenía casi dos años, ¿no?

CR.- Ya caminaba y todo.

AB.- Medio caminaba, porque el pobre no había tenido tiempo de
aprender a caminar, ¿no? Pues ahí el niño... no, ahí lle-
gamos en noviembre y el niño se murió hasta septiembre del
otro año. Mi niño tenía un año, un año...

CR.- Un año.

AB.- ... y un mes. Bueno. Ahí nos empezaban a repartir: no ha-
bían casas. Entonces nos pusieron en unas cocinas de unas
casas, que tenían cocinas, haz de cuenta, generales, y a no
sotros nos metieron en las cocinas de esas casas. Pero era
una habitación chiquitísima, con una cocina, con una...

CR.- Fogón.

AB.- ... plancha, o con un fogón grande. No estaban en condicio-
nes de poder vivir, pero no había otro sitio y ahí nos de-
jaron.

CR.- ¿Y por ejemplo aquí, al llegar, los hombres se incorporan
a algún trabajo o no?

AB.- Bueno, sí, se metieron en fábricas, las mujeres también. Yo
no, yo ahí nunca trabajé, porque mi niño empezó a estar en-
fermo, enfermo, y entonces yo a los pocos días de estar ahí
lo llevé al médico. Y entonces me dijo la doctora, dice:

"Este niño... ¿su esposo es sano?" "Sí, ¿por qué dice usted eso?" Dice: "¿Usted ha vivido con algún tuberculoso?" "¿Yo? No, no. ¿Por qué?" "No, pues porque este niño tiene un contagio de tuberculosis". Yo me desesperé y me fui a casa llorando. Entonces esta amiga que vive hoy en día en Barcelona, que le tocó vivir conmigo siempre, que era la que había venido a la fábrica conmigo, que no sabía escribir que te contaba yo; ella y yo siempre fuimos juntas, nos metieron juntas en la cocina; llegué yo llorando y le dije: "Hilda, fíjate..." Dice: "¿No te acuerdas en el tren, que íbamos con Valdeperas?" "¡Ay sí!", entonces me acuerdo del tuberculoso que nos metieron en el tren. Y me fui corriendo a hablar con la doctora, le dije: "Mire, a mí me pasó esto". "Entonces este niño tiene un contagio; porque de mayor a pequeño se contagia, lo que no se contagia es de pequeño a mayor. A usted no se le hubiera contagiado, pero a los niños sí, y a este niño se le contagió de una persona grande. Este niño ya no tuvo salvación -dijo-, este niño se irá secando, secando, así, acabando, acabando como una luz".

CR.- Claro, en esa época no había ningún...

AB.- Claro. Ella dijo: "Mire, aquí no habría más solución que usted se fuera a Volshovo*... -que es un sitio donde fui a parar después en Moscú, que es donde estaban las casas de reposo de, de todos, es un sitio todo lleno de... arbolado, de

* Probablemente se trata de Vólojovo.

bosque, y una gran alimentación- ni usted puede alcanzar Volshovo, ni esa alimentación, no tiene más remedio que esperar". Entonces se empezaban a usar las sulfas. Entonces me dijo: "Vamos a ver si podemos conseguir sulfas". Porque eso es una infección, ¿no?, la tuberculosis.

CR.- Un bacilo, sí.

AB.- Sí, bueno. Pero óyeme, le daban sulfas, le sentaron malísimamente mal, después no quería comer. Yo, si tenía algo, compraba un huevo, se lo ponía en leche y, y lo probaba, pero no le gustaba y no le gustaba. Y entonces aquel huevo lo tenía que tirar, no se lo podía dar a la otra, porque teníamos que tener los cacharros separados. La otra compañera tenía un niño de ocho años o de siete años, ocho años, entonces los trastitos de mi hijo, la ropa toda tenía que estar aparte, porque vivíamos en el mismo cuarto. Entonces teníamos que tener un cuidado porque había otros dos pequeños que eran mi hija y el otro. Entonces ahí pasamos muchísimo, muchísimo, muchísimo, lo más grande que se puede decir, porque teníamos falta de alimento y un frío horrible; horrible porque, ya te digo, ahí íbamos a por agua y cuando llegábamos a casa ya estaba helada, congelada, y dentro del cuarto el agua congelada. Así es que dentro del cuarto estábamos a bajo cero.

CR.- ¿Y, y no salíais para nada, nada más que...

AB.- No, pues salíamos, este, cuando teníamos dinero, o si nos daban algún alimento, porque a veces, habían veces que, si nos daban algún producto, íbamos al mercado y lo cambiábamos por leche o por mantequilla. Cuando me pagaban a mí los trescientos rublos, pues íbamos y comprábamos un poco de leche, pero la leche... la mantequilla estaba a mil rublos el kilo: cien gramos, cien pesos, fíjate, cien rublos.

CR.- ¿Ni carne, ni pollo, ni...?

AB.- No, pollo ni pensarlo. Nos daban karbazán, que es como un salami de caballo, de carne de caballo. Y allí nos dieron carne de camello, pero no nos sirvió para nada. Allí metíamos el pedazo de carne a ver cuántas lágrimas tenía el caldo: "¡Huy, una lágrima!"; allí no había nada. Y te voy a contar una cosa pero chocante así, una anécdota que era para morirte. Había una vecina que vivía en un piso, tenía tres gallinas, y todos los días las bajaba al zaguán a que picotearan. Y mi amiga me dice: "Una gallina de esas nos la vamos a comer nosotros, se la van a comer nuestros hijos". Era temeraria.

CR.- Era rusa ella...

AB.- No, mi compañera no.

CR.- ... la vecina.

AB.- La vecina era rusa, claro. Aparte, las rusas se defendían mucho más que nosotras porque tenían algo siempre, o vecinos, o amigos en algún pueblo. Porque en esta ciudad no había ni árboles, porque en invierno hacía sesenta grados

-no siempre, dijeron ellos que no siempre, pero sí había a veces sesenta grados, pues los cuarenta los teníamos muy a menudo-, pero en el calor había cincuenta grados de calor; era arena, allí no había tierra. Bueno, entonces ellos allí tenían que plantar en verano en un cauce, que dicen que había río. Porque había río cuando había deshielo, porque había un metro de hielo -no de nieve, de hielo, porque allí se helaba de hielo-; pero cuando se deshela, por las calles corría el agua como río. Y en aquello que dicen que era río, pues había un poco de humedad y ahí plantaban algo, y de eso pues la gente se buscaba un pedacito para plantar algo. Pero si no, le traían algo... el chiste es que los rusos se desenvolvían mejor que nosotros. Aparte, ellos cerraban la chimenea cuando debían; nosotros no sabíamos: o la cerrábamos antes o la cerrábamos después; o se nos pasaba el calor y nos nos quedaba el calor, o cerrábamos y nos quedábamos con humo dentro. Porque ellos estaban acostumbrados, nosotros no. Entonces era una de problemas, terrible, ¿no? Entonces allí nos dedicamos a robar y nos dedicamos a todo, porque había que vivir, ¿no?

CR.- ¿Y, y... o sea, era una población grande, dices?

AB.- Pues sí, era bastante grande, sí, sí, era capital también.

CR.- ¿Y todos los españoles quedasteis repartidos por el pueblo?

AB.- No, no, no, todos los españoles quedamos viviendo en el mismo edificio, en las cocinas de ese edificio grande.

CR.- Y tú quedaste con tu amiga.

AB.- Y yo quedé con mi amiga. Entonces por las noches... por el día íbamos a ver, porque allí todas las casas tenían delante, tienen un patio grande que es donde tienden la ropa, donde juegan los niños en verano, todo eso, y eso está cercado por una cerca de madera. Allí todo se respeta; allí el ruso que rompe una cerca va a la cárcel, o que roba algo, a la cárcel. Pero a nosotros no nos importaba. Entonces de día íbamos y aflojábamos la cerca. Y claro, en invierno se quema la madera igual como si la quemaras con fuego; hasta donde llega la nieve, esa madera está negra, negra, porque el frío quema igual que el calor. Tú estás negra, negra, quemada, igual que si estuvieras en la orilla del mar, con el frío. Entonces nosotros aflojábamos las maderas aquellas que ya estaban quemadas, y por las noches las arrancábamos y las llevábamos a casa.

CR.- Para tener leña, ¿no?

AB.- Para tener leña. Lo íbamos haciendo, lo íbamos haciendo, pero claro, ya... Un día -esto es muy gracioso-, un día pues llegamos a la casa del partido: tenía unas fajas así de grandes, porque las otras eran chiquitas, así. Le digo yo a mi amiga: "Estas van pa'casa". "¡Son de la casa del partido,

Amparo!" "Casa del partido o no casa del partido, será. ¡No tenemos leña!" Porque los del comité nuestro no se ha bían preocupado. Porque toda la propaganda de Stalin era: "Todo para los hijos de los combatientes. Que ningún hijo de combatiente se quede sin comer. Que ningún hijo de com batiente pase frío". Eso eran las consignas por todas las paredes en Rusia. Pero los nuestros, eran hombres, se en volvían en la manta y se echaban a dormir, y como no tenían ningún hijo que les llorara a mitad de la noche ni que les pidiera, no se preocupaban de nosotros, ni de escribir a Utbá*, que es donde estaba el comité del partido, ni preocuparse ellos de la gente que tenían a su cargo. Porque igual los maridos que el partido, nos habían puesto bajo de, de ellos, ¿no?

CR.- Claro, eran responsables de ese grupo.

AB.- Y cada vez que se hacía una, una reunión de partido era lo mismo: "¡Y te acusaré con Dolores, te expulsarán del partido...!" "Pues sí, que me expulsen, y quiero hablar con Dolores. ¿Pero vosotros qué hacéis?" Bueno, entonces sí, nos dábamos unas buenas peleadas. Porque claro, la mujer que iba sin hijos se en volvía en la manta y se echaba a dor mir, pero nosotros, las madres que ten íamos hijos, no podía mos hacer eso. Los hijos tenían hambre, los hijos tenían frío, los hijos no tenían... todo, y nosotros qué ten íamos que hacer. Pues entonces aflojábamos las... del partido, y

* Así se escucha.

sacábamos dos o tres maderas y nos las llevábamos, dos o tres maderas y nos las llevábamos. Bueno. Los guardianes, como hacía mucho frío, estaban metidos arriba y cuando bajaban ya no estábamos. Pero un día pusieron un perrito. Nosotras todas íbamos con abrigo aguatado, éramos tres o cuatro compañeras...

CR.- Os habían dado ropa.

AB.- Sí, el Socorro Rojo nos dio nuestro abrigo con guata adentro; sí, eso sí, nuestras botas y todo esto. Bueno. Pero en eso que sale el guardián, porque oyó al perrito ladrar. Nos metimos en los retretes, porque los retretes están fuera de las casas; así es que el retrete está fuera de la casa, eran unos cuartitos, y ahí nos metimos. Pero el perrito a mí me descubrió, me agarró del abrigo, yo tenía miedo que me lo rompiera. Entonces llegó el guardián, me agarró de aquí, con mi tabla, y me dice: "¿Y usted sabe dónde está?" Le digo: "Pues sí, en la casa del partido".

CR.- ¿En ruso?

AB.- Sí, en ruso, entonces ya hablábamos mucho el ruso. Entonces me subió, y estaba el segundo secretario del partido, de guardia, aquella noche. Entonces le dice: "Mire usted, ya traigo a quien roba la leña, la he agarrado". Dijo: "¿Ah, sí? A ver, venga usted aquí, venga", y voy. Dice: "¿Usted sabe dónde está?" Le digo: "Sí, en la casa del partido". Dice: "¿Y usted cómo puede venir a robar a la casa del partido?" Le digo: "Pues mire, muy fácilmente, porque las de-

más casas tienen unas tablitas así de chiquitas y ustedes las tienen así; entonces con una tabla suya robo tres de las otras". Entonces se empezó a reír, dice: "¿Usted no sabe que se va a morir de una pulmonía, que ustedes no están acostumbrados a este frío y no pueden hacer eso?" Digo: "Pues sí, yo lo comprendo. Usted no quiere... pero mis hijos están pasando mucho frío; estamos bajo cero dentro de este sitio donde nos han metido y nosotros tenemos que lanzarnos, no podemos hacer otra cosa". Dice: "Bueno, ¿pero por qué no nos han dicho nada?" Le dije: "Pues no tenemos cama, dormimos en el suelo, los hijos están en el suelo, estamos bajo cero, el agua helada en las casas y no tenemos dónde calentarnos". Dice: "Bueno, váyase pa' casa y esto lo vamos a arreglar. Mañana, tome esta dirección, vaya a ver a mi esposa. ¿Usted qué hace?" Le digo: "Pues yo no trabajo porque tengo mi hijo muy enfermo, pero las demás compañeras trabajan". "¿Y qué sabe hacer?" "Bueno, yo sé hacer muchas cosas, sé tejer, sé hacer esto, lo otro". "Bueno, pues vaya a ver a mi mujer mañana, vivo en tal sitio -me da la dirección-, así es que váyase a casa y acuétese o tápese, porque se va a morir de una pulmonía". Le digo: "Un momento, deme la maderita". Agarro la maderita bajo el brazo y me voy pa' casa, aquel hombre muerto de risa. Y en la casa todas las compañeras llorando, porque la que cogían se la llevaban a la cárcel. Entonces decían: "Bueno, Amparo ha ido a la cárcel". Yo dije: "No, ya

estoy aquí con ustedes, con mi maderita", todas muertas de risa. Eran las dos o las tres de la mañana, ni te creas. Entonces al día siguiente me fui a ver a la señora. Me recibió muy bien, dijo: "Bueno, pues yo tengo todos estos suéters viejos, ¿usted no podrá hacer...?" "Cómo no, se los puedo deshacer, eso es a máquina. Los voy a deshacer, se los voy a lavar y se los voy a hacer nuevos". Entonces me dio pan, me dio cosas, en fin. Entonces, chica, mi amiga y yo yo nos decidimos a hacer suéters. Mi hija y su hijo los deshacían -imagínate la edad que tenían mi hija y su hijo. Los cortábamos, entonces... las costuras, entonces el primer nudo se los hacíamos nosotros; entonces... soltábamos el hilo de aquello, y ahí haciendo nudos... iba haciendo nudos el niño y mi hija iba envolviendo. Ellos los deshacían y nosotros hacíamos las madejas y los lavábamos. Hicimos el primero, la señora quedó encantada, porque de uno le sacábamos tres; eso sí, todo lleno de nudos por detrás, pero ya salían. Les hacíamos unas blusas con unos fruncidos aquí, después yo le hacía unas florecitas de retales que todavía tenía yo de España, de seda, y le ponía sus ramos de flores ahí. Bueno. La señora quedaba encantada. Y así luchamos muchos días haciendo, muchos meses...

CR.- ¿Os pagaban un tanto?

AB.- Nos pagaba o nos daba comestibles, ella.

CR.- ¿Entonces en aquella ciudad no había tanta carencia de...?

AB.- No había tanta carencia de comestibles, porque la gente

comía y había el mercado. Claro, había el mercado libre, de contrabando quiero decir, que podías vender una cosa y comprar otra. Claro, la gente... la policía te detenía si, si te encontraba... a mí me detuvieron un día y me hicieron una trastada muy grande. Porque a mí en mi magasín me daban productos que a los demás a veces no les daban y tabaco. Entonces yo cogía el tabaco y lo vendía -se podía vender muy caro-, y nos daban un pirozhki que era un pastel ¿qué te diré?, como un bizcocho con fruta dentro que lo cortabas así, a rebanadas. Y claro, como nosotras éramos tres, a mí me tocaba un pedazo muy grande; entonces yo dejaba un pedacito para cada nene, y lo otro me iba al mercado y lo vendía a cachos. Sacaba dinero, compraba leche, compraba mantequilla, compraba arroz, cosas que no tenía. Y esto te lo voy a contar, porque un día yo llevaba el pirozhki ese, envuelto en una servilleta en una canasta, se acerca un señor: "¿Cuánto...?" "Cincuenta rublos", entonces eran cincuenta...

CR.- ¿Cuánto era eso?

AB.- ... cincuenta rublos por pedazo. Viene uno y me dice:

"¿Cuánto quiere?" "Cincuenta rublos". "¡Ah!, muy caro": era muy caro, se fue. Y al rato viene y dice: "Démelo". Entonces yo se lo doy y sí, ya me agarraron: "Vamos a ver, ¿es española? Así es que nosotros le damos los alimentos y usted los vende". Entonces me llevaron a la casilla de la

policía. Y siempre nos habían dicho: "No soltéis el pasaporte por nada del mundo". Entonces me dicen: "Bueno, a ver su documentación". "No la tengo, la tengo en casa". "¿Y usted no sabe que esto no se puede hacer y que lo otro no se puede hacer?" Digo: "Mire, yo tengo un niño que estoy amamantando, y necesito marcharme a mi casa a darle de mamar a mi hijo que está enfermo". "Usted de aquí no se va; o nos da el pasaporte o no se va". "Es que el pasaporte no lo tengo". Me hicieron llorar; me trataron, me maltrataron, todo, y al final les dije: "¿Ustedes quieren el pirozhki? Pues tómenselo"; al final les di el pirozhki y me dejaron salir. Pero de esto habían pasado cuatro o seis horas, mi amiga desesperada... llegué a casa, me abracé a mis hijos llorando, porque pensaba que iba a la cárcel. "¿Dónde vive? Ya sabemos dónde viven los españoles. Mañana pasaremos a recogerla". Y cuando yo paso por la caseta, miro por el cristal: se estaban comiendo el pirozhki entre los tres. Yo al día siguiente a las seis de la mañana ya estaba por la montaña con mi hijo, por si venían ellos a por mí, y mi amiga: "No han venido, no han venido". Al final ya me quedé en casa, ¿no? Nunca fueron, pero me hicieron pasar... ¡imagínate! Y después pues el segundo secretario se portó muy bien. Entonces yo llegué y entonces hice hacer una reunión y dije: "Mira, aquí ha pasado esto". "¡Ah!, ¿cuántas veces os hemos dicho que no robarais y que no robarais?" "¿Ah, sí? -dije-, ¡muy bien!" Porque un

día robamos un poste de la luz eléctrica, que no tenía hi
los, claro; lo afloja... pero no lo pudimos meter en casa
porque no cabía. Entonces lo tuvimos que aserrar en la ca
lle y todos los vecinos vieron que lo habíamos robado; cla
ro, los vecinos se enfadaron. Y yo les dije: "Tienen us
tedes toda la razón, pero ustedes tienen la suerte de ser
rusos y saber hacer las cosas, nosotros no". Claro, a
ellos les dábamos mucha pena nosotros, y era verdad que
se portaban muy bien con nosotros, pero decían que la
propiedad del estado y que nosotros... Entonces te digo
que pasamos las grandes tragedias, las grandes tragedias.
Ya cuando vino el buen tiempo, mi hijo estaba gravísimo,
entonces lo metí en el hospital. Había que ponerle san
gre, allí sí que no se sabía si era Rh negativo... enton
ces me sacaban a mí, se la ponían a él en la, en la nalga
y a pesar de esto el niño se acababa como una velita. A
mí me dijo la doctora, una doctora de Leningrado que esta
ba en el hospital este, dice: "Mire, la criatura no puede
esputar la flema, entonces esa flema se le va quedando
encima de los bronquios, le va tapando; es como una masa
que se va formando allí y le va tapando, le va tapando, le
va tapando, hasta que llegue un momento que se va a ahogar,
porque él no puede, eh, expulsar la flema". Hasta que un
día me acuerdo que pues que el niño... En junio... no, en
octubre fue... no, eso fue, mi marido estuvo en una batalla,
no sé, que lo condecoraron. El ya sabía, yo ahí ya me comu

niqué con mi marido, me pude comunicar por medio de larga distancia. Entonces él estuvo en una batalla, entonces fue a Moscú, lo condecoraron y le dijeron que dónde quería ir, si a una casa de reposo o a ver la familia, dijo: "No, quiero ir a ver a mi familia, no conozco a mi hijo". Entonces me acuerdo que llegó. El nene estaba en el hospital, yo me pasaba el día en el hospital con el nene. Porque en el hospital no había más que la doctora y una enfermera, no había nadie más, entonces la doctora me dice a mí: "Si usted no trabaja, le pido que se quede con nosotros a trabajar". Mi hija estaba en el kinder. Digo: "Sí, cómo no". Entonces yo iba a cuidar a mi hijo, y cuidaba al hijo de la otra, a todo el mundo, ¿no? Entonces llegó mi marido, llegó mi marido: estaba asustado de verme -nosotros éramos mal habladas, ladronas, éramos todo de una vez-; mi marido estaba asustado: "¡Amparo, yo no te conozco!" Digo: "¿Tú no me conoces?, que he tenido que luchar, he tenido que vivir, he tenido que hacer las cosas que nunca me hubiera imaginado". Así es que eso...

CR.- Además tu estado físico sería lamentable, ¿no?

AB.- Lamentable en todo, porque no teníamos ni qué ponernos ni nada, ¿no? Entonces pues yo, muy natural, a la mañana siguiente -él vino de noche- nos fuimos al hospital. Cuando vio al hijo, era una piltrafa de hijo ya. A él le habían dicho: "Tienes un hijo hermosísimo -cuando lo encon

traron los compañeros-, con unos ojos negros grandísimos", porque él tenía unos ojos... él es guapo, era muy guapo, y el chico se parecía... a mí se parecía mucho, pero a él también se parecía. Entonces cuando vio al niño pues él quería que su hijo lo quisiera, que se riera, el niño pues no lo conocía, no quiso, lloró, entonces él reaccionó mal, no sé por qué. El estaba desesperado de ver, de ver la situación nuestra, ¿no? Claro, él estuvo creo que tres o cuatro días nomás.

CR.- ¿Y su relación con la niña?

AB.- ¿Eh?

CR.- ¿Y su relación con la niña?

AB.- ¿Con...?

CR.- Con tu hija.

AB.- ¿Él o yo?

CR.- No, él, él.

AB.- No, él bien, porque la nena pues ya era más mayorcita y tenía más conocimiento, el niño no, el niño pues tenía año y medio. Entonces estuvo dos o tres días nada más en casa y pues quería que estuviera con él, y yo quería estar en el hospital atendiendo a mi hijo: "¿Pues por qué te vas, que por qué vienes, que...?", problemas de la situación mía, de la situación. Bueno. Pero se calmaron -él se marchó- las cosas.

CR.- ¿Y en ese momento él no podía llevarte con él?

AB.- No, no, no, imposible. El no me podía llevar con él. Primeramente a Moscú no podías ir si no habías vivido ya en Moscú; durante la guerra nadie podía entrar en Moscú, nada más el que tenía propiska* que le dicen allí, o sea inscripción como que habías vivido ya antes en Moscú, que eras ciudadano de Moscú, si no no podías entrar. Bueno. Entonces él se marchó, desconsolado, llegó a Moscú, los compañeros: "Dime cómo está fulana". "Aquellas no son mujeres, son piltrafas. Yo a la mía ni la conozco, de mal habladas, de todo, están destrozadas; mi hijo..." El llegó destrozado. Entonces los compañeros empezaron a escribir, todos desilusionados, pues claro, era un problema muy grande: no sabían ni conocían lo que habíamos vivido, no lo sabían, no, es verdad que no lo sabían. Bueno, pues un día me dice la doctora... allí se morían todos los días tres, cuatro niños, cinco niños, todos los días. Un día se murió una niña a las once de la mañana y otra a las doce, hermanita. La madre estaba en la fábrica, la llamamos, vino, se llevó a sus dos hijas, las enterró y se acabó. Pero, oye, la muerte era una liberación, Concha [llanto], en aquel momento tú decías: ya dejó de sufrir esa criatura. No es el mismo dolor, fíjate, cuando te encuentras en una vida normal a una vida así, es muy diferente eso. Bueno, aquella madre, con una resignación, cogió a sus dos trapitos de hijos, porque eran piltrafas

* Sello con la identificación del domicilio.

de niños ya, y llevárselos a enterrar. A mí me dijo la doctora: "Su niño se va a morir igual aquí que en su casa, ¿por qué no se lo lleva usted a su casa? No tiene que venir, correr, volver, tornar, ir a por la niña, sacarla del kinder, todo eso. Yo creo... es igual, no se va a salvar aquí ni en su casa". Bueno, pues yo cogí a mi hijo y me lo llevé. Y llega una noche que... bueno, entonces como teníamos las dos, los otros dos niños, entonces hacíamos una cosa: mi amiga se iba a dormir a la calle -era en verano- con los niños, su hijo y mi hija, y yo me quedaba en el cuarto con el niño para que no durmieran los tres en la habitación. Y ya llegó un día que se constipó el niño de ella y mi niña y le dije: "Bueno, pues vamos a hacer lo contrario, ahora tú te quedas adentro con los dos y yo mé quedo en la calle con él". Pero a las cuatro de la mañana el relente era malísimo para mi hijo, se ponía a toser, se ahogaba. "Bueno, ¿qué hago? Entonces me voy otra vez pa'dentro y tú te quedas en el rellano de la escalera". Bajo de la escalera se quedaba ella a dormir con los dos niños. Y llega un día que yo, pues cansada -teníamos una velita de esas de aceite con una almita de esas, una mechita- yo me dormí; y yo... encima de mi hijo, ahí en el... ¡ah, no!, robamos un colchón, yo robé un colchón.

CR.- ¿Cómo pudiste robar el colchón?

AB.- Al lado de nuestra casa había un hospital de heridos; los heridos tenían colchones, nosotros no teníamos colchón. Y cuando yo estuve con el segundo secretario del partido y pelée con todos, fueron, entonces nos dieron mantas, nos dieron camas, pero no alcanzamos todos colchón. Entonces sacaron un colchón muy bonito, azul marino -o se habían meado o, o estaba mojado-, y lo pusieron al sol en el jardín del sanatorio. Entonces le dije a mi amiga: "Este colchón, como no lo quiten pronto, para casa". Llegan las cinco de la tarde, oscurece, y el colchón estaba allí. Le digo: "¡Hilda, abre la puerta!", el colchón para dentro. "Pues chica, a dormir en el colchón". Pues un día que ella se quedaba a dormir con los hijos afuera, y yo con mi hijo, durmiendo adentro, que oigo que el chico sé ahoga. Yo, que la luz, que no podía coger la mechita aquella, que se apaga la luz. Empiezo a gritar, entra ella corriendo: el chico se había ahogado. Empezamos a gritar, llegan las vecinas: el niño se había muerto. Ahí me entró la locura, que porque yo me había dormido el niño se había ahogado, no le había sacado la flema, entonces yo como loca. Viene la otra compañera: "Bueno, mira, ya Amparo, vamos a vestirlo, vamos a bañarlo, ya no te, te desesperes, tenía que acabar la criatura". Pero yo aquello no lo podía, no lo podía remediar, pensando que yo era la culpable: porque me había dormido, el niño se había ahogado.

Mira, entonces yo como loca le metí los dedos hasta, hasta adentro, le lastimé toda la boca pero el niño volvió en sí. Pero estaba flojo del todo, al punto de... ya teníamos el agua caliente para bañarlo, para todo. Las señoras decían: "Bueno, Amparo, nunca en la vida lo hubiera creído". No sé, se conoce que no estaba muerto del todo y yo le saqué aquello... bueno, era el dos de septiembre y el niño volvió en sí; entonces yo, yo desde entonces no dejé a mi hijo ni de día ni de noche [llanto]. Entonces una de las noches que ella estaba durmiendo en el zaguán también, yo con mi hijo, paseándolo y eso y ya, cuidándolo -por que es que no sabes la desesperación que te entra de tú sentirte culpable de una cosa de éstas-, pues unos gritos afuera y yo: "¿qué pasó?", que apareció el marido de esa compañera. Y ella, fíjate qué cosas, estaba durmiendo con un niño a cada lado, con su hijo y con mi hija, y él llegó y dice que los vio y le hizo una impresión tan grande de verla a ella allí durmiendo, que se agachó y le dio un beso. Entonces ella soñaba que la estaba besando él, cuando abrió los ojos y se lo encontró. ¡Tú te imaginas! Entonces empezó a gritar. Yo salí creyendo que algo les habían hecho, me encuentro a Aurelio, y ella llorando, abrazados. Bueno, ya entraron al cuarto, tal. Pero el niño mal, mal, mal. El se estuvo veinte días, y el niño, una noche... ¡Ah!, entonces había, en un piso, había

una, una familia que ella era esposa de un aviador que había estado en España. Entonces me dijo: "Mire, señora, yo me voy a ir ya. Este piso va a ser para usted, porque antes de marcharme yo, usted va a venir a quedarse aquí dentro, y así cuando yo saque las maletas usted ya está aquí metida". Porque había un señor que lo quería, dice: "Porque aquel señor que viene por allá, viene todos los días a hablar con la, la... la jefa del edificio", que no me acuerdo ahora cómo se llama, dice, "y así yo no voy a dejar que se meta nadie". Entonces efectivamente, Aurelio todavía estaba en la casa, en la cocina con nosotros, dice: "Bueno, tú vete con el niño". Y ella, la señora, consintió que yo me quedara con mi hijo enfermo allí. Dice: "No importa, no se preocupe de nada, yo sé lo que es luchar, lo que ustedes han sufrido". Y a la mañana siguiente ella cogió su maleta y se fue, y yo me quedé allí e inmediatamente Aurelio se trajo todos los platos. Yo me fui a un kinder, pedí una cuna para mi hijo, me la dieron, pusimos la cunita y las sabanitas que me dieron, lo pusimos allí, bueno, ¡qué felicidad! Pero a los pocos días el niño malo y malo, y mal y mal. Yo me acuerdo que en la noche el niño lloraba mucho, y claro, para que durmiera el matrimonio habíamos clavado un clavo ahí, y aquí una cuerda, y habíamos puesto una sábana porque pues la moral pues era la moda, ¿no? Y yo: "¿Pero qué quieres?", yo

desesperada porque aquellos estaban durmiendo, el niño molestaba. Al final Aurelio se levantó y dijo: "Mira, Amparo, atiende a tu hijo y a ver qué tiene". Pero pues es que ya no, ya no vivía. Y en cuanto amaneció nos fuimos los dos a la Cruz Roja y me dijo la doctora: "Este niño no tiene vida". Efectivamente, cuando llegamos a casa el niño murió.

CR.- ¿Te lo volviste a llevar a tu casa?

AB.- Sí, y allí se murió. Entonces era el día que Aurelio se marchaba, entonces Hilda se fue a acompañar a su marido y ya volvió. Entonces había mucho tifus, había una epidemia de tifus grandísima, y teníamos una amiga, una compañera que se había portado siempre muy bien conmigo y con mi hija, que cogió el tifus, y otra, otra nos la llevamos al hospital y se murió. Entonces ésta, que era grandota, una asturiana de aquellas, estaba muy enferma, muy mal. Entonces vino el médico y dijo pues que había que llevarla al hospital, nosotras no queríamos; es decir, era grande... Yo mi hijo enfermo; había que cuidar a aquella porque todos tenían miedo que se les contagiara, y nadie quería cuidar a, a la Rufina porque se los iba a contagiar; entonces yo cuidaba a la Rufina. La metíamos en una cacerola de aquellas grandes, no sé, una tina grande para bañarla. Y un día me dice: "Sabes que me comería un flan, Amparo". Dije: "Pues cueste lo que cueste, trae pa'cá". Voy a por los huevos, la leche, le hago

el flan. Se lo quise hacer tan bueno, tan bueno que le puse demasiada azúcar -y no había azúcar, ¿eh?, toda el azúcar que tenía la metí al flan. "Bueno, pues tómate el flan". Se toma dos cucharaditas y dice: "Ay, Amparo, está tan dulce que ya no tengo ganas, dáselo a la nena". Le digo: "Pues tráelo para acá, no lo voy a tirar". Se lo di, con la misma cuchara [llanto], con la misma cuchara, sin darme cuenta. Bueno. Entonces mi hijo se muere, y a mitad de la mañana sube la nena de la calle, llorando: "Mamá, que Eduardito se ha muerto, que Eduardito se ha muerto". Yo la cogí -ya el nene lo habíamos vestido, lo habíamos puesto en su cunita-, la toco a la nena: la nena tenía un fiebrón, ¡estaba de fiebre, horrible! La meto en la cama, me voy a buscar a una judía que había, doctora, y viene [llanto], me dice: "Señora, esta niña tiene tifus". El niño se me había muerto y la niña también se me va a morir, ¡imagínate! [llanto]. Entonces nos vamos, enterramos al niño, que fue otra odisea: doscientos cincuenta rublos del carro para llevar el niño... Porque allí no había ni cajas, ni había quién te llevara a enterrar a nadie, ni había nada; entonces como las demás trabajaban en un artiel, en un pequeño taller que hacía no sé qué de madera, allí, porque era española, me hicieron la caja, una caja sin pulimentar y sin nada. Y cómo somos las madres, ¿no? Metimos al niño allí, yo tenía unos forros de seda, se los

pusimos, y una almohadita porque no iba a estar cómodo, decía yo, y ahí lo tapamos [llanto]. Entonces yo me fui... entonces pusimos al niño allí, eran carros de esos así, de dos tablones, y allí nos subimos todos y así, hala. En eso el tío que da la vuelta: "¿Pero por qué da usted la vuelta, si vamos al cementerio?" "No, vamos a recoger al otro". Entonces llegamos a un sitio, y gritando, entonces era una señora que se había muerto, envuelta en una sá bana: quita al niño, pone la vieja aquí, y pone el niño; nosotros ya abajo del carro, nos vamos a, al cementerio. A mí no me dejaban cavar la fosa las compañeras, entre todas las compañeras cavaron la fosa...

CR.- Porque tenías tú que cavar tu fosa.

AB.- Mi fosa. Pero teníamos que cavar también de la vieja, por que los familiares de la vieja no vinieron.

CR.- Ya no fueron.

AB.- Entonces metieron a la vieja, metieron a mi niño, cerramos y nos volvimos a casa. Entonces mi hija con cuarenta y cuarenta y cuarenta y uno, y el tifus le... Entonces me dice la doctora: "Hay que conseguir sulfas", pero las sulfas no las vendían. Entonces voy yo a la farmacia, y nosotros habíamos trabajado... a una señora le habíamos hecho suéters [cuando quieras terminamos, ¿no?]; y entonces yo voy a la farmacia y me encuentro a

esta señora que le habíamos hecho los suéters. Me dice: "¡Y usted, señora, española, qué tal!, ¿qué quiere?" Digo: "Mire, me pasa esto: tengo a mi hija muriéndose de tifus y necesita sulfas". "Pues se las voy a conseguir". Entonces me consiguió sulfas, me las llevé a casa. Pero los del hospital... se enteran los de Sanidad: me habían visto a mí en la farmacia y se habían enterado de que estaba la niña con tifus. Y claro, se la tenían que llevar al hospital, porque era una epidemia y había que llevarse a todo el mundo. Entonces un día estaba yo en el mercado, así que estaba mi amiga cuidando a la niña, y llegan: "A ver, la persona... aquí hay una persona con tifus". "Bueno, sí, la niña". "Bueno, pues se la vamos a llevar". "No, ustedes no se la llevan, la madre no está". Entonces me mandó recado al mercado, que no fuera por la casa, porque sin mi permiso no podían sacar a la niña de la casa, nada. ¿Tú sabes qué peleada con ellos para que no se llevaran a la niña?, porque todos los que se llevaban al hospital se morían.

CR.- Claro, se contaminaban.

AB.- Bueno, pues mira, las sulfas... ah, bueno, entonces viene el médico y me dice: "Bueno, ¿usted tiene a su esposo en el frente?" Digo: "Pues no sé si ahora está en el frente, hace un mes que vino". Dice: "Pues póngale un telegrama, que venga". Allí no podías poner un telegrama si no te lo autorizaba Sanidad, el médico, ¿eh? Entonces yo mandé

un telegrama a Dolores, le dije: "Mi hijo ha muerto, mi hija se está muriendo. Os pediría que mandarais avisar a Eduardo". Y fíjate, el niño murió el 26 de septiembre; Eduardo llegó el 13 de octubre, que eran ya como dieciséis o diecisiete días, ¿no?: veintiséis, cuatro, entonces diecisiete días. Pues fuimos a por Eduardo, llegó Eduardo; no había luz, no había nunca luz, le pusimos la velita así, y fue el primer día que abrió los ojos mi hija, de no sé cuantísimos días que no los abría. Y Eduardo la agarraba: "Ana María, está aquí el papá, Ana María...", entonces abrió los ojitos y se rió. Entonces ya se fue mejorando, mejorando, le tuvimos que enseñar a andar porque la fiebre toda la había deshecho, ¿no?, pero no estaba muy delgadita, dentro de todo lo que había pasado. Y ya Eduardo se estuvo allí unos días con nosotros, me dijo: "Amparo, tú vas a ir a Moscú". "¿Pero cómo voy a ir, Eduardo?" "No sé, no sé lo que haré ni a quién pediré... pero tú te vas a venir a Moscú". El sabía que no podía entrar en Moscú, porque pues es que no había vivido nunca. Bueno, Eduardo se fue, y como al mes o mes y medio me escribe: "Amparo, prepárate que vas a venir a Moscú". Efectivamente, me manda el permiso para entrar en Moscú a las milicias, a la policía, un telegrama, que me presentara. Entonces voy, me presento y me dicen: "Bueno, usted sí pero la niña

no, la niña no se puede ir porque no está la niña". Bueno, pongo un telegrama a Eduardo: "Pero oye, que la niña..." "¡Cómo que la niña!, pues si vienes tú, tiene que venir la niña". Pues no se había dado cuenta de lo que había hecho, me había reclamado a mí pero a la niña no, no la habían puesto. Bueno, pues otro telegrama. Efectivamente. Mira: yo de un abrigo que tenía, viejo, me lo volví al revés, que ya lo había vuelto dos veces al revés, me hice un abrigo elegantísimo, a la niña le hice otro, todo el mundo cosiendo; me compré unos zapatos en el mercado, ¡me puse preciosa! Entonces al tren no se podía ni subir, porque iban así los trenes, en plena guerra, ese sitio estaba lejísimos de Moscú, donde estábamos.

CR.- ¿Tu amiga se quedó allí?

AB.- Sí, mi amiga se quedó allí. Entonces decidí ir a hablar con el segundo secretario del partido: "Mire lo que me pasa". Me contesta: "Usted mañana sube en el vagón, pero por encima de todos". Entonces mandó a los secretarios [ininteligible]. Entonces vino, ya se quedó... -lo conocí al llegar, nosotros nos conocíamos enseguida- entonces me subió por arriba al vagón. Bueno. Entonces ya llegamos, yo no sé cuánto tiempo estuve metida en el vagón con mi hija; mi hija me acuerdo que se puso enferma, tenía fiebre, y ya llegamos a Moscú, y pude entrar en Moscú. Pero mi marido no tenía casa, eso [el permiso] lo había conseguido a Dios gracias. El había ido a arreglar un piso... porque él

estaba en el cuartel entonces y pedían voluntarios para arreglar cosas en las casas, y él se fue a arreglar un piso a una jefa de, de departamentos. Y le dijo: "¡Huy, español! ¿y no tiene familia?" "Sí, tengo una mujer, se me murió un hijo...", le contó toda su vida. Y aquella le dijo: "Pues yo le voy a conseguir un permiso para que su mujer venga". Bueno, aquel le arregló el piso, le dejó toda la madera que le sobró, le llevó más madera. Bueno, aquella mujer se quedó tan agradecida, le hizo un permiso, un propusk que dicen ellos, y me lo manda a mí, y así es que llegué yo a Moscú. Pero no tenía casa. Entonces en la primer noche dormí en la caldera, donde... porque allí la calefacción es por medio de una caldera que hay subterránea y allí están de guardia. Como era un cuartel donde había muchos españoles, aquella noche le tocaba a un español estar de guardia en la caldera. Y para que los jefes militares no se enteraran de que había una mujer en el cuartel, porque eso no podía ser, me metió, me metieron en la caldera a dormir con aquel, mientras aquel hacía guardia. Y allí me trajeron la cena todos, y bajaron todos los compañeros. Y al día siguiente me metieron en un camión de patatas y me sacaron de allí y me llevaron a Volshovo, al pueblo que tenía que haber ido cuando mi hijo se estaba muriendo. ¡Mira qué cosas tiene la vida! Porque uno de los amigos tenía las cuñadas

que vivían en Volshovo.

CR.- ¿Y en Vols... cómo?

AB.- Volshovo, Volshovo.

CR.- ¿Y en Volshovo había también varios españoles viviendo?

AB.- Había un internado... vino, después de llegar yo, un inter
nado de niños.

CR.- ¿Españoles?

AB.- Españoles. Entonces yo fui a vivir allí con la cuñada de un español, y ahí estaba. Estuvimos una temporada, después yo ya me fui a casa de huésped, porque yo neces
taba registrarme en una casa, porque si no no tenía dere-
cho a cartillas de racionamiento. Entonces me alquilaron ya un cuarto en una casa y ahí ella me dio un libro para que me fuera a "propiskar" que dicen, a registrar, porque yo... tú podías haber vivido en otra casa, ¿comprendes?, tenías que haber vivido, tener un propusk como que habías sido vecina de Moscú antes de la guerra, y yo eso lo te
nía. Entonces con mi pasaporte y con eso, ya fui a re-
gistrarme en Volshovo en casa de otra gazaica que dicen allí, de otra dueña, ¿comprendes? Y ahí estuve viviendo ya en un cuartito muy chiquito, pasé frío, pasé muchas ne
cesidades... pues pasé la necesidad que el día de mi cum-
pleaños no teníamos ni cerillos para encender los papeles o la leña que teníamos. Así, de tragedia.

CR.- Esto ya sería otra, otra etapa de tu vida en la Unión So

viética.

AB.- Otra etapa de... Moscú, llegar a Moscú, sí, a Moscú.

CR.- Entonces tú llegas aquí en el... ¿44?

AB.- 43 murió mi hijo. No, llegué en el 43.

CR.- A finales del 43.

AB.- Sí, a finales del 43, a finales. Porque mi hijo murió el, el 23 de septiembre del 43. O fue a finales del 43, o a principios del 44, no me acuerdo de aquellas Navidades yo; yo creo que aquellas Navidades... no, yo creo que sería a principio del 44, podría ser. Porque yo pasé Volshovo, desde Volshovo me voy a Perloska*, y de Perloska ya me voy con mi marido. Me parece que fue a principio del 44.

CR.- Sí, porque tú dices que todavía hubo todos esos trámites y...

AB.- Sí, sí, hubo, hubo trámites, y hacía frío.

CR.- ... la enfermedad de tu hija y todo.

AB.- Sí.

CR.- ¿Pues lo dejamos aquí?

AB.- Sí.

* Así se escucha.

CUARTA ENTREVISTA REALIZADA A LA SEÑORA AMPARO BONILLA, EN SU DOMICILIO PARTICULAR DE LA CIUDAD DE MEXICO, EL DIA 27 DE AGOSTO DE 1981, POR CONCEPCION RUIZ FUNES. PHO/10/81. DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS CONTEMPORANEOS.

CR.- ¿Empezamos?

AB.- Sí, pregúntame mejor.

CR.- Mira, en la última entrevista hablas de, de tu viaje ya a Moscú para reunirte con tu marido. Quizá fue un poco rápido esa ida a Moscú tal y como la, la contaste, porque fue muy larga la entrevista y ya estabas cansada. Entonces yo quisiera retomar un poquito tu partida de -tu partida, ¿eh?- de Akjubinsk a Moscú. O sea tú decías que tu marido te manda, no sé cómo se llamaba, el pase...

AB.- Eh, eh, un spravka, que era un permiso...

CR.- Un permiso.

AB.- ... un permiso para poder entrar en Moscú. Y sí, yo lo recibo. Después no sé cómo olvidan poner a la niña o... no la pusieron; entonces hubo un problema ahí bastante grande, y yo con el miedo, pues claro, yo no iba a marchar me y dejar a la niña. Entonces le puse un telegrama, él me puso otro telegrama que ya lo había arreglado; efectivamente, recibí ya el permiso para entrar las dos y ya arreglamos las cosas para marcharnos.

CR.- Eh, ¿tú qué llevas contigo en ese viaje, todas, todas las pertenencias que habías logrado reunir en ese lugar?

AB.- Bueno, pertenencias no teníamos ninguna, porque yo un

abrigo que tenía desde que había llegado a Rusia, ya había pues cinco años, lo volví al revés; porque ahí se vuelve la ropa del revés al derecho, porque cuando la vuelves del revés resulta que ya no estaba tan descolorida como durante un periodo ¿no? Entonces sí, me hice una... porque todos los abrigos eran iguales, dados por el Socorro Rojo, entonces pues yo le quito aquella forma, le quito aquel cuello, se lo hago redondo, lo cambio, entonces me hice un abrigo muy elegante, ¿no?

CR.- ¿Y todo esto qué cosías, a mano o a máquina?

AB.- No, tenía, tenía prestada de una rusa una máquina que era de manilla, de mano, y con eso cosíamos, sí. Y me hice también un traje de chaqueta, que mi marido me dio cuando él vino, cuando murió el chico y la niña estaba tan grave, me trajo un traje de soldado de él, de lana, muy bueno, y entonces yo del pantalón me saqué la falda y de la chaqueta pues me hice yo una chaqueta también, para mí. Y a la niña pues...

CR.- ¿Tu hija qué ropa tenía en aquel entonces?

AB.- Pues mi chica, a mi niña le hice, de... yo creo que fue... ¡ah! eso es: aquel colchón que robé tenía una funda azul marino, entonces aquella tela era como una franela, un pañete; vacié el colchón, porque yo ya me marchaba, entonces yo a la amiga le dejé lo que había dentro, la guata, y de esa tela le hice a mi hija un trajecito de

cazadora y pantalón abombachado, ¿no?, así, bombacho; y un abrigo, de un abrigo que tenía una compañera, esta compañera Rufina que había estado mala del tifus y yo la había cuidado y todo eso, tenía un abrigo de España todavía ella, de... así, de caracolillo, una tela nada mala, entonces me lo regaló y yo le hice un abrigo a la nena con guata para el invierno. Entonces nos fuimos muy elegantes las dos, cuando mi marido nos vio ni nos conocía.

CR.- ¿Oye, Amparo, y por qué teníais esta máquina de coser allí con vosotros?

AB.- Bueno, no la teníamos, era de una vecina rusa.

CR.- Ah, o sea prestada.

AB.- Sí, me la prestaba a mí mucho porque, pues para... y más en aquellos días, pues todas las amigas iban a ayudarme y "¿a ver, ¿qué te hacemos?", porque nos ayudábamos muchísimo, ¿no? Entonces como yo era la que me iba, pues había que ayudarme a mí.

CR.- Oye, y la reacción de esta amiga con la que vivías, que olvidé el nombre...

AB.- Aure... esta Hilda.

CR.- Hilda.

AB.- Hilda.

CR.- ... al saber que tú te ibas, ¿cuál fue?

AB.- Bueno, pues todo... eh, era envidia, sí, pero no, no demues

tra cosa de envidia: cosa de que ellas hubieran querido tener la misma suerte que yo, ¿no?, el irse a Moscú. Pero no es una envidia mala, quiero decir peligrosa ni así, que te pueda dañar, no, no, te digo, la ilusión, pues bueno, hacia la una que tiene suerte, ¿no? Y como nosotras sabíamos, hemos sido toda la vida muy amigas, hoy en día somos muy amigas, pues ella siempre prensó: "Ojalá, Amparo, me puedas a mí arreglar algo que, tú ya estando en Moscú, que yo pueda ir, ojalá". Pero sí, yo hice después de muchos años, de dos o tres años, lo hice; no, un año o casi dos cuando llegó Hilda a Moscú también, por mí, porque yo ayudé a conseguir otro permiso de esos. Así es que pues sí, siempre hay envidias y celos de las demás, pero no, no eran malos, porque yo creo que la gente o es muy mala, muy mala en estos momentos, o es muy buena.

CR.- Claro, y en esa situación...

AB.- ... ¿comprendes? Entonces eso sí, era una cosa muy grande de que yo fuera a Moscú, nunca lo hubiera creído, pero se realizó.

CR.- ¿Y tu... cuál era en aquel momento tu, pues tu estado de ánimo, tu...?

AB.- No, pues yo valiente, sí, sí, yo me quería ir a Moscú porque estaba al lado de mi marido y porque tenía mucha ilusión de ver Moscú. Siempre decía: "No quiero marcharme de Rusia sin conocer Moscú", era como nuestra meta, ¿no?

En Moscú yo creo pues que se vivía mejor que en otros sitios, y aparte porque pues era una ilusión ver la capital, y ver Moscú y estar con el marido pues ya era una cosa... lo más que te podía ocurrir, ¿no?

CR.- Claro. Bueno, entonces ¿cómo haces el viaje?

AB.- Hago el viaje en el vagón de, en un vagón de pasajeros, pero como ya no había sitio yo iba en el pasillo, con mi hija sentada en una maleta que llevaba y un saco, que siempre ibas cargada de sacos, porque maleta, pues no sé ni de dónde saqué esa maleta, ¿no? Y me acuerdo que la niña se puso enferma, le dio mucha fiebre...

CR.- En el viaje.

AB.- ... en el viaje, no sé, constipada...

CR.- ¿Cuánto tiempo tardaste, no te acuerdas?

AB.- Húy, lo menos dos días o dos días y medio o más. Estábamos muy lejos, sí, estábamos lejos.

CR.- Ya lo chequé en el mapa, muy lejos.

AB.- Muy lejos. Y el tren pues iba lleno de, de soldados, de permiso porque todavía no había acabado la guerra y todo esto; pero íbamos amontonados, amontonados completamente. Pero como que esto no, no le dábamos importancia nosotros.

CR.- No, claro, y después del viaje anterior pues menos.

AB.- No. Y pensábamos que íbamos a llegar a la meta, ¿no? O sea, no como las otras veces que nos metíamos en los trenes

y nunca sabíamos dónde íbamos a ir. Ahora sabíamos que íbamos a Moscú. Llegó cuando menos con cuatro horas o más de retraso, el tren.

CR.- ¿Y te esperaba tu marido en la estación?

AB.- Sí, sí, había ido no sé cuántas veces a la estación, y sí me esperaba, sí.

CR.- Muy bien. Entonces llegas a Moscú, ¿y al llegar a Moscú cuál es tu perspectiva primera?

AB.- Pues mi perspectiva que no tenía casa, que no tenía ni a donde meterme. Y entonces mi marido estaba en el cuartel, entonces todos los compañeros, también muy hermanados para ayudar en todo, me metieron en la caldera de la calefacción con el que estaba... la kachiganka que le dicen allí; o sea hay uno de guardia cada noche para ir alimentando la caldera de calefacción del cuartel, y claro, allí no va nadie, ¿no? Entonces a mí me metieron a dormir allí con la niña y el muchacho que estaba, que era un español, allí. Eso sí, cada uno a la hora de la cena me dio parte de lo suyo; bajaron y me atendieron, y para la nena todo... Y al día siguiente me trajeron desayuno y ya me sacaron a escondidas; y me metieron en un camión de patatas porque las llevaban a otro cuartel, porque no me podían sacar así, abiertamente, porque...

CR.- ¿Por qué había tanto español en ese cuartel?

AB.- Bueno, porque a los españoles los movilizaron. Sí, tiem-

po atrás te he contado que, cuando salimos del Cáucaso, a los españoles los movilizaron y nos quedamos las mujeres solas o los que ya no podían, no podían ir al frente, ¿no? Entonces en este cuartel estaban acuartelados todos los españoles o parte, o parte de ellos, ¿comprendes? Entonces allí fui a parar yo y dormí esa noche así, y después fui a dar a Volshovo, que es un pueblo que está... creo que son cuarenta kilómetros de Moscú.

CR.- ¿O sea tú en Moscú de hecho no viviste en ningún...

AB.- No.

CR.- ... ningún día, vaya?

AB.- No, no, no.

CR.- ¿Al día siguiente de dormir en el cuartel, te sacan enseguida?

AB.- Sí, ya me fui a, ya me fui a Volshovo.

CR.- ¡Ah!

AB.- ... a Volshovo, a casa de la hermana de la mujer de un compañero, o sea la cuñada de un compañero, que nada más tenían una habitación. Allí dormíamos, ella dormía con otra hermana porque se había quedado viuda o su marido estaba en el frente; y ella tenía el niño de este compañero, por que la mujer trabajaba, era camarera del restaurant de ellos. Y allí me quedé yo bastante tiempo.

CR.- ¿Cómo fue tu encuentro con tu marido al llegar a Moscú?

AB.- No, pues muy emocionante, muy bueno porque pues... claro,

doloroso por pensar que habíamos perdido al hijo, pero nos repusimos pronto porque, no sé, yo creo que en la guerra las penas son menos en ese sentido; no es que no las sientes, pero como ves toda la catástrofe que hay a tu alrededor, tienes que sobrevivir y entonces tienes que, que ser fuerte y echar adelante y, y ya no pensar.

CR.- ¿Y al irte a Volshovo te vuelves a separar nuevamente de él?

AB.- Bueno, él estaba en Moscú, y él venía los sábados y estaba sábados y domingos con nosotros, y yo iba a, a Moscú mucho porque iba a arreglar los documentos y todas estas cosas.

CR.- ¿Qué documentos?

AB.- El pasaporte y que ya vivía en Moscú y todo esto. Pero para eso yo tenía que tener el libro de la casa donde vivía, porque cada casa tiene como un libro, ¿no?, que allí se registran, se registran los que viven. Entonces yo no me podía registrar en esa habitación, entonces tuve que buscar otro sitio, que es lo que me parece que he nombrado antes, que me voy con una gazaica, con otra señora que alquilaba cuartos. Y yo tenía que ir a Mitishi, que era la cabeza de partido -antes de llegar a Moscú, estaba a mitad de camino- con el libro, mi pasaporte, en entonces me registran ya, registran a la nena, entonces yo... a Moscú sí podías entrar, los que estaban alrededor, ¿no? Y

entonces allí vivo yo, pues no sé, unos meses.

CR.- En Volshovo.

AB.- En Volshovo, sí. Llegué...

CR.- ¿Y trabajas entonces?

AB.- No, no, no trabajaba, no trabajaba. Yo trabajaba por mi cuenta, tejía vestidos para las compañeras y esto, tejía todo el día.

CR.- Pero eso te lo pagaban.

AB.- Sí, me lo pagaban las compañeras de Moscú, las mujeres de los jefes y todo, estas cosas.

CR.- ¿Rusas?

AB.- No, rusas... españolas.

CR.- Españolas.

AB.- Españolas, sí.

CR.- ¿Y entonces tú de qué vives aquí, tu marido...?

AB.- Bueno, mi marido tenía, había recogido dos mil rublos, me acuerdo yo, y me los dio. Y después él, pues había... no comían pan, dos o tres compañeras, y después... porque ahí daban el pan en bujankos, bujankos es una pieza grande, como un bizcocho grande; entonces así, cuando tenían mujeres, eh, ellos se comían la ración de uno entre dos y iban guardando, ¿no?, y después ese pan lo podías vender en el mercado negro y te lo pagaban muy bien. Entonces él cuando venía el sábado, o lo había dejado o entre otro compañero reunían un bujanko de esos, entonces yo iba al

mercado y lo vendía y te daban cien o doscientos rublos de cada pan.

CR.- ¿Y eso no estaba penado?

AB.- Sí, estaba penado, pero... Muchas veces te cogían, ¿no?...

CR.- Sí.

AB.- ... y otras veces yo creo que...

CR.- Se hacían de la vista gorda.

AB.- ... se hacían de la vista gorda.

CR.- Y, esto, la comida supongo que estaba muy escasa, por eso...

AB.- Escasísima, allí fue la... bueno, aún estábamos en guerra, pero el final de la guerra y la posguerra fue terrible, mucho más difícil que, que al principio, claro.

CR.- ¿Y mucho más difícil también que en, que en la ciudad anterior que habías estado?

AB.- Pues, pues no, no sé, por el estilo, porque aquí alguna vez nos daban margarina, el pan, eso sí, el pan nunca faltó, el pan nunca faltó; pero necesitabas... no había, no había nada, ibas al mercado y no había nada, estaban las mesas vacías ¿qué te digo yo?, con una sandía en sal, en vinagre, de esas que decíamos, en conserva que las ponían, o col; no había otra cosa que comer más que col.

CR.- ¿Y leche por ejemplo?

AB.- Leche no, no había; huevos ni verlos, no sé cuántos años estuvimos sin ver un huevo.

CR.- Oye, Amparo, y en esta casa donde tú vives en Volshovo...

AB.- Sí.

CR.- ... ¿sigues viviendo con la amiga, con la española esta...?

AB.- No. No, no, con la españo... con la, el familiar de aquel
compañero yo me voy; para registrarme, bueno, para regis-
trarme en el libro tengo que buscar otra casa...

CR.- Sí.

AB.- ... y es una rusa.

CR.- Sí.

AB.- Pero no era buena gente ella.

CR.- ¿Pero esa rusa qué hacía entonces, alquilaba una habita-
ción?

AB.- Alquilaba habitación.

CR.- Y tú la pagabas, claro.

AB.- Yo la pagaba, yo se la pagaba, ¿no? Y le tuvieron que
llevar un camión de, de leña, mi marido y el, y el otro
compañero, para que me admitiera. Pero era una mujer que
los hijos eran del partido, cuadros del partido, tenía
una hija que trabajaba... porque allí había una fábrica de
guata, en ese pueblo, y todo el mundo trabajaba en la fá-
brica de guata, y la hija trabajaba, era muy buena gen-
te; pero ella no era buena gente, no, no, ella me robó,
me, me hizo muy malas cosas. Cuando yo me marchaba po-
nía el candado en mi puerta, y ella lo quitaba y, y co-
gía lo poquito que yo tenía.

CR.- ¿Y tú allí qué tenías, un cuarto?

AB.- Un cuartito chiquitito con una, con una chimenea de aque
llas francesas, así, con una tubería, que en cuanto se
enfria... apagaba la chimenea, pues se enfriaba el cuar-
to.

CR.- ¿Y derecho a cocina tenías?

AB.- No, allí encima de la estufita aquella yo cocinaba, pero
no tenías nada que cocinar.

CR.- ¿Y el baño?

AB.- No, el baño... estaban fuera, en la calle, había un baño;
sí, y tenías que salir a la calle.

CR.- ¿Entonces eran baños públicos?

AB.- No, porque cada casa tenía su bañito, ésas eran casas so
las; cuando eran colectivos, sí, eran colectivos los ba-
ños. Pero ésa era una casa sola con, haz de cuenta, jar-
dín. Yo cuando vino el, el buen tiempo planté tomates,
planté habas, planté todo, y zanahorias, y mi hija me ayu
daba y todo.

CR.- ¿Y sacaste cosecha?

AB.- Bueno, poquitas cosas, pero sí sacamos.

CR.- ¿Entonces eso era como una especie de casa sola que per-
tenecía a esta señora?

AB.- Sí, era un chalet, como chalets, dachas que dicen allí.

CR.- ¿Ah?, eso eran los dachas?

AB.- Dachas.

CR.- ¿Y entonces a esa señora, el partido en alguna forma le, le exigía que rentara un cuarto o...?

AB.- No, no, pues yo digo que no el partido le exigía, pero como ella, era de ella, lo podía hacer, pues lo hizo, ¿no? Entonces ella sacaba dinero, porque mi marido tenía una paga...

CR.- Claro.

AB.- ... y me lo daba, entonces yo le pagaba a ella, y, y lo poco... y iba vendiendo que esto, que lo otro, bueno, así.

CR.- ¿Tú qué vida hacías aquí, Amparo?

AB.- Pues aquí hacía una vida monótona, malísima, porque pues metida en aquel cuartito con mi hija, o íbamos a pasear, porque era bosque todo, todo, precioso; era preciosísimo, ¿no?, porque era todo bosque. Entonces pues eso, respirábamos el aire puro, yo creo, que era aquello. Y si habías hecho amistad con alguna vecinita de al lado que tenía niños, para que tu hija se... o tenía una vaca, procuraba yo pues coserles algo y entonces me daban medio litro de leche y todo eso; como yo cosía, cosía, pues así me iba ganando algo.

CR.- ¿Y tu hija todavía no iba al colegio?

AB.- No, no iba al colegio.

CR.- ¿Y ya no la tenías en guardería?

AB.- No, no, entonces no trabajaba.

CR.- Ya no trabajabas.

AB.- Entonces la nena tenía, yo creo, cinco años o así, tendría la nena.

CR.- Cinco tenía.

AB.- Cinco. No, no iba [suena el teléfono: no, no voy a cogerlo, olvídalo].

CR.- ¿En esta, en esta zona de Volshovo tienes alguna amiga española?

AB.- No, no, no. Bueno, después de estar yo ahí creo que dos meses, llegaron los niños españoles, a una casa de niños que se formó allí.

CR.- En Volshovo.

AB.- En Volshovo. Entonces ellas se enteraron que había una española y vinieron a verme, y eran, sí, amigas de Valencia también.

CR.- ¿Ah, sí?

AB.- Sí, y entonces...

CR.- ¿La colonia de niños qué era llevada, por varias mujeres o qué?

AB.- No, por rusos, eran por rusos.

CR.- Sí. ¿Pero las responsables de las colonias eran españolas?

AB.- Bueno, profesoras eran españolas, las profesoras eran españolas, pero los profesores y el director ruso y todo. Así es que, claro, nos comunicábamos y todo esto. Y cuando yo me marché al otro pueblo, que yo ahí no estuve mucho tiempo, los mismos chicos me ayudaron a llevar los

trastes esos que tenías, ¿no?: el saco, la maleta y todas estas cosas, porque nosotros estábamos bastante lejos de la estación, estábamos como a tres kilómetros de la estación...

CR.- A pie...

AB.- ... a pie lo teníamos que hacer, o cuatro.

CR.- Y cuando colocan allí esta colonia de niños españoles ¿tú no te vas allí, con ellos?

AB.- No, no, no se me ocurrió ir, ni creo que hubiera habido trabajo, ¿no?, porque había allí... Ellos vinieron, no sé de dónde, de Crimea o no sé de dónde, todo el grupo ya de... porque empiezan a traer ya, a todos los niños que estaban perdidos por toda Rusia, empiezan a localizarlos ya cerca de Moscú.

CR.- En colonias...

AB.- En colonias, sí.

CR.- Bueno, ¿cuánto tiempo estás en Volshovo?

AB.- Pues no sé, estuve... porque de Volshovo me marché a Perloska, que esto era en la misma línea, ¿no?, que ahí yo tenía dos amigas y estaban también con otra gazaica; entonces me alquiló a mí un pedacito también, un cuartito chiquitito detrás de la hornilla, y ahí me fui a vivir yo porque ahí estaba una amiga catalana y otra valenciana, de Alcoy. Y ahí vivíamos las tres como... bueno, menos, la mitad de este cuarto, pues para ellas dos, y yo vivía en

otro pedacito que había en la parte de adentro. Pero ya teníamos compañía.

CR.- ¿Por qué te vas a Perloska, por eso?

AB.- A Perloska pues sí, porque está más cerca de Moscú y vivía con estas dos amigas. Y entonces ahí tejíamos mucho, de gente que nos daba trabajo para tejer, ¿comprendes?

CR.- ¿Y tu marido seguía en Moscú?

AB.- Sí, mi marido y el marido de ellas también, estaban juntos en el cuartel todos. Y ellos venían el sábado y pasaban sábado y domingo con nosotros, sábado por la noche, y allí.

CR.- Y en esos pueblecitos de alrededor de Moscú, aparte de, claro, de la falta de alimento, etcétera, etcétera, ¿sentíais los... sentíais la guerra?

AB.- Bueno, la guerra allí no se oía, allí no, ya ahí ya no... el enemigo lo habían echado para atrás, y yo cuando llegué a Moscú ya, ya no estaba el enemigo encima como había estado en otro tiempo. No, ahí sentíamos la guerra por la necesidad, pero no oíamos bombardeos. Sí, alrededor nuestro, como estábamos también en un sitio que había mucho bosque, habían faros de reflectores por si venía algún avión, para localizarlo y eso, pero... y alarmas, pero no, sentir la guerra de bombardeos y todo como lo habíamos sentido en otro sitio, yo en Moscú no, no la llegué, no lo llegué a ver. No, ya no.

CR.- ¿Tú leías la prensa por ejemplo?

AB.- No.

CR.- No llegaba. ¿Y radio?

AB.- Radio sí oía, pero nosotros era más de, lo que nos enterá**ba**mos, de lo que los españoles, los... cuando venían los maridos del cuartel y eso, pero yo leer no, no leí nunca; adivinaba, cuando leía [risa] adivinaba más.

CR.- No leías porque no... era difícil entender el ruso.

AB.- No sabía, no sabía... sí. Pero después una de las amigas de allí se colocó en la Komintern de mecanógrafa, de secre**ta**ria, porque ella sí que estaba preparada, entonces era es**pa**ñol todo, y se colocó allí. Entonces ella venía y nos contaba bastantes cosas. Pero después ya mi marido lo sa**ca**ron del, del cuartel y se lo llevaron a Solnichnogorsk.

CR.- ¿Que está lejos o...?

AB.- Sí. Está por la línea de Klin, que Klin era un sitio muy importante. Solnichnogorsk. Y entonces él viene a plantear-me que... él estaba allí de, pues como de encargado de todo, ¿no? ¿qué digo yo?, administrador; aunque estaban los rusos de director, pero necesitaban un... siempre había un español como, no sé cómo le llaman, administrador de todo, de profesores, el que está pendiente de todo lo que sucede allí.

CR.- ¿Pero allí qué era, en Solnichnogorsk?

AB.- Escuela de niños también, español.

CR.- Ah, una colonia.

AB.- Sí, una colonia de niños españoles.

CR.- Sí.

AB.- Sí. Y entonces pues claro, él va allí y ya toma posesión de su trabajo, entonces ya plantea que tiene una mujer y una hija y nos lleva con él.

CR.- ¿Y esto, esto sucede enseguida de...?

AB.- Bueno, pues sí, no, no tardamos mucho. Allí es donde vino la victoria ya y todo. Porque la victoria fue en mayo, y esto que yo te estoy contando ahora era puro invierno, invierno, invierno.

CR.- Del 44 debió de ser.

AB.- Del 44 porque... sí, porque pasamos, del 44 al 45, lo pasamos en esta... en Solnichnogorsk. En Solnichnogorsk había muchos españoles de la colonia, maestros y veladoras que dicen, cuidan, cuidadoras de las niñas y de los niños y todo eso. Y allí pues también nos dan una habitación...

CR.- Entonces ya te reúnes con tu marido.

AB.- ... pero yo tenía que trabajar, sí, para tener derecho a, a la comida, porque allí tienes que trabajar para tener derecho a la comida. Entonces pues mi marido: "Entonces no hay más que la cocina". "Bueno, pues la cocina". Porque en el taller de costura había otra española, que estaba ya muy enferma de cáncer pero estaba ella, estaba Queti-

ta, una vasca, y yo pues me metí en la cocina de, de ayudanta, bueno, de pinche.

CR.- ¿Cómo estaban organizadas estas colonias? Tú sabes que se sabe muy poco de esto.

AB.- ¿Por qué? Pues tenían yo creo que, no sé si...

CR.- Estaban en unas casas grandes...

AB.- Unas casas grandes, que todas habían sido casas de reposo de sindicatos, de los trabajadores y todo esto, y ésta de Volshovo creo que había sido también, otra casa muy bonita; bueno, y ésta de Solnichnogorsk también, también. Porque eran pabellones de madera, ¿no?, en unos pabellones estaban los dormitorios, en otros estaba el comedor y la cocina, en otros estaban las escuelas, ¿comprendes? Así estaba organizado. Claro, en invierno pues la nieve, pero en verano hacían jardines los chicos, ¿comprendes?, los obligaban a plantar cosas y a cuidar las cosas, y es que serían... hasta los mismos maestros hacían sus huertas.

CR.- ¿Cuántos alumnos había, chicos vaya, no recuerdas?

AB.- Pues yo no sé, pero yo creo que en Solnichnogorsk habrían como doscientos o más.

CR.- ¿Chicos y chicas?

AB.- Chicos y chicas.

CR.- ¿Y de qué edades?

AB.- Pues ahí ya estaban como de diez hasta catorce o quince

años, sí.

CR.- ¿Y, y cuánto, cómo, cómo se dividía el personal, maestros....?

AB.- Sí, maestros y, y los... eran, bueno, yo digo cuidadoras... bueno, no eran cuidadoras, ¡educadoras!, educadoras. Educadoras de día y después cuidadoras de noche, ¿eh?, porque en cada piso había una cuidadora, por si iban al baño, venían o, o...; en un lado estaban las chicas y en el otro lado estaban los chicos. Y de día estaban las educadoras, que eran las que se, estaban comprometidas a levantarlos, a hacerlos levantar a lavarse, a peinarse, a llegar a la hora al comedor cuando tocaba la campana; en el comedor tocábamos la campana, entonces venían a desayunar, después ya a tal hora... y los entregaban a las clases, y a los metían en las clases. Entonces las educadoras descansaban el tiempo que ellos estaban en las clases. Después los recogían de las clases y ya los traían al comedor a comer, y después un rato de...

CR.- De descanso.

AB.- ... de, de siesta, de siesta, de descanso, y después había veces que tenían música o tenían alguna clase por la tarde también, después a hacer las tareas y las educadoras se tenían que preocupar de que hicieran las tareas. Después había banda de música, porque había un señor, un director de música que no sé de qué parte era, no sé si era

rumano, no sé, algo...

CR.- Entonces el personal no era todo español, había también...

AB.- No, no...

CR.- ... rusos.

AB.- ... no, el director era ruso y la doctora rusa, la enferme
ra rusa y, y muchas profesoras rusas, sí, sí, muchas, muchas.

CR.- ¿Esas colonias ya allí, o sea cuando se constituyen ya en
esta época, las organiza el Partido Comunista Español o el
propio gobierno de la Unión Soviética?

AB.- No, no, el gobierno.

CR.- El gobierno.

AB.- Antes de llegar nosotros, o sea el fuerte de la emigración
española, los niños españoles ya habían ido a Rusia desde
España...

CR.- Sí, pero...

AB.- ... y eso lo habían organizado los rusos, los rusos.

CR.- O sea que estos niños españoles ya estaban exactamente
igual organizados que los rusos.

AB.- Sí, que los rusos. Y después cuando ya pasaban, no sé si
era a preparatoria, ya iban a la escuela rusa de, de la lo
calidad donde estaban.

CR.- ¿O sea que les enseñaban el idioma?

AB.- Sí, sí, no, el idioma... ellos, ellos hablaban en ruso y...
bueno, los niños aprendían el ruso; claro, tenían su pro-
fesora de, de español que era Carmen Roure, por ejemplo,

y de geografía de España que era Mercedes, otra, y matemáticas también, pero ellos la mayoría era todo ruso.

CR.- Pero por ejemplo es muy curioso que no descuidaran su aspecto cultural español.

AB.- No, no... español, no, no, es que no... tenían profesoras españolas, sí, sí, sí; tenían sus horas de español y sus horas de ruso. Pero claro, ellos, como habían llegado allí muy chicos y todo, entonces hablaban el ruso perfectamente, y después, creo que era a la sépt... la octava o novena clase, que era lo último, pasaban a la escuela rusa. Creo que pasaban a la escuela rusa todo; octavo y noveno creo que era escuela rusa, que iban todos los días a la escuela.

CR.- Bueno, entonces tú decías, que te interrumpí, que a ti te ofrecen trabajo en la cocina...

AB.- En la cocina.

CR.- ... y lo tomas.

AB.- Y lo tomo.

CR.- Recibes un sueldo por eso.

AB.- Sí, un sueldo.

CR.- ¿Y aparte una habitación?

AB.- No, la habitación que tenía con mi marido y mi hija.

CR.- Con tu marido y tu hija.

AB.- Sí.

CR.- ¿Qué haces con tu hija cuando entras a trabajar?

AB.- Ah no, pues mi hija ya se fue a la escuela rusa; allí...

CR.- Era chiquitina.

AB.- Pero no, no de kinder, ya era para preprimaria, entonces ella iba todos los días a la escuela, y como...

CR.- Ella llevaba la misma vida que todos los niños...

AB.- Que todos los niños, sí, de todos los chicos.

CR.- Pero dormía contigo.

AB.- Vivía conmigo, sí. Porque allí entonces ya no era edad de ir al kinder, no, ya era de, de... ella sumaba y, y aritmética, que los profesores de aritmética, que era un matrimonio, tenían una niña de la misma edad; entonces eran muy amiguitas y por la tarde me dijeron: "Bueno, Amparo, nos llevamos a la niña para que haga más matemáticas". "Ah, sí". Y ella sabía mucha matemática siendo muy niña, porque estos profesores la querían mucho y se la llevaban con su hija y allí formaban un grupo chiquito y, y les enseñaban matemáticas.

CR.- ¿Y este matrimonio qué era, ruso?

AB.- Ruso, ruso; ruso, mayor, y tenían esta niña muy chica, una niña muy chica. Pero ella llevaba la vida igual que las demás, igual, igual, igual que los demás niños.

CR.- Bueno, ¿y entonces tu trabajo en qué consistía?

AB.- Pues mira, el trabajo consistía: levantarte a las cinco de la mañana, a las cuatro y media o las cinco; ir a la cocina, encender... porque allí son unos calderos gran-

dísimos, grandísimos que están empotrados en obra, en una plataforma, y bajo hay un hueco donde metes la leña, entonces encender aquellos calderos, llenarlos de agua y encenderlos, para cuando a las seis y media o las siete llegaba la cocinera, la jefa, que aquello ya estuviera hirviendo para echar la kasha. Kasha es como una especie de grano, de un granito chiquito que hacen como una papilla, la kasha manaya que dicen, o perlovaya o... hay muchas kashas, esas... son espigas y son granos, ¿no?, son cereales.

CR.- Como harinas...

AB.- Sí. Y entonces en un caldero se hacía eso y en el otro caldero se hacía cocoa, cacao.

CR.- ¿Con leche?

AB.- Habían días que había leche, habían días que no había leche. Si llegaba la leche; si no había, no había leche y se ponía la mitad de leche y la mitad de agua o lo que al canzara, ¿no?, porque aquellos años fueron muy malos.

CR.- ¿Cuántas personas trabajabais en la cocina?

AB.- En la cocina trabajábamos dos ayudantas y la...

CR.- Jefa.

AB.- ... y la cocinera, y después había una jefa mayor, ¿no?, que era la que medía y la que traía los productos; la coci nera era la que los cocinaba y nosotros las que pelábamos patatas o papas, y las que limpiábamos los trastes,

las que limpiábamos la escuela, las que lavábamos todos los platos, los calderos y todo eso.

CR.- ¿Y de éstas tú eras la única española?

AB.- No, habían dos españolas más.

CR.- ¿Quiénes?

AB.- Pues la... eran dos chicas que habían venido con los chicos... bueno, una vino conmigo en el barco, pero ella que quedó en Moscú porque su marido había, era un jefe del partido y había desaparecido, que después apareció en España, creían que lo habían matado pero después apareció. Y la otra era una de las chicas que había ido cuidando los niños de España, que tenía dos hermanas ella allí pequeños, ya se habían hecho mayores, y también trabajaba allí, que estaba cojita, Luisa. Y cada día nos tocaba a una y teníamos turnos diferentes, porque la una trabajaba por la mañana y la otra por la tarde, a veces nos juntábamos, a veces no nos juntábamos. Entrábamos a esa hora y salíamos a las dos de la tarde.

CR.- O sea trabajabais...

AB.- Muchas... nosotras...

CR.- ... muchas horas.

AB.- Rabochy*, como dicen ellos.

CR.- ¿Y eso qué quiere decir?

AB.- El trabajador negro, el trabajo más bajo, ¿no?

* Trabajador.

CR.- Y de muchas horas.

AB.- Pues sí, porque trabajábamos muchas horas.

CR.- Bueno, entonces tú ponías el agua a hervir...

AB.- Sí.

CR.- ... le echabas la leña y...?

AB.- Y después pues ya organizaba toda la cocina y ya llegaba la, la cocinera, ¿no? Y fregábamos el suelo, que no teníamos manos ni uñas ni nada, porque es un trabajo pesadísimo.

CR.- ¿Ese trabajo solamente lo hacías en la cocina...

AB.- En la cocina, sí.

CR.- ... no en el comedor?

AB.- No, el comedor, el comedor lo llevaba una chica rusa que era hija de alemanas, muy buena gente, quería mucho a los españoles y creo que se casó con un chico de allí del internado, muy bonita la muchacha, muy agradable y quería mucho a los muchachos. Ella era la que ponía la mesa, la que recogía los platos y los llevaba, después los traía sucios, y repartía; esa chica tenía ese trabajo, ella en los dos turnos, esa chica. Así es que ella llegaba como media hora antes que llegaran los niños y ponía la mesa, o sea ponía los platos, ponía los cubiertos y... los platos no, los platos se los dábamos llenos con la kasha nosotros ya en la cocina, la cocinera; y ponía el pan, partía el pan, y mantequilla, que habían no sé si cinco gramos

de mantequilla para cada niño y su pedazo de pan.

CR.- ¿Y los adultos que trabajabais allí?

AB.- Ah, y los adultos íbamos con la cacerola por otra ventanilla y la cocinera te ponía tu ración. Si no trabajabas no tenías derecho a ración.

CR.- ¿Y había gente viviendo allí que no trabajara?

AB.- No, no, no, ¿porque entonces cómo dabas comida?, no. Si el marido hacía una cosa, la mujer hacía otra.

CR.- Claro.

AB.- Y si la mujer era maestra, el marido era guardia de noche, como unos españoles que habían, ¿comprendes? Todo el mundo tenía que trabajar, porque no podías estar sin comida.

CR.- Claro, claro.

AB.- Entonces había un almacén allí que te daban el pan tuyo, o sea la ración de pan, y a veces te daban té o café, o lo que venía, o algo, algo extraordinario, así, cuando venía.

CR.- Pero eso ya era personal, ya te costaba...

AB.- Sí, con tu tarjeta de racionamiento.

CR.- ¿Y cuando terminabas tus, tu trabajo, qué hacías, te ibas a tu cuarto?

AB.- Pues me iba a mi cuarto, porque yo tenía... primero no, pero después tuve mi cuarto pegado a la cocina y al comedor, esto me salvaba mucho.

CR.- ¿Por qué?

AB.- Porque sin salir a la calle entraba a la cocina y encendía el fogón ese, ¿no?

CR.- No pasabas frío.

AB.- No pasaba frío. Aparte yo tenía un cuarto que primero yo lloraba, porque estaba muy sucio y estaba lleno de paja, y yo no quería aquello y mi marido desesperado pues... Porque en el, en los pabellones de los niños no se, no se permitía vivir a ningún adulto; entonces la primera noche nosotros dormimos en el pabellón de los chicos, pero al día siguiente dijo el director: "No. Domínguez, usted se tiene que ir a otro cuarto, vamos a buscar". Entonces en el comedor, que era el sitio donde se reunían, el rincón rojo haz de cuenta, y hacían teatro y todo eso, allí había un cuartito que había paja y estaba tirado allí. Entonces dijo mi marido: "Pues aquí". Y yo lloraba porque no quería meterme allí, pero qué va, sacaron la paja, cogieron una cubeta, los muchachos, pintaron, mi marido, y ya entré yo a la decoración. Cuando vino el jefe, el director: "¡Oh, qué bonito!, y lloraba usted, que no quería este cuarto". Claro, estábamos muy calientitos y teníamos una hornilla, larguísima, grande...

CR.- ¿Allí dentro?

AB.- ... que yo hacía pan y todo allí, muy bueno. Y claro, pero era el mismo cuarto y la nena estaba allí, entonces tenía-

mos la nena... era larguito, nosotros dormíamos aquí a la puerta y la nena la poníamos así, de cara para allá, y ahí teníamos una mesa nada más y un...

CR.- Y la cama.

AB.- La cama nuestra aquí y la de la nena, más pequeña, ahí, y aquí detrás de la cama de la nena había una mesa, que ahí era donde comíamos y donde mi marido leía y ahí cosía yo y eso. Después en una esquinita, ahí pusimos una cortina con un palo y ahí el anuncio colgado: "Se cose".

CR.- ¿Y el baño?

AB.- No, el baño en la calle, en la calle, el baño era en la calle.

CR.- Qué curioso que hicieran los baños fuera, ¿verdad?...

AB.- Afuera, afuera.

CR.- ... con el frío que hace.

AB.- Sí, muchísimo. Y después teníamos delante de la horni-
lla, a los pies de la cama nuestra, un taburete y bajo te-
níamos la cubeta de agua sucia, arriba de la hornilla la
cubeta de agua limpia y una palangana y ahí pues era donde
nos lavábamos; y bajo de la cama era todo nuestro closet
también, teníamos una bañera chiquita que ahí pues nos la
vábamos, pero teníamos baño también fuera, también, colec-
tivo, el baño era colectivo, afuera.

CR.- ¿Y entonces tú... antes decías que ahí hacías pan y tal, o

sea tú cuando terminabas tu trabajo, tu trabajo...

AB.- Sí, me regresaba a mi casa...

CR.- ... te marchabas a tu casa...

AB.- ... a lavar la ropa de la niña, mía y, y, bueno, y atender a mi marido, todo eso. Entonces estuvimos una temporada juntos allí y después a él lo llamaron a la escuela de cuadros, a Moscú.

CR.- ¿Cuánto tiempo estuvisteis allí juntos?

AB.- Pues no sé, porque mira, cuando yo fui aquí hacía frío ya, y cuando la... vino la victoria estábamos juntos allí, aún en mayo.

CR.- Fue en el 45.

AB.- Sí, en el 45. Sí, pues después de la victoria fue cuando se lo llevaron a él, y yo ya no me acuerdo, pero como cerca de un año estuvimos allí, no menos, sí.

CR.- Juntos.

AB.- Juntos. Y después él ya se marchó.

CR.- Y tú te quedaste allí.

AB.- Yo me quedé allí.

CR.- Con el mismo trabajo.

AB.- Con el mismo trabajo, nada más el problema era que lo que a mí me pagaban no daba para pagar la comida de la niña y mía.

CR.- ¿Por qué si eres tú trabajadora y allí recibían un sueldo no podías percibir, no te podían dar la comida? No

entiendo.

AB.- No, no, tenías que pagar, la comida tú la pagabas, todo, todo.

CR.- Tú al percibir un sueldo por tu trabajo...

AB.- Sí.

CR.- ... aparte tenías que dar una cantidad...

AB.- Por la comida.

CR.- ... por la comida.

AB.- Todos los profesores y todo, todo el mundo pagaba; al final, cuando te pagaban la quincena, te descontaban lo que valía la comida. Entonces fue yo cuando la armé.

CR.- A ver, por qué la armaste, cuéntame.

AB.- Bueno, porque yo... pues mi marido se fue. Entonces el partido, eh, era esto... pero eso no era de los rusos, era los españoles, porque cogían al marido y te lo llevaban...

CR.- O sea a tu marido lo manda el partido español a la escuela de cuadros.

AB.- A la escuela de cuadros. Bueno, entonces lo manda el partido a la escuela de cuadros y ahí me quedo yo con mi niña. Pero yo planteé al partido: "Cuando vosotros tomáis a un hombre, o sea hacéis eso de una persona, tenéis que pensar en qué condiciones queda esa familia: es casado, soltero, tiene hijos, tiene o no hijos". Bueno, porque el problema empezó en que pues mi marido se iba los sábados o los domingos, cuando tenía eso, venía, a las dos de la madru-

gada llegaba...

CR.- De la escuela de cuadros.

AB.- De la escuela de cuadros. Entonces se pasaba toda esa noche, y al día siguiente a las cuatro de la tarde ya se tenía que ir a tomar el tren para marcharse a donde estaban. El venía con dos chocolatitos, con un pedazo de pan blanco, porque a ellos les daban muy bien de comer y, y los mimaban y los tenían muy bien.

CR.- ¿Al ir tu marido a la escuela de cuadros no percibe ningún sueldo?

AB.- No, no creo.

CR.- O sea su puro mantenimiento.

AB.- Su puro mantenimiento, o no sé si les darían, sí puede ser que les dieran, no me acuerdo, alguna pequeña cantidad para sus gastos particulares, pero no para la familia. Claro, hubo un compañero que sí, que cuando lo llamaron entonces él planteó: "Bueno, a ver mi mujer". Entonces a esos que fueron tan listos, o hicieron las cosas como debían, entonces les pusieron una ayuda del Socorro Rojo. Pero mi marido, como al partido nunca había que pedirle sino darle, él no era capaz de decir nada. Bueno. Entonces pasaron semanas y meses, y yo cada vez que iba a cobrar pues nunca me daban dinero, pero aún debía doscientos rublos o cien rublos. Yo a veces cosía vestidos para sacar algo de dinero y comprar leche para

mi hija y todas esas cosas, porque la comida era, era baja, ¿comprendes? Bueno. Entonces pues ya, un día hasta gasté una broma en la contaduría, en la oficina de, de pago. Me decían: "Bueno, ¿cuándo va a pagar usted?" "Pues cuando venda la vaca", como dicen los rusos; los rusos siempre hacen todo cuando venden la vaca. "Kogda karoVi proda-dim*", decía yo, "cuando venda la vaca yo le pago". Y un día llega mi marido y yo le dije: "Mira Eduardo, pasa esto: yo si coso algo, eso, lo hago, compro leche, compro algo -que había un koljós cerquita, pertenecíamos al koljós-, pero a mí no me alcanza para pagar y ya debo no sé si son cuatrocientos o quinientos rublos ahí en la koperativ**. "Bueno, ¿y yo qué quieres que haga?" "Fulana me la encontré yo el otro día en tal pueblo, resulta que ella está viviendo en casa de una gazaica de huéspeda, tumbada todo el día porque tiene asma o no sé qué tiene, los niños el Socorro Rojo se los ha puesto en un internado y ella no se preocupa de nada; fulana tiene ayuda del Socorro Rojo; fulana tiene ayuda del Socorro Rojo. Yo no quiero ninguna ayuda para mí; tu hija no tiene zapatos que ponerse, va con los pies por el suelo. ¿De dónde voy a sacar dinero? Las botas porque he podido yo, los chanclos de goma, hacer que la del [ininteligible], a la del... el, el de pósito que hay para los chicos hacerle un vestido, me ha

* Vender la vaca.

** Cooperativa.

dado unas para la nena. ¿Pero qué hago yo, a quién le tengo que pedir? Te tengo que pedir a ti". Bueno, nos disgustamos, fue el único disgusto que yo he tenido con mi marido, y yo dije verdaderamente que no, que no estaba de acuerdo con la forma, la táctica de llevar las cosas. Digo: "Yo para mí no te pido nada ni pido nada a nadie, fíjate. El partido sabe que tú tienes una hija, porque no la tienes de ahora, la trajimos de España ya. Así es que el partido, cuando está en manos un compañero, tiene que pensar quién está detrás. Yo he venido aquí y me han dicho a fregar el suelo, y yo a fregar el suelo. A mí no me podrán decir nunca que no he trabajado o que no he hecho lo que me han dicho. Yo friego el suelo, pero si no me dan para pagar, no... el sueldo no me alcanza pará pagar, ¿qué hago?" "¡No, porque yo no puedo pedir, es una vergüenza ir al comité y hablar al partido...!" Bueno. Nos disgustamos y él se fue. Pero él estaba de compañero de habitación con un comisario, una personalidad de España en la guerra, que era Virgilio Llanos. Entonces este hombre, yo he sido enfermera de él en Valencia, que te conté. Bueno, pero no lo sabía Virgilio todavía; entonces llegó Eduardo y le contó. Dice: "¿Pues qué te pasa?" "Pues mira, me he disgustado con mi esposa por esto y por esto". "Pues tiene razón tu esposa, ¿quién es tu esposa?" "Pues es una chica valenciana llamada Amparo",

entonces saca el retrato. Le dice: "Oye, esta chica me cuidó a mí [llanto] en el hospital de Valencia". y Claro, él me quiso mucho, yo lo quise mucho, era un hombre bellísimo. Bueno. Entonces le dice: "Fíjate que tiene toda la razón tu mujer. ¿Por qué tu tienes que ser así? El partido está para dar y para tomar, para todo". Entonces aquel... después me contó Virgilio, que se quiso suicidar y que no sé qué, porque estaba desesperado porque yo era capaz de ir a pedir al partido. Entonces al día siguiente Virgilio pidió permiso y salió y se fue a hablar con el partido, con Uribe que era jefe del partido. Y al día siguiente llaman a mi marido al partido, y yo pues me pusieron un telegrama a mí y me dijeron que acudiera al partido.

CR.- A Moscú.

AB.- A Moscú. Y yo fui; estaba muy lejos, pero fui. Fui, entonces me dijeron: "Bueno, Amparo, ¿por qué tú no has hablado antes?" Digo: "Yo no tengo por qué hablar, José Antonio, yo no tengo por qué hablar. Vosotros pedís a Domínguez que se vaya a la escuela de cuadros. Tú sabes, porque lo sabes de toda la vida, que Domínguez tiene una hija, porque el hijo lo perdimos ¿no?, y que yo he trabajado toda mi vida, pero tú sabes lo que yo gano, ¿no?, o tenéis obligación de saberlo. Entonces si yo no tengo para pagar la comida, ¿a qué, de prostituta me tengo que ir o

qué?". "No, pero para algo tienes una boca, tú tienes que venir aquí a..." "Yo no tengo por qué venir aquí a plantearos nada, pues su obligación es, igual que os preocupáis de buscar un compañero porque lo necesitáis, pensar... yo por mí no quiero nada, pero mi hija va descalza; sus hijos no van y mi hija va descalza, y yo tengo que hacerle botas de fieltro y cosas para que no vaya descalza; y eso vosotros no os preocupáis, y eso es muy interesante. Porque yo no voy a culpar a los rusos de todo eso, voy a culparos a vosotros. Porque yo sé que si tú a los rusos, vosotros a los rusos, el comité, les pedís las cosas, los rusos las dan, pero los rusos tienen bastante con lo que tienen que hacer, vosotros estáis aquí para algo". Bueno. "Bueno, bueno, pues que sea la última vez. Tú sabes que tienes que venir aquí y hablar, porque tú no eres una desconocida". "Y o no soy una desconocida, pero yo no tengo por qué venir a hablar; si mi marido no quiere hablar, cómo voy a hablar yo". "Bueno, bueno". A los pocos días llegó la cartera, no sé si mandaron mil quinientos rublos o no sé qué, y mira, aquello era la juerga; porque llegó la cartera, preguntó por mí y empezó a soltarme billetes y billetes y billetes [risa], y yo estaba loca. "Bueno, y de ahora en adelante vas a tener una ayuda del Socorro Rojo". "Muy bien, a mí que me paguen lo de la niña, y

eso... porque si yo trabajo y saco más dinero, bueno, pero es que no lo puedo hacer porque no hay ningún trabajo". Bueno, pues vino mi marido y dijo: "¿Qué pasó? Porque me dijo José Antonio que te iba a llamar". "Pues esto y esto otro". "¿Qué?" "Pues nada, he pagado seiscientos pesos... quinientos rublos que debía, me ha quedado esto, he comprado leche para la niña, aún me queda dinero", pues muy bien, muy contenta. Y ahí se quedó: fui solamente una vez a cobrar al Socorro Rojo, después quitaron todas las ayudas del Socorro Rojo.

CR.- Pero eso en general.

AB.- Pero eso fue en general, eso es lo que digo yo, ¿no? Entonces, claro, mi... su compañero... nada más me dijo: "Estuve con Virgilio, Virgilio te quiere ver. Ve mañana a ver a Virgilio, el día que tengas de descanso, coge la niña y vete". Me fui a ver a Virgilio, y claro, él me habló de mi marido y me dijo: "Mira, Eduardo es muy buena gente, te quiere mucho, pero no es capaz de plantear las cosas para favorecerse él, es un hombre que no". Y yo dije: "Bueno, de acuerdo, Virgilio, pero yo tuve que, que, que... ésta es la única vez que yo he discutido con mi marido, porque es que ya no podíamos más". "No, si tu marido y tal, no te tienes que preocupar, ahora estoy yo detrás de ti..." Bueno, muy cariñoso, muy bien. Y ahí pasó ya muchos meses, ya nos arreglamos como pudimos, como pudimos. Y después él ya fue... ya lo sacaron de ahí, pero tenían siempre... no, después él ya fue cuando lo iban a enviar al extranjero.

CR.- ¿A quién, a tu marido?

AB.- A mi marido. Y yo entonces... se quedó libre el, ¿cómo te iba a decir?, el puesto de modista del taller.

CR.- De la colonia.

AB.- De la colonia. Entonces me lo dieron a mí.

CR.- ¿Y el sueldo era mayor?

AB.- El sueldo era mayor, yo ya trabajaba a las nueve, iba ves tida como Dios manda, les enseñaba corte a las niñas y to do eso. Pero entonces aparece mi marido diciéndome que, que se va a ir al extranjero [no sé si esto lo... ¿sí?], que se va a ir al extranjero y que pues ya nos veríamos alguna vez, algún día. Entonces él me dice que iba a salir al extranjero.

CR.- ¿Iba a salir al extranjero por qué?

AB.- Él iba a salir al extranjero, él.

CR.- El, él solo.

AB.- Que salían de guerrilleros para España. Ellos se los lle vaban a Francia, y de Francia pasaban a trabajar a, a España.

CR.- A la clandestinidad.

AB.- A la clandestinidad. Casi todas... salían grupos y grupos y grupos, y después las mujeres las llevaban a Francia, y ellos cuando acababan el trabajo en España volvían a Francia y estaban con la mujer, volvían otra vez a seguir, eran guerrilleros, ¿no?

CR.- ¿Esto, Amparo, qué sería, en el año 47?

AB.- No, el 47 me vine yo, a últimos del 46, a últimos del 46. Entonces pues ya quedamos en que pues él iba a salir. Ya un día viene y yo, y yo le planteo... yo recibo un día una carta de mi hermana la mayor que estaba aquí ya, que primero había estado mi hermana la chica; yo ya le había planteado muchas veces que nos viniéramos, y mi marido siempre dijo que no, que él no tenía por qué venirse a México...

CR.- O sea tú ya tenías relación con tu familia.

AB.- Sí.

CR.- ¿Y tu familia ya estaba toda aquí en, en México?

AB.- Bueno, mis padres no, sólo mi hermana la, la tercera, que era la que había estado siempre, y mi hermana la mayor sé había venido con Tónico, con los Renau. Y después, yo nunca... dije que no, que yo no me venía porque Eduardo no quería venir, yo no me venía. Pero después, cuando él me dijo que se marchaba... yo había recibido aquella semana que él no estaba, una carta de mi hermana la mayor y me había dicho que por qué no iba. Entonces yo estuve pensándolo y me acuerdo que lo comenté con Carmen Roure, lo comentamos, porque a ella también le escribían diciendo: "Vente, y vente, y vente". Entonces cuando él me planteó que iba a salir para el extranjero, de guerrillero, que yo después iría a Francia, le dije: "Mira

Eduardo, he recibido esta carta, entonces tú sabes que tengo muchas ganas de ver a la familia. Si tú te vas a Francia, déjame a mí ir a México". Entonces había habido como una abertura y había salido alguna gente: había salido Builla*...

CR.- Hacia México.

AB.- ... hacia México, la hija de Rocés, alguno de los muchachos, Aymamí*. Bueno, y había mucha bulla, mucha bulla porque la gente quería salir, quería salir. Bueno, y... pero esto, esto ya había venido la victoria, ahora que me acuerdo.

CR.- Sí, claro, esto es el 46.

AB.- Sí, porque el, el cuaren... pero no te he contado lo de la victoria. Bueno. Entonces ya llegamos a ese punto, entonces él me dice: "Bueno, pues verdaderamente no te puedo negar, si yo me voy, que tú te vayas a Espa... a México".

CR.- ¿Y en ese sentido cuál era la orientación del partido? Tú lo explicabas antes, pero no completo. O sea la orientación del partido era que ellos, los militantes hombres, supongo, siempre...

AB.- Bueno, hombres y mujeres, porque habían mujeres también.

CR.- ... -¿mandaban también mujeres, el partido, sí?- salían a su lucha clandestina guerrillera...

AB.- Sí, guerrillera.

* Ramón Alvarez Builla.

CR.- ... después de que ellos salían, entonces a las muje... a las esposas las enviaban a Francia.

AB.- Sí, para que nos encontráramos allí.

CR.- Y entonces ya allí hacían lugar de residencia, y ellos en traban y salían y la esposa permanecía en Francia.

AB.- En Francia.

CR.- Todo esto con un sueldo, supongo.

CR.- No sé, yo pues no lo hice nunca, no sé, pero yo me imagino... yo sé de compañeras, amigas, que estaban trabajando en Francia, ¿comprendes? Bueno, entonces él me dice: "Pues bueno, yo creo que te va a ser un poco difícil, pero yo no tengo ningún inconveniente. Tú ves al partido y planteáselo a José Antonio, y si José Antonio está de acuerdo, o sea si el partido está de acuerdo, yo no tengo nada en contra, tal". Bueno, pues efectivamente, él venía, seguía cada ocho días viniendo y todo esto. Entonces yo, ya que... que yo me voy al partido, lo planteo; porque yo la vez que fui al partido, a, a este compañero, pues... [suena el teléfono, se interrumpe la grabación] yo pues tenía fama de que era una mujer muy fuerte, de que era una mujer con mucha salud, es decir, daba la sangre cada mes... todo, yo todo lo hacía, ¿no?

CR.- Dabas sangre para los hospitales.

AB.- Para los heridos, sí, sí, sí, estuve más de un año, cerca de dos años dando sangre, todos los meses daba; claro que así estaba yo, pero bueno. Entonces este compañero me

ponía a mí como ejemplo y, y, y siempre decía que yo era... bueno, me conoció desde chica y todas estas cosas. Entonces yo fui, fui a plantearle el problema de mi marido, y me dice: "Bueno, Amparo, ¿por qué quieres hacer esto?" Digo: "Mira, te voy a contar. Vosotros vivís aquí. Cuando en el verano venís a vernos allí al koljós, qué felices somos nosotros de tener los árboles y el lago, y qué bien estamos y qué felices, vosotros lo veis esto y tal. Pero mira, no hacemos más que tropezar, tropezar con vacas y borregos, y de ahí pa'lante nada, y fregar suelos. Si viviéramos aquí tendríamos otro aliciente en la vida. Es que, es que vosotros no os dais cuenta: la vida nosotros la llevamos sin luz, sin agua corriente, sin nada; ¿agua?, al pozo, todo. Y cuando venimos aquí pues tenemos que andar -no sé si eran seis kilómetros- a pie para llegar a un apeadero a tomar el tren. Y claro, Lenin decía que según comía el hombre, pensaba -le dije yo, le digo- y es muy duro". Entonces yo le fui a plantear que quería venirme a México con la familia. El me dijo: "Bueno, mira, es una pena porque tú has sido una mujer tal y cual, pero en fin, si tú te lo arreglas de forma que tu marido no salga para nada, tú eres libre desde este momento. A Eduardo no lo puedes meter en nada -ellos llevaban nombres supuestos-; pero tú... tú no tienes marido. Si tú te lo arreglas así y te vas a la Embajada Americana

-porque teníamos que pasar por Estados Unidos para venir a México, directo no había nada-, yo te dejo en libertad". Dije: "Bueno, tú déjame, pues yo me las arreglaré". Entonces se lo dije a mi marido y mi marido dijo: "Bueno, pues no tengo ningún inconveniente". Entonces él llega un día que ya se despide... ah, yo llega un día que me voy a Moscú y él dice: "Bueno, nos vemos en el hotel Lux -donde vivían todos los españoles- y después nos venimos juntos a casa". Le dije: "Sí". Entonces yo me voy a las milicias, hablan por teléfono al partido, dan permiso para que me dieran a mí el pasaporte para salir de Rusia y me voy a la Embajada Americana por la mañana. Y el cónsul hablaba español y me dice: "Bueno, ¿y usted cómo vino acá?" Le digo: "Pues en un grupo de niños. Mi hija era recién nacida y yo trabajaba en un grupo de niños, y como esos niños se vinieron a Rusia yo me vine con ellos". Dice: "¿Y su esposo?" Le digo: "No, mi esposo lo mataron en el Ebro". "Ah, entonces era viuda". "Sí, soy viuda". Bueno, entonces ya en el pasaporte ya me habían puesto viuda y todo. Entonces dice: "Bueno, pues yo... ¿usted cree que el gobierno ruso la va a dejar salir?" Digo: "Pues yo sí, a mí me han dicho que sí". "Pues si el gobierno la deja salir, yo no tengo inconveniente en darle a usted la visa". Entonces yo le dejé mi pasaporte, me dijo: "Venga a la tarde y ya tendrá us-

ted la visa". Fui a la tarde y recogí la visa. Cuando yo me encontré con mi marido ni se lo creía; y que no, y que no, y que no. "Pues míralo. Todo está aquí, hasta me han dicho qué fecha hay de barco y qué todo..." Y en tonces yo le había escrito ya a mi hermana diciéndole que sí, que, que venía, pero no teníamos dinero para el pasaje, y entonces ella me mandó seiscientos dólares, mi hermana la mayor. Pero después nos enteramos que nosotros, cuando la guerra, se pagaba unas obligatsias que dicen, como un impuesto te ponía el gobierno, de tu sueldo dabas un diez por ciento para ayudar, y eso cuan do el extranjero sale, te lo devuelven. Y entonces, cla- ro, yo tenía mucho dinero mío, y mi marido me dio el su- yo, así es que yo tenía, yo cobré mucho dinero. Sí, pe- rò nosotros eso no lo averiguamos hasta después, cuando ya estaban las cosas muy adelantadas. Bueno, entonces yo tal día tenía que salir, tal día tenía que salir, mi marido se despidió y se fue.

CR.- ¿Tu idea en ese momento cuál era?

AB.- Venir a México y después marcharme a Francia, ahora ve- rás. Y después... él se despidió y se va, y a los dos días tocan a la puerta y aparece mi marido: que se había suspendido el viaje porque había desaparecido toda la documentación del grupo.

CR.- ¿Y eso a qué se debió?

AB.- Según se dijo -no sé si sea cierto, yo esto lo digo por lo que supe, no es que yo lo crea o no lo crea-, que el jefe del grupo parece ser que se había marchado de juerga con una, que no sabe quién era, y le había robado toda la documentación; una espía, porque allí habían montones. En tonces, claro, tuvieron que dejar que ese grupo no saliera, no podía salir. Pero yo ya tenía todo, hasta las tarjetas de racionamiento dada y todo en la policía, porque yo me marchaba a los dos días después. Entonces mi marido dijo: "Bueno, mira, yo estoy seguro que esto se va a arreglar". "Yo tengo que salir porque ya estoy preparada". Entonces íntimamente quedamos los dos: "Tú vete, que si yo no saliera, yo te voy a dar una clave, yo me voy a México contigo. El día que yo te diga en una carta: 'Mándame la dirección de mi madre', quiere decir que me mandes los documentos y yo me voy a México contigo". Bueno, pues yo ya me marché confiada, todo estaba así, arreglado. Bueno, yo me voy. El no vino a despedirse a la estación ni nada porque no podía, ¿no?, no podía porque lo podían seguir y todas estas cosas. Entonces yo salgo ya, desilusionada porque no, no me pareció... yo, si él hubiera salido antes, pues yo hubiera estado más tranquila. Entonces ya salimos, vamos a Odesa, llegamos a Odesa, en Odesa estamos en un hotel, todas estas cosas -yo le dejé a él casi todo el dinero, porque como yo para

qué lo quería, si eran rublos, no los necesitaba. Llego a Odesa, empiezan a haber un boicot de los rusos que no querían descargar un barco americano -y entonces eran amiguísimos, ¿no?-, y a retrasarse el viaje, que estuvimos como seis o siete días allí; el barco tenía que salir el diecinueve y salimos el veintiséis. Entonces ahí me quedé sin dinero, le tuve que poner un telegrama, que me enviara dinero, mientras llega el telegrama... la cuestión es que yo llegué, yo salí y el dinero no había llegado. Bueno, pues el viaje fue fatal, estuvimos desde el veintiséis de, de enero hasta...

CR.- Del 47.

AB.- ... -eh, sí, habíamos entrado en el 47-, hasta creo que fue el nueve o el ocho de marzo, en el mar, un mes y días, con unas tormentas y unas cosas horribles. Estuvimos en Turquía y pasamos, por los Dardanelos, pasamos al Mediterráneo, después cogimos ya el Atlántico.

CR.- ¿Y qué tipo de pasajeros iban en el barco?

AB.- No, era un barco de guerra americano... no de guerra, de de transportar tropa, entonces no había más que un, un camarote. Bueno, entonces el mayordomo del barco era español, y al enterarse que subía una española -porque sólo lo subimos unos señores, de Filadelfia creo que eran... no, de Lituania, de Lituania; un muchacho que era hijo de americano y rusa y se quiso marchar a Estados Unidos, y

un matrimonio con dos chicas, allí-, entonces el español dijo: "No, pues esto es para la española y su hija". Entonces pues ya se dio a conocer, simpatiquísimo, casado con otra española en Estados Unidos y vivía en Estados Unidos. Y nos dieron un camarote precioso, bueno, mira, aquello fue... nosotros nos encontrábamos felices. Entonces dijo: Mira, como ya no es hora de cenar, ya hemos cenado, te voy a traer chocolate y unos croissant". Bueno, mi hija, pobrecilla, estaba feliz, dice: "¡Ay mamá, qué bien, aquí estamos tan bien!" Bueno. Todo de terciopelo rojo, divino, estábamos las dos felices allí. Bueno. Entonces pasa que ya nos acostamos, empieza a moverse el barco, y a la mañana siguiente digo yo: "¡Qué bien, ni nos hemos mareado ni nada, qué barco tan bueno, ni se menea!" Me asomo, salí: helado el mar, a la salida del puerto, ya fuera de puerto, y estaba todo congelado. Los americanos, porque era un barco americano, muy contentos porque cobraban diez dólares diarios por las minas que habían entonces en el mar, acababa de terminarse la guerra. Mientras estuvieran en puerto ellos cobraban su sueldo, pero todo el tiempo que iban fuera de puerto, todo el trayecto, diez dólares diarios de extra, porque estaban expuestos a cualquier mina. Así es que ellos felices. Oye, bajábamos del barco a pasear por el mar. Y todos los días venía el consul...

CR.- ¡A caminar al mar!

AB.- Ahí tengo fotos yo (bueno, ya no, ya las tengo en el baúl).
Caminábamos por encima del hielo. El cónsul venía todos los días, bajaba por unas escaleritas del puerto y se venía caminando hasta el barco nuestro; y como podíamos nos entendíamos: y, y no, pues ya vamos, ya vamos...

QUINTA ENTREVISTA REALIZADA A LA SEÑORA AMPARO BONILLA, EN SU DOMICILIO PARTICULAR DE LA CIUDAD DE MEXICO, POR CONCEPCION RUIZ-FUNES, EL DIA 29 DE SEPTIEMBRE DE 1981. PHO/10/81. DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS CONTEMPORANEOS.

CR.- Amparo, te voy a hacer algunas preguntas concretas de algunos datos, más que nada, que se pierden en todo lo anterior, para ya luego hacer una especie de resumen sobre esta segunda etapa de tu vida. En la última entrevista nos habíamos quedado en que tú ya embarcabas para venirte a México con tu hija y te habías despedido de tu marido. Pero me voy a ir un poco más para atrás. Mira, hay una cosa que empiezas a explicar pero que luego no acabas de explicar porque, tuve yo la culpa, no, no te la volví a preguntar. Tu amiga con la que has pasado toda esta larga temporada tan dura y tan espantosa, se queda en Akjubinsk cuando tú te vas a Moscú. El marido de tu amiga está en Moscú. Entonces tú dices así, de pasadita, que luego serás tú la que le arregle los papeles a tu amiga y no el marido. ¿Cómo fue esto, Amparo?

AB.- Bueno, pues, eh, la amistad que te conté era muy grande, muy agradecida la una a la otra. Entonces yo estaba en casa de una gazaica, como decíamos allí, como de huésped ¿no?, y conocí a una persona que era comandanta de un edificio -comandanta quiere decir la administradora de ese edificio-; y me pidió que le cosiera un vestido, entonces yo le dije que sí. Pero yo sabía que ella tenía mucha

influencia para poder hacer un permiso para que entrara una persona a Moscú diciendo que anteriormente de la guerra había vivido en el edificio que ella regentaba. Entonces se lo pedí. Me puso bastantes inconvenientes, como es natural, pero al final lo conseguí, ese papel. Y ese papel fue el que sirvió para que esta amiga viniera de Crimea, que ya no estaba en Akjubinsk, porque ese colectivo de Akjubinsk se lo llevaron al campo de Crimea, y fue el que sirvió para que viniera la Hilda Muñoz.

CR.- ¿Quién era Hilda... Hilda Muñoz era tu amiga?

AB.- Hilda Muñoz.

CR.- Oye, Amparo, entonces, esto, ¿y el marido por su lado había hecho algún trámite para que su mujer volviera?

AB.- Bueno, siempre, ellos siempre hacían trámites, pero fracasaban siempre porque... y ya sabían que era imposible, era una cosa pues muy, muy... imposible de, de conseguir porque no, no se podía conseguir.

CR.- Entonces tú consigues el pase para, para Hilda.

AB.- Para mi amiga.

CR.- ¿Y Hilda llega contigo a Moscú o...?

AB.- No, bueno, llega a Moscú, pero su esposo y su hijo trabaja... su esposo trabajaba en una casa de niños, en un colectivo de niños que...

CR.- ¿Españoles también?

AB.- ... en Volshovo, sí, en uno de los pueblos que yo había es

tado, que he dicho antes ahí. Y yo fui a verla una vez llegada ella a Volshovo, nos encontramos.

CR.- Pero vuelve gracias a ti, realmente.

AB.- Sí, no, claro, pues sí, eso es cierto.

CR.- Bueno. Otra cosa que te quiero preguntar ahora: sobre la colonia de niños donde tú trabajaste. ¿Este grupo de niños cuándo va a la Unión Soviética, en el 37?

AB.- Pues creo que hay niños del 37, porque éstos son del norte de España y fueron de los primeros que salieron hacia Rusia; creo que salieron tres grupos, y éstos fueron de los primeros.

CR.- De los primeros.

AB.- Sí.

CR.- No sé si te acuerdas que contaste muy bien el, el tipo de vida que llevaban los niños, la organización de la escuela, etcétera, etcétera. Pero hubo una pregunta que yo no te hice: ¿el estado de ánimo de todos estos niños cuál era? ¿se habían adaptado a este tipo de vida o tenían problemas con, con los compañeros o con los maestros o....?

AB.- Mira, la mayoría de ellos se habían adaptado, eso no quiere decir que siempre hubiera alguno rebelde que costó sacarlo adelante, ¿no?, que era el trabajo del educador, que decían ellos, que mi marido era el jefe de estos educadores, ¿no?

CR.- ¿Los educadores eran españoles siempre?

AB.- Sí. Bueno, sí, siempre, pero siempre había uno o dos mexicanos... esto, rusos. Y claro, siempre se fijaban en estos niños que tenían estos problemas. O como había una muchachita que no sé... sé que era Bárcena de apellido, que era de un militante del partido, muy activo, que estaba en Francia, y la madre estaba aquí, que cuando yo llegué la conocí con un chico. Y esa chica, niña entonces, tenía... pues estaba en la época del desarrollo y tenía pues unos problemas muy grandes, sentimentales, la falta de madre, ¿no? Y tuvimos bastantes problemas porque esa niña como que tuviera lagunas, ¿no?, y había veces que desaparecía y llegaba a las tantas de la noche, y salían los compañeros a buscarla por el bosque porque -¡ay!, olvidé el nombre- había desaparecido, había desaparecido, y no encontrábamos a esta criatura. Y pues si no siquiátras, porque entonces no creo que se llamaran así los doctores, la analizaron y siempre pensaron que era la falta del cariño de los padres, que era una criatura que eso lo, lo...

CR.- Lo resintió, claro.

AB.- ... lo resintió mucho. Porque llegó muy chiquita a la Unión Soviética y se desarrolló, aunque había una educadora que la quiso mucho y la madre se la encargó y esa chica siempre veló mucho por ella, pero necesitaba más, necesitaba eso: la madre. Esa criatura era de las que más sufrió.

Pero después de salir yo, supe que lo había superado, que se había ido a la universidad, después fue a China, la envió el partido a China porque era una chica del Komsomol*. Y la madre de aquí, cuando yo llegué hablé con ella, ella se marchó a Francia, después se fue a la Unión Soviética, y en cambio cuando llegó la madre no se entendieron la hija y la madre; después de ella tener tanta ilusión por la madre, no se entendieron.

CR.- ¿Y crees que esto fue, fue lo que sucedió normalmente entre estos chicos y los que recuperaron a sus padres?

AB.- Muchos de estos chicos cuando llegaron a España y recuperaron a sus padres no se entendieron, muchísimos; hubieron muchísimos problemas.

CR.- ¿Y de estos chicos que estuvieron en la colonia contigo, lá mayoría permanecieron en la Unión Soviética?

AB.- No, no, volvieron a España la mayoría. Y aquí hubo uno que no sé si tú lo conociste, un chico muy conocido entre todos nosotros, que se llamaba Antonio Molina, que se casó con, con la sobrina de Rómulo*, con la hija, María del Mar.

CR.- Ah, que se murió este chico.

AB.- Antonio Molina, que murió de la misma enfermedad que mi hijo.

CR.- Claro, sí, sí.

AB.- Ese niño era hijo de unos aviadores.

* Juventud Comunista.

** Rómulo García Salcedo.

CR.- Sí.

AB.- Bueno, pues ese niño no, ese niño no hubo, no hubo problemas.

CR.- Se adaptó aquí el chico.

AB.- Se adaptó allá, porque otra compañera muy amiga mía lo, como lo prohió, porque era malagueño también y ella era malagueña, y era un amor de niño, precioso, encantador, y fue de los primeros niños que llegaron aquí, o el primero o el segundo. Y nos siguió escribiendo: "Camaradas, qué feliz soy, nunca creí que mis padres iban a ser como son..." Bueno, unas cartas divinas sobre sus padres; ése nunca tuvo problemas con sus padres. Pero muchos que llegaron a España, a España, sí tuvieron.

CR.- ¿Y, y todos estos chicos cuándo los mandan a España? Porque en su mayoría serían hijos de militantes del partido, ¿o no?

AB.- Sí, sí, sí, todos, casi todos hijos de partido.

CR.- ¿Y los padres se habían quedado en España, los padres de la mayoría de ellos?

AB.- Sí, sí, la mayoría, la mayoría, la mayoría, todos, casi todos. Muy poquitos fueron a Rusia a encontrar a sus hijos, no, pero muy pocos.

CR.- No, yo pensé que muchos habían salido, no sé, aquí o, en fin, o a Cuba o...

AB.- No, no, no, no. Ellos eran hijos de mineros, de antiguos

militantes que murieron en la lucha o que, o que por desgracia se quedaron en España. Porque creo que aquí sólo habían los Patán, que no sé si conoces...

CR.- Conozco un Patán compañero mío de la facultad, sí.

AB.- ¿Federico?

CR.- Federico.

AB.- Bueno, pues bueno, la hermana de Federico, que es Sonia, casada con Vicente Moreno, Vicente Moreno también es de la URSS, Sonia también vino de allí.

CR.- Sí, porque Federico ya debió nacer aquí porque tiene mi edad.

AB.- Sí, Federico sí. Bueno, pues esta chica también fue allí y los padres vinieron aquí. Pero aquí habría, no sé si... ¿qué te puedo decir?, yo creo que diez o quince familias que tuvieron los hijos allí.

CR.- ¿Y cuántos chicos eran allí más o menos?, más o menos, no igual.

AB.- Mayores éramos mil, pero chicos yo creo que serían otros mil, yo creo.

CR.- Pero en distintas colonias.

AB.- Sí, en distintas colonias.

CR.- ¿En la tuya cuántos habría, doscientos y pico por ejemplo?

AB.- O trescientos.

CR.- O trescientos.

AB.- Sí. Porque habían todos los grupos.

CR.- ¿Y cuándo empiezan a volver a España, cuando termina la guerra?

AB.- Bueno, yo ya había salido.

CR.- Tú ya habías salido.

AB.- Yo ya había venido desde el 47. No, no...

CR.- Mucho después. ¿Ah, entonces es el grupo que vuelve por los cincuentas a España?

AB.- Sí, todos, sí.

CR.- O sea que ya en su mayoría vuelven con carrera y todo.

AB.- Todos, sí. No, todos tienen carrera, todos vuelven con título.

CR.- Claro, entonces la adaptación es mucho más difícil.

AB.- No, no, no, ya los chicos vuelven... después, yo creo que no había muerto aún todavía Stalin cuando los chicos... hubo un cambio en el partido, en el fondo...

CR.- ¿Español?

AB.- ... en el partido español, en el fondo del partido, la dirección, que fue cuando salió Santiago Carrillo y todo esto de, de jefe del partido. Yo no estaba ya allá, ¿no?, pero hubo un movimiento en el partido, y entonces los chicos suben a formar parte de cuadros del partido, ¿no? Ahí, para mi manera, por lo que yo sé, por lo que yo sé, no puedo afirmarlo porque no lo viví, pero por lo que me han contado a mí y me contó mi marido cuando yo me encontré con él, ahí para mí el partido no obró, no obró jus-

tamente porque enfrentó a los muchachos con los compañeros viejos. Y eso fue muy malo, dicen que se pasó muy mal, ¿comprendes? Y fue Claudín uno de ellos, Fernando Claudín. Porque ahí se luchaba por el puesto en el partido, y, y por lo que a mí me han contado unos y otros, comprendo que se hizo mucho daño a los compañeros viejos y a los chicos, ¿comprendes?

CR.- Claro, fue un enfrentamiento.

AB.- Entonces ellos pidieron, creo que aún vivía Stalin, volver a su tierra, y creo que no se les negó, que esperaran y que con el tiempo que iban a volver a su, a su tierra. Y sí, fueron organizando y al final lo, lo consiguieron porque... Pero eso ya fue, ya te digo...

CR.- Cincuenta y tantos.

AB.- ... en el cincuenta y tantos, porque mi madre creo que murió en el 57 y aún no habían empezado a ir.

CR.- En cincuenta y tantos largos, casi ya los sesenta.

AB.- 59 y...

CR.- Claro, porque además fue al mismo tiempo que un grupo de ellos, bastante grande, sale hacia Cuba cuando el triunfo de la Revolución Cubana.

AB.- Cubana, sí. Bueno, pero ahí fueron chicos y fueron grandes también, a Cuba. A Cuba fueron muchos compañeros militantes del partido.

CR.- Claro, pero también va mucho jo... o sea porque ya no eran

niños...

AB.- Sí, jóvenes porque ya no eran...

CR.- ... claro, eran jóvenes.

AB.- Tenían títulos ya.

CR.- Ya eran todos graduados, eran profesionistas.

AB.- No, y en España no los acogieron mal, los acogieron bien.

CR.- Sí, aunque les costó trabajo el, el incorporarse profesionalmente.

AB.- Pero yo creo que, por ejemplo, si no te digo Franco, la gente de arriba se dio cuenta que la gente que venía era gente de valía, ¿no?, que tenía su carrera, y aunque no le reconocieron el título, trabajo les dieron. Porque el hijo de esa amiga mía tan amiga, de Hilda Muñoz, es ingeniero de puentes y caminos: no le reconocieron nunca el título...

CR.- Pero encontró trabajo.

AB.- ... pero en cambio a él lo pusieron de jefe. Y él ha hecho puentes y ha hecho grandes, grandes obras...

CR.- Sí, claro. Dime a España en aquella época si no le convenía acoger profesionistas.

AB.- Y tenían un, un sueldo mucho más bajo que los ingenieros españoles. Pero se metieron, se metieron, y dicen que cuando acababan la obra les daban un sobre por bajo mano con medio millón de pesetas.

CR.- Bueno, y por ejemplo, una pregunta que te voy a hacer: ¿el matrimonio este, Hilda y su marido, vuelven a España?

AB.- Sí, vuelven a España, pero vuelven... ¿qué te digo?, mira, en el año 62 voy yo a España y todavía no están ellos, vuelven como en el 64, 65.

CR.- ¿Con su hijo?

AB.- Con su hijo, casado con una rusa, y una niña.

CR.- Bueno. ¿Y ellos siguen militando en el partido?

AB.- No, hubo problemas, que es cuando vino la descomposición del partido, que se hizo los grupos. Entonces... bueno, ellos siguen militando pero no en el de Santiago.

CR.- En el de Líster.

AB.- Bueno, en el de Líster, puede que sí, porque yo he ido a Barcelona y ahí seguimos la amistad y el cariño siempre.

CR.- ¿Y el chico, el hijo?

AB.- El chico está en Sevilla, muy bien conceptuado.

CR.- ¿Y militando en el partido?

AB.- No sé...

CR.- No sabes.

AB.- ... no, no lo he podido llegar a ver, porque todas las veces que he ido, el chico da la casualidad que no, no está. Pero siempre queremos vernos, algún día, sí, yo estoy segura que sí lo voy a ver, porque él fue quien cuidó de mi hija toda la niñez, ¿no?

CR.- Bueno, vamos... voy a seguir con un poco de preguntas personales sobre esta época para luego ya redondear con una serie de conceptos que quiero que me des.

AB.- Sí, sí, está muy bien.

CR.- Realmente -bueno, creo, eh, por lo que...- este tiempo que pasas en la colonia de niños, trabajando junto con tu marido, es quizá la etapa más larga de tu vida que convives con tu marido, ¿verdad?

AB.- Sí [risa]. Bueno, la primera también estuvimos año y medio, o más.

CR.- ¿En Barcelona?

AB.- No, no, no, en Rusia, cuando llegamos en el 39...

CR.- Ah, cuando llegaste, en el 39,

AB.- ... hasta el 41 se va él a la escuela de cuadros.

CR.- Sí, es verdad. Bueno, entonces estas dos etapas son las más largas...

AB.- Sí, las más largas.

CR.- ... es año y pico cada una o...

AB.- Sí, sí.

CR.- ... quizá esta segunda es más cortita que la primera, ¿verdad?

AB.- Más cortita, sí.

CR.- ¿Cómo fue tu relación matrimonial en estas dos etapas largas?

AB.- Pues yo creo que, que era un matrimonio normal, normal. Yo trabajaba, él trabajaba, pues nos ayudábamos. Yo creo que puede ser que yo llevara más carga que él, pero en fin, nunca, eso nunca yo lo he tomado en cuenta.

CR.- No, yo sé que estas cosas no las tomas nunca en cuenta. Pero si analizas con detalle, ¿por qué crees que llevabas más

carga que él?, porque esto me interesa mucho.

AB.- Porque mira, eh, Rusia es un país, claro, avanzado en todo y la mujer completamente independizada. Entonces el hombre toma parte de todo en la vida: si la mujer lava la ropa, el hombre la tiende; si el niño está en el kinder y la mujer está trabajando, el hombre va por él, lo trae a casa, lo baña, le da de cenar y lo acuesta. Eso en Rusia es la cosa más normal del mundo. Y si... que hay que ir al mercado por la leche, el hombre va. Pero nosotros llegamos con unos hombres que completamente eso, erróneo, que no estaban acostumbrados. Entonces nosotros teníamos que hacer lo nuestro, lo de ellos y todo. El se sentaba a la mesa: la comida. Si había que ir a por la niña, habrá ido dos o tres veces o cuatro; porque a veces, si no iba él, me iba otra compañera por la niña, y claro, pues ya era un poco violento, ¿no?, para él, entonces tenía que ir a por la niña. A todo esto pues le daba dos gritos, porque pasaba esto, pasaba lo otro. Pero bueno, pues así, así llevábamos la vida. Porque a ellos... ¡ah!, pero que un español cuando se casaba con una rusa hacía lo que hacía un ruso, eso sí. Pero los pocos españoles que seguían casados con sus mujeres, pues seguían... era otra vida la nuestra. Y claro, nosotros cargábamos con mucho más, te quiero decir.

CR.- ¿Y en ningún momento, esto, discutisteis esto entre voso-

tros? ¿Nunca se lo planteaste como para decirle "oye, ya está bien"?

AB.- Mira, yo creo que no se lo planteé porque yo no era una mujer bastante madura, era una mujer que había vivido poco, era una chica que mi infancia y mi juventud, parte, la había pasado, eh, en una sociedad y metida en una casa pues más retrasada que avanzada...

CR.- Y cargando con todo ese trabajo.

AB.- Cargando. Entonces pues si esto hubiera sucedido, ¿qué te digo yo?, diez años después o hoy en día, la cosa hubiera cambiado: hubiéramos hablado mucho... porque las conversaciones de mi marido y mías, para mi marido siempre era el partido, las cosas políticas, y seguía enseñándote política y política y de ahí no lo sacabas, ¿no?

CR.- Pero aquí hay una cosa curiosa, perdona que te interrumpa. Tú siempre piensas que un militante de un partido comunista es un hombre con una formación mucho más avanzada que un hombre educado dentro de la iglesia católica, por decirte algo, ¿no? Sin embargo es muy curioso que en muchos partidos, y yo creo que los partidos latinos, porque esto yo lo he vivido en Cuba, nunca ellos se llegan a plantear su militancia política de izquierda hasta esta vida cotidiana.

AB.- Estoy de acuerdo contigo, estoy de acuerdo. Eso sí lo discutí aquel día que te conté yo que el primero de mayo

nos discutimos los dos, que fue la única discusión grande que he tenido yo con mi esposo, porque no... yo creo que lo conté, ¿no?

CR.- Sí, hablaste de esto. Pero repítelo, no importa.

AB.- Pues yo iba a trabajar y en cambio hacía comida para no sé cuántos más compañeros, porque no les gustaba... porque ellos, los españoles estábamos acostumbrados a comer de otra manera. Entonces yo freía huevos fritos con tomate alrededor, entonces eso ellos no se lo sabían hacer, entonces Amparo hacía comida para diez o doce. Y un día, pues primero de mayo, dije: "Pues hoy es mi día libre, entonces esta noche no va a cenar nadie" -les había dado de comer a todos. Y mi marido: "¿Que no vas a dar de comer?", porque él la disciplina y el, ¿qué te digo yo?, el déber era antes que nada. Entonces si yo me había comprometido con los amigos a darles de comer, porque fuera primero de mayo yo no tenía derecho a descansar, yo tenía derecho... yo tenía que darles de cenar. Y dije: "Pues fíjate que esta noche no vais a cenar, el que quiera cenar que se haga la cena". Entonces él se puso violento, entonces yo me puse violenta y las cosas sí, fueron feas. Entonces yo como, pues eso, la inmadurez, la falta, no sé, de valentía, me puse a llorar y me fui a buscar a un compañero que murió hace poco, que era como mi padre, porque era mayor y él siempre me quería muchísimo y que-

ría mucho a la nena, y él comía en este colectivo conmigo. Porque mi marido me faltó un poco al respeto y entonces yo me fui a llorar con Escríis. Y le dije: "¿Te parece, Escríis, lo que me ha hecho Eduardo?" "A ése nadie le ha roto la cara, pero se la voy a romper yo". Entonces me dijo: "Tú aquí, quieta" y se fue a hablar con él. Claro, y le dijo: "Y desde este momento se ha acabado el colectivo; y Amparo que te dé a ti de comer y ya tiene bastante, pero nosotros estamos abusando de esta mujer". Bueno, entonces me llamaron a mí, y mi marido: "¡No, porque tú has ido...!" Digo: "Yo he ido a defenderme con alguien porque contigo no me ha podido defender, porque te has puesto hecho un loco, entonces yo he querido buscar a Escríis". Bueno, entonces pues sí, les di de cenar, di de cenar, pero ahí se acabó el colectivo de comida ya, los mismos compañeros no quisieron nunca más que yo me sacrificara más, ¿comprendes? Era eso, que yo no estaba preparada para plantear las cosas y ellos tampoco. Ellos eran muy comunistas, eran muy libres; ¡ah!, pero la mujer seguía siendo la esclava de ellos, y tenía que estar en las reuniones de partido y tenía que estudiar, eh, el quinto y la historia del partido todas las noches y todas estas cosas.

CR.- ¿Y las mujeres que estabais en estos colectivos no participabais en las reuniones del partido?

AB.- ¡Sí, cómo no!

CR.- Pero no podíais estudiar.

AB.- Teníamos que estudiar por la noche con la Historia del partido, que yo llegaba al tercer capítulo y los mencheviques y los bolcheviques se me caían de las manos, porque me levantaba a las cuatro de la mañana y era la una de la madrugada y yo tenía aquella, aquel libro que odiaba. Y se lo decía a mi marido y mi marido se ponía negro. Porque yo me acuerdo que era una cama pegada a la pared y yo dormía en el rincón, y al ratito de estar leyendo ¡pom!, caía el libro, y mi marido: "¡Ya has soltado la Historia!" Y yo: "Ya no quiero historias de partido ni quiero nada, quiero dormir".

CR.- Claro.

AB.- Entonces venía el problema: "¡No estudias, nunca sabrás nada!" "Yo llego aquí a los mencheviques y a los bolcheviques y no tiro pa'lante, yo eso lo tengo grabado" [risa] y el problema eran los bolcheviques y los mencheviques...

CR.- Pero el problema era la carga de trabajo que llevabas.

AB.- Claro. Porque yo me dormía en el torno y me dormía en todas partes: yo tenía a la niña de cinco meses que se despertaba, y que mi marido no iba al kinder y la recogía a la hora que los demás la recogían, la bañaba y la metía en la cama, no. Yo a las diez y media cuando salía, de la noche, la llevaba a casa, y claro, la ni

ña ya había dormido desde las siete de la noche, ya estaba espabilada, ya no tenía ganas de dormir. Y como era un pasillo largo, lleno de habitaciones, yo no la podía dejar llorar porque los demás estaban durmiendo. Entonces me tenías a mí paseando hasta las dos de la madrugada que la niña cogía el sueño, ¿comprendes? Esos detalles pequeños, claro, se iban haciendo grandes por, por eso, el cansancio que iba encima de mí, ¿no? Porque los rusos no, los rusos cogían al niño, lo llevaban a casa y ahí cuando llegaba la mujer, el niño estaba descansadito durmiendo y el marido esperándola para cenar. Ah, pero el mío no. Y después yo sacaba todas las cacerolas y se las tiraba por el aire, él estaba durmiendo en la cama. Siempre decía: "¡En esta habitación no se puede vivir!" "Pues mira, aguántate". Ya, yo ya estaba de un café que ardía, esa es la verdad. Pero no es que era mi marido, es que eran todos, porque para ellos llevar la botella de leche en la red era de... mal mirado; no, mal mirado no, porque allí todo mundo lo llevaba.

CR.- ¿Y todas las mujeres de, del grupo este del que estabas, reaccionaban igual que tú o había alguna más alebrestada...

AB.- Pues era...

CR.- ... que recuerdes?

AB.- Recuerdo... pues mira, a mí me pasaba más porque, porque

yo llevaba una niña más chiquita, porque la Hilda, eh, él, Aurelio Muñoz, era otro carácter que mi marido, ¿comprendes? Ella había sido una muchacha de servicio y conoció a él, que era un fontanero de estos que vino a arreglar la cocina o no sé qué; él era un trabajador, trabajador lo que se llama, no mi marido que había sido un trabajador señorito al final, ¿comprendes?, con una madre que lo había mimado y le había dado todo, no, el otro era un trabajador de verdad. Y el niño ya tenía seis o siete años, entonces ese niño se dormía y ya no daba que hacer. Claro, yo llegué con una niña de cinco meses. En mi colectivo el problema era ése. Los demás pues... no había más niños, otra niña de siete o ocho años, con los que yo viví íntimamente, ¿comprendes?

CR.- Sí.

AB.- Entonces pues son cosas íntimas, cosas de la vida, de los problemas, que los maridos eran muy comunistas, pero cuando llegaba el momento de defender a la mujer en estos problemas, no, ni el mío ni los demás.

CR.- Sí, claro, no les convenía, ni entraba dentro ni de su educación ni de lo que habían visto.

AB.- No, no, no. Ah, pero tú tenías que ir a las clases de ruso, aprender el ruso, aprender la historia del partido, fregar, lavar la ropa, ir a la, a la fábrica cuando tocaba la sirena, ir a la cola, todo; eso no podía ser.

Entonces yo recuerdo que recién llegados a trabajar a la fábrica -bueno, recién llegados hacía dos o tres meses, que yo ya me subía por las paredes-, llegó un gran cuadro del partido, que era una diputada por Valencia que le llamaban Carmen Manzano. Bueno. Era de Murcia creo... ¡ah, no!, se casó con Montero, que era...

CR.- Que era de Murcia.

AB.- ... que era de Murcia. Y entonces vino ella a ver cómo, mandada por el partido, a ver cómo nos encontrábamos los compañeros de la fábrica de Zielmans. Entonces se encontró conmigo: "¡Hola, Amparo! -porque yo salía una hora antes por darle de mamar a la niña, y claro, ella llegó al colectivo, no había nadie, entonces yo llegué, porque los de la mañana aún estaban en la fábrica y los que trabajaban por la tarde ya se habían ido- qué alegría verte. Bueno, vamos a hablar sobre el partido, sobre la vida vuestra, tal". Yo me destapé y le conté, le dije hasta el día de nacer, dije: "Mira, aquí muy bien en Rusia casada con un ruso, pero casada con un español esto es la muerte, porque mi problema es éste y éste". Me dijo: "¡Amparo, no, tú siempre has sido un cuadro, tú has sido una mujer defensora del partido, tú no puedes hablar así, estos...!" Digo: "No, no, yo no hablo en contra de la Unión Soviética ni mucho menos. Hablo en contra de un compañero español y de los compañeros españoles. Cla

ro que la desgracia nuestra es haber venido a Rusia con un señorito de éstos. Y yo te digo una cosa, Carmen: tú estás sola -porque entonces ella no estaba casada-, pero ya me dirás si algún día -claro, yo no pensaba que nunca se iba a casar porque ya estaba vieja y todo aquello- te casas, tienes un hijo y tienes que ir a la sirena de la fábrica". "¡Ah, compañera!" Me enteré que se había casado, que tenía un hijo y que se la estaban comiendo los piojos, porque estaba desesperada porque no podía acudir a todo y lloraba. Yo decía: "¡Ah, qué bien!"

CR.- ¿Pero cuáles eran los planteamientos de ella, que tú como cuadro militante no podías...?

AB.- No podía protestar de que era agobiante aquella vida que yo llevaba; que yo había alcanzado... que en España había luchado. Digo: "Pues si yo no me niego a luchar. Pero una cosa es luchar [risa] en el frente de batalla y de partido y otra cosa es luchar con un tipo como éste, como muchos". Es que los españoles eran así.

CR.- ¿Y por ejemplo en las reuniones que teníais del partido, en las células del partido ya en la Unión Soviética, todos estos problemas se discutían?

AB.- Mira, se discutían que yo, con mi poco que sé, un día me enfadé con todos y les dije: "Bueno, mira, ¡ya estoy cansada! Vosotros sois unos señoritos, hacéis esto y hacéis lo otro". Bueno, y estaba el de propaganda, que es un mu

chacho que, que estuvo en la cárcel muchos años, que fue de guerrillero, Fábregas, que ya te lo he comentado aquí, que entonces él no estaba casado, y dice: "Bueno, sí, muy habladora, pero todavía no has escrito un artículo para poner en el periódico mural. Y ahora, de castigo por habladora, para esta semana la... ¡aprobado?, ¡aprobado!, Amparo tiene que escribir sobre los kinders" [risa].

CR.- ¿Sobre qué?

AB.- Sobre el kinder de los niños -bueno, allí decíamos la casa cuna-, "va a escribir un artículo". Y aun, aun perdí más, porque aun me tocó escribir el artículo para el periódico mural [risa]. Porque decían que no hacía más que hablar pero no hacía nada del partido, trabajo del partido. Y sí, lo escribí.

CR.- Claro. ¿Pero a qué hora ibas a hacer el trabajo del partido?

AB.- Pero es eso...

CR.- Eso es lo que nunca se discutía, la carga de trabajo que llevaban las mujeres.

AB.- Claro. Ellos, no sé, o se ponían de acuerdo o no llegaban a comprendernos a nosotros, porque no llegaban a comprender el trabajo. Después se casó este Fábregas y la pobre mujer pues no sabía hacer ni un guisado, que me llamaba a mí, después tuvo gemelos...

CR.- ¿Con una española?

AB.- Sí, sí, que aún vive, es íntima amiga mía, ¿no? Y después nos reíamos a morir las dos juntas, ¿no?, porque él venía y decía: "Amparo, ven corriendo que aquella me ha hecho..." Metía el pollo y los fideos juntos a cocer, imagínate lo que [risa] se hacía, ¿no? Pero claro, él después se encontró con sus problemas, porque cuando él planteaba esto era soltero, ¿no?, y la ayudaba. Pero no nos ayudaban, no. Y, y la Manzano ya ves lo que le sucedió, se casó con el Montero este y le sucedió lo mismo.

CR.- ¿Oye, Amparo, y cómo era la relación de tu marido con tu hija...

AB.- Pues mira, la relación...

CR.- ... en estas dos etapas largas?

AB.- ... muy buena. Por aquí tengo una carta de mi hija escrita a mi marido desde aquí, una de las últimas cartas que le escribió. El otro día viendo papeles la encontré y la tengo aquí guardada. Pues mi hija... [interrupción de la grabación].

CR.- Estábamos hablando de la relación del padre y la hija.

AB.- Pues mira, mi marido fue siempre muy disciplinado, eso es cierto, muy exigente para mí, para su hija, para todo. Le admitía... bueno, yo creo que fue un padre como todos, pero era muy disciplinado, muy disciplinado. Yo a veces sí le llamaba la atención porque quería... la niña

era niña, pequeñita, más el último tiempo que ya la nena tenía como cinco o seis añitos, o siete, y quería que fuera perfecta, ¿no?; entonces pues le llamaba la atención: "Bueno...", ¿no? Hasta un día me acuerdo que hubo esta conversación y a mi marido eso le... la muerte le horrorizaba siempre a mi marido, como cobarde, porque los hombres son muy cobardes para esos problemas; y un día en la mesa la nena preguntó: "¿Quién se va a morir antes, mamá, de nosotros tres?" Yo dije: "Pues hija, eso no se puede saber. Pues por viejitos, por los años, pues primero tendría que ir el papá, después la mamá, después tú". Entonces mi marido se enfadó: "¡Eso no se pregunta, eso no se pregunta!", se enfadó con la niña. Yo, claro, le dije: "Bueno, pero no te pongas así tú tampoco, es muy natural que la niña pregunte cosas que ella piense y que son muy naturales, ¿no?" Así es que sí, eran esas cosas... normales, yo creo que fue una relación normal; un poco exigente para todo, porque él era muy exigente, pero bueno, yo... era, era normal. Y ella sí, lo quería mucho, mucho, mucho.

CR.- Claro, lógico. Bueno, cuando ya por fin, eh... o sea tú decides venirte a México cuando a él lo mandan a la escuela de cuadros ¿y tú sigues en la colonia de niños?

AB.- No, no, él ya estaba en la escuela de cuadros, había estado...

CR.- Bueno, sí, él ya estaba pero...

AB.- El ya estaba.

CR.- ... cuando tú decides venirte a México, ¿él seguía todavía en la escuela de cuadros?

AB.- Bueno, si no era en la escuela de cuadros, era en las, en las...

CR.- Tienes razón, cuando deciden que él va al, va...

AB.- Tiene que salir al extranjero.

CR.- ... tiene que salir al extranjero. Eh, ¿por qué en ese momento tomas tú la decisión de venirte a México?

AB.- Bueno, mira, tomo la decisión porque por ejemplo Fábregas había salido ya, entonces hasta que las mujeres podían salir para reunirse con ellos en Francia, siempre pasaban muchos meses, mucho tiempo; había, ¿qué te digo yo?, un tiempo muy largo que nosotros veíamos que las mujeres podían ir a reunirse con, con los compañeros.

CR.- Se reunían en Francia además.

AB.- Se reunían en Francia, y no para siempre sino eventualmente, sin saber hasta cuándo. Entonces pues como mis hermanos me lo habían planteado y en aquel momento me volvió a escribir mi hermana la mayor -que puede ser que aquella carta fue la definitiva de, de todo lo ocurrido, porque es una persona muy autoritaria y siempre quiso tener dominio sobre mí-; y claro, ellas pensaban que yo en Rusia sufría tanto y todas estas cosas, dije-

ron: "La traemos a México". Entonces pues yo, como él me dijo que iba a marcharse, pues entonces dije: "Bueno, pues si tú te vas..." Claro, entonces no pudo negarme él a mí eso, porque él siempre andaba de un lado para otro y ahora se iba a marchar. Claro, fue cuando él me dijo: "Bueno, tú te vas, pero siempre con esa condición...", creo que ya en otro, en otro lado te lo conté.

CR.- Sí, sí, "para reunirnos después y..."

AB.- Entonces mi decisión fue eso, porque nos íbamos a separar por el trabajo de él; entonces yo decido venir a México para después reunirnos en Francia, creyendo que eso podía ser más fácil, ¿no?

CR.- ¿Tú qué familia tenías en México entonces?

AB.- Tenía a mi hermana Josefina y a mi hermana Ana María.

CR.- ¿Tus padres estaban en España todavía?

AB.- En España, sí.

CR.- Cuando tú planteas esto, ¿tú tienes que plantear tu salida en tu célula del partido o al dirigente...?

AB.- Bueno, al representante nuestro del partido, sí.

CR.- ¿Y qué opina el...?

AB.- Uribe pues me dijo que, que, bueno, que él no tenía inconveniente en que yo me fuera, pero que sentía que porque había sido una mujer muy trabajadora y que qué diría la gente que me marchaba, pero que, vamos, que si yo lo podía arreglar por mi cuenta y me daban la visa los Estada

dos Unidos, pues que, que no tenía inconveniente; aunque así, muy a regañadientes, pero vamos, lo consintió, no me dijeron nada. Mi marido me dijo: "Si el partido te da permiso, yo no tengo nada en contra", y el partido me dio, me dio el permiso.

CR.- Sí, esto lo cuentas perfectamente bien. ¿Tú te imaginabas México en aquel entonces, cuando decides venir para acá? ¿O te habían escrito ya tus hermanas bastantes cartas?

AB.- Pues sí. Mi hermana Josefina me había escrito bastantes cartas, pero mi hermana Josefina siempre fue una mujer pesimista y muy, muy cerrada, ¿no?, muy... ¿qué te digo yo?, muy recta en todo. Entonces ella... es decir, no, no escribía que estaban mal ni todas esas cosas, que trabajaba mucho, todo esto. Pero a mí me llamaba mucho la atención eso del sol, de siempre tener sol, pensaba yo que México con tanta luz, con tanto sol; eso, claro, cansados del frío de allá y del clima de allá. Y como lo que más ansiábamos nosotros es ver a la familia, era locura la que teníamos todos, no puedo decir yo particular, ni otro, ni otro; era locura lo que teníamos, necesidad de ver a los nuestros. Los habíamos idealizado de tal forma que, no sé, no veíamos nada en contra de nada, el sacrificio más grande podíamos hacerlo a gusto por estar con la familia, ¿comprendes?

CR.- Ahora, tú tenías la mitad de la familia aquí y la mitad en Valencia todavía.

AB.- Sí, pero en Valencia no pensábamos ir nunca nosotros; mientras estuviera Franco, nosotros nunca pensábamos volver a, a España.

CR.- La familia que tenías en México, estas dos hermanas, ¿económicamente cómo estaban, o sea te ofrecían a ti...?

AB.- No, no, no, no. Yo nunca vine pensando... yo siempre, y mi marido si me dejó venir, siempre pensó que, que yo trabajaría y podría alimentar a la niña y alimentarme yo. No, no, yo nunca pensé vivir a costa de, de la familia.

CR.- O sea que tú sales de la Unión Soviética plenamente consciente de que vas a venir a México a trabajar.

AB.- ¡Ah sí, sí!, a trabajar, a trabajar y a, y a... y llevaba nada más una hija; puede ser que si el niño hubiera vivido, no me hubiera atrevido porque ya era mucho peso, no sé, o igual me hubiera atrevido, quién sabe, ¿no? Pero yo me sentía con fuerzas de poder trabajar para mantener a mi hija y tener mi casa, y pensaba yo que sí, que sí, que lo iba a conseguir.

CR.- ¿Y tú, por ejemplo, en algún momento pensaste que las condi... que, que variarían en México las condiciones para tu hija? O sea aunque tú tuvieras que trabajar igual, por que en definitiva trabajarías igual que habías trabajado en la Unión Soviética, ¿pero pensaste en algún momento en

que quizá las condiciones para tu hija eran diferentes, o no, no...?

AB.- No, no lo pensé nunca. Yo creí que, que la niña seguiría yendo a la escuela, como había ido allí...

CR.- Y la edad también, o sea que...

AB.- Y la edad, era muy pequeña, la nena tenía siete años, cumplió ocho años en Odesa, para salir de allí. Así es que estaba empezando la vida, ¿no?

CR.- Claro. ¿Y la despedida de tu marido cómo fue?

AB.- Bueno, la despedida de mi marido fue muy trágica, muy dolorosa; porque nos despedimos en casa de una amiga muy querida, porque él no podía venir a la estación porque él pues ya estaba fichado, ¿no? Me dijo: "Yo no puedo ir a despedirte a la estación, entonces nos despedimos ahí". Y yo me acuerdo que mi hija besó, abrazó a su papá y se nos metió bajo la estufa de gas que no la podíamos sacar después. Por qué pasó aquello, no sabremos nunca eso. Ella se fue a esconder; lo besó, lo abrazó y se escondió, no sé qué cosa, qué pensaría la niña, yo no sé. Pues sí, fue dolorosa, pensábamos siempre reunirnos en Francia, y si no, reunirnos aquí. Y ahí quedó, porque yo siempre he sido muy entera, muy fuerte para todas estas cosas, y pensé, sí, que... yo siempre pensé que mi marido era mi marido, que nunca lo iba a perder, eso es cierto.

CR.- Claro, pero en aquel entonces no sabías por cuánto tiem-

po ibas a estar separada de él.

AB.- Sí, pero no sé, siempre tuve... aquella confianza que yo tenía puesta en él me hizo ser más, ¿qué te digo yo?, menos dolorosa la despedida.

CR.- Claro. Cuando embarcas, independientemente de que ya nos has contado que estuviste varada allí no sé cuánto tiempo, etcétera, ¿cuál es tu estado de ánimo al dejar la Unión Soviética?

AB.- Pues ya te digo, el tiempo que estuve en Odesa yo ya me había arrep... cuando, a los dos días de estar en Odesa, ya me había arrepentido de haber dado el paso; si hubiera podido volverme a Moscú, me hubiera vuelto.

CR.- En Odesa estabas sola ya con tu hija.

AB.- Sola con mi hija. Pero entonces me entró miedo.

CR.- ¿Miedo por qué, por, por varios factores o por...?

AB.- Varios factores, no sé: yo me arrepentí de haber dejado a mi marido, de separarme de él, no sé... entonces se conoce que vi las cosas más de cerca. Pero entonces yo no me podía arrepentir, tenía que echar pa'lante, porque la documentación ya estaba hecha, habíamos puesto la falsedad de viuda... Volver otra vez para atrás era imposible porque al estar... bueno, el que no ha estado allí no ha visto las cosas cómo son allí de duras, de disciplinadas, de no poder hacer cualquier trastada para poder conseguir algo aunque se ha hecho, ahí se ve alguna mentira para con

seguir algo. Era muy difícil.

CR.- Claro.

AB.- ¿Comprendes? Entonces había que echar pa'lante, ya no había más remedio, ¿no?, entonces pues tuve que echar pa'lante. Y después ya, cuando entré en el barco, encontré una persona española allí que me dio muchos ánimos; claro, él era enemigo de la Unión Soviética, una persona...

CR.- ¿Salía también en el barco él?

AB.- No, él iba de, de, de mayordomo, de jefe allí en el barco, un español. Entonces él no le gustaba la Unión Soviética, ni pensarlo, porque pues era una miseria espantosa. Y claro, esa gente que vivía en Estados Unidos, en Nueva York, no veía más que todo lo negativo de la Unión Soviética; ni se acordaban de la guerra, ni la habían vivido, ni sabían, ni nada. Entonces, claro, me reí. Pero yo ya me encontré con alguien que hablaba español, entonces pues me refugié en él. Se portó muy bien conmigo, porque cuando yo llegué aquí, ya te conté que había, se había terminado la visa de México, entonces no me dejaban bajar del barco...

CR.- No, eso no me lo contaste porque no hemos llegado.

AB.- Bueno, entonces después te lo contaré, que... fue una persona muy atenta conmigo y muy buena gente, un español.

CR.- ¿Y en el momento en que ya... bueno, o sea pasaste por toda esta crisis de arrepentimiento, imposibilidad y...

AB.- Y de nervios, porque me cogió una tos que estuve no sé cuántos días tosiendo sin parar, día y noche, creo que era una cosa nerviosa. Entonces pues era algo que yo tenía dentro.

CR.- Claro, es que ya era... o sea yo, yo esto ya lo llamaría un segundo exilio, pero en definitiva autoexilio, ¿no?, que ese es más difícil todavía de asimilar.

AB.- Sí, sí, porque era uno mismo...

CR.- Claro.

AB.- ... el que se lo buscaba [risa].

CR.- Bueno, yo en cuanto a tu vida personal en esta primera etapa creo que está toda bastante bien cubierta, independientemente de que luego, ya oyendo todo, podamos volver en algún momento. Ahora, yo ya quisiera redondear esto con una serie de conceptos tuyos sobre cosas ya más generales, no personales...

AB.- Perso... eso es.

CR.- ... sino más generales; aunque lo que interesa de estas entrevistas es lo personal, te lo vuelvo a repetir porque tú estás un poco...

AB.- Sí, estoy...

CR.- No...

AB.- ... pienso que, me parece que es hablar mucho de mí, ¿no?

CR.- No, Amparo, porque piensa que lo demás pues se puede encontrar en libros, ¿no?, en cambio las experiencias de

una persona no las encontramos en libros normalmente, salvo que hayan escrito sus memorias, ¿no?, que creo que, en fin, no es tu caso; ya están es... ya quedaron aquí, pero no era antes.

AB.- Ya están escritas [risa].

CR.- Bueno. ¿Cómo evaluarías tú, tú, con tu experiencia, con tu ideología política, con tu formación, la conducta del Partido Comunista Español, en general, en la Unión Soviética?

AB.- Es difícil, ¿no?, porque a lo mejor... pues no sé, pero ¿cómo va a ser, cómo yo...?

CR.- Ah no, esto es clarísimo, tú, Amparo Bonilla.

AB.- Pues yo lo evaluaría un poco de abandono hacia los compañeros de base. ¿Por qué? No, yo no puedo saber los motivos, pero sí lo hubo, sí lo hubo. Yo creo que fue más que arriba había, había ¿cómo te lo explicaré?, un poco de río revuelto entre ellos ya, que luchaban entre ellos por alcanzar la meta que ellos se habían puesto: el Jesús, el Carrillo, el Fernando... -bueno, Jesús ya había salido de allá, porque Jesús fue al principio y se marchó y ya, Jesús Hernández se vino para acá y ese ya salió de allí, a la primera- pero los cuadros más elevados, había una lucha entre ellos y no se daban cuenta que detrás estábamos todos nosotros y que cuando nos alcanzaba algo, nos alcanzaba unas coletadas horribles. Porque yo mismo... no te he contado una cosa muy interesante sobre política,

y te la voy a contar porque sí, es muy interesante. En los momentos esos trágicos que yo he contado que comimos ocho días col agria, allá en Solnichnovorsk, que te digo que estábamos tan lejos de... que fue lo más duro, que fue en la posguerra, o sea ya terminada la guerra, todos pensábamos que se terminó la guerra y íbamos a volver a España, porque iba a venir la democracia y, y los países grandes pues iban a tirar a Franco, Franco no se podía quedar allí. Entonces ya vino aquello de pensar "nos vamos a casa. Ah, muy bien". Esa era nuestra pobre, nuestro pensamiento de las que fregábamos el suelo y todo aquello. Ah, pero un día se presentan los compañeros de alto rango del partido, como Rebolledo... Rebollón, ¡Rebellón! se llamaba, catalán, no me acuerdo quién más del partido, bueno, unos cuantos mandados por el partido a éste. Nos reúnen en una reunión de partido y nos explican que no estuviéramos tan ilusionadas, la cosa no era tan fácil, que, que estábamos todas ya pensando cerrar la maleta y llevarnos los trapos, pero que había que luchar todavía mucho y para luchar había que prepararnos. Entonces nos plantean que la semana próxima, no te puedo decir si fue la semana próxima o, o a los quince días, ellos iban a volver, pero nosotros nos teníamos que saber de memoria el cuarto y el quinto capítulo de la Historia del partido; tal y tal cosa, ahí nos pusieron mar-

cado, nos lo teníamos que estudiar de memoria y nos iban a examinar.

CR.- ¿El partido soviético?

AB.- No, no, no, el partido español, eso era el español, el soviético no tenía... no entraba. Y el que no se la supiera no iba a España, cuando se organizaran las excursiones ya para marcharnos a España. La amenaza era horrible, monstruosa. Porque, claro, yo ahora... verdaderamente, pero en aquellos momentos, Concha, aquello fue horrible. Para nos... nosotras, que verdaderamente no teníamos una preparación alta ni mucho menos y que estábamos con el ansia de saber algo y todo esto, ah no. Pues nos tienen, después de acabar las reuniones del partido soviético... -porque entonces el partido soviético se, se reunía pues noche sí, noche no, nos reuníamos la sobranía para decir siempre lo mismo, porque aquello era monótono, y pesado y pesado, y allí nos tenían que nos quedábamos dormidas en las mesas, ¿no? Pero en fin, había que aguantarlo, lo hacíamos. Ah, entonces coger y estudiarte tú, tenías que saber el artículo tal, el capítulo tal, porque tal día va a venir el Rebellón ese y nos va a examinar, y si no, no nos vamos a España; entonces ya te ponían una ficha negra y ya no, tú ya no ibas a España.

CR.- ¿Todo eso fue antes?

AB.- Antes de venirme yo, pero cuando ya había acabado la gue

rra, empezó ese movimiento. No sé si fue para interesar nos más en la política, o una mala acción, porque para mí hoy en día eso era imperdonable. Hoy en día; entonces no lo vi. Entonces me entró una desesperación a morirme, ¿no?, porque ni alcanzábamos a comprenderlo por nuestra preparación política de base ya, porque aquello ya era mucho más elevado que lo que nosotros sabíamos y nos era muy difícil...

CR.- ¿Nadie preguntó por qué, por qué había que aprenderse...?

AB.- Ah, no, porque había que ir preparado a la lucha en España, porque había que ir preparado; y los que estábamos en Rusia teníamos la obligación de estar preparados para servir, se conoce, de cuadros a la gente que había en España que no había podido estudiar. Entonces pasamos unos días horribles: entre que no teníamos comida, que fue horrible aquellos días de no tener que comer nada, que si había algo era para los chicos y todo esto, encima aquella cosa encima de ti, de miedo, de susto, de que si te ponían aquella marca no [risa] no salías del país, ¿no? Entonces eso fue un detalle horrible. Políticamente para mí fue durísimo, lo más duro que yo he pasado. Porque te acostabas, y el rato que estabas en la cama no dormías, y a veces te ponías a llorar pensando viene a examinarte ese tío y tú, y tú no te lo sabes. Porque a mí no se te quedaba nada en la cabeza, te lo juro, Concha.

CR.- ¿Y qué importancia tenía?

AB.- ¡Y no yo....! ¿Y qué importancia tenía? ¿Nosotros por qué teníamos que aplicar la política de la Unión Soviética, de la historia de la Unión Soviética en España?

CR.- ¿Y ellos nunca jamás se plantearon que lo importante no era el saberte de memoria o no la historia del partido, sino la conducta que tú habías demostrado a lo largo de toda tu militancia?

AB.- No, eso es lo menos... no, no nos lo plantearon así. Nos lo planteaban de una manera que, que eran unos cuadros muy caídos también, como yo les decía, ¿no?, "cuadros sin marco", como yo les llamaba; yo les llamaba "los cuadros sin marco", porque qué... cuadros que te plantean las cosas así, te atemorizan así, era atemorizarnos. Entonces pasamos, eso fue para mí, pues eso, una cosa mal del partido, ¿no? Después había también una cosa por bajomano, que es to dicen que lo pusieron los soviéticos, yo no lo sé, que metían a una española ahí que te vigilara qué hablabas, qué decías, qué...

CR.- Esto ya estando en la colonia de niños, ¿no?

AB.- En la colonia de niños, sí, cuando acabó la guerra o próxima a acabar la guerra, y que sabíamos quién era la persona que estaba dedicada a espiarnos, ¿no? Que yo... que a mí me dicen unos que sí, que eso era muy grande y que eso ha sucedido y que ha sucedido; yo como nunca le di impor-

tancia, porque yo siempre mi conciencia estuvo en que el pueblo ruso luchó más que nadie y defendió más que na die, el pueblo ruso, pues yo no tenía por qué hablar mal de nadie y eso. Tenía hambre pues lo podía decir, o, o comía col lo podía decir, ¿no?, y si la ENKVD o, o quien fuera me castigaba pues, pues lo sentía, ¿no? Así es que yo nunca tuve temor de eso, aunque dicen que sí, que habían mandado vigilar, ¿no?, de cómo hablábamos y todas es tas cosas.

CR.- De cómo hablabais respecto a la actuación de la Unión Soviética.

AB.- Sí, en cuanto a la Unión Soviética, sobre el partido. Y yo después siempre pensé que la evacuación en muchas cosas, aunque aquello era muy grande -íbamos, ¿qué te digo yo?, esparcidos por toda la Unión Soviética los grupos-, el partido, o sea el comité central del partido, no cuidó lo suficientemente de sus miembros, no cuidó. Aunque sería muy pesado, ¿qué te digo yo?, muy difícil poder con trolar, pero como lo que había quedado con las mujeres era lo que no servía para ir al frente, o sea lo peor de cada, entonces nosotros llevábamos la carga de la guerra más la carga de aquella gente, que es lo que yo decía siempre. Aunque me decían: "Te acusamos con Dolores". "A mí me es igual Dolores". Porque la amenaza era que te acusaban con el comité central: "Que me acusen. Yo quiero

hablar con el comité central". Yo nunca tenía miedo para eso, porque yo decía: "Bueno, pero si ese tipo es un tipo indeseable ¿y es el que me va a dirigir a mí?"

CR.- ¿Y, y por qué piensas que ponen a estos tipos para dirigir a todos estos grupos evacuados?

AB.- No es que los ponían, es que eran los únicos hombres que no iban al frente y se quedaban con las mujeres; entonces como eran hombres y casi siempre solteros, solos, o, o... solos, pues claro, eran los que podían mejor hacer, eh, resolver los problemas de que llegar a una estación y encontrar un poco de sopa o un poco de pan, o organizar la salida de aquí o la salida de allá. Pero esa gente, como no era moral sino era amoral, entonces se preocupaba más de su persona que de resolver los problemas que teníamos las mujeres que íbamos con las criaturas. Eso es mi manera de ver al partido, sobre el partido, sobre el central; puede ser que yo esté equivocada y que ellos no pudieran nunca. Pero cuando yo personalmente, que me cogieron que robaba la leña y me, y me llevaron al, al comité central del soviético, me dijo: "Pero bueno, ¿por qué nosotros no sabemos que ustedes están pasando esto?" Entonces quiere decir que quien nos dirigía a nosotros no se preocupaba lo suficiente para ir a pedir por nosotros.

CR.- ¿Y tú todo esto alguna vez lo planteaste al partido español, lo planteaste en el partido?

AB.- No, no, nunca, nunca, nunca nos preguntaron ni nos dejaron... ni mi marido sabe; esto lo oye mi marido y no lo ha sabido nunca, porque ni mi marido cuando me volvió a encontrar supo nunca lo que nosotros habíamos pasado, ni mi familia lo sabe. A mí nunca me han preguntado y yo nunca he dicho nada. Tú me lo has preguntado, contesto, ¿comprendes?

CR.- ¿Y la conducta de estos hombres que iban en estos grupos...? Unos supongo que por viejos no irían al frente, pero no todos eran viejos, ¿no?

AB.- No, no todos eran viejos; porque unos eran del otro lado, que quiere decir pues eran maricas y no podían ir al frente, otro estaba cojo...

CR.- ¿La conducta de ellos era, era en todos la misma, no había ninguno que ayudara un poco más?

AB.- ¡Mujer!, como... resulta que el uno no iba por ladrón, porque había robado en la, en la fábrica; y era un sinvergüenza que era otro cuadro, Nomen, ya se ha muerto, Dios lo tenga en la gloria, era una mala persona, ¿no?, que fue el que me tiró a mí del barco para sentarse él, que yo le había quitado el hambre en mi casa y le había quitado los piojos. ¡Tú cuenta esa gente! Era la que nos dejaron a nosotros, Concha. ¿Qué hacías con esa gente? Entonces eso: pusieron cinco tablas, se hicieron una cama ellos en dos pedazos del tren y a nosotros nos metieron

con el tuberculoso y el cristal roto, a cuarenta bajo cero, con cinco criaturas; el de la Hilda que te digo yo y el de otra que llevaba dos, y dos yo, cinco criaturas con el tuberculoso. Y ellos de una estación cogieron tablas, se pusieron un colchón y durmieron los cuatro que eran del comité. Claro, después me iban a acusar con Dolores porque yo protestaba y removía aquello a ver si se levantaban.

CR.- ¿Ante estos hechos, en algún momento -bueno, has contado uno ahora, cuando te llevaron ante el comité de, de la ciudad aquella rusa- el partido de la Unión Soviética tomó cartas en el asunto?

AB.- Mujer, no sé, yo creo que el partido soviético tendría muchísimo quehacer, ¿no? Entonces cuando ya se enteró, entonces sí, al día siguiente vino, trajo leña, trajo camas, pero éramos nosotros los que teníamos que hacer. Yo no le he echado nunca la culpa a la Unión Soviética de todo lo pasado, éramos nosotros. Porque la Unión Soviética cuando ha podido siempre nos ha dado más, y siempre teníamos más que el pueblo ruso. Entonces no puedes culpar al gobierno ruso ni, ni a la gente rusa, tienes que empezar por culparnos nosotros, los nuestros.

CR.- Claro, claro, indudablemente. ¿Cómo era la relación de todas estas mujeres, porque esto no te lo pregunté, de todas las mujeres que estabais solas, con estos pocos hom-

bres que durante tantos meses iban en vuestro grupo?

AB.- ¡Ah, pues te quiero yo decir! La relación no era mala ni era buena; te quiero decir yo: te enfadabas, pero al cabo al rato, pues mira, te tenía que pasar, y a lo mejor, como yo misma, si me pasaban la maleta de aquí a allá ya se me había olvidado todo, ¿no?, porque así somos. Pero a mí se me perdió todo el equipaje, entero, entero, porque todos se tenían que preocupar de Amparo, pero después dejaron el equipaje de Amparo en la estación, entre todos, y Amparo se quedó sin nada. Pero como llevaba al niño recién nacido y la niña pequeña: "Tú te sientas ahí y ahí te estás, del equipaje me encargo yo. ¡Fulano, el equipaje de Amparo!", tal. Y cuando fui a buscar el equipaje, se había quedado en la estación y, y así. Todo mundo que podía y tenía las dos piernas, las dos manos, se ocupó de lo suyo, y Amparo, que todos iban a atenderla, se le quedó todo, pero en fin. Bueno. Y si no, la una se había liado con uno de los de, de allí, ¿no? Entonces pues muy irregular. Cuando te enfadabas pues les dabas cuatro chillidos y les sacabas a relucir su padre y su madre; pero cuando no, como la tragedia era tan grande, pues mira, seguían manejando las cosas ellos, porque era así la vida.

CR.- Esto que, esto que planteas de que la una se había liado con

el otro y tal, ¿fue muy frecuente?

AB.- Pues yo creo que no, para tanto como pudo ser; yo creo que no. Yo no soy de las que culpe que fue, ¿qué te digo yo?, un escarnio, de que hubo muchos líos ni entre hombres ni mujeres, porque aquello fue muy grande. Y como he sido de las que siempre he dicho: ¿qué sé yo?, no sé. Si aquella se acuesta con un aviador que le trae dos bujankos de pan, como decíamos, dos panes grandes, y un pedazo de mantequilla y al día siguiente se los da a sus hijos, a mí qué. Eso era en lo soviético. Y si entre los españoles aquella se ha querido acostar con él, a mí qué, ¿comprendes? Yo eso nunca lo he juzgado. ¡Ah!, yo he conocido casos... claro que si lo ha hecho un hombre, la cosa está perdonada; ¡ah!, pero que no se le hubiera ocurridó hacer a la mujer, porque cuando lo ha hecho una mujer, entonces ha sido castigada por todo el mundo.

CR.- Eso te iba yo a preguntar...

AB.- Claro, yo he visto.

CR.- ... ese es tu, ese es tu juicio, ¿pero cómo lo juzgaban los demás?

AB.- Ah, bueno. Los hombres, cuando había sido una mujer, pues ya sabes... la palabra de arriba pa'abajo; ¡ah! pero si lo había hecho un hombre, pues "el momento, la vida, la ocasión, ¿qué íbamos a hacer?, si se ofreció", ¿no?, eso era la contestación. Pero como para mí en aquel momento

tal era un hombre como una mujer, si la mujer lo había hecho pues allá ella, era su responsabilidad. Claro, después se quedaba sin el hijo, sin el marido y sin nada, y tirada, porque después el amigo aquel la dejaba en la esquina. Como le pasó a una pobre infeliz, que una noche en la estación se acostó con uno, el marido después de venir la paz y todo eso, se enteró, le quitó el hijo y aquel ya la había dejado hacía tiempo. Pues es lo que te pasa, por eso yo nunca juzgaré. Eso sí, sí discutía con ellas cuando decían: "Porque nuestros pobres maridos...": yo nunca les tuve pena a los hombres de la guerra; los que iban al frente, yo no les tenía pena. ¡Mujer!, les tenía pena pero en ese sentido de decir... éramos más pobres... yo me sentía más, más duro nuestro momento, nuestro trabajo o ¿qué te diré yo?, nuestro caso, nuestro problema que el de ellos. Porque era... nosotros teníamos unos niños delante de nosotros. Ellos tenían al enemigo, y a la hora del rancho les darían el rancho; pero nosotros no teníamos nada y teníamos los niños. Por eso, si aquella se acostaba con un aviador y le daba pan y mantequilla, pues que se acostara, porque qué bien que era valiente para hacerlo y le daba a su hijo pan y mantequilla.

CR.- Oye, ¿y en los distintos grupos por los que estuviste, todas las mujeres eran militantes?

AB.- No, no eran todas, pero la mayoría sí eran; pero no todas, todas no eran. Y eran mejor las que no eran; te quiero decir, se estaba mejor [risa] sin ser militante, claro, porque las militantes teníamos una responsabilidad, ¿comprendes?

CR.- ¿Y al no ser militantes... o sea, al no ser militantes, claro, como todas al final: todas os habéis ido allí porque allí estaba el marido en definitiva; las que estaban allí sin el marido era porque eran militantes.

AB.- Porque eran militantes, claro.

CR.- ¿Pero las que no eran militantes, que estaban allí nada más por el marido -que es el caso corriente de la emigración, la mayoría de las mujeres que vienen aquí no es por su ideología propia, es por seguir al marido-...

AB.- Claro.

CR.- ... ¿cómo reaccionaban ante esta situación tan, tan difícil?

AB.- Pues reaccionaban mal en el sentido de que, claro, no estaban convencidas, no tenían una fe, no tenían, ¿qué te diré yo?, el por qué luchar, no había... ¿pues qué te quiero decir yo?, ellas protestaban más que nosotros en ese sentido, porque nosotros protestar, no protestábamos. Pero habían muchas de ellas que, por ejemplo la Hilda que era

una persona bellísima, una mujer que, que ya te digo, analfabeta completa, pero adoraba a su marido tanto y venía a mi lado... pues luchaba, ¿qué te digo yo?, como una guerrillera cualquiera, ¿no?, eh, en su puesto de que estuvo cuatro años sin probar la leche, porque si cogía una gota de leche era para su hijo, ¿no? Entonces ella tampoco protestó nunca, y no era militante, ¿no? Así es que pues podrían haber de los dos casos, ¿no? Más que protestaban, claro, pero no las podías tampoco... tú las querías, como aquella que te digo yo que entregó la niña que era del aviador, y ésa no era militante, ésa protestaba por todo, ¿no? Yo la reñía, yo le hacía ver las cosas, pero no había forma, se quería matar porque era mucho más cómodo morirse [risa] que seguir adelante.

CR.- ¿Cuál era la actitud de todos vosotros, o la relación de todos vosotros con el pueblo soviético, con los rusos?

AB.- Bueno, era muy buena porque muchos españoles se casaron con rusas. Pero las rusas entre sí, oye, se peleaban más que nosotros, fíjate. Yo creo que pasaba esto: la rusa al casarse con un español tenía más posibilidades de tener cosas que la que no se había casado con español, o sea la que era rusa y no era española.

CR.- ¿Por qué?

AB.- Porque los españoles teníamos más privilegios. Entonces estas rusas ya se sentían muy... [risa] no sé, mucho más, y

miraban a las otras despectivamente, a sus mismas compañeras del pueblo, ¿no? Yo eso lo he notado. Y a veces se tiraban los pelos ellas y se discutían y se insultaban, las rusas entre las rusas. Y decías: "Bueno, ¿por qué? ¿siempre se tiene que estar la araña peleando con la araña?" Y siempre. Porque si habían peleas, fíjate que las españolas no se peleaban tanto como las rusas. Pero casi siempre era porque las rusas sí flaqueaban más con los hombres que las mujeres, que las españolas. O sea ellas, si tenían ocasión de acostarse, sí lo hacían, cosa que a nosotros no nos importaba, ¿no?, aunque alguna se metiera, española, pero eso no nos importaba. Y yo creo que ellas se peleaban por conseguir la presa, ¿me comprendes?, por conseguir el aviador o por eso. Porque si después averiguabas que la baya se había ido anoche con no sé quién y había peleado con otra, yo tengo manía que era más eso.

CR.- Bueno, la presa y todo lo que llevaba la presa con ella.

AB.- Claro, la presa... te digo la presa porque después venía lo demás. Yo nunca las critiqué ni mucho menos, ni me importó. Después cuando llegaron y se encontraron con los maridos, los maridos las dejaron; bueno, la mayoría de españoles las dejaron, ¿no?, porque todo se sabe. O sea, cuando...

CR.- O sea estas rusas ya estaban en vuestros colectivos y evacuaban...

AB.- Y evacuaban con nosotros en los trenes.

CR.- Porque ya estaban casadas con españoles.

AB.- Sí, ellas ya pertenecían a nuestro colectivo y recibían todo lo que nosotros recibíamos, igual. Y muchas traían a las madres y a las hermanas, como aquí, ¿no?, toda la familia detrás, porque sabían que pegados a nosotros te nían más privilegios.

CR.- Bueno, y esto de tener más privilegios vosotros en un mo mento tan duro para el pueblo ruso, ¿no os, no os ocasio naba agresiones u odio?

AB.- No, por eso... mi admiración por el pueblo ruso siempre ha sido esa, y yo lucho siempre y defenderé siempre al pueblo ruso por eso, porque siempre nos defendió. Por lo menos yo no tuve ningún problema nunca, quitado de una rusa que te conté que me dejó en el diván, porque la verdad es la verdad, pero nunca.

CR.- Pero en general. ¿Ni en la calle, ni en el mercado, ni...?

AB.- Ni en la calle, al contrario. Yo he estado en una cola que no sabía ni qué se daba en aquella cola, y daban chiribikas, chiribikas". "¿Y qué son chiribikas?", quién sa be: eran lentejas. Y cuando abrieron el almacén yo estaba dos cuadras atrás, ¿no? Pues dijeron: "No, ¡ay, pobre española, pobre española!", y ya, yo con mi barriga y mi hija adelante, ¿no? -aún no había venido la guerra, ¿no?, o eran los primeros días de guerra. Ellas siempre

te respetaban. Y yo he visto cuando lo de Stalingrado, llegar a Moscú, ahí ochenta mil hombres prisioneros alemanes, los jefes con los caballos blancos, los generales derrotados, eh, eh, descalzos, bueno, aquello fue horrible...

CR.- ¿En dónde fue esto?

AB.- En... cuando la lucha de Stalingrado, que cercaron...

CR.- Sí.

AB.- ... esos que cercaron los llevaron después, los pasearon por Moscú para que el pueblo los viera. Entonces la radio estuvo diciendo horas y horas: "ni insultarlos, ni faltarlos, son nuestros prisioneros pero hay que respetarlos". Si tú oías alguna palabra, era "hijo de tal por cual", en español; nunca oí una... los vi tres veces y nunca oí una palabra en ruso. Y mujeres que venían de estar toda la noche en la cola del pan, acercársele y darle el pedazo de pan a aquel prisionero. ¿Eso quién lo hace, Concha? Eso lo he visto yo con mis ojos. Y decir: "Quién sabe mi hijo lo que estará pasando". Oye, eso, eso es de admirar te por encima de todo. Y a nosotros, ya te digo, nunca en la... yo a mí, quitado de aquella vez, nunca he tenido un problema. Al contrario: de cogerme a mi hijo, bñármelo, como te conté, y, y a... y después llegar mi hija y darnos de comer el pedazo de pan repartido entre todos.

¿Entonces qué? ¡Ah, el vorotila*, eh, el Stalin!, yo de eso

* Cabecilla.

no lo sé, esos yo no sé lo que hacían o lo que dejaban de hacer -te, te quiero decir los de arriba, el gobierno. Pero lo que es el pueblo, que hemos vivido con él, que hemos luchado, porque ha sido una lucha también, a, a manera de nuestro vivir, no.

CR.- Bueno. En la última entrevista, que recuerdas que fue muy rápida, esto, hablaste de que estabais todos reunidos cuando llegó la victoria en mayo del 45, etcétera, etcétera. Yo quiero que me cuentes cómo fue la reacción de todo tu colectivo ante...

AB.- Pues mira...

CR.- ... ante la victoria.

AB.- ... nos acostamos... porque yo me acuerdo que fui a Moscú a recoger unas botitas de mi hija, y estaba en el zapatero y salieron unos a la calle gritando: "¡Se acabó la guerra, se acabó la guerra!" Y yo llegué a casa toda entusiasmada, pero yo no veía mucho entusiasmo. Y llegué a mi casa y le dije a mi marido, al colectivo: "Fíjate que se acabó la guerra". Y me riñó, dijo: "¡Cómo, esas cosas no se dicen hasta que no lo diga el gobierno, no lo diga la radio!" y tal. Y a mí me supo muy mal que me riñera porque yo venía con toda la ilusión. Pero... para mí ya se había acabado la guerra, pero no lo habían dado todavía oficialmente, algunos residuos quedaban o algo, ¿no? Y sí, fue una madrugada. La que estaba de guardia del

pabellón de los chicos y todo eso estaba oyendo la radio toda la noche, hasta que dijeron a las dos de la mañana; entonces fue tocando todas las puertas, y claro, pues salimos todos emocionadísimos, pues grande. Mira, aquello nunca se volverá a ver en la vida, verdaderamente, porque allí te abrazabas con todo Dios: no lo conocías, llorabas a su cuello; ibas por la calle, era igual; ibas en el tren llorando... Porque yo me fui con dos amigas, con Carmen y con Mercedes, otra amiga que ya murió, a Moscú. Mi marido no fue porque se tuvo que quedar de jefe, y a mí me dieron permiso y yo me largué; yo trabajaba en la cocina, pero aquel día me dieron permiso y me largué. Y nos fuimos a Moscú y de locura, la locura más grande que... bueno, ¿qué te digo?, yo no sé, no, no he conocido nunca nada igual. Porque nos metimos en la Plaza Roja, pero... nos metieron y nos sacaron y nos volvieron a meter, y dijimos: "Ahora morimos". Y nos separamos los unos de los otros, nos perdimos y todo eso. Y fue una emoción... eso, el pueblo ruso se desbordó por todos lados. Pero eso, un, una unión de todos unidos, de amor y de alegría. Unos lloraban porque habían perdido a los familiares, otros porque ya había venido la paz y, y era lo más grande.

CR.- Bueno, y una vez pasada esta emoción general, que os volvéis a reunir en vuestro colectivo y supongo que tenéis reunión de partido, etcétera, etcétera, ¿al ver termina-

da la guerra, cuál es la expectativa vuestra?

AB.- Nosotros volver a España, ya te dije, y pensar que, que aquello se iba a solucionar rápido, ¿no?, muy inocentemente, muy ignorantemente; aunque faltaba aparte de Japón y todo eso, pero nosotros de eso casi ya ni... bueno, sí nos enteramos, porque nos enteramos de las bombas y todo esto, pero pensábamos... no sé, yo me parece que estaba más lejos la otra parte de Europa que estamos ahora más lejos de Europa, ¿no? Como estábamos tan metidos allí dentro y la guerra era la nuestra, hazte de cuenta que a nosotros Italia y Francia y todo eso no, era nosotros con los alemanes, la lucha, ¿no? Entonces pues esperar que, que se iba a solucionar aquello.

CR.- Bueno, entonces de hecho pasan... o sea cuando tú sales de la Unión Soviética, han pasado ya dos años desde que terminó la guerra.

AB.- Después de... pero fue cuando yo te estoy contando que después mi marido se lo llevaron a la escuela de cuadros por segunda vez y empezaron el, la presión del partido a que estudiáramos, a que nos preparáramos, a todo esto.

CR.- Y la... cuando el partido plantea todo esto, que hay que estudiar, que hay que prepararse porque se va a volver a España, ¿se piensa que se va a volver en la clandestinidad, o se piensa que se va a volver ya a España liberada?

AB.- Liberada, porque a Franco le iban a quitar, cómo iba a quedar Franco; esa idea era la que teníamos. No, la clan destinidad para las mujeres y todo eso, no nos podríamos ir. Creíamos que iba... Franco iba a caer, esa ilusión era la nuestra. ¡Imagínate!

CR.- ¿Y en el 47 pensabais todavía que Franco iba a caer?

AB.- Pues ya empezamos... bueno, yo me vine aquí a principios del 47, ¿comprendes?, yo me vine en enero del 47 y ya la cosa aquí ya no la vi yo tan, tan clara; ya aquí fue... el desengaño fue horrible al llegar aquí. Yo al segundo día de estar aquí ya me quería volver a Rusia, por todo: por el partido, lo vi completamente peor que allá, y la gente, y la familia, imposible. La familia era completamente... nosotros la habíamos idealizado; habíamos seguido en la lúcha, habíamos luchado, y la familia aquí ya no había luchado. Entonces la familia se había aburguesado, había cambiado de idea... seguía con la idea de la guerra de España, te quiero decir, pero sectariamente. O sea que yo tuve la gran discusión, te he contado, con mi hermana Josefina sobre el Pacto de Alemania con Rusia, que eso no lo pudo digerir mi hermana y tuvimos una seria, una seria, muy seria discusión. Yo dije: "Nunca más en la vida volvemos a discutir de política". Porque, claro, aquí la gente no podía asimilar que se hubiera hecho un pacto de Rusia con Alemania.

CR.- ¿Y allí cómo lo entendisteis vosotros?

AB.- Allí sí que lo entendimos, claro; si no, hubiéramos desaparecido el primer día nosotros allí. Si no se hace el pacto, antes que meterse en Francia se meten con nosotros, y claro, nos hubieran comido. Y claro, es eso, es que es taban aquí y no sabían las cosas. Ellos veían la, la Unión Soviética como nosotros la habíamos visto desde España, que cuando la... ¿cómo, cómo se llama la revista aquella de...?, La Unión Soviética en construcción, ¿comprendes?, y era muy diferente. Eso no lo podían asimilar ellos; mi hermana no, mi hermana no perdonó al partido nunca, y dejó de militar y no quiso saber nunca más. Lo discutimos, yo le expliqué. Ella no, que no, que no que ría saber nada; como era muy sectaria, pues claro.

CR.- Sí, eso, eso aquí resquebrajó totalmente al partido, claro.

AB.- Sí, sí, y aparte gente, había dentro del partido gente, en la dirección, inmoral, ¿comprendes?

CR.- ¿Aquí?

AB.- Claro. Porque a mí este Arconada, es un hombre inmoral. Entonces si tú llegas y te encuentras con esas inmoralidades en la dirección... a mí no me dejaron volver a entrar al partido. Después me llamaron y dijeron: "Es que ahora es el momento". "¿Por qué voy a entrar cuando a vo sotros os dé la gana, por qué?" "Porque tú te has venido

de la Unión Soviética". "Estoy de acuerdo, pero entonces tenéis obligación de escribir a la Unión Soviética y decir: '¿qué comportamiento... Amparo por qué está en la, en México? Y si os dicen: 'no'... pero ellos no os van a decir eso". ¡Ah, pero no!, no, porque... Y yo discutí con uno del... eso, que ya había ido a la Unión Soviética, Gonzalo Patán, que me dijo que yo no tenía vergüenza de haberme venido de la Unión Soviética. Digo: "Pues fíjate, yo estuve ocho años. ¿Tú por qué no fuiste a la Unión Soviética?, porque ya habías estado en el 34. Ahora como yo ya he estado ocho años, ahora te vas tú y estás ocho años más". Entonces eso fue la caída de Amparo: "¿Pero, pero por qué tienes que ser así?" Sí, y después me hicieron escribir en el periódico de Mujeres y todo, y yo siempre escribí.

CR.- ¿Aquí?

AB.- Aquí. Sobre las casas cunas, dos o tres veces escribí unos artículos. Entonces... y mi marido, fíjate, si le hicieron daño a él cuando él pidió venir aquí, el partido de allá, el Fernando Claudín y todo, que llamaron a mi marido a decirle que yo estaba escribiendo aquí artículos vendida a los Estados Unidos contra la Unión Soviética. Yo le dije: "Eduardo, pero..." Dice: "Sí, Amparo. Una vez me llamó el partido y me dijo esto. Yo les dije que no y ellos me dijeron que sí". Le dije: "Pues qué lastima no haberme traído los artículos para que los leyeras".

Así es que el partido aquí me puso la zancadilla. Y una vez que vino Santiago Alvarez, que dice que se quería casar conmigo y todo aquel follón, me dijo: "Tú vas a entrar al partido y vas a entrar esta noche". Le digo: "No voy a entrar al partido, fíjate". "No, y te vas a casar conmigo". Le digo: "¿Yo cuándo, si yo no quiero? Déjame tranquila a mí y no voy a ir". Yo trabajaba con las Mujeres y sobre todo con las Mujeres, y cuando me ha invitado el partido yo he ido. Y ya digo, a mí nunca nadie me podrá decir ni que yo he hablado en contra de la Unión Soviética, nunca nadie en la vida, porque yo no tengo nada contra la Unión Soviética. ¡Ah!, contra muchos compañeros sí, pero son compañeros del partido. Y si hay alguien que me diga: "Esto no es cierto", "A ver demuéstramelo, si tú has estado allí; pero si tú no has estado allí, por qué... qué sabes tú de las cosas". Porque yo he leído cantidad de libros que han escrito y han puesto una de mentiras horribles. Mentiras de decir que Dolores había mandado a su marido a un campo de concentración para que se muriera. Y en aquel tiempo el marido de Dolores vivía en la habitación de al lado de mí y me tenía a mi hijo al brazo.

CR.- ¿Cuándo fue eso?

AB.- Pues mira, cuando llegamos a Akjubinsk, eh, en el año 40, 42 o así; y un tal Miralles creo que le llaman, cubano o

no sé qué, que era embajador de Cuba en Rusia, escribió ese libro.

CR.- Bueno, sí, se ha escrito tanta mentira.

AB.- ¿Comprendes? Pero claro, ellos nunca piensan que puede alguna persona leer esas cosas de aquellos tiempos que la vivieron, ¿no? Entonces pues yo llegué aquí y... Y no, y todos esos libros de Jesús y de Castro, todos son rencores entre ellos, y que sacan unas suciedades, unas cosas...

CR.- Totalmente personalistas, totalmente.

AB.- Todo, igual como el, el de Manolo Tagüña, ¿lo has leído?

CR.- Sí...

AB.- Sí, sí, ahí está.

CR.- ... el Testimonio de dos guerras.

AB.- ... de dos guerras: "Yo, yo, yo, mi familia, mi mujer tuvo que tejer". "¿Tu mujer tuvo que tejer? ¿Y las demás?"
¿Por qué yo tengo que plantear mi problema personal, si éramos millones de gentes? Aparte ellos, ellos vivían mejor que nadie; si eran de la Academia Frunze y tenían todo.
Y a mí me dijo un día Carmen: "Pero como tú nunca te defiendes, te defiendo yo". Digo: "Yo no te he pedido que me defiendas, ¿por qué me vas a defender, te he pedido ayuda yo a ti para que me defiendas y me pongas así?"
Y Julita, ¿conoces a Julia, Julita Navarro, Rodríguez Mata?, ésa vino y les dijo a mis hermanas que yo estaba fregando el suelo, tirada en los suelos fregando la co-

cina. ¡Imagínate mis hermanas cuando yo llegué! Digo: "Bueno, ¿y qué? ¿qué era yo sola? ¿Me tocó fregar el suelo?, lo fregué y se acabó?" Y yo le dije a Julita: "Bueno, ¿no se te ocurrió decir otra cosa?" ¡Ah no!, vino echando pestes. Pero es eso, la cosa personal de la... "¿Por qué yo?" Ella será porque a su cuñado no lo sacaron. Anda, ¿pues no se quedó gente en Francia y se murió? Bueno, pues... es como si digo yo: "Mi hijo se murió". Sí, mi hijo se murió: bueno, se tenía que morir. "Sí, los motivos son éstos, creemos", pero se murieron muchos hijos de muchos militantes y de muchos rusos y de muchísima gente. Es que lo peor que hay es siempre plantear tu problema primero que, que el de los demás.

CR.- Pero así somos los humanos, y yo creo que los hispanos mucho más, ¿no?

AB.- Sí, los hispanos somos muy chichos, como yo digo, somos nosotros.

CR.- Bueno, Amparo, yo sobre conceptos así, generales, creo que has sido muy clara y que ha quedado todo muy bien. ¿Quieres que hablemos de la travesía, ya de tu venida a México, o quieres que lo dejemos aquí?

AB.- ¿Qué hora es, a ver?, a ti que te venga bien y todo.

CR.- Dos menos veinticinco.

AB.- Pues ya.

CR.- Si quieres lo dejamos aquí, y ya el próximo día llegamos a México y hablamos de México.

SEXTA ENTREVISTA REALIZADA A LA SEÑORA AMPARO BONILLA, EN SU DOMICILIO PARTICULAR, POR CONCEPCION RUIZ FUNES, EL DÍA 1º DE OCTUBRE DE 1981. PHO/10/81. DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS CONTEMPORANEOS.

CR.- Bueno, Amparo, quedamos en que ya hoy íbamos a empezar con tu salida de la Unión Soviética. Nos habíamos quedado ya en... ya cuando tú llegas a Odesa con tu hija para tomar el barco rumbo, rumbo a México. Eh, creo que, no en la entrevista pasada sino en la anterior, contabas que una vez que te habías subido al barco, el barco se tuvo que quedar en Odesa unos días por el tiempo, ¿no? ¿Cuánto tiempo permaneciste allí?

AB.- Yo creo que fueron de tres a cuatro días.

CR.- De tres a cuatro días.

AB.- De tres a cuatro días, porque se heló el mar y no podíamos salir de ahí.

CR.- Bueno, entonces, eh, después de esto ¿el barco zarpa?

AB.- Bueno, mandan un rompehielos y salimos al mar. Todo iba muy bien; llegamos a Turquía y pasamos el estrecho de los Dardanelos, todo muy bonito, todo muy bien. Pero íbamos a ir a España, entonces yo pensaba que, que... íbamos también a anclar en Valencia, según me dijeron, entonces yo pensaba que iba a comunicarme por lo menos por teléfono con mi familia, porque yo tenía miedo de bajar porque estaba Franco, ¿no? Y entonces este muchacho español me decía: "Tú no te preocupes, mientras estés bajo

la bandera americana no te puede pasar nada. ¿Tú te acuerdas del teléfono?" "Yo sí". "Bueno, pues yo desde Valencia, desde el puerto, llamo a tu familia a decirles que vengan a verte". ¡Ay!, una emoción aquello que me volvía loca. Pero después resultó que ya no fuimos a por aceitunas que teníamos que ir a Valencia y pasamos el estrecho. Y al pasar, cuando entramos en el Atlántico, ya fue horrible, ya fue... es que era una, la temporada mala, porque en enero es cuando está peor el mar, ¿no?, y subimos el 26 de enero y bajamos el 10 o el 8 de marzo.

CR.- O sea un mes y pico.

AB.- Un mes y pico.

CR.- ¡Qué horror!

AB.- Estuvimos pero muy mal, muy mal. Estuvimos atadas a las camas... bueno, ¡a las camas!, a los catres aquellos, sin darnos de comer, unas manzanas que nos daban, los, los camareros venían y hazte de cuenta que nos lo ponían en la boca, porque es que no podíamos; ir al baño, nos tenían que agarrar y llevar y traer, porque era horrible aquello. Porque, claro, el barco tampoco era bueno, era uno de los barcos donde llevaban a las tropas en la guerra.

CR.- Sí.

AB.- Y, claro, sólo había un camarote que sí, cuando salí de Odesa sí me pusieron en ese camarote, pero al llegar a

Turquía subió un embajador o no sé qué, un cónsul, iba a Estados Unidos y me pusieron ya en la sala general.

CR.- ¿Entonces qué era, como un, como un camarote general?

AB.- General, sí, donde iban los soldados, con unos catres.

CR.- ¿Y todavía este, este viaje... trasladaba tropa el barco todavía, o no, o era de carga?

AB.- No, no, yo creo que no, que había sido de carga y nos metieron ahí; nos hicieron pagar como grandes... trescientos dólares, entonces, a cada una.

CR.- ¿Y cómo... eso te iba yo a preguntar ahora, esto, pudiste pagar el viaje de lo que, vaya, de...?

AB.- No, eh, mi hermana Ana María, mi hermana la mayor, me mandó seiscientos dólares.

CR.- ¿Desde México?

AB.- Desde México, sí. A mí me mandó ella dinero y entonces pues con eso pagué yo el viaje.

CR.- ¿Y tú llevabas dinero encima en la travesía?

AB.- Muy poquito, porque después de pagar los boletos a mí me quedó muy poco. Pero llegué a Nueva... ya cuando llegamos a Boston... bueno, a mí... Bueno, pasamos toda esta odisea de, del barco, que fue muy fea, muy fea, porque el mismo capitán nos decía que él nunca, en tantos años que llevaba de navegar, no había tenido una cosa tan fea. Pero como nosotros ignorábamos todo lo que sucedía, cuando veíamos un globo negro nos asomábamos por el agujero aquel

y decíamos: "¡Ah, un globo negro!", no teníamos idea. Porque íbamos doce mujeres, cada una hija de su papá y de su mamá y de su tierra: de Lituania, de Turquía, pues de Iribán o Irán o algo así, una gitana que venía por allá, mi hija y yo; no sé cuántas éramos, pero ninguna hablábamos el idioma de la otra.

CR.- ¿Y qué eran, emigrantes o qué?

AB.- Pues las de Lituania y Estonia ésas salían de Rusia, por que pasaron a Rusia y entonces... porque el esposo de esa señora de Lituania era americano y entonces se pudieron repatriar. Otro chico, bueno, ése iba aparte, también el padre había sido americano. La de Turquía era una chica que era pediatra pero iba a estudiar no sé qué doctorado a Estados Unidos. Y la otra que yo recuerdo era una gitana muy elegante, elegantísima, que subió unos baúles de historia ¿no?, con un sombrero de fieltro verde que cada vez que la mirábamos nos quedábamos locas, que se iba a casar con un primo o no sé qué que tenía en Estados Unidos, que trataba con licores. Tú imagínate, ahora nos da mucha risa, pero en aquellos tiempos que nadie hablaba el idioma de la otra. Porque las lituanas hablaban un poco de ruso y eran las que más nos entendíamos; pero con la turca... hablaba un poco de inglés, pero turco... pero ¡ah!, yo me entendía muy bien con la pediatra, la doctora aquella, y nos hicimos muy amigas. La

gitana era la que no hablaba con nadie porque yo creo que no sabía más que su idioma la pobre. Y, y ya te digo, las maletas las teníamos bajo de los catres aquellos, y eso era gracioso porque resulta que las maletas de todas corrían por todas partes ¿no?, hacían ¡rrrr, rrrr!, de un lado al otro, de los baños a, a las camas, ¿no?; pero los baúles de la gitana no se movían por nada del mundo, siempre decíamos: "¿Qué llevará ésta ahí?" Cuando un día empiezan a moverse y dijimos: "Ahora sí nos hundimos". Y nos asomamos y vemos que allí había un globo negro y todos corrían por el, por la cubierta, todos los marinos y el comisario, todos corrían, dijimos: "¿Por qué...?" Digo: "¡Uh!, ya se fundieron los cables, fíjate que no, ya no hay luz, marchóse la luz", todas muy contentas y... la ignorancia, ¿no? Y al cabo del rato viene el comisario con este chico español, diciéndonos pues que habíamos estado en un tris de hundirnos: se había fundido no sé qué caldera, íbamos a la deriva, que el globo ese era para pedir socorro; ¡y nosotros estábamos tan felices porque en el palo central estaba el globo negro puesto [risa]. Así que te digo que la ignorancia. Pero te digo, sin comer ni nada. A mi hija le hacían unos ponches de, de huevos con leche y se lo daban como mamila, pero la criatura estaba extenuada.

CR.- Seguía postrada todo el tiempo.

AB.- Postrada completamente. Era la única niña que iba, ¿no? Pero los mayores nada, nada. Los primeros días no, los primeros días íbamos al comedor, comíamos opíparamente nosotros, imagínate. Y venía un matrimonio, este de Lituania que llevaba las dos niñas, que el hombre era el americano, bueno, que le daba por comer sardinas en lata y todos los días tenía que comer, cenar sardinas en lata. Y resulta que tenía la presión altísima y también era diabético o algo: se puso a morir; empezó a hincharse, a ponerse negro, y mira, ya. Pero llegamos a Palermo, porque fuimos a Sicilia, llegamos a Palermo y allí ya los estaban esperando una ambulancia. Y como no había modo de que aquel hombre supiera hablar, yo con el medio valenciano que sabía pues entendía un poco el italiano, entonces allí me fui yo de intérprete con ellos, con el matrimonio, al hospital.

CR.- ¿Y tu hija? La dejaste en el barco.

AB.- No, mi hija la dejé en el barco, claro. No, subió el comisario del puerto y se me la llevó con los bambinos. Nos recibieron muy bien y... bajamos después; porque allí, pero allí era recién acabada la guerra, todavía estaban los barcos hundidos y todo. Y a este señor lo dejaron internado con la esposa allí, y me las encargaron a mí a las chicas para que las entregara en Boston a una hermana de ellas que había, casada con un americano, ¿com-

prendes?

CR.- ¿Y las chicas qué edad tenían?

AB.- No, las chicas tenían catorce o quince años, pero de mentalidad nula, ¿sabes?

CR.- Además no hablabais el mismo idioma tampoco.

AB.- No, pero hablaban ruso.

CR.- Claro.

AB.- Y después cuando llegamos a, a Boston... bueno, la travesía, ya te digo, fue bastante dificultosa porque sufrimos bastante, y ya llegamos a Boston como llegó Colón a México ¿no?, o a América: "Ya no me vuelvo a subir en ningún barco". Y después resulta que cuando yo presento mis documentos, se me había pasado la visa de entrada en Méxi-co y entonces no podía bajar del barco.

CR.- Bueno, eso te iba a preguntar.

AB.- Sí.

CR.- Tú el otro día me entregaste el, el, el, digamos como un documento de identidad que te dan los americanos en la Unión Soviética...

AB.- Con la visa.

CR.- ... con la visa de tránsito...

AB.- De tránsito, sí.

CR.- ... para Estados Unidos. ¿Qué otros papeles llevabas contigo?

AB.- Bueno, un pasaporte que me dieron los rusos, que la Emba-

jada Mexicana me legalizó, ¿no?

CR.- Ya, un pasaporte.

AB.- Sí, y cuando llegué aquí me lo quitaron para darme el FM2, ¿comprendes? Pero ese pasaporte había caducado ya, la entrada en México.

CR.- ¿Por qué, por todo el tiempo que se alargó el viaje?

AB.- Porque... era una compañera española, no sé si, Clara Sancha, no sé si tú la conoces, que era la mujer de Alberto, el pintor ese tan nombrado en Rusia*, sí; y entonces ella me dijo: "Bueno, con un mes tienes bastante tiempo, Amparo". Y como tardamos...

CR.- ¿Pero ella por qué te lo dio, porque ella trabajaba en la Embajada de México?

AB.- Porque ella trabajaba en la Embajada de México, sí. Entonces éramos muy amigas y me dijo: "Bueno, con un mes tienes de tiempo sobrante". Y yo pues como no entendía de aquello pues pensé que sí; después resultó que no, que entonces ya no me dejaban bajar en Estados Unidos porque yo no me, no tenía... o sea tenía visa de Estados Unidos pero de tránsito porque tenía que salir, y si no podía salir porque México no me admitía, entonces no me dejaban bajar. Entonces pidieron que había que poner una fianza, ¿no?, de no sé cuántos cientos de dólares en el banco.

CR.- ¿Pero tú mientras tanto dónde te, dónde estabas, en el

* Probablemente se refiere a Alberto Sánchez.

barco?

AB.- En el barco, eso fue ahí como cuatro o seis horas, el problema mío estaba muy serio, los demás pudieron bajar. Yo entregué a las chicas, a las hermanas estas; que allí había una traducción, porque claro, ellos me explicaban en inglés y yo no comprendía lo que me decían. Entonces la chica esa lo entendía en inglés, se los traducía en ruso a las hermanas y las hermanas me lo traducían a mí en ruso; entonces yo se lo traducía al ruso y aquella al inglés a los americanos. Entonces pidieron...

CR.- Perdona, ¿cuál era la idea, cómo, cómo era tu viaje? O sea, en barco hasta...

AB.- Hasta Nueva York.

CR.- ... Nueva York.

AB.- Bueno, hasta Boston que desembarcamos.

CR.- Sí. ¿Y luego cómo te tenías que venir a México, en tren?

AB.- Eh, en autobús, en autobús.

CR.- Ya. Entonces llegaste a Boston...

AB.- A Boston, y fue el problema mío muy grande. Entonces ellos pidieron: "No, si no hay aquí una fianza no podemos bajarla. Entonces pues claro, yo pedí que se comunicaran con México, por lo menos con la Embajada de México que era la culpable. Pero mientras se comunicaban, mientras la Embajada de México ponía un telegrama aquí para

que alargaran la visa y todas estas cosas, yo necesitaba una fianza, y entonces este muchacho español se comprometió él a poner la fianza.

CR.- ¿Ah, te la puso él?

AB.- Sí. El dijo: "Yo me comprometo en este momento, firmo acá y luego, ahora luego a Nueva York y deposito en el banco la fianza que ustedes piden por la señora". Se portó muy bien conmigo, ¿no?

CR.- ¿Y la fianza era por cuánto tiempo, en tanto México te daba la...?

AB.- Pues debe ser, yo ya no recuerdo. Como no comprendía bien, yo lloraba, y él me decía: "No llores, Amparo, que yo te lo soluciono" [risa]. Porque yo estaba en un mar de lágrimas, yo decía: "Bueno, ¿qué hago?" Y entonces pues sí depositaron. Pero allí te vigilaban horriblemente entonces... bueno, ¡entonces!, yo creo que en Estados Unidos siempre te vigilan.

CR.- Pero imagínate, además viniendo de la Unión Soviética.

AB.- ¡Huy!, allí me hicieron muchas trastadas, muchas.

CR.- Bueno, y entonces bajaste en Boston...

AB.- En Boston.

CR.- ... por fin pudiste bajar.

AB.- Sí, vinieron a recogerme de la Embajada Mexicana, a mí, un señor, y me depositó en un hotel y yo de allí no podía salir.

CR.- ¿Y quién pagaba el hotel?

AB.- Eh... ¡ah!, todo fue culpa de, de la compañía naviera, era responsable.

CR.- Por no haberte...

AB.- Por no haber llegado al tiempo que debía.

CR.- Claro.

AB.- Porque era cosa de la compañía naviera. Entonces, eh, entre ellos estaba; eh, la compañía era la que tenía que pagar todo...

CR.- Se hizo cargo.

AB.- ... se hizo cargo de todo. Pero me dijeron que allí no me podía yo salir, no podía salir del hotel...

CR.- Del hotel.

AB.- ... del hotel y que dentro de un ratito vendría... porque este chico se iba a Nueva York, porque allí tenía la familia y a depositar, y entonces, bueno, se despidió: "Yo voy a recibirte, a mí me van a avisar a Nueva York". Bueno. Entonces estuvimos un día o día y medio en Boston, y "ahora van a ir a cenar" o "van a ir a comer": nada, allí no aparecía nadie. Entonces mi hija, el tiempo que estuve en el barco con los americanos, aprendió muchísimo inglés -yo no sé cómo los niños tienen esa facilidad de aprender. Bueno, y entonces nos fui... al final, pues como no venía nadie, abrimos la puerta del cuarto y nos salimos, nos fuimos a la calle; contábamos las cuadras para atrás y para ade-

lante para no perdernos, y fuimos a cenar. Al día siguiente apareció el de la Embajada Mexicana, me dice: "¿Ustedes ayer cenaron?" Le digo: "Cenamos porque nos escapamos". "¡Cómo!" "Pues sí, aquí no vino..." "¿Cómo que no vino nadie?" Bueno, protestó el señor, nos llevó a comer y tal. Y al final ya arreglaron las cosas y nos mandaron para Nueva York. Entonces en Nueva York estaba esperándome este señor del barco, se llamaba Reynoso, Eugenio Reynoso; me estaba esperando la Carnés... ¿tú conocías a Carnés?

CR.- No.

AB.- Un chico catalán.

CR.- ¿Carner?

AB.- Carner, Carner. Pues la hermana de él, que estaba trabajando en la ONU o en algo así, Mercedes, que era una chica muy agradable y muy... Entonces estuve con ella, y yo estaba en... ella, mis hermanas le mandaron una foto mía para que... porque era muy amiga de Fina Ballester y del marido de Fina, entonces esta persona también vino a esperarme. Pero también vino la CIA a esperarme, allí todos me esperaban.

CR.- En Nueva York.

AB.- En Nueva York. Y ahí me dieron un papelito para que se lo entregara al revisor del tren, entonces aquél también me vigilaba, todos me vigilaban. Y cuando llegué allí yo nomás oía: "¡Amparo Bonilla, Amparo Bonilla!" Bueno.

Entonces vi a Reynoso y "¡ah!" Y después mis hermanas ya me habían dicho que esta chica vendría por mí y también la vi a ella. Después se presentó otra señora, muy estirada -la CIA, ¿no? -: "La señora fulana de tal, tal". Y dijo: "Este, señora..."; y la otra: "no, yo me la llevo porque ya tengo hotel para ella". Entonces me metieron en el Lincoln y allí me quedé.

CR.- ¿Y todo esto lo seguía pagando la compañía naviera?

AB.- La compañía, la compañía naviera. Entonces yo estuve... entonces yo no tenía dinero -ya se me había acabado los dólares en todos estos jaleos, y me compré ropa, bueno, feliz yo-, entonces me dice María... esta Mercedes: "Mira, vamos a poner un telegrama que te manden más dólares, y por lo menos, ya que estás aquí, que veas más cosas". Bueno, sí me mandaron, no sé si sesenta dólares más o algo así y me quedé unos días más. Y fuimos al teatro, Mercedes y yo... ¡Ah!, y después resultó que, claro, era la terminación de la guerra y en Estados Unidos había mucho ruso blanco, de, de la Revolución, y aquellos estaban locos por saber, oír hablar ruso y qué pasaba en Rusia. Entonces tuve tres reuniones yo allí.

CR.- Con aquel, con los rusos aquellos.

AB.- Con los rusos blancos. Y me metían, me metían en unos sitios. Pero esta misma Mercedes me decía: "No, pues tú habla con ellos". Y ella ya había hablado primero

conmigo, entonces tenía confianza de lo que yo iba a decir, ¿no? Y ellos me preguntaban: "Bueno, pues sabemos que allí el gobierno no deja sacar a sus hijos, ¿cómo usted ha podido sacar a su hija?" Bueno, yo les echaba cada mitin, con unas ganas que pa'qué... Entonces ya todos se miraban, se reían y pensaban: Pues ya no es tan malo como pensábamos todo, ¿no? Porque entonces, claro, los rusos habían ganado la guerra y entonces ya eran ellos rusos; hasta entonces no habían sido rusos, ¿no? Y, y, bueno, pues pasé aquellos días allí y ya me metí en un autobús de aquellos, desde Nueva York. Llego a la frontera de Laredo...

CR.- Pero supuestamente ya te habían arreglado tu entrada a México.

AB.- Sí, mi entrada de México. Pero el follón fue en Laredo. Y en Laredo llegamos para cruzar la frontera a las dos de la mañana, entonces Migración estaba cerrada. Y cuando ya estábamos todos, yo cambiado los poquitos dólares que me quedaban por pesos, y todo, cuando ya íbamos a pasar... ah no, pasamos ya a México: "No, pues la señora no puede porque Migración está cerrada y aquí no hay documentos": para atrás. Y yo había hecho amistad con un muchacho de esos que van, haz de cuenta bracero, pero un poco más así, que quería mucho a la nena, que como no sabíamos bien inglés, todo el camino desde Nueva York has-

ta la frontera él nos acompañaba, en los baños públicos pues nos decía cómo, en los restaurantes. Bueno, pues aquel muchacho se tuvo que ir, entonces yo le di una notita diciéndole: "Bueno, si llegas a México, pregunta por Antonio Ballester en la terminal y di que yo me he tenido que quedar por esto". Porque claro, mi familia estaría esperándome el día que yo les había dicho que llegaba.

CR.- ¿Y dónde te quedaste, en otro hotel?

AB.- No, ahora verás dónde me quedé. Entonces en el mismo autobús, que cruza la frontera pero ese autobús vuelve otra vez para atrás -que vaya diferencia de los autobuses de Estados Unidos a los de aquí-...

CR.- Y aquí tomabas ya uno mexicano.

AB.- Bueno, pero yo, a mí me volvieron en el americano otra vez a la terminal de Estados Unidos. Bueno. Entonces llegó allí a las tres de la mañana, sin dinero, sin hotel, sin nada, con una criatura de ocho años. Y yo me senté en un banco allí, casi me puse a llorar, y se me acerca un, un bolero de estos, mexicano, y: "¿Ora, pos qué le pasa señora?", vaya, con el dejo aquel que yo casi no entendí. "Pues no se preocupe, tome ahí -no sé cuántos centavos- para un café para la niña". Bueno. Dice: "Ahora yo la voy a llevar a dormir a casa de una amiga que le va a coger los pesos que usted lleva, que es mexicana". Bue

no, pues cogemos las maletitas, hala, para casa de la amiga. Bueno, yo llego allí, veo una casa que es un jardín en el centro y habitaciones así, todo afuera. Entonces hablo con ella y me dice: "Pues mire, aquí tiene una habitación, una cama de matrimonio grande, usted ahí tranquila. Pero eso sí, le aviso: por más que toquen en la puerta, usted no abra". Bueno. Entonces yo lo que quería era una cama para mi hija y para mí y nos metemos ahí. ¡Una pachanga toda la noche!, y tocar y romper y cantar y mariachis, que yo no conocía todo aquello. Bueno, a la mañana siguiente yo me levanto, me arreglo, porque me habían dicho en Migración de México: "Usted mañana venga, que ya estará abierto Migración, le arreglamos los papeles". Entonces agarro, chica, salgo de allí, le digo: "Bueno, mire, me voy a arreglar los papeles, ahora vengo, aquí dejo las maletas". Entonces me voy, paso el puente... yo todo lo sabía: eché los centavitos, pasé el puente, me fui a Migración. No me encontraban, me habían puesto "viuda"; bueno, total, al final salí y me lo arreglaron todo. Entonces yo me volví a por las maletas, ¡ah, qué hiciste muchacha!: me coge la policía de Estados Unidos. "Porque ¿usted de dónde viene?" "Pues yo de México". "Pero a ver su... ¡de Rusia!" Me meten en una habitación, me tienen dos horas allí la policía investigando...

CR.- ¿Y tu hija?

AB.- Mi hija conmigo, llorando la pobre: "¿Y qué nos van a hacer, mamá, y qué nos van a hacer?" Mira, nos hicieron sufrir como tú no te... Porque yo decía: "Pero si yo he hecho esto". "¿Pero usted no podía cruzar la frontera! ¿con quién habló en México?" Pues yo eso no lo había conocido nunca, ¿no? Y: "Pues, pues yo hablé con un señor". "¿Pero cómo era ese señor?" "Pues yo qué sé, no sé, me parece que era mexicano y él me dijo que...", me trajeron un traductor allí y tal: dos horas encerrada.

CR.- Interrogándote.

AB.- Interrogando, pero con una interrogación de aquellas, impertinente: "¿Su esposo?" "No, mi esposo murió en España, yo soy viuda". Y haciéndome jurar ante la Biblia y todo aquello, y la niña que jurara también que, que era verdad lo que estaba diciendo su mamá -la niña con un espanto que se moría la pobrecilla, porque la policía vestía de policía, ¿no? ¡Horrible! Hasta que por fin se dieron cuenta que era una pobre mujer que andaba con una criatura por el mundo. Entonces fui, recogí las maletas, entonces me di cuenta que era una casa de cintas donde había pasado yo la noche: ya no me importó.

CR.- ¿Y por qué caería la policía allí a buscarte, porque alguien...?

AB.- No, es que al pasar el puente, tú cuando vas a Estados

Unidos tienes que presentar tu pasaporte para entrar en Estados Unidos. Claro, yo presenté el mío, entonces ellos dijeron: "¿Este qué pasaporte es?" Claro, les llamó la atención. Y entonces: "¿De dónde venía?" "De Rusia"...

CR.- Porque tú todavía ibas con tu pasaporte ruso, claro.

AB.- Claro. Pero y, y: "De Rusia". "¿Rusia? ¡Pero cómo es esto!" y tal y cual. Entonces se armó una barulla que mira, vino de todo, patrullas, toda la policía nos rodeó, nos agarró y nos llevó a un cuarto cerrado. Primeramente nos encerraron en ese cuarto y se marcharon.

CR.- Tú no sabías ni por qué, claro.

AB.- Nada, ni por qué ni nada; mis maletas en la casa aquella, y mi hija y yo... y mi hija llorando, decía: "Mamá, ¿ya no saldremos más de aquí? ¿y qué nos va a suceder, mamá?" Claro, tenía ocho años, imagínate que tu Mariana la metan y... todo esto. Bueno, la cuestión es que ya salimos. Entonces ya, nos metieron en un autobús, ya cruzamos aquí, a Laredo -que era horrible Laredo* y la gente; pedimos ir al baño y tú no te puedes imaginar esto lo que era. Y ya, subimos en el... Pero se comportaron conmigo los mexicanos horribilmente.

CR.- Los mexicanos, ya en Laredo.

AB.- Sí, desde que subimos al camión, porque era gente muy grosera los braceros, o sea gente muy baja completamente, y era cuando después de la guerra pasaban allí a comprar cosas de contrabando y se las traían aquí. Entonces to-

* Nuevo Laredo, México.

da esa gente es gente corriente completamente y, y mal educada. Y claro, una mujer como yo no sabía nada de México: "¿Y usted ya ha probado el caldo de oso?" "Ah, pues no sé". Todos riéndose de mí, burlándose de mí, una cosa deprimente, triste como.....

CR.- Y días ahí metida en el autobús.

AB.- Cuatro días creo que fuimos, desde la frontera hasta acá. Tú imagínate, dormíamos en el camión y yo no llevaba más que un sarape: la dejaba a la nena en los dos asientos y la tapaba, y yo me iba al rincón que podía pues allí, como estaba. Eso sí, yo en Monterrey... después estaba cuando la fiebre aftosa, nos vacunaron, a la nena la polio, le dieron sulfas, que no podía tomar nada, pobre criatura; porque un chico tomó un refresco y se intoxicó con las sulfas y el refresco. Lo pasé muy mal, muy mal. Y yo dejé a mi nena durmiendo y, y se la llevé el camión a cargar gasolina, dice: "Ahora vengo mientras ustedes cenan". Pero yo, ignorante... -hoy en día me muero, ¿no?- pues bueno, al rato llegó... pero mi hija era tan buena gente, verdaderamente especial, que al rato llega, cogidita de la mano del, del chofer: "Ya estamos aquí". Ella se despertó en el camión al ir a la gasolinera y él le dijo: "No, ahora vamos a cargar gasolina y ahora vamos a por los demás", y ella ni llorar ni nada. ¿Tú te imaginas eso?

CR.- Bueno, estaba habituada la pobre.

AB.- Habituada a todo. Y bueno, pues así hicimos el viaje hasta que llegamos aquí. Pero cuando dijeron -yo iba en los asientos de adelante-: "Ya estamos en México", pues yo pensaba que ya estábamos en México, que ya íbamos a bajar en la terminal. Entonces agarro mi maletita de mano, a mi hija, el abrigo y todo y me pongo en la orilla ya para bajar: todos muertos de risa, porque estábamos en los Indios Verdes. Y claro, de los Indios Verdes hasta Transportes del Norte, aquí en Ramón Guzmán, imagínate lo que faltaba. Pero claro, yo qué sabía para que ellos se rieran de aquella forma, ¿no? Unos señores muy groseros.

CR.- Entonces tu primera impresión de México fue...

AB.- ¡No...! Después pasó que, no sé si íbamos por Chihuahua o Coahuila, yo no sé por dónde veníamos porque eran unos nombres que, claro, yo nunca los había oído, vino la policía, patrullas de policía, paró el camión, tiraron todas las valijas al suelo y las mías fueron las que abrieron. Mi hija llorando, mis zapatos por el aire, el saco por el aire: que buscaban un contrabando. Y venían dos muchachas que resultó que se las quedaron allí; las mías las cerraron y después cogieron las maletas de ellas y a ellas. Pero claro, mi pobre hija se asustaba y yo también me asustaba y decía: "Bueno, ¿pues yo por qué?, si no llevo

nada -yo pensaba-, yo no sé, yo he comprado un vestidito para mí, otro vestidito para la nena". Es que yo no sabía nada ni de contrabando ni de nada, todo eso yo ni lo había oído en la vida.

CR.- Desconocías...

AB.- Yo venía de un sitio que esas cosas no, no sé, no existían, ¿no? Entonces pues tú, pura, virgen, como aquel que dice, y aquí venía ya a esto, ¿no? Y ya se llevaron a aquellas mujeres y nosotros ya llegamos aquí, ya llegamos con la familia.

CR.- ¿Y cuando llegaste a la estación, la familia ya te estaba esperando o no?

AB.- Sí, sí, estaba toda.

CR.- Tu habías avisado.

AB.- Sí, porque el muchacho este ya les había dicho: "Llega mañana en tal..." y ellos estuvieron comunicándose, cuándo llegaba... No, a los dos días o tres vine yo, porque fue muy largo y muy mal camino, sin dormir; bueno, la nena dormía, pero yo hazte de cuenta que no dormía ¿no? Y sí, ya me estaban esperando todos.

CR.- Y cuando entras a México por la frontera ¿te, te recogen tu pasaporte soviético o no?

AB.- No, no, a mí no...

CR.- Tú sigues hasta en la ciudad con tu pasaporte.

AB.- Sí, con el pasaporte que yo traje de allí. En Goberna-

ción fue cuando me recogieron ése y me dieron unos papeles que yo tuve que ir renovando y todas estas cosas, ¿no?, eso fue. Y ya llegué aquí y pues ya me incorporé a la familia, me fui a vivir con mi hermana Josefina y Tomás. Y la nena, pues como tenía la edad de mis otros sobrinos de mi hermana, pues congenió muy bien con todos; la niña no sufrió un golpe así... no, porque ella era una criatura que... Lo único es que al principio la metió, mi hermana Josefina ya la había matriculado en una escuela que ahora no recuerdo, pero que ella no... popof, de éstas, no, no le dio.

CR.- No se adaptó.

AB.- La pobre no, no se adaptó. No me acuerdo, estaba en Baja California esa escuela, y la nena no le gustó: "Ay, mamá, ño me gustan las niñas esas, son muy tontas". Y después Salvadores me consiguió una beca para el Vives y ya la nena cambió completamente, ya en el Vives fue otra, ya es tuvo feliz.

CR.- Bueno, entonces tú ya llegas a la ciudad de México a principios del 47, ¿verdad?

AB.- Sí, en marzo del 47.

CR.- En marzo del 47.

AB.- Pues creo que llegué el 16 de marzo, por ahí.

CR.- Y aparte de esta horrible impresión de todo el viaje...

AB.- Sí, fue desagradable.

CR.- ... hasta que llegas a la ciudad de México, ¿cuando llegas a la ciudad ya, de México, cuál es tu impresión? ¿sigue siendo...?

AB.- Pues a mí mi impresión fue los autobuses muy sucios... Pero ya veníamos con esa impresión desde Nueva York, porque Nueva York lo vimos sucísimo, sucísimo. Mi, mi pobre hija: "Ay, mamá, vámonos de aquí, qué sucio está". Laredo estaba más limpio la parte americana; la parte mexicana horrible, ¿no?, horrible. Y México estaba sucio, y a nosotros sí, a mí me deprimió un poco México. Lo único que me animó fue el clima, el clima era lo que nos tenía pues asombradas y felices, ¿no? Y yo creo, pues no sé, que era fuerte yo y dije... pero de todas maneras, yo a los dos días de llegar a México me quería volver a Rusia, eso sí. Me faltaba mi marido, me faltaba mi ambiente, me faltaban mis amigos y, no sé, y con la familia no, no congenié.

CR.- Bueno, entonces tú llegas y, y te vas a vivir con tu hermana Josefina.

AB.- Josefina.

CR.- ¿Y cuáles son tus expectativas en ese momento, o sea qué piensas, ponerte a trabajar...?

AB.- Bueno, pues yo... era que ella se iba a mudar de casa, cerca de donde trabajaba su esposo, y entonces esa casa que era muy económica me la iba a dejar a mí.

CR.- ¿En dónde estaba esta casa?

AB.- En la calle de Tehuantepec, casi esquina California y al Centro Médico, ahí. Entonces pues yo vi que era una renta muy baja, eran noventa pesos de renta. Entonces ella me dijo: "Yo te voy a dejar la máquina, te voy a dejar la estufa de gas, te voy a dejar un catre, te voy a dejar una mesa..." "Pues muy bien". "... Y una silla". Yo ya me sentía la reina del mundo con aquello. Y yo ya empecé, estando mi hermana allí, ya empecé a coser a una vecina, que unos camisones, que un vestidito. Y entonces yo no me desanimé porque pensé que sí podría yo salir adelante, ¿no?, pensé: "Cosiendo, toda mujer sale adelante". No, desanimarme yo no... me desanimé más... la familia.

CR.- ¿Cómo fue tu encuentro con la familia?

AB.- Pues de primer momento pues la gran emoción, todo, pero después encontré aburguesada a la familia. O sea nosotros seguíamos siendo la gente luchadora, la, la que pensábamos todavía pues eso, en la guerra, en el partido, en... políticamente. Y cuando llegué aquí pues verdaderamente no, aunque estaba el partido...

CR.- Claro, ellos ya llevaban siete años aquí.

AB.- ... aunque estaba el partido y todo, pero era otra clase de vida, otra clase. Aparte unos problemas, no sé, muy diferentes a los nuestros. Nosotros... los problemas nues-

tros eran de sobrevivir ante, ante los problemas que teníamos en la guerra. Y aquí eran problemas de vecindad, problemas que para nosotros eran nuevos y que, o sea que no tenían importancia, ¿no?, que eso nosotros no, no eran problemas, o sea no nos los habíamos encontrado porque teníamos otros mucho más grandes, ¿comprendes? Entonces la familia estaba... estaba unida y estaba desunida, porque...

CR.- ¿Tú aquí qué tenías, tus dos hermanas...?

AB.- Tenía mi hermana esta, Josefina, y mi hermana Ana María que vivía con los Ballester, con los Renau. Ya se fueron a vivir, Finita y su marido y mi hermana Ana María con su marido, en una casa sola. Mi cuñado pues ya estaba haciendo obras de, de Santa Rosa, que estaba haciendo Santa Rosa, la iglesia. Pero no, no había una unión. Manolita tiene un carácter muy fuerte.

CR.- Manolita Ballester.

AB.- Y Ana María también.

CR.- Tu hermana.

AB.- Sí. Y entonces surgieron ahí problemas muy feos que yo sentí mucho; presencié, lloré mucho... entonces yo pues sufrí mucho. Y yo decía: "Bueno, esto yo nunca lo esperaba. Yo vivía en otro mundo, no sé, ¿no?; entonces yo me he ilusionado en balde".

CR.- Y claro, esa ilusión que tú comentabas el otro día que

era de, de volver a la familia, de ver a la familia, se te vino abajo.

AB.- Se me vino abajo, completamente; yo me pasaba las noches llorando.

CR.- ¿Y tu hija?

AB.- Pues mi hija no, porque los primos la adoraban. No habían... eran dos chicos, y el Jorge este que yo te digo era simpatiquísimo, era dos años más peque... era de la misma edad que mi niño que había muerto; entonces él con la nena hacía muy buenas migas. El mayor no, el mayor era más seriote y hasta le tenía celos, si quieres, a mi hija, porque estos dos se reían y cantaban el Charrasqueado, que es... ¡Y eran felices los dos!, siempre reían. Patinaban; Ana ya sabía patinar, Ana María, entonces les enseñaba a los otros, mi hermana le compraba patines, le compraba de todo. Porque eso sí, se comportaron muy bien, la querían muchísimo, le compraron de todo a la nena, porque no estaba más que Ana Obdulia, la nena de Josefina, que era muy pequeñita. Entonces ella pues sí, era muy buena niña, muy cariñosa y eso, y se los ganó, yo lo veía. Y siempre venía del colegio: "Me voy a casa de la tía Ana María" -estaba a diez o doce cuadras y ella se marchaba solita hasta la casa de su tía. Entonces la nena, sufrir, no; nada más cuando veía a los papás de los otros, decía: "Ay mamá, yo quisiera que el papá estuviera aquí,

¿verdad? ¿Por qué yo no tengo mi papá aquí?" Entonces yo, eso también me hacía sufrir a mí, porque era por mí, porque la niña entonces pues no, no había dado su opinión para que yo me viniera, ¿no? Pero bueno, así empezamos a vivir. Entonces mi hermana ya encontró casa, se fue y me dejó a mí así. Y entonces ya llegó agosto o septiembre y llegó mi hermano Manolo, de España...

CR.- De Valencia.

AB.- ... de España. Entonces primero vivió dos o tres días con mi hermana Ana María, y después mi hermana le dijo: "Pues yo creo que lo mejor es que te vayas a vivir con Amparo y os ayudáis mutuamente". Eso sí, las pasamos negras, los dos juntitos.

CR.- Económicamente, claro.

AB.- Económicamente. Porque él se puso a vender libros por las calles, chuzos de permanente, todo, todo, todo, todo lo que había que hacer.

CR.- Y tú seguías cosiendo.

AB.- Yo cosía lo que tenía, porque verdadera... tampoco tenía ninguna clientela: caía un vestido, pues qué bien, ¿no? Pero como no teníamos muchos gastos... Y después Manolo ya, como a los dos o tres meses, ya encontró una, un trabajo ya sentado, quiero decir yo fijo, que ganó, ganaba trescientos pesos; y vino y me los echó todos encima

de la cabeza, dice: "Toma dinero, para que ya estés contenta". Pero después no le gustó porque era un patrón muy exigente y que trataba mal a los trabajadores, y él entonces era muy comunista y se salió. Pero ya pues tenía él en perspectiva otras cosas: trabajaba en Aguilar, en la Labor, y, y claro, pues se fue desenvolviendo, y desenvolviendo bien. Y ya vivió conmigo hasta el 50, hasta septiembre del 50 vivió conmigo, y vivimos siempre bien.

CR.- Sin problemas.

AB.- Bueno, no sin problemas, poquitos, pero vamos, bien, normal.

CR.- ¿Y desde el punto de vista emotivo, para ti el vivir con tu hermano fue una ayuda o...?

AB.- Pues sí, fue una ayuda moral y una ayuda económica, no puedo decir que no, porque pues cooperaba y yo cooperaba y, y los dos cooperábamos. Y la verdad es que pues sí, me defendía de los problemas familiares [risa] y todas estas cosas, sí.

CR.- ¿Con, con tus hermanas cómo era la relación?

AB.- Pues era buena, lo que pasa es que no podíamos estar de acuerdo en muchísimas cosas. Porque Ana María era antipolítica en sentido... no sé cómo te lo diré, es una mujer muy conflictiva; entonces si le conviene es comunista -la que más luchó en España, ella fue la primera capitana-, y

de repente no quiere saber nada de todas estas cosas, es una mujer que no es muy normal. Y Josefina no, Josefina era muy pesimista; y ella, como... era muy, muy leal al partido y muy disciplinada, pero ella no asimiló lo del pacto de Alemania, y ya te he contado el día que tuvimos un disgusto muy grande y nunca más quise yo... Y claro, yo venía llena de política, entonces aquello no lo podía echar fuera, porque encima tuve problemas con el partido.

CR.- A ver, entonces vamos a ver esto. ¿Tu familia cómo... -cómo te preguntaría yo esto-, cómo interpretó tu estancia en la Unión Soviética? ¿ahí fue donde tuvisteis diferencias políticas?

AB.- Sí. Bueno, porque ellas todo lo que habían sabido de los que habían venido era negativo; entonces yo vine positivo -yo pues ya te he contado todo. Entonces yo no era una persona negativa de la Unión Soviética. Entonces ellas a mí pues... no lo comprendían eso, entonces siempre eran insultos, porque yo era tonta, porque no me sabía defender, porque no había sabido, eh, cantar las cuarenta a los rusos, ¿no? Entonces todo eso pues venían eso, pues discusiones desagradables, ¿no? Entonces yo no tenía con quién poder hablar, porque es que nada, hasta que entré a trabajar con las Mujeres, que es donde me sentí mejor.

CR.- Bueno, y entonces eso te iba yo a preguntar: por otro

lado estableciste relación inmediata con amigos...

AB.- Sí, sí...

CR.- ... de, de, de España.

AB.- ... porque estaban los Soleís, estaba Pérez, eh... en es
te momento no me acuerdo más, pero tenía amigos.

CR.- Bueno, pero tenías un núcleo de amigos.

AB.- Sí, sí, y me atendieron todos muy bien, muy bien, muy
bien. Los Pérez, Emilio Pérez, que es valenciano; Josefi
na Francés, que es la mujer de Soleí, me acogió ense-
guida, enseguida, y ellos estaban dentro del partido;
los Salvadores, que yo a ellos no los conocía, pero como
era muy amiga de Carmen y a mí... y tenían a Hildita, que
era un poco mayor que mi hija, iban al colegio juntas y
todo esto, y empecé a tener relaciones con ellos. Aunque
yo no militaba en sí dentro del partido, porque no me ad
mitió el partido.

CR.- ¿Por qué no te admitió el partido, cómo fue el problema?

AB.- Porque el partido... el problema era de que yo había ve
nido de la Unión Soviética, entonces renegaba de la Unión
Soviética.

CR.- ¿Pero tú, por ejemplo, en aquel... cuando llegaste te pre
sentaste en el partido?

AB.- Me presenté al partido. Porque a mí en Rusia me dijeron:
"Tú te presentas al partido, tú no tienes nada, aquí no
hay nada en contra de ti".

CR.- ¿Dónde estaba el partido entonces?

AB.- Estaba en Prim.

CR.- ¿Y quién era el secretario del...?

AB.- Era Arconada, y el subsecretario o no sé qué, era, eh, el jorobadito, Amoreti. Bueno, entonces yo fui. Pero entonces el partido estaba dividido en, en ciudades: los valencianos, los catalanes... ¿comprendes? Entonces yo fui. Entonces ya empezaron a regañarme, y Gonzalón, ese que yo te digo, el Patán ese, pues por qué me había venido de la Unión Soviética... Entonces pues yo todavía aguanté. Porque ellos vinieron a verme a casa también, y después me llevaron, Moré me llevó a comer a su casa, Amoreti que vivía con Moré en una casa de huéspedes; yo fui, pasé un día con ellos, me preguntaron cosas de la Unión Soviética, pues yo siempre he hablado igual, ¿no? Bueno. Entonces ellos, ellos decían que yo ya tenía que haber venido con una carta del partido diciendo que me tenía que incorporar, ¿no? Yo les decía: "Bueno, pues vosotros escribir: 'aquí tenemos esta compañera, ¿qué problemas hay en contra de ella, por qué...?' O vigilar me, o pensar... bueno, a ver, ¿no?" ¡Ah, no, no!, ellos de buenas a primeras... pero verdaderamente el partido esta tirado, yo vi aquí una serie de broncas entre los comunistas; aquello era una jaula de convenencieros y cada uno hacía lo que más le convenía. Que después se hizo un

pleno -bueno, tú no recuerdas- que se hizo Salvadores una autocrítica, porque también lo expulsaron del partido y al final tuvo que bajar la cabeza y "bueno, yo culpable" para poder seguir en el partido, porque si no lo tiraban.

CR.- ¿Y por qué lo expulsaban, a Salvadores?

AB.- No, no sé, el problema... -yo no fui, ¿no?- el problema fue que él dijo algo, que no estaba de acuerdo con algo; yo no, no sé el problema, pero sé, personas que tenían mucha amistad conmigo me comentaron que no pensaban nunca que Salvadores tuviera que doblegarse. Y entonces me dijo a mí Salvadores: "Si yo no me doblego me expulsan del partido, y a mí no me expulsan del partido; prefiero doblegarme a ser un expulsado del partido", ¿comprendes? Bueno, allá cada uno. Y entonces, eh, esto lo vi mal, porque ya te digo, fue cuando Arconada, que había... Y también aquí iban por la dirección del partido, yo lo vi, unas luchas también desagradables, ¿no? Y yo dije: "Sí, me retiro". Porque me hicieron ir como cuatro veces, de cuatro a cinco o de cinco a seis; yo la niña venía al colegio, la tenía abandonada, tenía que coser, y allí, de antesala: "No, pues hoy no te podemos recibir", a las siete de la noche. Al final un día yo me enfadé.

CR.- Todo para que tú explicaras cuáles habían sido tus motivos o...

AB.- Pero yo ya se los había dicho a, a, a Gonzalón y a algunos. Pero para hablar con el mero mero, con Arconada, entonces tenías que hacer antesala como el presidente de la República, ¿no? Entonces yo un día le dije: "Pues fíjate que aquí se acabó, ¿eh?" ¡Ah!, me dijeron un día con una notita: "Que te presentes a la C de los valencianos". Entonces yo fui y le dije a Pérez, y Pérez me dijo: "Fíjate que no. Aquí ellos no han dado ninguna orden, ellos tienen que dar la orden". Dije: "Bueno, ¿sabes qué te digo, Emilio?, que ya estoy hasta la cabeza. Y como yo para luchar, o sea para ayudar a España y a los... sobre todo la ayuda que hay ahora es la ayuda de masas, o sea de los presos, igual puedo trabajar en Mujeres, ahí os quedáis. Yo sí, siempre seguiré siendo la misma, a mí me es igual tener el carnet que no tenerlo; mejor, porque puedo decir lo que quiera". Le dije así.

CR.- ¿Y en alguna ocasión te volvieron a llamar?

AB.- Sí, y después yo no quise ir.

CR.- ¿Cuándo te volvieron a llamar?

AB.- Pues me volvieron a llamar ya después de salir Arconada y todo esto, me trabajaron por Carmen, me trabajaron por Paquita Riera...

CR.- ¿Por Carmen Roure?

AB.- Sí, por Carmen Roure muchas veces, por Paquita Riera;

después cuando vino Santiago, que decía que me pretendía y que todas estas cosas...

CR.- ¿Santiago Alvarez?

AB.- Alvarez: "No, pues tú mañana vienes..." ¡Ah! Renau también luchó ahí. Y yo dije: "Ahora no voy, porque esto no es 'ahora te cojo, ahora te dejo', esto no". Y yo en las Mujeres sí trabajaba mucho.

CR.- Bueno, ¿cómo estableces contacto con las Mujeres?

AB.- Enseguida establecí contacto, porque estaba... hicimos muchas reuniones, me acuerdo que tu madre venía entonces a las reuniones, y que tuvimos una de aquellas gordas en el Centro Andaluz, que ya no volvieron a venir más las de Izquierda Republicana. Bueno, y ya nos quedamos solas nosotras.

CR.- ¿O sea las Mujeres se organiza aquí?

AB.- Unión de Mujeres Internacionales.

CR.- ¿Pero la, realmente esta organización la, la forman las mujeres del partido...

AB.- No.

CR.- ... o las de todos los partidos?

AB.- Las de todos... entonces, cuando yo llegué venían las de todos los partidos: socialistas, Izquierda Republicana y comunistas, pero comunistas tenían más fuerza. Y como las de Izquierda Republicana no admitían nada sobre la Unión Soviética, fue ahí el follón; fue que Eladia dijo unas

palabras de ayuda y de admiración, y entonces se levantaron las de Izquierda Republicana y dijeron que allí no se nombraba a la Unión Soviética. Entonces las unas empezaron a pitar, las otras... y empezamos a tirar sillas [risa], el chocolate se enfrió. Y entonces tu mamá y dos o tres más, no me acuerdo quién fueron, agarraron, se envolvieron... -la del cónsul ese que teníamos aquí, o embajador, lo que fuera...

CR.- ¿Albornoz?

AB.- ... no, era otra, bueno, no me acuerdo- se envolvieron en unas pieles y se largaron [risa]. Y allí nos quedamos solas ya las de eso. Bueno, pero también estaba Emilia Martín, que era... -Martín se llamaba creo- bueno, que fue después secretaria de Mujeres; y ahí seguimos nosotras luchando, y sí se hizo mucho trabajo.

CR.- ¿Cómo estaba organizada la Unión de Mujeres?

AB.- Por una secretaria, por una secretaria de finanzas y, debía ser, una subsecretaria, ¿no?, tres.

CR.- Tres en un comité.

AB.- En un comité, sí.

CR.- Las demás todas erais de base.

AB.- Todas éramos de base, trabajábamos juntas y...

CR.- ¿Y en qué consistía el trabajo que teníais?

AB.- Bueno, pues consistía... trabajábamos mucho, porque era recoger dinero. De España nos mandaban listas de presos y

familiares, cada preso ponía sus familiares. Entonces aquí se organizaban fiestas, se organizaban rifas, se organizaba todo; se sacaba dinero, se pedía dinero, se mandaba dinero a los familiares, a los presos; se mandaban paquetes...

CR.- ¿De ropa?

AB.- De ropa, que hemos mandado... Filo Espresate trabajó muchísimo, Paquita trabajó muchísimo. Salía un periódico que se llamaba Mujeres y allí fue donde yo escribí dos o tres artículos. Estaba Manolita Ballester...

CR.- Manolita Ballester.

AB.- ... que hacía los, los dibujos y también era algo del periódico, sí. Y sí se trabajó mucho, mucho; y yo me acuerdo que sí, que vendía, hasta por mi calle vendía boletos, y dos veces tocó dos cortes de traje en los boletos que yo había vendido, así es que sí es verdad que trabajé. Y, y así, eso hacíamos. Y después me escribía con cuatro o cinco presos, y después el primer viaje que fui a España fui a verlas, a toda la... bueno, a las mujeres mías y a lo mejor de otras compañeras. Recibíamos cartas, las leíamos, las más sobresalientes y las publicábamos, bueno, las publicaban en la revista. Pero eso sí, se hizo mucho tiempo, muchos años hicimos ese trabajo, y sí se trabajó.

CR.- ¿Y este trabajo se hace a partir de que se retiran las

de Izquierda Republicana y las socialistas o ya desde el principio?

AB.- Pues yo no sé, porque esto fue casi recién yo llegar, ¿eh?

CR.- La división esta.

AB.- La división esa. Yo ya había, sólo había ido a dos o tres reuniones, porque el día 8 de marzo siempre nos reuníamos todas y se hacía la gran fiesta. Entonces yo creo que fue... pues si yo llegué en el 47 y mi hija ya se murió en el 51, fueron cuatro años; ya te digo... no sé, con la nena aún he ido yo a reuniones, ¿no? Pero sí, yo creo que se organizó todo eso... yo creo que ya estaba organizado cuando yo llegué, pero después se incrementó muchísimo más, porque empezaron a llegar muchas listas, porque se conoce que hubo una represión muy grande en España cuando lo de Grimau.

CR.- Pero lo de Grimau es posterior.

AB.- Bueno, es posterior, sí, pero antes de lo de Grimau, cuando empezaron...

CR.- Cuando empezaron a entrar los del partido.

AB.- Los de... los guerrilleros y todo aquello.

CR.- Yo creo que por el 49, o entre el 49 y el 50.

AB.- Sí, por ahí, eso, por ahí, 49 y 50, porque por el 49... y esto. Y después... entonces se trabajó muchísimo, porque venían unas listas de presos y cada una se queda-

ba cuatro, la otra se quedaba tres, y te escribías muchísimo.

CR.- ¿Y entonces vosotras os quedabais con estas listas de presos para tener contacto con las familias?

AB.- Con las familias, sí.

CR.- Y entonces os ocupabais concretamente de esa familia.

AB.- De esa familia, sí. Claro, tú después llegabas con tu carta y leías. Porque después he ido a visitar a esas familias y tú no sabes cómo nos han querido y nos han dicho, y les ayudamos mucho. Yo he llorado mucho con ellas, porque sí nos han recibido y sí recibían la ayuda, y ellos la agradecían mucho.

CR.- ¿Entonces vosotros leíais las cartas en las reuniones...

AB.- En las reuniones, sí.

CR.- ... y según las necesidades de cada familia...

AB.- Eso es, sí, mandábamos, sí. Y si alguna compañera iba a España pues qué alegría, porque entonces aquélla se llevaba la dirección de las que estaban más, más necesitadas y las ibas a visitar. Imagínate. Primero, claro, pues ni te conocían, porque yo... te cuento esto porque fui una vez a... a mí me mandaban retratos, tengo retratos de, hasta de uno que se estaba muriendo en la cárcel, con toda la familia alrededor y, y ésa se la dedicó a Amparo, anda, esa foto, y la tengo yo ahí. Y después resulta que en el entierro el hermano se enfadó... bueno, estaba tan enchila

do que dio un mitin y lo metieron, al hermano; y después que se había muerto ya aquél, me tocó coger al hermano que lo habían metido. Y después fui yo a España y lo vi y todo, y tuve mucho contacto con ellos.

CR.- O sea teníais contacto con gente en toda España, claro.

AB.- En toda España, sí, sí, sí, igual en Málaga que en el norte, que en el sur, que en todas partes. Y cartas buenísimas, buenísimas, buenísimas. Y yo ya te digo, en el 62...

CR.- ¿Y esas cartas dónde están, Amparo?

AB.- Pues fíjate, fue una pena porque... yo las he roto verdaderamente, pero no sé, algunas compañeras puede ser que, que tengan...

CR.- Que las conserven.

AB.- Que las conserven. Porque yo he tenido cartas muy buenas, de una que, que fue de las que fue al Papa a pedir la sal
vación de tres o cuatro compañeros. Y después yo fui -en el 62 que fui a España, que todavía España estaba muy mala verla. Y llegué, toqué la puerta... bueno, yo no sé, en Marquesa de Ulseda, yo no sé dónde estaba; porque el taxista me decía: "¿Pues usted sabe a dónde va?" Digo: "Yo no, pero usted me va a llevar". "Sí, sí, y no la de-
jo hasta que...", ya ves cómo son los taxistas en España. Entonces toqué y salieron unos niños así: "¿Y quién es

usted?" "Bueno, pues yo soy Amparo". "No, pero no, no puede entrar porque mi mamá está en el mercado". Digo: "Bueno, pero dejadme pasar". "No, no puede pasar". Bueno. Dije: "Pues miren, yo soy de México, la tía de Méxido". ¡Huy, qué abrazos y qué besos! Y me dejaron entrar, yo ya le dije adiós al taxista, y entonces uno se fue corriendo al mercado a buscar a la madre: "que ha venido la tía de México". Vino aquella mujer... la tenías que haber visto, pobre.

CR.- Esa tenía el marido preso.

AB.- Esa lo había tenido muchos años y había salido él muy enfermo, pero ya estaba colocado en la Kelvinator cuando yo llegué. Y entonces el chico mayor estudiaba porque un cura de la cárcel que había sido compañero de él le daba... Pero ella llegó... y bueno, a la nena siempre le decía: "Cuando ve..." "Yo quiero una muñeca, mamá". "... Cuando venga la tía de México, entonces te comprará tu muñeca". Bueno, ¡un cuadro! Ellos tenían dos niños y una niña. Entonces me, me invitó a entrar, bueno, allí estuvimos llorando y me dice: "No, pero mira, Julio está trabajando pero tú tienes que volver porque no es posible que no te vea Julio". Y me invitó a cenar y fui, y eso que esta de lejos, ¿no? Y Julio ya estaba deshecho completamente -se ha muerto ya este chico-, estaba sordo de las palizas, estaba muy trastornado. Y claro, yo llevaba dine

ro para entregarles, ¿comprendes? Y, y pues les ayudá**ba**-
mos mucho. Y ella me contó esto. Ella me escribió una
carta desde Francia, porque ella fue... de, de todas las
presas eligieron a tres, y ésta fue una de ellas; enton
ces desde Francia me escribió una carta más extensa,
que se leyó y se publicó y todo, que fueron al papa a
pedir por la vida de unos que iban a matar y los salva-
ron, y su marido era uno de ellos, ¿comprendes? Claro
que ahí fíjate que también hubieron pues cosas feas, por
que las familias a veces abusaban de esto, y nosotros
como estábamos lejos...

CR.- No os dabais cuenta.

AB.- ... no nos dábamos cuenta. Porque, claro, había que ir a
ver el aspecto de la casa, la necesidad. Porque a mí otra
me falló. El marido... el hermano estaba en la cárcel, pe
ro a costa... el hermano nunca creyó que nosotros la ayudá
bamos, hasta que yo llegué un día. La hermana... yo, noso
tros le mandábamos dinero a la hermana, que era viuda con
dos niños; pero él, dice que a él nunca le llegó nada,
ni un centavo. [Interrupción de la grabación]. Bueno,
pues entonces resulta que yo fui, resulta que vivían en
unas formas: un patio de vecindad horrible, ¿no? Enton
ces yo llego, pregunto... yo a ella ya le había avisado
que iba a ir, entonces yo llego y, y entro a la casa -bue
no, era una casa... pobremente, pero tenía su máquina de

coser- y veo que ella hace así: tras, tras, tras, y hace así. Y yo pues como que no me di... en el primer momento no me enteré. Y habían dos muchachas jóvenes allí dentro, entonces me presenta y, y entonces las otras empiezan a contarme que verdaderamente su vida era muy triste, porque habían metido a sus maridos en la cárcel y ellas habían perdido los maridos; no porque estuvieran en la cárcel: porque ellas no, no encontraban trabajo, tenían dos hijos chicos cada una o así, y claro, se habían echado a la vida fácil las dos. Ellas me lo dijeron, dicen: "No hay otra salida, compañera. Los maridos ya no quieren saber nada de nosotros, ¿entonces qué hacemos con estos hijos que tenemos, compañera, dime, qué hacemos? Ellos no saben comprender lo que hay aquí fuera, entonces pues no... Aquí esta compañera ha tenido la suerte de que vosotros ahora le estáis ayudando y todo esto". Entonces pues claro, yo les dije: "Pues no sé el problema vuestro cómo pueda estar y vuestros compañeros qué mentalidad pueden tener, ¿no?; verdaderamente es muy serio, y yo creo que todas las compañeras vamos a sentir mucho este problema vuestro pero no sabemos cómo resolverlo. Dadme las direcciones, vamos a ver qué podemos hacer, hasta dónde nosotros podemos alcanzar. Nosotros estamos ayudando ahora a María, vamos, yo esto lo tengo que plantear en el partido... no en el partido, en

las Mujeres". Bueno. Entonces sí, unas chicas jóvenes, bonitas, arregladas, y se marcharon. Entonces pues yo hablo con, con María, estoy un rato con ella, tiene una hija y un hijo, ya mayorcitos, y ella empieza a plantearme... -que es cuando empezaba a salir la emigración de España para Alemania, para Bélgica, para otros lugares- y ella dice: "Mira, Amparo, yo quiero marcharme a Bélgica, de cocinera, de lo que sea, pero quiero llevarme a mis hijos, pero mi hijo no puede salir porque está en las quintas, todo este problema. Yo quiero que conozcas a mi padre, pero ya está...", su padre, el padre del chico este que estaba preso, que le llamaban Calvo, y de ella, pues siempre estaba borrachito, estaba ciego.

CR.- ¿Ella era viuda?

AB.- Ella era viuda, y el hermano en la cárcel, y el padre medio borrachito porque siempre estaba en la taberna, ¿pues qué quieres? Ella no quería que yo viera al padre borrachito, pero yo le dije: "Pero no... pero María, no tengáis esos prejuicios. ¿Vosotros creéis que yo no llego a alcanzar de que qué va a hacer un hombre a los ochenta años?, marcharse a la taberna, si lo invitan a una copa pues, pues se la va a tomar, ¿no?" "No, pero yo no quisiera que tú vieras esto". Pero al final yo me enteré... yo no le di una importancia para que la pobre mujer estuviera así, pero bueno. Entonces yo le en

tregué creo que seiscientas pesetas, o setecientas, que en aquel tiempo pues eran dinero, a mí me habían dado las Mujeres: "Reparte esto y esto". Bueno. Entonces: "¿Cuándo vas a volver?...". y en eso me doy cuenta que ella llevaba unos aretes y ya no los llevaba; entonces fue lo que se encondió, unos aretes de oro que llevaba. Puede que ella dijera: "No, llevo estos aretes y ésta me está dando dinero", yo pienso, ¿no? Entonces yo pues ya... tenía una chica muy maja que tenía un tipo así como el mío, delgadito y jovencita, entonces yo todos los vestidos que llevaba se los di a la chica, porque era muy agradable, me daba pena, ¿no? Entonces yo le dije: "Mira, yo me voy a Valencia, yo para tal fecha voy a venir, ya nos volvemos a ver y estamos juntas". "¡Ay, sí, sí!" Bueno. Entonces ya te digo, así visité a varias, varias, varias, y todas sí, estaban en una situación muy crítica y muy mala. Y a este Calvo que te digo fue terrible también, porque éste vivía en unas casas que acababan de hacer, eh, por Vallecas o yo no sé por dónde, también fui a buscarlo, y ya había salido de la cárcel entonces.

CR.- ¿En otra ocasión fuiste?

AB.- En otra ocasión fui, tienes razón. Y yo no encontraba la casa por nada del mundo; allí habían casitas todas igualitas, estaban recién hechas, aseaditas, pero de éstas de cemento y todo esto. En eso me encuentro a dos muchachos:

"¿Y usted a quién busca?", pero así. Digo: "Pues busco a un señor que se llama..." Dice: "Si ese es mi padre". Digo: "Bueno, ¿y adónde vives?" "Venga conmigo". Bueno. Llego yo y en eso, pues sí, dice: "¡Madre, que aquí hay una señora de México que te busca!" Y sale aquélla: "¡Ay!", los abrazos, los besos; y sale la hija, que era una niña que había tenido parálisis de chica y que sus padres habían empezado a comprarle una máquina de tejer, porque ella todavía tenía dificultad. Y una vez me escribieron una carta, que le iban a quitar la máquina porque faltaba pagar la última o la penúltima... esto, entonces yo lo leí a las compañeras y me dijeron: "No, hay que mandarle el dinero", y salvamos la máquina. Entonces, claro, aquello pues nunca lo olvidaron: "¡Amparo!..."; como dije siempre: "Amparo no, somos nosotras". Entonces él estaba tomando la siesta o no sé qué, pero se levantó en calzoncillos corriendo a besarme y a abrazarme. Y también pasé con ellos, estuve con ellos y me contaron entonces que a él lo habían metido en la cárcel porque en el entierro de su hermano había, había protestado; entonces dijeron: "Ahora tú, para dentro" y estuvo no sé cuánto tiempo. Y entonces aquella mujer estuvo con la niña en el hospital, ella haciendo trabajos por las casas, pero... tenía otro niño pequeño, después de salir de la cárcel había tenido otro. Y yo decía: "Pero María, ¿qué haces?" -también creo que

le llamaban María o no sé cómo. "Bueno, pues tú no sabes. Mañana te vienes a comer...": me hicieron una comida que me salía por los ojos, pero te querían obsequiar los pobres ¿no? Y así visitamos, bueno, yo visité a muchísimas compañeras.

CR.- Y cuando tú viniste aquí a México y planteaste, por ejemplo, lo de estas dos mujeres que se habían dedicado a la prostitución, ¿cómo reaccionó el grupo, mandasteis ayuda o...?

AB.- No mandamos ayuda. Aquella vez yo quedé un poco, quedé un poco sentida con las Mujeres, eso sí es verdad. Porque, hablando claro, teníamos muchos defectos las Mujeres... -pues yo te lo voy a decir...

CR.- Claro, claro, eso es lo que hace falta, que lo digas.

AB.- ¿... ¿comprendes? Y ahí yo no estoy en contra... bueno, trabajaban más porque son del partido: pues muy bien, puede ser que tengan más obligación. Pero ahí hay un grupito de mujeres del partido y son ellas por encima de todo; entonces como... las que no militamos en el partido parece que no tengamos importancia, ¿no? Entonces no le dieron tanta importancia. Iba una de ellas: "¡Ah!"; venía: "Aurelia, y viene de España, ¡hombre!" Va Pepita Suárez, viene... porque es la, como le dicen ellas, la [ininteligible]. Y vas tú y cuentas las cosas, pero no, no, aunque tú hayas hecho, digo yo que el mismo trabajo, porque todas ha-

ce mos el mismo trabajo: vas a visitar a compañeras y sacas pues todo lo que tú alcanzas, ellas sacarán más porque son más inteligentes o, o por lo que sea. Entonces no, no lo tomaron en cuenta, a aquellas chicas yo nunca las volví a ver ni supe más de ellas, ¿eh?, nunca. Pero yo volví a Madrid y puse un telegrama a esta María, que volvía, y vino a esperarme a la estación el chico. Entonces yo le dije: "Bueno, ¿y la mamá?" Dice: "Se marchó a Bélgica". Entonces con el dinero que yo le había dado ella se había marchado a Bélgica. Y yo fui a ver un preso de Paquita Riera, que era de la textil y le habían cogido por una huelga o no sé qué, y fui, llegué y estaba la mujer sola -él hacía unos días que había salido de la cárcel, porque nosotros creíamos que aún estaba. Y aquella mujer llorando: "No, pues tienes que ver a Jesús, y esta noche nos..." Pero entonces estaba todo muy vigilado, dice: "Mira, tú acude a tal sitio y allí, como yo es taré con mi marido, te sientas a la mesa". Bueno, efectivamente. Y ahí fue donde yo me enteré que este chico Calvo no había recibido ninguna ayuda nuestra.

CR.- Todo se lo había quedado la hermana.

AB.- La hermana. Porque yo le dije: "Mira, yo tengo a fulano, a fulano, a fulano". Entonces: "¡Huy!, ése lo conozco yo -dice-; no, Calvo nunca en la vida... -dice- ese chico ha tenido una desmoralización siempre, porque él creía al

go, y cuando yo le he dicho que mi mujer, mi hijo y mi suegra están teniendo una ayuda, él está sentido porque él es tuvo muy enfermo, tuvo tuberculosis y todo esto, que no se han preocupado". Le digo: "No, llevo tanto tiempo ayudando a la familia". Y dice: "Pues fíjate, eso se lo tengo que decir yo". Claro, después empezamos a escribirnos, yo empecé a escribirme con el preso... porque yo me escribía con la hermana, no me escribía con el preso.

CR.- Claro, claro.

AB.- Y ya empecé a escribirme mucho con el preso y se aclararon mucho las cosas, y después ya he vuelto yo a España y he tenido mucha amistad con él y todo. Bueno, y este chico pues me contó mucho de los que, de las cosas que pasaban dentro de la cárcel y todas estas cosas, y, y estuvimos muy comunicados. ¿Esto por qué te lo venía yo a contar?, que había ido... ¡ah!, que fue el que me contó que a Calvo no le ayudábamos. Entonces yo deducí que el dinero mío lo había gastado María para marcharse a Bélgica.

CR.- Claro.

AB.- Claro. Entonces vimos que esta ayuda no le favorecía nada al preso; le había favorecido a la familia, necesitada también, pero claro, al preso...

CR.- ¿Pero este preso tenía mujer e hijos?

AB.- No, no tenía a nadie, él era soltero...

CR.- Claro.

AB.- ... porque -después ya te contaré-... él era soltero, era un chico joven, soltero. Entonces, claro, la cosa de la moral... no es que a lo mejor le lleguen los centavos a este hombre, o las pesetas a este hombre, que él esté un poco tranquilo de pensar que su familia tiene la ayuda; pero ahí ésta, más lagarta o más lista o no sé, o más necesitada, se quedaba con el dinero y no... Aparte no iba ni a verlo a la cárcel, dicen que los amigos a veces le tenían que prestar los calzones porque no se podía mudar, a mí me dijo el otro, ¿no? Entonces, claro, eso a mí me supo muy mal, porque si nosotros el trabajo lo hacíamos para el preso, para levantar la moral al preso... Porque yo después me escribía con muchas más mujeres que tenían seis y siete niños, yo tenía cantidad de retratos ahí con una colección de niños.

CR.- Qué curioso, porque estos niños los procreaban en visitas a la cárcel.

AB.- No, no, no, ya lo habían metido.

CR.- Ya los tenían.

AB.- Sí, yo creo que allí no hay visitas a la cárcel, Pero así, sí.

CR.- Sí, visitas conyugales.

AB.- Conyugales. No, pero entonces yo no creo, Concha.

CR.- Yo lo sé porque yo tengo un tío que así tuvo dos hijas,

él... dos hijos, él preso y la mujer fuera.

AB.- Ah, bueno, pues no sé, no sé, puede ser, yo no lo sabía eso. Sé que tenían algunas chicos pequeños y que me mandaban retratos con seis niños, así.

CR.- Quién sabe también por el tipo de preso. Mi tío era un ingeniero artillero, entonces a lo mejor...

AB.- Bueno, puede ser, pero eso yo...

CR.- ... dependiendo, ¿no?

AB.- ... yo creo que no; no sé. Pero ya te digo, eso fueron mis visitas, y después yo seguía escribiéndome con el preso este. Y yo fui a España otra vez, porque he hecho bastantes viajes, entonces yo le dije: "Llego a España tal día", no nos conoce... él me mandó un retrato, yo le mandé un retrato, él me contó toda su vida, yo le conté toda mi vida; bueno, pues ahí, nos escribíamos mucho. Bueno. Entonces yo llego -claro, yo no esperaba que él viniera a esperarme ni nada- y me voy a ver un preso de Filo que vivía casi en la Plaza Mayor, en la Plaza Mayor vivía. Bueno, y hablando con este preso que acababa de salir, dice: "Bueno, pues Calvo sí te esta esperando en el aeropuerto; si yo le dije: 'viene Amparo'", porque éste sabía que venía. "Bueno, pues no". "¿Pero cómo? ¡qué cara, que no te ha ido a esperar, si él me dijo que iba a ir, que tal!" Digo: "No". Bueno, pues ya cené con ellos, estuve con ellos y me fui al ho-

tel. Como a las dos de la mañana toca el teléfono y me dicen: "Señora, que aquí fuera hay un señor que la espera". "¿Cómo que me espera?" Cojo el teléfono y era el Calvo. Y yo: "Bueno, espera a que me ponga una bata, ¿no?" Dice: Voy para allá", coge el pasillo. Y bueno, él... una de abrazos, una de besos, de llorar. Y él vivía con una muchacha, y era la hija de la prisión en donde estaba él -pues claro, no sé, esas cosas son problemas de él, ¿no? Bueno, entonces: "Pues mira, yo esta mañana estaba en el aeropuerto, pero no sé, me daba pena..." Porque él estaba trabajando en el aeropuerto de limpiador de no sé qué, ¿no?, ya había salido de la cárcel y todo eso. Bueno, entonces dice: "Mañana yo vengo a recogerte, es domingo y nos vamos por ahí". Mira, nos fuimos desde la Plaza Mayor hasta, ¿cómo se llama?, la Puerta de las Perdices, a pie, a un restaurán de esos de comer al aire libre, estuvimos hasta las diez de la noche charlando. El contándome cosas, pues me contó los problemas de él, personales, y yo: "Si te gusta esa mujer cástate, pero legaliza tu situación; si tú tienes la vida resuelta..." Bueno, pues allí, pues no sé, yo creo que sí, que se casó, que habrá tenido hijos y eso.

CR.- ¿Y ya no lo volviste a ver?

B.- Ya no, ya no lo volví a ver, ya él no necesitaba mi ayuda.

El siempre... me escribió dos o tres cartas más, pero yo

siempre le pedí que, pues que legalizara su situación, que viviera tranquilo y... Pero él había tenido una novia antes de meterse en la cárcel y todavía le recordaba y él quería un consejo, y: "Ese consejo no te lo puedo dar, eso lo tienes que tomar tú particularmente porque esas cosas..." Claro, pues él me habló pues de todo lo que me podía hablar, ¿no? Y después yo le conté mi vida, en tonces él me decía: "Pues si la mía fue triste, la tuya fue más, fuera de la cárcel" y todo esto. Y pasamos pues una tarde muy agradable, él contándome sus cosas, desahogándose. Claro, él estaba muy resentido con su hermana. Su padre se había muerto, su hermana ya estaba en Bélgica con los dos chicos, había organizado su vida, estaba de cocinera en la embajada española o no sé qué, y vivía muy bien. Digo: "Bueno, pues no te sepa mal tampoco, la ayuda nuestra le sirvió a ella para resolver ese problema".

CR.- Qué curioso, ¿verdad?, cómo a través de esto establecisteis una relación verdaderamente familiar, ¿verdad?

AB.- Pero íntimamente, íntimamente todo. Donde ibas la gente se abría contigo porque, porque claro, todas las penas te las contaban en aquellas cartas, y tú pues les contestabas animándolas...

CR.- Oye, Amparo, ¿y en general toda esta gente que ayudaba la Unión de Mujeres, eran del Partido Comunista?

AB.- No, no. Mucha gente, por ejemplo Candelaria y Eladia*, iban a pedir dinero a, hasta a gachupines.

CR.- No, no. Me refiero a la gente a la que le dabais ayuda en España, a los presos o los familiares de los presos, ¿en su mayoría eran del partido o no sabías?

AB.- No sé, yo creo que no. Bueno, yo, me parece que todos los que yo he tenido eran del partido, pero yo creo que, que a lo mejor no. O no sé cómo estaba organizado eso, ¿eh?, yo no puedo decir que sí ni que no, así ciertamente.

CR.- ¿Y cómo, cómo desde aquí la Unión de Mujeres establecía los contactos con ellos?

AB.- Ah, bueno, porque allí había un contacto que sacaban las listas de las cárceles...

CR.- ¿Mujeres también allí eran las que trabajaban?

AB.- No, y hombres, el partido, el partido.

CR.- El partido.

AB.- Porque a Pili se le ayudó mucho tiempo, Pili Claudín. Y Pili Claudín mandaba labores hechas por ellas y aquí se vendían y les mandábamos el dinero, ¿comprendes?

CR.- ¿Y aquí ya una vez que hubo esta escisión...?, porque yo creo que cuando hubo esta escisión fue que la Unión, creo, fue que la Unión de Mujeres se dedicó ya de lleno

* Se refiere a Candelaria Gracia y Eladia Lozano.

a hacer este trabajo, ¿verdad?

AB.- Sí, sí.

CR.- ¿Antes no?

AB.- Pues yo no sé si es que no estaba yo muy introducida, pero yo desde el primer momento que fui ya cogí boletos para vender. Pero yo creo que fue después, una temporada, intensamente la que trabajábamos mucho.

CR.- En función de esto, de...

AB.- De esto. Claro, después fue saliendo mucha gente... otros se murieron, fue saliendo mucha gente; porque después verdaderamente salió mucha gente de la cárcel.

CR.- ¿Pero el dinero que recogíais aquí, o sea todo lo que sacabais de aquí de hecho estaba destinado a la ayuda allí, a los presos y los familiares?

AB.- Sí, sí, sí. Y llegaba; eso que dice mucha gente que se quedaba, no era cierto. Y yo he luchado y he discutido con gente, mucha gente, porque a mí me han dicho: "¿Y tú cómo lo sabes?" "Porque yo personalmente he mandado los giros. Entonces no admito que dudéis, que dudéis de unas cosas así; porque yo muchas veces..." Digo, igual una cosa que otra: entonces, si he sido yo la que he mandado el giro y he ido a hablar con aquella persona en España, entonces ya a mí ya no hay nadie que me pueda negar que esta persona ha recibido la ayuda. Y sé cómo me ha recibido esa gente: y yo ahora voy a ir a Madrid, voy a bus-

car a Calvo y voy a buscar a éste, y sé que soy recibida con lágrimas en los ojos. Porque aquella gente que te digo yo que llegó el dinero de la letra de la tejedora, yo me acuerdo que el día que fui a comer me dieron tanta comida que yo reventaba, hasta un flan de no sé cuántas yemas, que yo le decía: "¡Pero, pero vosotros estáis locos!" Y después yo llevaba una faldita blanca con un suéter y se me había mugreado de tantos días, me dijo ella: "Quítatelo, ahora yo te lo voy a lavar" -hacía mucho calor. "Pero no, mujer" -no me acuerdo cómo le llamaban. "Que sí". Paquita le llamaban a la hija, y ella siempre me decía: "Amparo, vente a España con nosotros, y Paquita se va contigo a donde tú estés y le enseñas a coser". Bueno, un amor, una dulzura grande. Y yo fui a vivir a España, pero como yo me encontraba tan desmoralizada aquella temporada que me fui a vivir a España, no quise tener contacto con ella; porque entonces yo, me veía como fracasada yo, entonces pensaba que, que no era darle fuerzas a ellos. Ellos ya no la necesitaban, porque él tenía trabajo de velador de noche en la sección aquella de las casas, y la chica hacía suéters, y la mujer limpiaba por las casas, la madre, ¿comprendes?; así es que ya, ya habían sobrepasado la etapa mala. Pero la chica tenía mucha ilusión de, de verme a mí, de estar conmigo y todo eso, ¿no?, una chica joven. Y yo

siempre pensaba: me gustaría volver a ver a Paquita y llevármela unos días conmigo a Valencia. Pero como yo me encontraba tan desmoralizada, decía: ¿qué hago? Entonces, no, no, y salí de España sin verlos.

CR.- Oye, Amparo, y aparte de todo este grupo de mujeres que, bueno, que ya sabemos, Aurelia Pérez Pijoan, esto, Candelaria, etcétera, etcétera, Eladia, ¿quiénes más estaban dentro de la Unión de Mujeres, tú recuerdas nombres?

AB.- Bueno, estaba la Unión Catalana, las catalanas, esas mujeres que eran muy catalanas, y las otras, pero al final yo creo que se, se agruparon todas. Porque las catalanas eran muy, muy separatistas en aquel tiempo, pero después ya se agruparon porque ya quedábamos muy poca gente. Porque después, a última hora, era cuando estaban los grupitos estos de Líster y todo eso, y con la, la doctora, la Nachi* y la Oliva, la Oliva, Juana** y todas aquellas, ¿no?

CR.- ¿Pero en un principio? No.

AB.- No, en un principio... quizás aún eran muy jóvenes, por ejemplo Nachi: no, Nachi era una chiquilla entonces. Y no, sí habían muchas, porque entonces venía Laura García Serrano -la de Miguel, Miguel Gómez Serrano-, venía Emilia Villar, venía Josefina Soleí, venían, entonces venían muchísima

* Se refiere a la doctora Piedad Semitiel.

** Se refiere a Juana Durá.

gente; Angeles, esa Angeles Varela, venía, entonces éramos muchísima gente.

CR.- Y esta gente poco a poco se fue separando.

AB.- Sí, se fue, se fue, se fue.

CR.- Que en realidad toda esta gente que se fue saliendo es gente que, que no militaba en el Partido Comunista...

AB.- No, entonces sí militaba.

CR.- ¿Y cuando dejó de militar...?

AB.- Y ahora militan, según ellos, o sea cotizan. Porque ya sabes ahora cómo está el partido: ahora quedan cuatro o seis, ocho; quince no quedan, quince con... si vas tú y voy yo somos quince, si no ya no llegan. Pero siguen militando en el cotizar y, y ya pues se sienten... así, ¿no?

CR.- Bueno, de hecho, de hecho ya hoy en día la Unión de Mujeres tampoco...

AB.- No, la Unión de Mujeres se... bueno, yo ya no voy, yo ya no voy.

CR.- Pero bueno, ¿ahora se reúnen pero es reunión social o están realizando algún trabajo?

AB.- Yo no creo, yo no creo, pero no lo sé.

CR.- ¿Tú cuándo dejaste de asistir a la Unión de Mujeres?

AB.- Pues yo me sentí mucho por una cosa que hicieron que no estuve de acuerdo; claro, ahora voy yo a decir lo que yo he criticado siempre de lo personal, ¿no?, pero me siento muy mal. Y entonces como se comportaron mal, porque a mí

me llamó hasta el partido y todo por este problema...

CR.- ¿Cuándo fue esto?

AB.- Pues cuando hubo un viaje a Cuba.

CR.- ¿Que fue hace poco o qué?

AB.- No, hace como cuatro años o más -pues quedaba Carmen Roure aquí y ya hace más de tres años que se marchó Carmen-, que organizaron un viaje...

CR.- ¿Las Mujeres?

AB.- Las Mujeres, pero la plana mayor como le dicen ellas.

Se marchó Aurelia, se marchó la nuera de Aurelia, porque era preciso que fuera la nuera de Aurelia...

CR.- ¿Pero la nuera de Aurelia era... mili...

AB.- No militaba, pero...

CR.- ... trabajaba en la Unión de Mujeres?

AB.- No, pero era, pues era muy importante que fuera. Se fue María Tarragona, se fue Cande, se fue Filo, se fue Pepita Suárez... espérate, ¿quién más fue?; se fue la hija de María Tarragona, pero creo que la hija de María Tarragona iba aparte porque el padre era cónsul de Rusia o algo así; ¡ah!, y se fue la, la Aracil, la Rocío, que entonces estaba metida mucho con la Echeverría y entonces pues era una dama que pa'qué, y entonces pues según ellas trabajaba mucho por Mujeres y era una mujer que había que premiarla, y las que habíamos estado desde el año 36 no teníamos ninguna importancia. Y un día estábamos... y

entonces es cuando estaban los dos grupitos de, del partido, ¿no?...

CR.- Sí, cuando hubo la escisión del partido aquí en México.

AB.- Sí. Y entonces estábamos en el Ateneo y lo... -bueno, es que se hizo una manifestación de cuando Franco mató a Puig, aquel...- y entonces vimos que se arremolinaban así las mujeres y Pepita Suárez en el centro: "¡Los pasaportes, los pasaportes, porque si no no hay tiempo!" Y cogió Carmen Roure y dice: "Bueno, ¿qué pasa con los pasaportes, por qué, qué pasa?" "No, no, pues me voy a la embajada cubana..." Bueno, se fue, y ya nada, y Carmen y yo pues nos quedamos allí. Y llegan al partido o no sé qué y otra vez los pasaportes, y Carmen le preguntó a Pepita: "Bueno, ¿y esto?" Dice: "Ah, es que nos vamos a un viaje a Cuba". Bueno. Entonces dice Carmen, dice: "¿Y quién vais?" Dice: "Ah, toda la plana mayor". "¡Ah!" Y Carmen me lo dice a mí. Y teníamos reunión al día siguiente. Entonces llegan ahí, dice... -estábamos ahí sentadas en una mesa, tu suegra* dice que no lo oyó y es mentira, que lo oyó, pero ahora dice que no lo oyó-, dice: "Ah, hay una plaza vacía para ir a Cuba, ¿quién quiere ir?" Digo: "Ah, pues yo". Y en eso dice... me queda así mirándome a mí, y dice Nachi: "¡Ah, yo, yo, yo!" Y entonces: "Bueno,

* Se refiere a Juana Durá.

Amparo, yo creo que mejor va Nachi porque como es del otro grupo, para que no digan que solamente vamos los del partido, porque... ¡Ah, no, no, no!, va Nachi". Y fue Nachi. "Bueno, muy bien, va Nachi". Entonces a nadie dijeron nada, todo se lo arreglaron ellas, no se preguntó en ninguna reunión "qué os parece, vamos a hacer esto, vamos a hacer lo otro"; no, señora, se lo arreglaron todo y se marcharon. Tú sí estabas en la reunión aquella que vinieron y cada uno dio su opinión de lo que había hecho y de lo que había visto, ¿no te acuerdas?

CR.- ¿En el Ateneo?

AB.- En el Ateneo.

CR.- Ah, de lo del viaje a Cuba.

AB.- De Cuba, cuando volvieron.

CR.- No, yo no estaba.

AB.- ¿Ah, no estabas?

CR.- No.

AB.- Que subió la nuera de Aurelia a decir que gracias, que agradecía mucho a las Mujeres que la hubieran dejado ir, digo: "A mí no, porque yo no di permiso para que fueras". ¡Y entonces se pusieron todas...! Dije: "No, es verdad, fíjate. A mí nadie me pidió permiso, así es que no tiene por qué darme las gracias a mí, punto". Entonces me llamaron las Mujeres para hablar conmigo, que yo tenía que comprender. Digo: "Yo no comprendo nada, y no estoy de acuerdo cómo habéis hecho las cosas. Porque aquí, si somos

para trabajar, somos todas para trabajar. Y aquí lo habéis arreglado la plana mayor, sé yo, habéis dicho; y vos lo habéis arreglado todo, pero todas las del partido.

Y Nachi tenía que ir para parár los pies. ¿Por qué tenía que ir Nachi y yo no?" "¡No, mujer, es que tienes que comprender...!" "No, porque yo no te oí...", entonces tu suegra* dice: "no, no, no, yo no te oí". Digo: "Tú estabas allí y dijiste que fuera Nachi, y yo no creo ni que la nuera de ésta ni que la hija de María Tarragona, ni María Tarragona es desde el 36 de las Mujeres". "¡Ah!, pero sí..." la Aracil, ¿no? Y entonces yo estaba muy sentida. Entonces un día Emilia le dijo a Luis**: "Pues Amparo está muy sentida porque..." Entonces me llamó Luis y me dijo...

CR.- Luis que era miembro del...

AB.- Del partido, que era miembro del comité.

CR.- Del comité.

AB.- Y me dijo: "Bueno, Amparo, quiero que me cuentes qué ha sucedido". Digo: "Pues ha sucedido esto y yo lo encuentro muy mal. Yo no soy miembro del partido, pero más porque no soy miembro del partido lo encuentro peor todavía, porque a lo mejor si fuera miembro del partido no podría decir todo esto. Pero así fue. Eso está muy

* Se refiere a Juana Durá.

** Emilia Elías y Luis Saez.

mal hecho, primeramente porque no se nos comunicó nada a nadie, y después por qué tienen que decir: Va Nachi y tú no vas. ¿Pero por qué?, ¿es más Nachi que yo o que otra, o Carmen o otra? ¿Por qué? ¿Quién es la nuera de Aurelia, a ver? Yo es que... porque eso se hace una reunión, pues bueno, opinamos y esto. Y se nos dice ¡ah, no!, todo tapujado, y después le dicen a Carmen que iban las meras meras, la..." ¿cómo te dije?

CR.- La plana mayor.

AB.- La plana mayor. "Ah, ¿hay plana mayor? ¿Y quién las ha nombrado plana mayor?" Entonces Luis lo habló con el comité del partido, y reunieron a las mujeres del partido. Y entonces la Josefina esa, la Suárez, le negó a Carmen que le había dicho... que era mentira y que no se lo había dicho. Carmen dice: "Y no es mentira, y me lo dijiste, y a Amparo le dijisteis esto, y eso es verdad aquí y en todas partes". Y, y les dio el partido un rapapolvo a las mujeres del partido. Y después me llamaron a mí las mujeres y que por qué, que no me pusiera así porque en, en menos de tres meses se iba a hacer otro viaje y la primera que iba a ir era yo. Digo: "Eso si quiero. ¿Por qué voy a ir yo, porque tú quieres?, fíjate que no". "¡Ah, ya nos han prometido y vas a ir!" Digo: "Fíjate que... iré si quiero, pero no porque tú me mandes". Claro, yo me sentí mucho, y seguí yendo pero un día dije: "Hasta aquí". Y entonces tu suegra pues está sentida conmigo porque no

voy, pero yo iba a trabajar, venía a las cinco de la tarde, tenía que comer y después marcharme allí a, a nada. Porque cuando ayudábamos a los presos, cuando hacíamos... eso sí era trabajar; ahora no: ahora cuenta una una cosa, otra otro chascarrillo. Bueno, no está mal reunirse con las amigas y tomarse un café, pero, como le digo yo a Juana, pero venir a trabajar, comer y marcharte corriendo, y mojarte y correrle por esto y por lo otro, pues fíjate que no, no tengo ganas, y verdaderamente a mí se me han caído de...

CR.- Pero es que yo creo que esto, como todo ya lo de los exiliados en México, ya es la...

AB.- Pues ya se ha pasado, es que ya no hay, ya no hay lucha, ya no tienes por qué luchar.

CR.- ... ya es la degeneración, claro.

AB.- Sí, es lo que te quiero decir yo, ya tampoco tienes un por qué de luchar, por aquellos de la cárcel, ni por esto, ni por lo otro. Yo digo que ya hemos hecho nuestro trabajo en el momento que, que lo hemos necesitado, yo creo que sí, he cooperado lo que he podido, pues sí.

CR.- Ahora, yo aquí siempre me he preguntado una cosa: ¿nunca se planteó dentro de la Unión de Mujeres que desde luego había que ayudar a la gente en España y a los presos y a los perseguidos, etcétera, pero nunca se planteó dentro de esta organización que aquí también había gente ne

cesitada a la cual se le podría ayudar en un momento dado?

AB.- ¿A los mexicanos?

CR.- A los mexicanos.

AB.- Pues fíjate, yo nunca lo oí que se planteara, ¿eh?, nunca; yo eso no lo oí, yo, yo no lo he oído. Si lo han dicho... por lo menos cuando yo he estado nunca se ha dicho.

CR.- ¿Teníais contacto con, con organizaciones de mujeres mexicanas?

AB.- Bueno, sí, sí, se ha tenido, porque muchas veces han venido mujeres a reuniones, o nosotros... yo no he ido, pero pues ha ido Cande o ha ido la plana mayor a, a los actos de las mexicanas, porque han tenido más contacto que yo. Y eso, yo sé que sí se ha tenido contacto, y doña Amelia, Amalia* ha venido siempre a nuestro acto y todas estas cosas. Pero no abiertamente decir: "Aquí estamos nosotras para ayudar". No sé. ¿Tú crees que los mexicanos también nos hubieran admitido?

CR.- No, no lo sé, realmente no lo sé, pero es una pregunta que yo me hago: ¿se intentó alguna vez?

AB.- Bueno, delante de mí no, delante de mí no.

CR.- Claro, aquí los españoles entraron muy condicionados, y la primera condición fue no participar en política mexicana...

* Amalia Solórzano Vda. de Cárdenas.

AB.- En política... eso también.

CR.- ... eso es cierto. Pero yo creo que ya llega un momento de la emigración que, que ya hay que replantearse esta si tuación, ¿no?, y que realmente ningún grupo político lo hace.

AB.- Lo hace.

CR.- Porque, bueno, tú misma has dicho: ya la Unión de Mujeres, ya las reuniones que tienen son de carácter social.

AB.- Yo creo que sí.

CR.- Yo también, estoy segura.

AB.- Yo creo que sí.

CR.- Bueno, entonces yo me planteo: ok, para México no, porque hay un acuerdo, tácito o escrito, me da igual, pero hay un acuerdo que no se puede participar, etcétera, etcétera. Pero, bueno, tenemos al pueblo de El Salvador...

AB.- Sí.

CR.- ... tenemos a los guatemaltecos.

AB.- Bueno, pero cuando Nicaragua ya ves que sí, que ayudamos, porque económicamente sí lo hemos hecho, y hemos dado di nero en esos momentos, y yo he ido a hacer paquetes y a escoger ropa y eso. Claro que ya fue muy a última hora, pero, pero sí hicimos.

CR.- Sí hubo contacto.

AB.- Y por El Salvador, yo no he ido a esa reunión pero le he dado cien pesos a Juana y le he dicho: "Ahí está mi par-

ticipación", ¿no?; claro que es muy cómodo, yo no digo que no. Pero ha sido poca, ¿no? Pero yo creo que, que sí tenemos aún ánimo de lucha y si nos pidieran participar sí participaríamos.

CR.- No, yo también lo creo, porque creo que en este sentido la Unión de Mujeres ha sido un grupo ejemplar, ¿no?

AB.- No, sí que ha sido ejemplar porque ha durado mucho tiempo y sí se ha ayudado; digan lo que digan, sí se ha ayudado. Porque yo ya te digo, yo tenía que coser, yo tenía que atender una hija, y yo me moría de sueño y agarraba la pluma y estaba yo escribiendo unas cartas a esta gente, que después me ha dado mucha satisfacción llegar a España y encontrármelos, y quererlos, y ellos me querían a mí, eso sí me ha dado una satisfacción grande. Y eso, aunque he llegado aquí y a lo mejor no me han hecho suficiente caso o me ha parecido a mí eso, no me ha importado. Yo he tenido la satisfacción, que la he llevado yo dentro y la he saboreado yo, y eso me ha llegado al alma. Yo también tuve un poco una vez, un poco así, de... con Aurelia*, puede ser que nuestros caracteres, porque un compañero mío de Rusia, que es ese que yo te cuento que salió antes que mi marido de guerrillero, un tal Fábregas, Emiliano Fábregas, fue el que fue a España cuando la huelga de los tranvías, en el 51, y lo cogieron, y ése estaba en la cárcel. Y un día vino -aún estaba el partido en

* Aurelia Pérez Pijoan.

Prim-, entonces Salvadores nos reunía a las compañeras que habíamos venido de Rusia porque él quería hacer un grupo para la lucha, pero muchas... las chicas fallaban, solamente Carmen y yo éramos las que nos echábamos para adelante. Nos leyeron... era un grupo de presos, entonces salió este Fábregas -yo no sabía que Fábregas estaba en la cárcel-; entonces yo dije que yo me encargaba de Fábregas, porque aunque no, yo no comiera, él iba a tener mi ayuda, y Pepita que estaba en Francia. Y entonces salió Nome... no Nome, Muni, Múni, no sé si conoces a Muni, era un catalán, y me dijo que...

CR.- Sí, sí.

AB.- ... y García Lago, que de qué conocía yo a Fábregas. Le digo: "Hombre, que si conocía yo a Fábregas. Aparte de que lo conocí en España en la lucha, lo conocía en Rusia mucho, y yo quiero encargarme..." No me dejaron.

CR.- ¿Y por qué?

AB.- No lo sé, no me dejaron. Y después murió... yo me comuniqué con ella, fui a verla, porque cuando yo fui a ver al preso de Paquita* me dijo: "Amparo, pues mira, yo no sé si tú conocerás a un compañero que estuvo en Rusia y ayer vino a despedirse porque a él, cuando salió de la cárcel después de no sé cuántos años, lo mandaron deste

* Paquita Riera.

rrado a Mora de Aragón, allá por Aragón, a un sitio, a una mina -dice-, ayer estuvo a despedirse de nosotros Pepita y Emiliano Fábregas". Y mira, yo los adoraba, ¿no? Y entonces yo le dije: "Bueno, dime si están aquí, porque quiero verlos". Dice: "No, ellos salieron anoche". Cuando yo volví otra vez a Barcelona y fui a ver otra vez a esta chica, porque yo a veces he ido a volverlos a ver, ¿no?, me ha dicho: "Amparo, ¿sabes quién han llegado? Pepita y Emiliano".

CR.- A Barcelona.

AB.- A Barcelona. Porque a él lo sacaron de la cárcel y le dijeron, lo sacaron de la cárcel y le dijeron: "Pero a Barcelona no puedes volver, tú vas desterrado". Dice: "Pues mire, mira, si yo no puedo volver a Barcelona, dale unos abrazos a mis padres que tienen ochenta y noventa años, me vuelvo a meter a la reja. No me importa salir".

CR.- ¿Y la mujer estaba ya en España o estaba en Francia?

AB.- Estaba en Francia, pero había venido ya porque sabía que él salía, con una hija, que la otra se le había casado en Francia. Y entonces le dijeron que sí, que podía estar tres días en Barcelona, que fue esos días que se fueron a despedir de estos amigos. Pero cuando yo ya volví a los dos o tres años o no sé cuánto, me dijo esta chica que estaban y habían llegado hacía unos días. Entonces la llamó por teléfono mi amiga, a Pepita, la chini

ca esta, y le dijo: "Mira Pepita, aquí hay una persona muy amiga tuya, te la voy a pasar". "Pero quién es, dime". "Nada, te la voy a pasar". Entonces digo: "Pepita...", y al hablarle [llanto] pues claro, Pepita me conció, dijo: "Pero no puede ser la persona que yo me imagino, porque está en México". Y dije: "No, pues soy yo". Claro, ella quería mucho a mi hija, y entonces a ella le habían contado de mi hija y le habían contado de mi marido, y entonces me preguntó: "Amparo, ¿es cierto que se murió Ana María, y es cierto que Eduardo te hizo esto?", porque ella estaba en Francia cuando sucedió todo esto. Y yo dije: "Pues sí". "Vente para acá". Mira, yo caí por las escaleras, rompí el tacón, cogí un taxi y me fui. Bueno, pues allí nos contamos todo. Y el marido llegaba muy tarde, Emiliano, que él era perito aparejador en España y estaba de albañil en, en una obra en el Paseo de Gracia. Y dijo: "Mira, Pocopelo -que le llamábamos al marido- viene, viene mañana, cuando yo le diga que estás aquí, Amparo, no se lo va a creer". Y al día siguiente yo fui: bueno, pues tú no sabes, allí un amor todos, grandísimo. Pero este chico cayó un día del andamio, y es que tenía un tumor en la cabeza de los palos que le habían dado en la cárcel. Y un día me escribió Pepita y me dijo que, que Emiliano estaba muy enfermo y yo le di...

CR.- ¿Tú ya estabas aquí?

AB.- Sí, yo ya estaba aquí, esto hace mucho. Le dije a Aurelia, le digo: Mira Aurelia, qué carta me ha mandado Pepita, la mujer de Fábregas", porque Fábregas era un dirigente catalán. Y dice: "Bueno, ¿y qué podemos hacer?" Digo: "Pues yo creo que podemos ayudarle, ¿no?, podemos ayudarlo". "Bueno, pues sí, le vamos a mandar dos mil pesetas", pero así, un poco retirada. Porque parece ser que surgió un problema con él, con el partido en la cárcel, porque el Jesús aquel Telfil*, que yo iba a ver a la mujer, que fue quien me puso en contacto con ellos, me dijo, dijo: "Fue una pena porque un gran luchador ha sido Fábregas, y ahora ha habido un problema con el partido, algo que no estaba de acuerdo, entonces el partido lo echó de lado". Y entonces Aurelia me dio las dos mil pesetas, yo le añadí mil pesetas más y se las mandé a Pepita. Bueno, después se murió Emiliano. Me llamó Aurelia y me dijo: "Se ha muerto Emiliano". Claro, yo le escribí a Pepita, le mandé dinero y después Pepita se puso a trabajar, la metió Salvadores en la librería que tenía la mujer de Salvadores, allí, a trabajar.

CR.- En Barcelona.

AB.- En Barcelona. Y un día fue Aurelia, y Pepita Salvadores se la presentó: "Es la mujer de Fábregas", y Pepita la saludó muy fríamente: "Pues tanto gusto". Y entonces Aurelia vino y me dijo: "Oye, pues sabes que he estado con la

* Así se escucha.

le mejor sabor. Después de todo yo no puedo decir que no, en los momentos buenos no le he sacado sabor a la vida también, porque le sacas sabor a la vida cuando tienes a tu alrededor gente que te quiere y que tú quieres, que compartes con ellos lo bueno y lo malo, y yo eso he tenido la suerte de tenerlo, pues no puedo tampoco pedir mucho más. Yo creo que he tenido bueno y malo; mucho malo, pero también he tenido mucho bueno, que eso es... bueno, también.

CR.- Pero yo creo que también has tenido mucho bueno porque eres una persona, eh, especial en ese sentido y a todo le sacas algo bueno.

AB.- No, eso no, no.

CR.- Eso sí. Esto, fíjate, yo tenía aquí esta pregunta que de hecho ya me la has contestado, pero yo quisiera que, que profundizáramos un poquito más en ella. Tú has dicho que no sabes si vas a participar en política o no. Tú de hecho has sido toda tu vida una mujer que, aunque aparentemente no lo hayas hecho, siempre has estado participando en política.

AB.- Puede ser que sí, que tengas razón en eso, sí.

CR.- Siempre.

AB.- Sí.

CR.- Porque, porque tu mente está en eso...

AB.- Eso es cierto.

CR.- ... y porque has estado formada así, y porque... cuando dejaste el partido participaste ya aquí en la Unión de Mujeres, y porque si luego te alejaste de la Unión de Mu jeres, por lo que ya contaste, cuando entraron todas estas personas y tal, pues de hecho en tu trabajo realizabas una labor política...

AB.- No, en eso sí estamos de acuerdo.

CR.- ... porque es tu forma de ser y es tu formación. ¿Por qué te entra esta duda ahora al irte a España?, que realmente...

AB.- No sé, no sé, puede ser que sea ya la edad, que a lo mejor uno, no sé, siente que no tiene las fuerzas. Entonces como no sé cómo se van a plantear las cosas, pues no pue do decir: pues sí, lo voy a hacer. Claro que aunque, aun que no salga... ¿qué te digo yo?, aunque no me, me asocie al partido o sea militante del partido, yo siempre seré, siempre seré comunista, aunque no milite en el partido, eso, eso lo sé yo. Porque hoy mismo leía el periódico y me enciende, eh, me enciende Reagan, me enciende, me enciende todo lo que se está comentando; y claro, pues tengo que luchar, aunque no quiera, tengo que hablar siempre en contra de lo que no estoy de acuerdo, ¿no? Y claro, yo siempre estoy de acuerdo más con la izquierda que con la derecha, eso ni qué decir. Así es que no sé si me iré por las barriadas a convencer, o a no convencer,

eso no lo puedo decir, pero a lo mejor sí. O a lo mejor no, a lo mejor me quedo en mi casa, que... mal me sabría quedarme en mi casa viendo la televisión así, porque como que ya es una, un parásito uno, ¿no? Pero qué bien si me saliera de la otra manera, pues ojalá, eso ya [risa] se puede decir más adelante, hoy en día no lo sé.

CR.- Y eso no lo puedes saber.

AB.- No lo puedo saber.

CR.- Pero por ejemplo ahora, en este momento, aquí en México, ¿te interesa la política de España?

AB.- Pues me interesa la política de España, pero lo que yo veo es que en España... no sé, como estoy aquí tampoco puedo decir qué es lo que pasa en España, pero lo encuentro todo tan enredado, tan enredado, en que no veo que, que la democracia salga para adelante, ¿no? Vaya, para adelante, porque ahora mismo leí que, que lo de la OTAN lo perdimos, ¿no? Claro que piensan que los socialistas van a entrar al gobierno y vamos a tirarla al suelo a la OTAN. Ojalá, pero... puede ser que por mi edad [risa] ya veo las cosas más, más dudosas que, que las veía cuando tenía veinte o veintidós años, ¿no?

CR.- No, bueno, y muchos más, porque yo creo que siempre has estado clara. Y por ejemplo ahora, al volver a España, ¿te identificarías con la política que está llevando allí el Partido Comunista Español?

AB.- Pues no sé, porque no estoy metida, no he leído, pero no sé por qué a mí, dentro de mí, hay una cosa reacia hacia el partido, sobre todo hacia nuestro mero jefe, secretario; no sé por qué, quisiera analizarlo, ¿no?, y pensar por qué, no sé por qué.

CR.- ¿Tú sabes si en, si en España, o concretamente en Barcelona, hay alguna organización de mujeres que dependa del partido, que realice un trabajo concreto de mujeres?

AB.- No lo sé, pero yo creo que sí, que debe haberlo, porque en Valencia lo hay.

CR.- Y por ejemplo, si la hubiera en Barcelona, ¿a ese tipo de organización te gustaría entrar?

AB.- Pues voy a ver, porque si te digo la verdad, puede ser que, que hoy en día yo por mi edad tengo un poco de miedo, fíjate, cobarde a lo mejor ahora, a mi edad.

CR.- ¿Cobarde por qué?

AB.- Cobarde en el sentido de que me veo muy mayor, me siento muy mayor y, y no sé, no sé. Digo: si se gira la tortilla ¿a dónde vamos a ir a parar, qué va a pasar? Eso ya es porque te entra miedo, ¿no?, y soy, soy leal, digo la verdad, ¿no? O porque me siento ahora acobardada por, por ratos, por lo que sea, pero como que, que no sé, no sé, verdaderamente no sé.

CR.- No sabes nada.

AB.- No sé nada.

CR.- Bueno, entonces tu idea en este momento es irte a Barcelona...

AB.- Sí.

CR.- ... instalarte...

AB.- Instalarme.

CR.- ... y después ya verás.

AB.- Y después ya veré, sí. Según el ambiente y según como yo me encuentre, eh, podré hacer. Porque verdaderamente ahora en este momento no, no, no sé, he perdido yo mucha energía y he perdido, no sé, carácter, el mío, yo digo que no sé si se vuelve otra vez a recuperar uno, puede ser que sí.

CR.- Pues honestamente yo creo que sí, Amparo, porque si en circunstancias muchisisísimo peores que éstas lo has recuperado, por qué ahora no lo vas a recuperar.

AB.- Pues no sé. Es por eso lo que te digo, yo creo que el organismo pierde fuerzas y no sé si a esta edad mía se recuperan. En fin.

CR.- Bueno, pero yo creo que en tu caso el organismo no ha perdido fuerzas, porque estás estupendamente bien de salud, tu único problema ha sido la caída que tuviste del brazo, que ya estás recuperada, mucho antes de lo que se hubiera recuperado cualquier otra persona.

AB.- Pero fíjate que no me siento recuperada; puede ser que me sienta recuperada del brazo, pero yo, adentro, no soy la que era, no sé, no sé por qué. A ver.

CR.- Bueno, quizá estás viviendo un momento también difícil de

que ya tenías todo preparado y que tuviste que frenar tu viaje.

AB.- Sí, todos me dicen eso, puede ser; y yo creo que eso a mí no me afecta y todo el mundo dice que sí. También que he salido de mi casa, que no estoy en mi casa; estoy muy bien, pero no estás en tu casa, ¿no? Estás muy bien, pero claro, toda la vida estar en tu casa y de momento una cosa y otra juntas, puede ser. Pero en fin, todo eso vamos a dar tiempo al tiempo, ¿no?, a ver qué...

CR.- Claro. Bueno. Yo creo que en este sentido hemos terminado con lo que respecta a tu vida personal. Ahora yo quisiera hacerte una serie de preguntas ya sobre opiniones tuyas desde luego, tuyas nuevamente, pero de cosas ya más generales y más... ¿Cuál sería tu opinión, así, general de los refugiados españoles en México? ¿Cómo verías tú al exilio español en México?, como exiliada que eres, pero como una exiliada un tanto cuanto peculiar porque viviste en la Unión Soviética, llegaste aquí cuando el exilio pues ya estaba más o menos fincado, ¿no?, digamos.

AB.- Pues yo pienso que es que el hombre, como decía Lenin, según come piensa, ése siempre ha sido mi lema y creo que es cierto. Porque yo llegué aquí y, claro, de donde venía, me llevé mucha desilusión, mucha, porque venía de una lucha; quieras que no, nada más el sobrevivir allí ya era una lucha, ¿no? Entonces llegué aquí, vi la gen

te acomodada, algunos más y otros menos, pero casi todos, aunque los menos, también se habían aplatanado, como dicen aquí, ¿no? Claro, tenían su razón también, no estaban en la lucha, porque aquí no había lucha después de todo. Aquí luchaban por sobrevivir y todo esto, y de cuando en cuando se reunían, pero esas reuniones... eh, en el momento que yo llegué; después sí, después cambió un poco cuando ya se abrió un poco España para poder ayudar, que es cuando vino la época en que se ayudó a los presos y todo eso, yo creo que se luchó más en esa época que cuando yo llegué. Entonces no, no, no es que los critique yo, yo creo que fue el sistema, que fue los momentos de la vida, que venían de un campo de concentración, de sufrir y todo esto, y como tuvieron la suerte, sí, la suerte de llegar a un país que fue fácil abrirse las puertas, ponerse a trabajar, recuperar, pues recuperar... ¿qué te quiero decir yo?, vivir más tranquilos, sin preocupación, después de cinco años de guerra y todo esto, pues cada uno cogió su forma de hacer las cosas de una manera y se acomodaron. Claro, eso no, yo no sé, no puedes juzgarlos mal, porque si, si era el sistema de vida y venían ellos de donde venían, de sufrir, y encontraban bien pues que sus hijos "¡hala!, pues que no estudien, porque ya luchamos bastante nosotros y sufrimos..."; entonces yo creo que hasta se les cambió la forma de pensar. Pero puede ser que sea así, como decía Lenin: "Según comes, piensas".

Si ya comías, pues ya no tenías tanta preocupación de muchas cosas, ya se te olvidaba hasta la lucha, ¿no?, puede ser. Y claro, pues mi manera de ver las cosas pues, que llegué aquí y me fue puede ser que más difícil que a otros el echar para adelante, poder pagar una casa, educar una hija, pagar el colegio y todo esto, pues yo creo que yo seguía luchando, ¿no? Pero no por eso tengo que juzgarlos más mal o más bien, porque pues yo pienso que cada uno pues es adentro... él, él debe ser testigo o debe ser juez de su, de sus mismos actos, ¿no? Pero yo los encontré un poco des... como si fuera en descomposición, o sea que esperaba encontrarlos más luchadores y no los encontré. Pero sí he llegado a pensar pues que cada uno puede hacer lo que quiera, ¿no?

CR.- Claro. Y esta primera idea que tuviste ¿a lo largo de tu estancia en México cambió?

AB.- No, no, no ha cambiado, no ha cambiado. Puede ser que yo sea la que haya cambiado [risa], también porque me haya acomodado o algo así. Pero no, no, porque después se ha ido descomponiendo todavía más. Hubo una temporada que sí, que luchamos y por los presos, y se, y se hizo bastante, pero yo creo que no se hizo todo lo que se debía de haber hecho; porque la gente estaba muy acomodada, podía haber ayudado más, podía haber dado más, pero en fin, se logró algo. Pero hoy en día no, hoy en día está

todo descompuesto. Claro, son muchos años, nos hemos vuelto viejos y eso también yo creo que hace.

CR.- Tú has vivido la mayor parte de tu vida en México, ¿no?

AB.- Sí, sí, sí.

CR.- ¿Más años que en España?

AB.- Sí. Y más años que en Rusia.

CR.- Y más años que en Rusia. ¿Hoy en día con cuál de los tres países, o de los tres pueblos digamos, te identificarías más?

AB.- Pues yo, identificarme más, me identi... con los rusos, fíjate; con los rusos, no digo el gobierno ruso sino con el pueblo ruso, me parece más humano, más luchador. Claro, es también el sistema de vida que han llevado y el sistema de gobierno que han podido tener. Porque no voy a culpar a los mexicanos de esto y de lo otro, si ellos no tienen la culpa si no pone el gobierno nada para enseñarles porque no le conviene. No es que a mí los mexicanos me han hecho nada, al contrario, estoy agradecida con ellos y no he tenido problemas nunca con ningún mexicano, ni he vivido mal; tengo mucho que agradecer a México, quiero mucho a México. España no sé, porque cuando he ido no me he sentido a gusto.

CR.- ¿Por qué?

AB.- No sé, no sé, pero no me he sentido a gusto. He tenido que estar con los míos... con quien me he sentido a gusto ha sido con mis amigos de Rusia. [Interrupción].

CR.- Decías que con los que más te has identificado en España han sido con los españoles que conociste en la Unión Soviética.

AB.- En la Unión Soviética.

CR.- ¿Y, y en México? ¿Sientes que en México ha habido identificación? Vamos a dividir esta identificación: por un lado con los refugiados españoles, que sería tu grupo digamos, y por otro con los mexicanos, ¿ha habido identificación?

AB.- Sí, porque pues sí, yo tengo amigos mexicanos y gente conocida mexicana que sí, me he identificado con ellos, que siempre... bueno, es que, claro, siempre han sido trabajadores, porque yo con gente intelectual mexicana pues no he tratado porque no soy intelectual, entonces no me he podido poner al alcance de nadie de esta gente [risa].

CR.- Bueno, pero yo creo que sí has tenido...

AB.- Bueno, sí he tenido tratos, ¿comprendes?, pero, eh, pero estos yo los conceptúo mis amigos; con los que he tenido trato ya los conceptúo mis amigos, sí, claro. Pero tampoco son mexicanos, porque la mayoría son hijos de españoles o son españoles, esta gente, ¿no?, entonces esos son los españoles. Pero lo que se llama mexicanos, mexicanos, pues han sido más pronto con los trabajadores, con vecinas de

donde he vivido, y, y nunca he tenido problemas, o sea sí me he identificado con ellos. Claro, ahí lo malo es que siempre ellos me, me han visto a mí como superior a ellos, ¿no? Entonces yo me he identificado, pero ellos han sido los que se han identificado conmigo y han querido, ¿no? Yo me he entregado también a ellos, y sí, no tengo nada, nada en contra, lo que siempre pienso es que el pueblo este debía de, de ir más adelante y pensar más en ello y levantarse, no sé, ayudarse más y hacer más, pero no sé cómo se va a lograr, eso sí no sé, en fin.

CR.- Se habla mucho de la nacionalidad y de la patria y etcétera, etcétera. Esto, yo no te preguntaría cuál es tu concepto de patria porque eso es tan...

AB.- No, no la tengo.

CR.- ¿No la tienes?

AB.- No la tengo.

CR.- ¿Por qué no la tienes?

AB.- Porque yo no me siento ni más española, ni más mexicana, ni más rusa. Te digo la verdad: no sé. La gente me puede juzgar mal porque yo soy española, pero es que yo he vivido más fuera de España que en España. Sí soy española, soy española, pero cuando llego a España me siento mexicana, pero mexicana.

CR.- ¿Y aquí?

AB.- No, aquí me siento española, aquí soy española, porque yo soy española. Pero si tuviera que defender a México, yo creo que también lo defendería a México, y fuera de México lo defiende siempre a México. Y a Rusia la defiende siempre, siempre. Rusia, para los ocho años que, que hemos estado allí, será porque han sido los ocho años tan activos, tan, tan vividos, más que en ninguna parte; porque han sido los años más, más vividos de mi vida, han sido los ocho años de Rusia, yo creo. Entonces pues hazte de cuenta que he vivido mucho más que en los demás lugares, entonces me siento identificada con aquella gente y la defenderé siempre, a Rusia, yo no me meto con el gobierno ni con muchas cosas de las que pasan, ¿no?

CR.- Eh, retomando esto que has planteado, entonces, yo te preguntaría... bueno, esto... o sea te preguntaría: ¿qué has recibido de la Unión Soviética?, ya me lo has contestado, ha sido la parte más, más intensa, digamos, de tu vida...

AB.- Más intensa de mi vida.

CR.- ... que tú has recibido mucho, ¿no?

AB.- Mucho.

CR.- Y diste mucho también.

AB.- Pues sí, di y por eso recibí. Yo creo que cuando das, recibes.

CR.- ¿Qué has recibido de México?

AB.- No, de México he recibido mucho, mucho; porque yo llegué

aquí y, y encontré las puertas abiertas, no tuve nunca tropiezos, trabajé honradamente, pues pude salir adelante, eso es mucho, ¿no? Yo trabajé, ah bueno, pero también me respondieron, ¿no? Y pude levantar, educar a mi hija hasta, hasta donde tuve que llegar, y seguir viviendo, que ya es bastante, ¿no?; porque no pensé en otras trastadas, ¿no?, o por la gente que me rodeaba o porque yo tuve fuerza de voluntad y pude seguir adelante viviendo después de los problemas que tuve, ¿no? Entonces pues sí, recibí de México, porque si no hubiera estado a gusto o no hubiera sentido calor y cariño, pues puede ser que sí, o me hubiera ido o hubiera hecho alguna barbaridad; desde el momento en que no lo hice quiere decir que sí, que recibía de México.

CR.- Tú en México, como mujer, como trabajadora... claro, como trabajadora, digamos...

AB.- Superior, ¿no?

CR.- ... superior, ¿no?, de un estatus económico y social superior, ¿te identificas con la problemática de, del pueblo mexicano?

AB.- No, sí, yo sí me identifico, lo que pasa es que quisieras, no sé, que el pueblo se pudiera, no sé... se pudiera, no sé, adelantar más y, y poder cobrar o, ¿qué te digo yo?, realizar otras cosas que, que pudiera estar mejor y pudiera alcanzar un bienestar mejor del que tiene, eso es

indiscutible; porque tiene posibilidades para tenerlo, lo que pasa es que no lo dejan. Entonces pues claro, habría que... yo digo, sí, que, que puede ser que yo fui una de las que no ayudé bastante a, al, al pueblo, a la gente trabajadora quiero decir yo.

CR.- ¿Por qué piensas esto? O sea ¿en algún momento tú te planteaste entrar a alguna organización mexicana que te permitiera llevar a cabo este trabajo político que tú llevas por dentro?

AB.- No, no me lo planteé, fíjate. Puede ser o que estaba abstraída con mi trabajo o con mis problemas, o que pensaba yo en aquellos tiempos, mucho más joven, más inmadura, que cumplía, debía cumplir más con los de España que los de aquí. Hoy en día puede ser que no piense de la misma manera, cuando hago mi examen, ¿comprendes? Porque si has estado aquí, has comido de aquí, has vivido aquí, yo creo que teníamos un poco de obligación de ayudar más aquí. Eso, pero hoy, lo pienso, puede ser que sí, que lo debía, lo debía de haber hecho.

CR.- ¿Esto por ejemplo se llegó a plantear alguna vez en, en el interior de la Unión de Mujeres españolas?

AB.- No. No, siempre se decía: "Tenemos que ir a una fiesta que hacen las mujeres mexicanas, que nos han invitado. Tenemos que, que ayudar...", pero a México no creo, era siempre para las repúblicas estas. Yo nunca he oído más

que: "Tenemos que ir a la Universidad Obrera que esta no che hay un acto de mujeres", que primero era el nuestro y luego era el de ellas y eso. Yo no he oído más. Porque ahí no estábamos encauzadas tampoco nosotros: éramos nosotros, para nosotros, porque yo no...

CR.- ¿Y esto a qué lo achacas?

AB.- Pues no sé. O que no pensamos, o que no trabajábamos bien, una de dos; o que no llegamos a pensar nunca dónde estábamos y lo que teníamos que hacer.

CR.- ¿En este sentido tú crees que habría alguna orientación concreta del Partido Comunista?

AB.- No, el Partido Comunista yo no creo que...

CR.- No del mexicano, ¿eh?, del español.

AB.- Del español. Yo nunca que he ido han planteado "hay que ayudar a México" ni "hay que darle a México"; por lo menos cuando yo he ido, no sé si antes o después ha sucedido.

CR.- No, por eso, o sea si había una orientación concreta en el sentido inverso, me refiero, o sea si había alguna orientación concreta del partido de no meterse en política mexicana o...

AB.- Ah bueno, eso también lo oí yo, que hay quien decía, ¿no?, que no, no se podía, que aquí habíamos venido pe... -ahora recuerdo estas palabras, ¿eh?- que habíamos venido pero no podíamos meternos en política. Eso yo creo que, que lo oí yo cuando llegué, me parece.

CR.- Bueno, cuando llegaron los primeros refugiados en el año

39 sí se les entregó un escrito planteando que se comprometían a no meterse en política.

AB.- Ah, que no se metieran. ¿Ah, ves?, ahora lo recordé.

CR.- En aquel entonces, por supuesto, porque bueno, luego está el Artículo 33 que se les puede aplicar y etcétera. Pero bueno, claro, pasaron los años, muchos se nacionalizaron mexicanos...

AB.- Y otros ya nacieron.

CR.- ... y pues los hijos ya nacieron aquí, ¿no?, muchos de ellos. O sea yo me refería a si... por ejemplo cuando tú estuviste tan activa en la Unión de Mujeres, que ya fue más o menos por los años sesentas, ¿no?...

AB.- Pues sí, del cincuenta y tantos, cincuenta y tantos...

CR.- Del cincuenta y tantos a los setenta y tantos, porque hablabas de la ayuda a Chile y etcétera, etcétera, ¿no? Eh, durante este periodo de la Unión de Mujeres ¿tú crees que hubo alguna orientación en este sentido por parte del partido o no?

AB.- No, del partido yo como no, no pertenecí...; puede ser, pero como las compañeras del partido se reunían aparte ellas y se los comían y se los arreglaban, por lo menos así, en plantear, yo en las reuniones no recuerdo haber planteado. En hacer visitas o ir a los actos, sí, en ir a los actos sí, de las Mujeres, sí. Pero siempre iban Candalaria, Eladia, Aurelia, las del comité. Claro, yo no iría

porque no me vendría bien o porque no querría, pero bien hubiera podido ir, ¿no?

CR.- Bueno. ¿Encuentras que hay diferencias entre una familia de refugiados españoles en México y una familia mexicana?

AB.- Sí, sí que hay, yo sí, yo creo que sí que hay, sí.

CR.- ¿Por qué?

AB.- No sé. Ven, yo creo que ven las cosas de otra manera.

Porque queramos o no, pues nosotros, pues nuestra vida me parece a mí que ha sido de otra manera en España, y ellos, no sé, ven, ven las cosas de otra manera completamente.

CR.- Otro enfoque.

AB.- Otro enfoque, eh, en muchas cosas. Porque ya ves que cuando empiezan a cruzarse ya los matrimonios y las parejas, pues sí hay algunas que salen bien, porque han salido bien algunas, pero la mayoría no salen bien. Y no soy de aquellas malinchistas de que "no, no, porque te casastes con una española" o "te casastes con un español", pero yo creo que tardará mucho esto a poderse...

CR.- Reajustar.

AB.- ... reajustar, porque sí. Pero yo creo que eso no solamente sería en México, porque en Rusia también pasaba.

CR.- Pasaba en Rusia eso.

AB.- Sí, sí, sí. Y yo creo que tiene que ser, como si te casaras con un alemán o con un francés; no creo que sea problema de México, yo creo que es el problema vital de,

pues no sé, de las familias, de las nacionalidades de cada uno, ¿no?, las costumbres.

CR.- Claro. Esta sería una pregunta que se derivaría de la anterior, pero pues yo creo que va a ser lo mismo, ¿no?: ¿encontrarías diferencia entre una mujer española y una mujer mexicana, en cuanto a su conducta hacia el hogar, hacia el marido, hacia los hijos, hacia el trabajo?

AB.- Pues también lo hay. Y eso no quiere decir que han salido mujeres mexicanas estupendas que se han enamorado como locas de los españoles, porque eso sí lo ha habido, y se han entregado completamente al marido y al final piensas que son, que son españolas, ¿no? Pero por el cariño y porque pasaba como con las rusas: a los españoles, no sé por qué, toda la mujer de todos los países lo ha idealizado de tal forma que, que, bueno, como un español no hay nada, ¿no? Y claro, detrás de eso pues va viniendo la entrega hacia él completamente... eso no quiere decir que de vez en cuando saque las uñas, ¿no?, pero sí, se entregan...

CR.- ¿Y tú qué piensas de esto que acabas de decir, de que "como un español no hay nada"?

AB.- No, yo no, yo no pienso que como un español no hay nada, puede haber otra clase de hombre que a lo mejor. Claro, no lo sé, porque no los he probado y no me he casado y no sé. Porque yo tenía una amiga española que se casó con un ruso y no, yo no hubiera congeniado con un ruso.

CR.- ¿Y no, no conoces por ejemplo de ninguna española que se haya casado con un mexicano?

AB.- Con un mexicano... pues no, fíjate, yo no, yo no. Aparte, yo tampoco me parece que me casaría con un mexicano.

CR.- ¿Por qué?

AB.- No sé, no sé, me parece eso; no sé, fíjate, yo no sé por qué digo eso. Pero es que como no he tratado mucho a los hombres mexicanos así, no sé. No, no los conozco yo creo, porque para un hombre no es... tienes que tratarlo mucho, mucho, mucho a un hombre para saber cómo es y...

CR.- No, yo creo que además lo que hemos visto a nuestro alrededor ha sido a la inversa, ¿no?, la mexicana casada con el español.

AB.- Sí, sí, sí.

CR.- Pero pocas, pocas... en el medio de los refugiados se ha visto poca...

AB.- La española yo...

CR.- La refugiada de verdad, ya no hijos. Porque ya esta segunda o tercera gene... ya en esta tercera generación sí se da, claro, pero en lo que sería tu generación o mi generación.

AB.- No, ya es... No, en mi generación, imagínate. Porque sa limos muchísimas, pero no se casaron mucha gente ni con rusos... con franceses yo creo que se casaron más.

CR.- Más.

AB.- Puede ser que fuera la situación de llegar a Francia, de que después vino la guerra y muchas mujeres, los maridos se habían ido ya fuera a Rusia o habían muerto, habían desaparecido, sí se casaron. Pero no te creas que tampoco acabaron muy bien, ¿eh?, porque yo conozco de dos o tres, tampoco han acabado muy bien.

CR.- Casadas con franceses.

AB.- Con franceses. O porque beben o por esto, o porque tienen mal humor o porque tienen mal genio; claro que el español tiene más mal humor que todos, pero como que se lo perdona más que si es un mexicano o es un francés.

CR.- Bueno. Amparo, el exilio, tomando en él, claro, tu estancia en Francia, tu estancia en la Unión Soviética y tu estancia en México, independientemente de toda tu vida personal, ¿qué ha significado el exilio para ti?

AB.- Pues yo fíjate que siempre digo que yo he sufrido mucho, he pasado mucho, pero nunca he estado arrepentida de haber salido de España y haber pasado todo lo que he pasado, porque yo creo que he aprendido mucho; y pues también es una, ha sido una escuela muy, muy grande. Porque yo voy a España, y he vivido aquí, entonces siempre veo que las personas que hemos corrido tanto, que hemos visto tanto, que hemos vivido tanto -me parece a mí, ¿eh? me parece a mí, es una idea mía-, podemos convivir más con los demás que las que están en España y no han sali-

do. Siempre tienen muchos más problemas que nosotros, no sé, menos asequibles a la gente, no, no se perdonan las cosas, no, no conviven como, como nosotros hemos podido convivir con más gente, estar con más gente. Entonces creo que eso ha sido una escuela. Porque vas a la universidad, claro, tomarás una materia y aprenderás de aquello, entonces nosotros hemos aprendido de la vida, ¿no?, las cosas de la vida. No hemos aprendido, claro, ninguna materia interesante, pero... interesante sí, porque ha sido la vida; significativa: o derecho o geografía o literatura, de eso no hemos aprendido, pero hemos aprendido otras cosas que también se han necesitado para vivir. Y yo siempre lo digo: he llegado a España y yo he tratado con una persona que ha estado en Rusia, que ha pasado parte de lo que yo he pasado, y conmigo y eso, y, y encuentro otra, otra forma de explicarse, otra forma de conversar, otra forma de cambiar sus pensamientos con los míos, con otro. Porque yo he estado aquí en la Imprenta Madero y, y a veces he estado en la cocina y se viene un muchacho: "¡Ay, señora, cuéntenos, sí, cuéntenos!" y "¡Ay!, con usted no nos cansamos porque usted nos platica bonito". No les platico bonito, lo que les platico cosas que yo he pasado o que he pensado o que me han ocurrido, entonces les parece interesante. Porque qué ha pasado esta... digo pobre gente: no pobre gente, pero esta gente que no

se ha movido de aquí, que no ha visto más que la miseria de su casa, nada, la tortilla, y no ha visto nada más, o ha leído un paquín y no sabe más; entonces pues digo yo, eh, muy corto, ¿no? Y he llegado a España y las amigas les pasa igual, las que han venido a la escuela conmigo y a lo mejor las que son maestras: "¡Ay, no, Amparo!, ¿por qué esto?" Y yo digo: pues sí, yo salí de España, yo sufrí mucho... Lo veo con mis hermanas, que, que no sé, no son tan amplias, porque todo lo encuentran mal o, o no sé, no sé, no ceden a muchas cosas, ¿no? Cuando llegué aquí, también con mi hermana la de aquí, no, no. Entonces yo dije: bueno, pues sí, he pasado mucho, he sufrido mucho, pero me ha servido para mucho, me parece a mí.

CR.- Ahora, por ejemplo, tus hermanas vivieron en México como exiliadas.

AB.- Bueno, una, la que murió, y la otra pues sí, también vino en el año 43 o cuarenta y... no, 46.

CR.- ¿Y la mayor? También.

AB.- La mayor. Pero no recogió mucho. Porque ya venía de haber sufrido en España la cárcel de su marido y todas estas cosas, pero después ella ya se puso en una posición, en España, bastante bien, pero perseguían al marido, entonces se quiso venir aquí; pero claro, vino con la idea de que el llegar aquí era ya llegar y encontrarlo todo hecho, ¿no? Aunque habían sufrido mucho en España, te quiero de

cir yo, el sufrimiento de España no fue el mismo sufrimiento; que fue mucho sufrimiento, de no tener comida, de no tener muchas cosas, pero no era el haber cargado con los hijos y la casa y los trapos, y las cacerolas que te quedaban por el mundo, y hoy aquí y mañana allá, y encontrarte con los problemas para solucionar. Allí si no había col, comían el pedacito de col que tenían, pero estaban en su casa, no habían perdido lo que se, se quedó cuando acabó la guerra, ¿comprendes? Nosotros fue una evolución muchísimo más grande: el ir a Francia, llegar a los campos, marcharte a Rusia, volver a empezar, venir aquí. Entonces llegamos aquí y aunque no encontramos ni sillas ni nada, no nos pareció tan trágico; y si yo ahora llego a España y no tengo silla, ya no me parece tan trágico tampoco. Entonces yo creo que todo esto pues sí, nos lo ha enseñado el exilio. Por eso digo yo: bueno, sí ha sido muy duro, yo tampoco pido que todo el mundo tenga que pasar por esto, puede ser que haya personas más inteligentes que sin llegar a todo esto puedan asimilar muchísimas más cosas, ¿no?, que yo llegué a asimilar.

CR.- No te menosprecies, Amparo. Por ejemplo, en este sentido, volviendo un poco a lo de la nacionalidad y el sentimiento de nacionalismo, etcétera, etcétera, eh, yo aquí para los españoles encontraría dos, pues dos adjetivos o apelativos: o españoles o refugiados. Por ejemplo tú ahora

ra que vuelves a España... tú antes me decías: yo en España me siento mexicana, y luego viene la contradicción que se da en todos, que aquí en México te sientes española; pero yo creo que aquí hay un tercer factor, por todo lo que has dicho, que sería el estatus de refugiada. Tú ahora... y te lo pregunto porque ya has vivido en España y porque has ido mucho, pero tú en España entonces ¿te sigues... o sea todos estos valores, todas estas enseñanzas que te ha aportado el exilio, y todos estos dramas, etcétera, etcétera, tú en España te seguirías considerando refugiada?

AB.- Pues yo creo que sí. No sé, no sé. Porque cuando fui la otra vez, sería porque no me sentía a gusto o todo eso, me sentía inquieta, o sea no me sentía como en mi casa, así es que puede ser que sí, que me sienta refugiada, no sé.

CR.- Y por ejemplo ahora que ya vuelves a vivir, ¿tú piensas que viviendo allí te vas a sentir como en tu casa?

AB.- No sé, te lo diré después, porque ahora no sé.

CR.- Me lo dirás después. ¿Aquí en México, en alguna ocasión te has sentido como en tu casa?

AB.- Pues sí, fíjate, no, no sé... El primer tiempo, hasta que yo me quedé sola en la casa y eché pa'lante, pues me sentí incómoda, sí, es verdad; y después tuve momentos pues... pero claro, eran momentos de mis problemas personales, me sentí mal; pero cuando ya tomé la resolución de que todo tenía que pasar, que tenía que ser así, pues no,

ya me sentí tranquila. Claro, yo siempre tuve la meta de, de querer volver a España, ¿no?, siempre tuve la meta de querer volver a España. ¿Por qué?, no lo sé, ¿eh?, no lo sé. Pero, no sé, será porque digo: bueno, pues ya estoy aquí, ahora me voy para allá; porque se conoce que tengo que seguir corriendo, será por eso [risa]. Pero ahora yo también digo: bueno, estoy aquí, sigo viviendo en Galveston, tengo dinero para vivir, todo eso, pero como que me parece que sí, que va a ser la vida muy monótona, muy seguir de igual, monótona, ¿no? que -me parecía a mí, ¿eh?- entonces: ah, pues si me voy a España cambio un poco y voy a buscar horizontes nuevos, y ya, ¿no?, eso me pareció a mí. Entonces dije: ah, pues sí, muy bien, me voy para allá. Eso no quiere decir que, que un año venga, no digo para quedarme, ¿eh?...

CR.- O sea tú piensas que esta ida ya es definitiva.

AB.- Yo pienso y quiero que sea definitiva, pero que vuelva a hacer un viaje a veros a todos y a estar aquí un mes o dos, sí pienso. No pienso... ah, porque pienso vivir con alguna ilusión; porque también llegar allí y decir: bueno, ya he llegado aquí, ya he puesto la casa y ya me siento en el sillón y veo la televisión, no. Ah, pues ahora vámonos para México, estamos allí tres o cuatro meses y, y... o dos meses, estamos aquí de nuevo, ahora nos vamos para España... Mientras el cuerpo aguante, pues vamos a hacerlo; ahora,

el día que ya no podamos más, pues como todos los demás, a, a callarse y a morirse, ¿no? Pero si tienes esa ilusión... es que hay que vivir con una ilusión. Porque si aquí ya ha estado toda la ilusión, de jubilarse, de llegar a eso y de, y de ya no salir a trabajar y ya no hacer nada; ir al banco, recoger tus intereses y comprar el pollito o la carne, no, no, no. Porque tampoco puedes salir de noche a ningún sitio y tampoco vives con nadie para de cir: bueno, es que vivo con una amiga y nos vamos a meter las dos en la misma casa, vamos a salir juntas; no, tampoco lo tenía. Entonces pues no sé, no sé. Voy ahí a probar si viviendo las dos juntas podemos salir, podemos entrar; de noche, bueno, si ella se quiere ir al partido y yo quiero ir también, qué bien, voy, y si no, bueno, yo ya he corrido el tacón todo el día, me quedo en mi casa o en casa de mi sobrina o algo. Eso es lo que pienso yo, vamos a ver.

CR.- Bueno, a mí me parece muy bien que lo pienses.

AB.- Ah no, pero el mes de, de octubre, noviembre nos vamos a México, a no pasar frío. Ah, pues qué bien, nos venimos para acá. Vamos a ver si podemos hacerlo así y si lo hacemos así. Pero tener una ilusión y una me ta porque, oye, yo creo que debe ser muy triste estar sin nada.

CR.- Debe ser.

AB.- Porque yo, yo recuerdo cuando tuve el problema de mi marido y se había muerto mi hija, ¿qué hacía yo en la vida? Fue muy duro; aquello, aquellos días fue muy duro, muy duro. ¿Qué hacía yo en la vida?, ah, no sé. Y no sé qué busqué o qué, no sé qué vio mi mente que, que seguí viviendo, pero no sé por qué, porque no había por qué seguir viviendo ya, ¿no? O era joven o busqué otro aliciente y, y seguí la vida. Porque llegas a un sitio y si no saltas ya para seguir para adelante ¿entonces qué haces?, hasta ahí llegas. Entonces si ahora voy a España, pues bueno, ya he llegado hasta aquí, me he hecho esta composición, he llegado hasta la meta; ahora me voy a España, a ver, voy a saltar el charco, ¿no?, ahora vamos a ver qué pasa en España. Si me llevo un año haciendo todo esto, moviendo la casa, marchándome a vivir con otra amiga, volviendo y... eh, no sé, pues algo es. Pasaré ratos malos, puede ser, pero procuraré que sean los menos posibles, porque no tengo tampoco por qué pasarlos malos.

CR.- ¿En Barcelona, eh, los amigos que tienes son de Barcelona o son exiliados también que han vuelto?

AB.- No, son exiliados, muchos. Está Estrella...

CR.- ¿De México? Estrella Cortisch.

AB.- Estrella Cortisch. Hay otros que son los que vivieron conmigo toda la odisea, está Aurelia.

CR.- En la Unión Soviética.

AB.- Sí, en la Unión Soviética. De la Unión Soviética hay varios, varias amigas que me están esperando: "Amparo, que tengo unas ganas que llegues". Bueno, pues los primeros días serán muy meneados y hablaremos mucho y todo. Después pues serán las visitas más... porque tendremos ya más obligaciones y todo eso. Y quizá, pues mira, un día de la semana comemos juntas, otro día... pues, pues qué bien si lo podemos organizar así.

CR.- Esto quiere decir que tú a Barcelona vuelves de hecho a un medio de amistades de exilio.

AB.- Sí, sí.

CR.- O sea no vuelves a...

AB.- A hacer amistades nuevas.

CR.- O no a hacer amistades nuevas: o volver a amistades que tuviste antes de tu salida de España.

AB.- Pues fíjate, de mi salida de España, o sea así, de cuando yo estuve en Barcelona, no tengo ningunas amistades. Por que claro, yo entonces trabajaba en el partido, en las Mu jeres, y eran gente... porque de Cataluña, dos o tres amis tades que tenía ni sé qué se han hecho, ni si se murieron o... ya no sé nada de aquella gente; de vecinos que yo te nía y eso, nunca más.

CR.- ¿Tú crees que estas amistades que han pasado un exilio igual que tú te pueden ofrecer más que, que por ejemplo todas estas amistades que tienes en Valencia que sí son

amistades tuyas de la infancia?

AB.- Pero tampoco tengo muchas, no tengo más que dos amigas, las demás no son ninguna amistad; las dos amigas estas que vinieron hace poco, las demás no tengo ninguna. Porque éstas, siendo, siendo fascistas ellas... porque bueno, no saben ni lo que son, gente... ya te digo; pero pensando que, ah, que ahora le van a votar a, a Felipe porque es más guapito, porque lleva un clavel o porque lleva una flor, ¿no?, así que no puedes hablar de nada más que de paella y de comida, pero sabes que son buena gente y que te quieren. Entonces son las dos únicas amigas. Y la familia: primos, que tengo muchos, que me quieren mucho, que yo los quiero mucho, primas que, que he convivido con ellas cuando he ido y he vuelto; porque éstos se han casado después de la guerra y todo eso, pero son muy buena gente, a mí me escriben y me escriben y yo les escribo, ¿comprendes?, y paso un rato con ellos bueno y todo eso. Ah, pero en Valencia, de la demás gente no, porque la demás gente era fascista y a mí llegaron a, a no saludar me cuando he vuelto, ¿comprendes? Entonces, amistades no, no tengo. Mis hermanas sí han seguido las amistades porque, porque ellas han seguido en España; pero yo no he vuelto y no tengo ninguna necesidad de tener amistades con esa gente, porque no me interesan, no, no he tenido contacto con ellos y no, no les tengo ningún cariño.

Aparte sé que yo era la roja, que era la comunista y que no, y que no me quieren, entonces pues no...

CR.- Oye, Amparo, haciendo ya todo un recorrido de tu vida, ¿tú piensas -es una pregunta que te va a sonar un poco así, esquematizada, ¿no?, pero, pero me interesa-, tú piensas que si hubieras sido hombre tu vida hubiera sido distinta?

AB.- Pues yo creo que sí, ¿no? [risa].

CR.- ¿Sí? Bueno, independientemente del dar a luz, de los hijos...

AB.- Ah, de los hijos.

CR.- ... o sea independientemente de lo que es natural de la mujer, el dar a luz...

AB.- Sí, sí.

CR.- ... ¿toda la trayectoria de tu vida, por ejemplo, la podría mos comparar con la trayectoria de, pues de, o sea de algún hombre que hubiera sido similar a la tuya, no, no tu hermano, no sería lo más propio, tu marido?

AB.- No, mi marido yo nunca hubiera sido igual que mi marido.

CR.- ¿Pero piensas que hubiera sido distinta en forma positiva o en forma negativa?

AB.- Positiva.

CR.- Positiva. ¿Por qué?

AB.- Porque yo a mi marido lo he querido mucho, pero pues como todos los hombres lo he conceptuado muy egoísta, muy suyo, o sea que, que no da, ¿comprendes? Entonces pues yo me pa

rece que no soy así, y que no hubiera sido así tampoco. Entonces no. Yo más me identifico con mi hermano el chico, el que murió.

CR.- Con tu hermano el chico. ¿Y ahí, por ejemplo, piensas que si hubieras nacido hombre...?

AB.- Puede ser que sí, hubiera sido como mi hermano el chico; no como mi hermano Manolo, como mi hermano el chico.

CR.- ¿Y tu vida hubiera sido diferente?

AB.- Pues hubiera sido... diferente, pues fíjate que a lo mejor no hubiera sido diferente. Bueno, diferente sí, en muchas cosas, pero hubiera sido así: entregada a los demás, muy inocentona, así muy... [risa], estudiar poco, porque él también estudió poco, pero era trabajador, llegaba a los sitios; aunque después... claro, pues sí, también puede ser que me hubiera casado con una mujer como se casó él, que lo dominó, que hizo lo que quiso de él... lo quiso mucho; mis hermanos dicen que no, pero yo digo que sí, que ella lo quiso.

CR.- Entonces tú crees que esto va en carácter...

AB.- Sí, sí, sí.

CR.- ... no en diferencia de sexos.

AB.- No, eso va en carácter; yo digo que sí, que sí, que va en carácter. Porque mi hermano Pepe pues era una bellísima persona, pero todo el mundo lo traía y lo llevaba por donde quería.

CR.- ¿Y a ti te hubiera gustado ser hombre?

AB.- Pues no sé, yo nunca, nunca he pensado. Pienso que la mujer es mucho más sacrificada y todas estas cosas. Y de responsabilidad pues ya no digo que tienen más ellos que nosotros, porque [risa] yo me he cargado la responsabilidad siempre, entonces es la suerte con quien te toque, ¿no? Porque por eso digo yo: si hubiera sido hombre, pues no sé si hubiera cargado con más responsabilidad que la que cargué en mi vida; mi marido no cargó con tanta como la mía, ¿comprendes?, por eso digo yo que no sé. Aparte, a mí nunca ni me ha sabido mal parir, ni tener los hijos... o sea todo el trabajo de la mujer a mí nunca me ha estorbado, así es que no puedo decir: ah sí, hubiera querido ser hombre. Pues no sé, no; nunca lo pensé tampoco.

CR.- ¿Y te ha, y te ha estor...?, por ejemplo dices que no te ha estorbado nunca el trabajo de la mujer, ¿y te ha estor**u**bado el trabajo del hombre que has tenido que... o sea el rol asignado tradicionalmente al hombre que tú has tenido que desarrollar? Porque tú en ese sentido has desempeñado los dos trabajos.

AB.- Pues no sé, se conoce que como lo tenía que desarrollar, nunca pensé si me sentaba mal o me sentaba bien, lo desarrollaba y ya. Digo yo, porque es que creo que cuando estás metida ya o tienes que hacerlo, yo nunca me he parado a decir: pues no lo hago, o no lo quisiera hacer; no

sé, no, no, nunca, nunca me he puesto ese dilema delante de decir: esto no me gusta hacerlo, o no lo haría, ¿verdad? Es que yo ocasiones lo he hecho así y no, no he pensado. Yo creo que no me va a dar tiempo nunca de pensar nada [risa], y lo he hecho porque lo tenía que hacer y punto, ¿comprendes? Claro, hubiera querido ser... hacer otras cosas que por la guerra a lo mejor no lo hice, o a lo mejor...

CR.- ¿Como qué hubieras querido hacer?

AB.- Pues me hubiera gustado estudiar, si hubiera servido para estudiar, o ser maestra.

CR.- Bueno, "si hubieras servido": por supuesto que hubieras servido, eso nunca pudiste comprobar...

AB.- No, nunca, nunca...

CR.- ... si servías o no servías.

AB.- ... pero no creo [risa], a lo mejor no hubiera servido. Y sí, eso, haber estudiado sí me hubiera gustado. Y claro, pues hubiera dicho... pues sería otra persona con más, ¿qué te digo yo?, pues más preparada y todas estas cosas. Pero si la vida ha venido así y me han tocado todas estas cosas... De niña es cuando más he sufrido yo; de mayor yo creo que... he sufrido mucho, pero como, no sé, a lo mejor tendría otra, otras cosas que compensaban ese sufrimiento, y de niña no me sentía yo que tenía...

CR.- Nada que te compensara.

AB.- ... nada que me compensara, eso ha sido más duro. Pero bueno, eso se pasa y ya, pasó.

CR.- Bueno, Amparo, yo no tengo nada más que preguntar. Realmente creo que ha sido una entrevista de lo más exhaustiva para ti, y para nosotros de lo más aportadora, porque nos has aportado cantidad de...

AB.- No, no creo que sea todo muy importante, pero en fin [risa], ahí lo dejo...

CR.- No, sí es importante. Bueno, es importante desde el momento en que es la historia de vida de un individuo, ¿no?, pero aparte yo creo que esta entrevista va a ser muy importante porque nos has dado una serie de, de pautas muy importantes para realizar ya un trabajo sobre la mujer, y pautas que no teníamos muy claras.

AB.- No tenían muy claras, bueno, no sé.

CR.- No sé si quieras añadir algo.

AB.- Yo lo único, os doy las gracias, porque después de todo os agrade... no me he creído yo una persona para, para haber recibido este premio, porque esto ha sido un premio en mi vida, porque nunca pensaba yo esto; yo os lo agradezco y si en algo he podido aportar algo, he podido aportar, pues...

CR.- Pues has aportado mucho.

AB.- ... pues estoy contenta, si en algo sirve. Es lo único que puedo decir. Daros las gracias a vosotros.

CR.- ¿No crees que se nos ha quedado algo por ahí?

AB.- Yo creo que no, ¿verdad? Porque el otro día recordaba yo algo, pero después dije: yo creo que... la muerte de mi hijo sí la sacamos, ¿sí, verdad?

CR.- Sí, en una sesión.

AB.- Por eso yo digo que no, no creo que... ya hay bastante, porque yo creo que ha sido de las más largas [risa] que habéis hecho. Así es que...

CR.- Bueno, si se nos ocurre algo te mandaremos a Elena Aub a Barcelona.

AB.- Bueno. Mándala, si yo no... si necesitáis, mandarla, yo a Elena la quiero, y sí, estoy segura que nos veremos.

CR.- ¿Entonces no quieres decir nada más?

AB.- Pues nada, agradeceros que haya... a vosotros, y si he aportado algo, que sea, si es para bien, qué bueno, y daros las gracias a todos.

A

Academia de Corte Martí (Valencia, España): 28.
 Academia Frunze (Moscú, URSS): 319.
 Agencia Central de Inteligencia (CIA): 332,333.
 Aguirre, doctor: 458.
 Adjubinsk (URSS): 181,183,184, 185,215,263,264,318.
 Alamilla, doctor: 442,443,445.
 Albufera (Valencia, España): 6.
 Alcaide, señora: 461,515,517.
 Alcoy (Alicante, España): 229.
 Alemán, Miguel: 410.
 Alemania: 47,315,363.
 Alfonso XIII: 23.
 Alicante (España): 108.
 Alvarez Builla, Ramón: 254.
 Alvarez, Santiago: 318,354,467, 468.
 América: 327.
 Amoreti, señor: 351.
 Amsterdam (Holanda): 523.
 Andrés, Aurora: 98.
 Aracil, Rocío: 378,381.
 Arconada, Felipe: 316,351,352, 353.
 Argelés-sur-Mer (Francia): 93, 473.
 Arras (Francia): 88,89,91,96.
 Asia: 152,167,170.
 Asturias (España): 64,97.
 Ateneo Español de México: 379, 380,540.
 Avenida Baja California (D.F. México): 342,344,395,488.
 Avenida San Juan de Letrán (D.F., México): 457.
 Ayuda Infantil (Valencia, España): 33,37,38,51.
 Azorín, José: 488,521,534,535, 551,553,556,557,567.

B

Bagueto, Ana: 1.
 Bakú (URSS): 177,178,182.
 Ballester, Antonio: 31,45,46,47, 51,253,335,459,521.

Ballester, familia: 345.
 Ballester, Josefina: 332,402.
 Ballester, Manuela: 31,47,345, 356,394,441.
 Ballester, Rosa: 31,32,38,47.
 Barcelona (España): 2,42,48,58, 59,62,63,66,68,69,72,77,86,91, 98,173,187,273,274,388,390,391, 501,517,521,529,541,578,579, 583,584,606,607,614.
 Bárcena, señor: 266.
 Bélgica: 89,363,367,368,372,523.
 Blasco Ibáñez, Libertad: 15.
 Blasco Ibáñez, Vicente: 14,15, 46,47,51.
 Boletín de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (México): 425,486,487,490,551,553, 558.
 Bonilla Bagueto, Ana María: 288, 323,345,346,347,348,402,405, 463,489,502,524.
 Bonilla Bagueto, José: 610.
 Bonilla Bagueto, Josefina: 9,23, 26,30,31,37,42,45,46,47,57,80, 93,288,289,315,342,343,345,346, 349,405,410,416,423,440,489.
 Bonilla Bagueto, Manolo: 11,17, 26,56,347,395,402,406,417,445, 452,490,491,527,610.
 Bonilla Bagueto, Mari Carmen: 26,414,431,444,445,446,447,448, 452,493,497,498,523,524,526, 539.
 Bonilla, José: 1,60.
 Boston (EUA): 323,326,327,329, 330,331.
 Brigadas Internacionales: 32.

C

Calvo, señor: 363,364,367,368, 371,375.
 Calle Aniceto Ortega (D.F., México): 552.
 Calle Arruzafa (Valencia, España): 505,506.

Calle Galveston (D.F., México): 604.
 Calle General Prim (D.F., México): 351,387,469.
 Calle Lafragua (D.F., México): 447.
 Calle Monterrey (D.F., México): 448.
 Calle Ramón Guzmán (D.F., México): 340.
 Calle Sadi Carnot (D.F., México): 399.
 Calle Tehuantepec (D.F., México): 344,395,488.
 Calle República de Uruguay (D.F., México): 417.
 Calle Versailles (D.F., México): 469.
 Canales, familia: 550.
 Carner, Mercedes: 332,333.
 Carrillo, Santiago: 102,270,273,295.
 Casa Barrachina (Valencia, España): 539.
 Casa Valencia (D.F., México): 429.
 Castellón de la Plana (España): 2,114.
 Castro Delgado, Enrique: 113,114,319.
 Cataluña (España): 607.
 Caúcaso (URSS): 152,158,221.
 Centro Andaluz (D.F., México): 354.
 Centro Médico Nacional (D.F., México): 344.
 Ciencia y Desarrollo (revista del CONACYT, México): 558.
 Cine Roble (D.F., México): 447.
 Claudín, Fernando: 271,295,317,465,480,503.
 Claudín, Pilar: 373,465,570.
 Claudín, familia: 446,465.
 Claudín, Víctor: 465.
 Coahuila (México): 340.
 Colegio La Democracia (Valencia, España): 51.
 Colegio Madrid (D.F., México): 397.

Colonia Estrella (D.F., México): 460.
 Colonia Tacubaya (D.F., México): 399,440.
 Comité Técnico de Ayuda a los Españoles (México): 397.
 Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT, México): 558.
 Cortés, Cristian: 438.
 Cortichs, Estrella: 440,401,403,439,440,441,455,456,458,463,606.
 CRECED (México): 544.
 Crimea (URSS): 264.
 Cruz Roja (URSS): 140,206.
 Cruz Roja (México): 448.
 Cuba: 268,271,276,319,378,379,380,467,470,485,486,543.
 Cuernavaca (Morelos, México): 440,441.

CH

Checa, Pedro: 43,44,71.
 Cheka (policía soviética): 35.
 Chihuahua (México): 340.
 Chile: 543,595.
 China: 267.

D

De Buen, Néstor: 437.
 Delicado, Manuel: 72.
 Díaz, José: 43,44,71.
 Díaz, Porfirio: 420.
 Distrito Federal (México): 340,342,343,395,401,431,441,443,474,479,483,491,503,509,511,512,513,538,541,542,546,550,578,579,587,605.
 Domínguez Bonilla, Ana María: 140,141,156,210,346,389,420,426,427,473.

Domínguez Bonilla, Eduardo: 207.
 Domínguez, Eduardo: 58,59,93,99,
 100,182,207,210,211,242,247,
 248,249,251,253,254,256,278,
 317,389,407,410,412,421,422,
 423,464,471,472,473,474,476,
 478,497,498,499,500,501,502,
 504,506,508,509,526,529,530,
 531,532,536,357,540,541.
 Dona de Catalunya (Barcelona, Es-
 paña): 65.
 Durá, Juana: 383,376,381,385,393.

E

Ebro, batalla del: 257.
 Echeverría, Luis: 542.
 Echeverría, María Esther Zuno
 de: 378,542.
 Edificio Rosell (D.F., México):
 431.
 Editorial Aguilar (México): 348.
 Editorial Labor (México): 348.
 Elías, Emilia: 63,64,66,67,68,
 69,381. ?
 El Salvador: 385.
 ENKVD (Comisariado del Pueblo
 para Asuntos Interiores, URSS.
 1917-1946): 156,157,158,300.
 Embajada de España (México):
 410.
 Embajada de Estados Unidos
 (URSS): 256,257,409.
 Embajada de México (EUA): 330,
 332.
 Embajada de México (URSS): 328,
 329,410.
 Embajada de la URSS (México):
 554,555.
 Erivan (URSS): 173,181.
 Escobio, doctor: 79.
 Escrí, señor: 278.
 Escuela de San Carlos (Valen-
 cia, España): 11,20,26,30.
 España: 1,2,4,23,45,48,49,55,
 66,87,93,98,101,103,104,110,
 114,119,120,123,125,133,136,
 195,205,217,235,236,239,248,

252,265,267,268,269,270,272,
 273,283,288,290,296,297,298,
 299,314,315,316,321,337,347,
 348,350,353,355,356,357,358,
 359,363,366,368,370,374,375,
 376,383,386,387,388,389,392,
 393,407,409,416,424,425,432,
 464,467,472,480,481,489,491,
 492,493,494,495,496,497,498,
 499,510,511,513,514,516,519,
 520,523,528,531,534,535,537,
 538,539,541,544,545,548,550,
 567,575,577,579,581,582,583,
 586,588,589,590,596,593,596,
 599,600,601,602,603,604,606,
 607,608.

España Popular (periódico del
 PCE): 101,102.

Espresate, Filomena: 356,370,
 378.
 Espresate, Neus: 446.
 Espresate, Tomás: 551,552,553,
 567.
 Estados Unidos de Norteamérica:
 257,260,261,288,293,317,323,
 324,327,328,330,333,335,336,
 337,338,411.
 Europa: 314.

F

Fábregas, Emiliano: 284,287,386,
 387,388,389,390,391.
 Fábregas, Josefa: 387,388,389,
 390,391,392.
 Fábrica de estambres Austral
 (D.F., México): 461,458,470,
 471,485,487,488,490,493.
 Falcón, Irene: 70,73,79.
 Fandiño, doctor: 515.
 Fernández Guardiola, Augusto:
 446.
 Figueras (Gerona, España): 83,
 84.
 Francés, Ma. Teresa: 415,427,
 428,487,488,510,511,534,535.
 Francés de Soleí, Josefina: 44,
 350,376,415,423,426,427,428.

Francia: 65,86,87,88,90,91,95,
100,101,102,108,110,117,120,
123,252,253,254,255,258,266,
267,288,291,314,316,320,361,
387,388,389,518,523,540,599,
602.

Franco Bahamonde, Francisco:
272,290,296,315,321,379,411,
528,533,540,544,545.

G

Galicia (España); 469.
Gallardo, Aurora: 468.
García Esteve, Manuel: 527,533,
541.
García Lago, Luis: 387.
García, Ma. del Mar: 267.
García Salcedo, Rómulo: 267.
García Serrano, Laura: 376.
Gijón, señor: 168,173,177.
Gilabert, familia: 417.
Gómez Serrano, Miguel: 376.
González, Felipe: 608.
Gracia, Candelaria: 373,376,378,
384,595.
Gran Vía (Valencia, España): 17,
26.
Grimau, Julian: 357.

H

Havre (Francia): 99,100,118.
Hernández, Jesús: 43,71,295,319.
Hospital General (D.F., México):
436.
Hospital Infantil (D.F., Méxi-
co): 438.
Hospital Militar (Valencia, Espa-
ña): 32,33.
Hotel Casino de la Selva (Cuer-
navaca, Morelos, México): 441.
Hotel Lincoln (Boston, EUA): 333.
Hotel Los Canarios (Cuernavaca,
Morelos, México): 441.

Hotel Lux (Moscú, URSS): 257.

I

Ibárruri, Dolores, "La Pasiona-
ria": 36,43,45,63,64,69,70,71,
72,73,79,173,192,210,300,303,
318.
Iglesia de Santa Rosa (D.F.,
México): 345.
Imprenta Madero (D.F., México):
487,546,551,552,554,555,558,
559,560,561,564,567,572,600.
IMSS (vid: Instituto Mexicano
del Seguro Social).
Indios Verdes (D.F., México):
340.
Instituto del Fondo Nacional pa-
ra la Vivienda de los Trabaja-
dores (INFONAVIT): 559,572,575.
Instituto Luis Vives (D.F., Mé-
xico): 342,399,439,471.
Instituto Mexicano del Seguro
Social (México): 559,567,572,
573,574,575,576.
Italia: 314.
Izquierda Republicana (España):
354,355,357.
Izquierdo, Rafael: 458,459.

J

Japón: 314.
Jarkov (URSS): 100,101,113,114,
116,123,125.
Juárez, Benito: 424,500.
Junta de Auxilio a los Republi-
canos Españoles (JARE): 396,
397.

K

Kelvinator, fábrica (España):
360.

Klin (URSS): 231.
Komsomol (organización juvenil,
URSS): 267.

L

La Junquera (Gerona, España):
83,84.
Laredo (EUA): 334,343.
Larín, fábrica de dulces (D.F.,
México): 442.
Las Estacas (Morelos, México):
445.
Latorre de López Fando, Amparo:
19.
Lenin, Vladimir Ilich: 256,585,
586.
Leningrado (URSS): 99,100,111,
113,114,123,198.
Librería Madero (D.F., México):
553.
Líster, Enrique: 71,273,376.
Lituania (URSS): 260,324,326.
López Dóriga, Joaquín: 397.
López Raimundo, señora de: 70.
Los siete machos (película):
446,447.
Lozano, Eladia: 354,373,376,393,
465,595.

LL

Llanos, Esther: 485,486.
Llanos, Virgilio: 34,248,249,
251.

M

Madero, Francisco I: 424.
Madrid (España): 33,86,101,108,
109,367,374,469,504.

Maestre, Mercedes: 313,436,437,
438,448.
Majachcalá (URSS): 177,178.
Málaga (España): 91,110,359.
Manzano, Carmen: 282,283,285.
Martín, Emilia: 355.
Mas, Domerio: 416,423,438.
Mendiola, familia: 483.
México: 55,62,92,93,95,120,253,
254,256,257,258,259,263,286,
287,288,289,290,293,317,320,
321,323,327,328,329,330,334,
335,336,337,339,340,341,343,
360,365,366,379,383,385,389,
394,395,396,401,404,405,407,
411,412,418,423,424,425,427,
434,443,479,480,483,484,491,
497,500,503,509,511,512,513,
538,541,542,546,578,579,582,
585,587,588,589,591,592,593,
594,596,599,601,603,604,605,
606.
Ministerio de Instrucción Públi
ca (España): 77.
Modesto, Juan: 72,86.
Molina, Antonio: 267.
Monova (Valencia, España): 2.
Montero, Jesús: 282,285.
Monterrey (Nuevo León, México):
339.
Montesinos, señor: 115.
Montmartre (París, Francia):
98,111.
Montolí, señor: 86.
Monumento a la Revolución (D.F.,
México): 446,447.
Moré, Joaquín: 351.
Moreno, Mario "Cantinflas":
446,447.
Moreno, Vicente: 269.
Moscu (URSS): 113,114,139,142,
144,145,157,187,199,201,210,
211,212,213,214,215,218,219,
220,221,222,223,229,230,239,
244,249,257,263,264,292,311,
312,313,464.
Mujeres, revista (México): 317,
356,393.
Muni, José: 387,484.
Muñoz, Aurelio: 204,205,206,281.

Muñoz, Hilda: 187,203,206,217,
264,272,281,303,307.
Murcia (España): 282.

N

Naval, Eduardo: 552,553.
Nazareta (Valencia, España): 5.
Nicaragua: 385,543,544.
Nomen, señor: 180,181,184,302.
Nueva York (EUA): 293,329,330,
331,332,334,342,343,426,428.
Nuevo Laredo (Tamaulipas, Méxi-
co): 338,343.

O

Oaxaca (México): 424.
Odesa (URSS): 259,260,291,292,
321,322.
Oliva, señora: 376.
Ordzhonikidze (URSS): 152,158,
167.
Orfeo Catalá de México: 429.
Organización de Ayuda al Frente
(Barcelona, España): 64,72,75.
Organización para el Tratado
del Atlántico Norte (OTAN):
582.

P

Pacto Germano Soviético: 47,136,
315,349.
Palacio de Hierro, almacén (Dis-
trito Federal, México): 403.
Palermo (Italia): 326.
París (Francia): 96,97,98,99,
111,117,118,119.
Parque Arturo Mundet (D.F., Mé-
xico): 434,435,436.

Parque México (D.F., México):
431.
Partido Comunista de España
(PCE): 32,35,49,50,87,92,125,
129,235,295,372,377,425,465,
484,582,594.
Partido Comunista Francés (PCF):
92,102.
Partido Comunista de la Unión
Soviética (PCUS): 114,145,297,
303.
Partido Socialista Obrero Espa-
ñol (PSOE): 49.
Pascual, Julián: 446,449.
Paseo de Gracia (Barcelona, Es-
paña): 65,389.
Patán, Federico: 269.
Patán, Gonzalo: 317,351,353.
Patán, Sonia: 269,486.
Pérez, Emilio: 350,353,415,423.
Pérez, familia: 350.
Pérez, Tomás: 342,410,442.
Pérez Bonilla, Ana Obdulía: 346.
Pérez Galdós, Benito: 47.
Pérez Pijoan, Aurelia: 366,376,
378,380,382,386,390,391,393,
595,606.
Perpignan (Francia): 84,85.
Plaza Mayor (Madrid, España):
370,371.
Plaza Roja (Moscú, URSS): 313.
Primera Guerra Mundial: 4,24,
107.
Primo de Rivera, Miguel: 23.
Puerta de las Perdices (Madrid,
España): 371.

Q

Querol, familia: 496.
Querol, Francisco: 497,499.

R

Reagan, Ronald: 581.

Rebellón, señor: 296,297.
 Renau, familia: 253,345.
 Renau, José: 31,33,37,354,441,
 468,469.
 Revolución de Asturias: 23,50.
 Revolución Cubana: 271.
 Revolución Mexicana: 46.
 Revolución Rusa: 333.
 Reynoso, Eugenio: 332,333.
 Riera, Francisca: 353,356,367,
 387,393,401,457,464,497,516.
 Riera, María: 401.
 Rius, Elisa: 435,436,455,490.
 Robles, Dolores de: 442,455.
 Roca, Josefina: 397.
 Rocés, Carmen Dorronsoro de: 98.
 Rocés, Niushka: 254.
 Rodríguez Mata, Julia: 319,320.
 Rojo, Vicente: 556.
 Rosal, Amaro del: 417.
 Rostov (URSS): 115,116,123,124,
 125,126,138,139,142,143,144,
 146,147,150,151.
 Roure, Carmen: 235,253,313,319,
 350,353,378,379,382,387,391,
 483,486,487,488,496,497,499,
 578.
 Roure, Josefina: 401.
 Ruiz, Eustaquio: 471.
 Ruiz, Lucía: 412,471.
 Rusia (vid: Unión de Repúblicas
 Socialistas Soviéticas).

S

Saez, Luis: 381,382.
 Saler (Valencia, España): 539.
 Salvadores, familia: 350.
 Salvadores, Hilda: 350.
 Salvadores, Luis: 342,352,387,
 390,399,483,484.
 Sanatorio Español (D.F., Méxi-
 co): 432,442,445,449.
 Sancha, Clara: 328.
 San Perla, Josefa: 26.
 Secretaría de Gobernación (Méxi-
 co): 342,397,398,444.
 Secretaría de Relaciones Exterio-
 res (México): 412.

Segunda Guerra Mundial: 122.
 Segunda República Española: 23,
 45,46,48,49,53.
 Semitiel, Piedad: 376,379,380,
 381,382.
 Servicio de Evacuación de Repu-
 blicanos Españoles (SERE): 92,
 96,97,98,99,112,117,118.
 Servicio de Inteligencia Mili-
 tar (SIM, España): 82.
 Serrano, Antonio: 442.
 Sevilla (España): 273.
 Siberia (URSS): 181,183.
 Sicilia (Italia): 326.
 Sinaia (barco): 96.
 Socorro Rojo Internacional: 32,
 33,37,40,51,151,193,216,246,
 247,250,251.
 Soleí, familia: 350.
 Soleí, Vicente: 426,427.
 Solnichnovorsk (URSS): 231,232,
 233,296.
 Solórzano Vda. de Cárdenas, Ama-
 lia: 384.
 Somolinos, Germán: 437.
 Stalin, José: 35,152,192,270,
 271,311.
 Stalingrado (URSS): 311.
 Suárez, Josefina: 366,378,379,
 382,387.
 Suiza: 515.

T

Tagüeña, Manuel: 319.
 Tarragona, María: 378,381.
 Teruel, frente de: 35.
 Testimonio de dos guerras: 319.
 Transportes del Norte (México):
 340.
 Turquía: 170,173,174,260,321,
 323,324.

U

Unión de Jóvenes Patriotas (Mé-
 xico): 416,445,446,447,457.

Unión de Mujeres Españolas (UME,
México): 318,349,353,354,355,
363,364,366,372,373,376,377,
378,380,381,383,385,386,393,
394,395,429,479,489,542,543,
544,581,593,595,607.

Unión de Repúblicas Socialistas
Soviéticas (URSS): 71,94,97,98,
99,101,110,112,113,117,118,119,
120,122,124,125,136,144,147,
150,180,192,213,216,218,229,
235,257,265,255,267,268,269,
274,275,282,283,287,290,292,
293,295,298,299,300,303,314,
315,316,317,318,319,321,324,
327,328,330,333,336,338,342,
349,350,351,354,355,378,386,
387,400,401,404,405,408,409,
410,411,413,418,424,425,426,
427,428,429,440,464,465,466,
467,471,480,481,482,483,485,
487,489,491,495,497,508,513,
530,537,538,540,541,552,585,
588,589,591,596,599,600,602,
606,607.

Unión Soviética en Construcción
(revista): 119,316.

Universidad Obrera (D.F., Méxi-
co): 594.

Urales, montes: 181,183.

Uribe, Vicente: 71,249,288.

Z

Zapata, Emiliano: 46.

V

Valencia (España): 1,2,4,5,6,17,
22,24,31,37,39,46,48,50,58,59,
61,62,63,108,123,228,248,249,
282,290,321,322,347,364,376,
492,496,497,498,499,505,520,
521,529,537,538,540,578,583,
607,608.

Vall de Uxó (Valencia, España):
2.

Vancouver (Canadá): 535.

Varela, Angeles: 377.

Veracruz (México): 470.

Vicens, María Luisa: 121.

Vietnam: 543.

Vilar, Emilia: 376.